SIRO LÓPEZ

Memorias

Un tipo con suerte

PLAZA JANÉS

SIRO LÓPEZ

Un tipo con suerte

Memorias

Con la colaboración de
Lorena González y Pablo Lolaso

PLAZA JANÉS

A mis padres, a Julita, Alba, Elia, Álex, Siro y Xavi,
que me han acompañado en este camino,
unos antes y otros después

Prólogo

Conozco a Siro López desde hace unos catorce años, coincidiendo con su época de *Punto pelota*, allá por 2008. Por supuesto, él no me conocía, pues yo no era más que un niño.

Lo veía desde casa y pensaba que era un *showman* y un personaje televisivo muy madridista. Sin embargo, en otros momentos demostró ser un gran periodista, de esos que se notaba que tenían muy buena información, de primera mano.

Más tarde, ya en pleno 2018, tuve la oportunidad de conocerlo por fin en persona. Fue gracias al programa de baloncesto *Colgados del aro*, un canal de YouTube donde se habla de actualidad (y de otras cosas) del mundo de la canasta. Él era (y sigue siendo) uno de sus colaboradores habituales. Un día fui a hacer una entrevista y a jugar a un juego con ellos y, gracias a esa invitación que me hicieron Iturriaga, Daimiel y compañía, pude desvirtualizar a ese periodista al que tantas veces había visto al otro lado de la pantalla.

En aquel momento Siro todavía no tenía ni la más remota idea de mi mundo, de dónde venía ni a qué me dedicaba. Por aquel entonces él tendría ya sus sesenta y dos años bien puestos, y todo esto le quedaba muy lejos, le sonaba a chino.

Desde el minuto uno nos caímos muy bien. A pesar de la diferencia de edad (Siro me saca casi cuarenta años), creo que conectamos a las mil maravillas y sentimos un *feeling* especial. Tenemos mucho en común: los dos somos muy madridistas, grandes aficionados al deporte y, además, nuestras personalidades son muy parejas. Total, que encajamos.

Ahí plantamos una semillita.

La dejamos crecer.

Y llegó la pandemia del COVID-19.

El virus lo cambió absolutamente todo. Todo. Siro decidió empezar —aunque no termino de entender muy bien por qué— una nueva vida en Twitch. Por si hay algún despistado, es una plataforma de transmisión en directo que utilizamos para charlar con la gente, jugar

a videojuegos u organizar eventos de todo tipo. Él se lanzó a este mundo y empezó a hacer las cosas de otra manera, alejándose un poco del periodismo tradicional, al que, a pesar de todo, sigue muy ligado.

Y esto, claro, nos hizo conectar más que nunca. Siro empezó a hacer streamings conmigo, y hemos colaborado juntos en muchos eventos y en multitud de acciones, lo que lo convierte en unas de las personalidades más especiales de nuestro país. Con sus casi setenta años, es una persona conectada, como es lógico, a la España más antigua y al periodismo más clásico, pero a la vez podemos encontrarlo en las redes sociales más actuales: Siro utiliza Instagram, escribe en Twitter, sube vídeos a TikTok, stremea en Twitch y hace acciones publicitarias con diferentes marcas.

A su edad, muchos están ya jubilados o en la rampa de salida para jubilarse, mientras que Siro es todo lo contrario. Acaba de empezar una nueva vida en la que probablemente está conociendo a más gente que nunca, en la que probablemente está recibiendo más cariño que nunca y en la que probablemente está ganando más dinero que nunca, aunque seguro que ha conseguido mucho dinero en toda su vida. Muy curioso, ¿verdad? Un señor de sesenta y siete años en el mejor momento de su vida tanto laboral como personal. Tócate los cojones.

Creo que lo que la gente puede esperar de este libro es un compendio de las memorias, historias, anécdotas y vivencias de, como he dicho, no solo uno de los grandes periodistas deportivos de nuestra historia, sino de una de las grandes personalidades españolas. En serio.

Siro ha vivido los inicios del mundo del baloncesto, se ha visto muy ligado a periodistas como Andrés Montes y también a jugadores de aquellos años ochenta, auténticas estrellas del mundo del deporte. Ha vivido un montón de locuras y experiencias al meterse en fiestas con jugadores de fútbol. Son historias que nadie se atreve a contar, chanchullos y peripecias de presidentes de clubes, directivos del mundo del fútbol de los años duros de nuestra Españita. Y Siro, por otro lado, también ha vivido la televisión pura y dura, con sus peleas con Josep Pedrerol, ha sido uno de los mandamases de una cadena autonómica tan importante como TeleMadrid, y se ha pateado

programas que ven millones de personas. Ha vivido lo que es comentar un gran evento de baloncesto en la actualidad y sufrir todo el hate que te puede caer por narrarlo como tú consideres y que recibas palos de todos lados.

No termino de saber cómo definir a Siro. Paraos a pensarlo: ha pasado de salir de fiesta con Maradona, Bibi Andersen o Pajares y Esteso a estar en la gala de los Premios Esland con ElRubius, TheGrefg y AuronPlay. Es que es la hostia, macho. Lo que aquí os vais a encontrar es una de las historias de vida más peculiares, singulares y especiales que se pueden leer sobre un español. Así, en general.

Pero es que, además, Siro López tiene una gran historia de superación que contar. Es verdad que siempre hacemos muchas bromas y mucho meme con él, pero lo que tiene detrás es brutal. Empezó siendo una persona muy exitosa en el mundo del periodismo deportivo que, por diferentes razones, incluso tuvo problemas económicos, dejó de irle bien a nivel laboral. A sus sesenta y siete años, ha sabido reponerse de todo eso, comenzar de nuevo y estar mejor que nunca. Siro nos demuestra que nunca hay que rendirse y que la edad no es excusa para adaptarte a los nuevos medios, a la nueva sociedad, a las nuevas tecnologías y a todo lo que hoy se nos pide o se nos exige. No solo ha avanzado en todo esto, sino también en su pensamiento, desmarcándose de esa generación que se ha quedado anclada en el pasado respecto a sus opiniones en determinados temas. Siro, por su parte, todo lo comprende y lo reflexiona muchísimo, y ha sabido adaptarse a este nuevo mundo que nos rodea, con sus nuevas maneras y sus nuevos métodos, que es muy complicado de sobrellevar.

Siro nos demuestra que no hay edad para aprender.

Siro nos enseña que no hay edad para dejar de hacer las cosas que te gustan.

Se pueden tener sesenta y siete años y no hacer nada, no te digo que no, pero es maravilloso llegar a esa edad y querer seguir aprendiendo y mejorando.

Por último, y no menos importante, estamos hablando de una persona absolutamente fantástica y sorprendente.

Siro López tiene un corazón enorme. Es muy pasional, para lo bueno y para lo malo, lo que le lleva a meter la pata de vez en cuando, y también en eso nos parecemos. Pero su fondo es maravilloso y eso es lo que importa. Él reconoce sus errores cuando corresponde. No le importa pedir perdón porque, cuando lo hace, es de verdad, de corazón. Siempre está dispuesto a ayudar y a intentar que todo el mundo, en cualquier círculo social, se lo pase bien y se sienta arropado.

Disfrutad de este gran libro.

Es el libro de una gran persona.

Una persona con sesenta y siete años de vida y cincuenta de labor profesional.

Emprended este viaje apasionante de la mano de este comunicador que empieza con José María García y acaba con Ibai Llanos, pero siempre con un micrófono delante.

IBAI LLANOS

Si esperas encontrar aquí la historia de un tipo especial, ya puedes dejar de leer. Solo soy un privilegiado, un tipo con suerte que un día, perdido en una aldea, soñó con ser periodista y viajar por el mundo.
Y lo consiguió, pero pasó mucho por el camino…

PRIMERA PARTE

Infancia

Cuando mis padres me trajeron al mundo

Mi padre, Luis, tiene ya noventa años. Siempre ha currado mucho y ha sido un echado para delante. A los diecinueve años ya tenía claro que, en Galicia, su futuro era muy reducido y oscuro.

—Me voy a Asturias. ¡Yo solo! —soltó un día después de que alguien le dijera que en la mina se ganaba bastante dinero.

Mi padre era, y sigue siendo, guapo y mocero. Me contaba mi madre que tenía fama de tener tres novias a la vez. Un dandi, el Julio Iglesias del norte. Echando números, la verdad es que creo que se casó con mi madre de penalti. Porque, a ver, pasaron por la vicaría en noviembre y yo nací en marzo. Así que blanco y en botella: cuando se dieron cuenta de que yo ya estaba en las entrañas de mi madre, decidieron arreglar las cosas con Dios.

Aparte de trabajar en la mina, también hacía de acomodador en un cine, pues todo ingreso era bien recibido. Además, de ese modo se sentía más cerca del mundo de la cultura.

A mi madre, sin embargo, le costaba más demostrar cariño. Creo que en esto he salido a ella. Mi padre es muy llorón, como yo, un tío muy sensible; a la mínima estamos al borde de la lágrima. Adoraba a mi madre, estaba loco por ella. En cuanto se casó con ella a los veintitrés años, ya no necesitó más, y vivió por y para ella toda su vida.

Mis padres se conocieron en Galicia, supongo que en una fiesta patronal, pero él ya vivía en Asturias. Antes de que ella se quedase embarazada vivieron a caballo entre ambas comunidades, pero una vez mi padre y mi madre hicieron cositas y empecé a gestarme, mi padre tuvo que regresar a Galicia. Y allí nos quedamos hasta que yo cumplí el primer año.

Siempre se preocuparon de darme lo mejor, de que yo pudiese tener más de lo que ellos consiguieron. Mi padre es muy buena gente, un tipo encantador, y esto es lo que más me enorgullece de él, que la gente con la que se ha ido cruzando en la vida lo ha querido siempre muchísimo. Es un tipo muy legal, de los que no quedan, que continúa

manteniendo los amigos de toda la vida. Siempre ha sido un ídolo para mí, el verdadero, porque los del fútbol ya sabemos que son de barro y caducan, pero mi padre siempre está y siempre estará. Casi todos los niños son más de su madre, pero yo siempre he sido más de mi padre. Mi madre tenía devoción por mí y yo por ella, eso sí, que conste. Además, ambos siempre me apoyaron en mis decisiones, incluida la de ser periodista. Me educaron muy bien y me dieron las herramientas para ir creciendo como persona, pero a la vez me ofrecieron autonomía e independencia para que no fuera un inútil. Les estoy muy agradecido por ello.

En cuanto a la política, mi madre votaba lo que votase mi padre. Y claro, al ser de clase obrera, trabajando en la mina y tal, obviamente tendían a la izquierda. El sindicato minero era muy fuerte en este país. Yo no tenía conciencia política, la verdad. Ignoraba todo aquello: o me venía grande o no lo entendía. Lo único que recuerdo es a las mujeres del pueblo de Asturias esperando a los mineros heridos o fallecidos. Aquello me impactaba mucho. Sonaba una sirena para avisar del accidente, de que había pasado algo. De hecho, mi padre, cuando fue caballista en la mina (donde las mulas arrastraban los vagones de carbón), un día sufrió un percance y acabó ingresado en un hospital de Oviedo. Menos mal que quedó en un susto.

La relación que he mantenido con mi padre nunca ha sido como la que tenemos ahora con nuestros hijos. La vida ha cambiado mucho, y las familias, el trato personal entre padres e hijos, no tiene nada que ver, era otro mundo. Él era muy cariñoso y jugaba conmigo, pero no disponía de tiempo para más. Siempre ha sido muy niñero, pero por motivos laborales conmigo jugó menos que con sus nietos, trabajaba en la SEAT y en una fábrica de zinc en Barcelona. Dedicaba al trabajo más horas que un reloj, pero gracias a eso pudo ir construyendo un pequeño patrimonio que ahora disfrutan él, sus nietos y, por la parte que nos toca, Julita y el que suscribe.

Cuando, aunque no lo creáis, era niño

Aunque nací en Galicia y me siento gallego por los cuatro costados, mis primeros recuerdos se relacionan con pasear por el pueblín asturiano de Cerredo en el que viví durante un tiempo, de la mano de mi padre, cogiendo de los arbustos arándanos frescos y un pelín ácidos. Esta podría ser la primera imagen de mi infancia que me viene a la cabeza. En mi memoria quedó ese particular sabor. Aún hoy me encantan, y cada vez que los como, me transportan unas cuantas décadas atrás.

Soy hijo único. A pesar de las carencias que había en casa, mis padres siempre hicieron todo lo posible por concederme casi todos los caprichos. Me recuerdo como un niño muy feliz, siempre alegre, aunque hasta que no cogía confianza me mostraba bastante tímido. Os vais a reír, pero dicen que era muy guapo, un muñequito. Todos me adoraban. Os he dicho que no os riais, cabrones, que os estoy viendo.

No era nada cobardica. De hecho, era bastante lanzado y, como es natural, en ocasiones eso me hizo llevarme hostias por todos lados. Me gustaba jugar a indios y vaqueros con ballestas de paraguas y también a los clásicos juegos de los niños de la época: el escondite, correr y pillar, canicas y, cómo no, los Juegos Reunidos Geyper.

Louseiro, lugar al que íbamos un mes cada verano desde que mis padres, cuando yo apenas tenía un año, decidieron ir a trabajar a Asturias, era la típica aldea gallega de viviendas diseminadas. Habría unas treinta o cuarenta casitas, no más. No teníamos luz, y de noche nos teníamos que alumbrar con candiles. Tampoco había váteres, así que nuestras necesidades las hacíamos en el campo. Íbamos literalmente a cagar al monte y nos limpiábamos con lo que pillábamos. No se preparaba la comida en una cocina al uso, ni siquiera de leña, hasta que pasaron unos años. Lo hacíamos en la *lareira*: encendíamos el fuego en la cocina y colgábamos los potes en un gancho para que les llegara el calor. Y era así tanto para nosotros como para los animales, sobre todo para los cerdos, que no vivían mucho peor que nosotros. Todo el que haya vivido alejado de las

ciudades en aquellos años seguro que tiene historias similares, porque fue la realidad de España durante décadas. El progreso fue paulatino, y en las aldeas aún más.

Me viene a la cabeza una historia de cuando tenía algo más de cuatro años, un verano en el que regresábamos a la aldea de Louseiro de vacaciones. Un día me fui con mi prima Carmiña, que tenía algo más de dos, porque quería enseñarme algo que le había llamado la atención. Empezamos a caminar sin mirar atrás. Anduvimos y anduvimos hasta que perdimos la noción de dónde estábamos. No diré que pasamos miedo, pero estuvimos un buen rato desaparecidos. Nos buscaron durante tres horas y, cuando por fin nos encontraron, mi padre me zurró la badana como si no hubiera un mañana. Me dio de tal manera que se supone que con ello tenía que haber aprendido la lección. Pero no. Seguro que ya me vais conociendo y, claro, no escarmenté. Meses después, de regreso ya a Asturias, cuando me regalaron un rifle de juguete para Reyes, me volví a ir a la aventura con mis amigos por los montes que rodean el pueblo minero de Cerredo, y se volvió a repetir la historia, aunque con otra protagonista, ya que fue mi madre la que me calentó el lomo a base de zapatillazos.

Me gustaba bajar las escaleras del edificio en el que vivía deslizándome por el pasamanos, lo típico de un chaval que no veía el peligro por ningún lado.

El peligro, en todo caso, era yo.

Un día, en una de estas, creyéndome que lo tenía todo bajo control, me caí de cabeza del tercero al segundo. Me metí un guarrazo de campeonato. Pero sabiendo que si se lo contaba a mis padres me iba a llevar azotes por partida doble, me callé como un campeón para que no me metieran la bronca. Durante años sufrí un fuerte dolor en la cabeza, como una especie de calambre. Supongo que algo me quedaría de aquel golpe. Nunca me vio un médico, porque no dije nada, pero a saber, quizá tuve un traumatismo craneoencefálico de esos, yo qué sé…, ¡y de aquellos polvos, estos lodos!

El agua la sacábamos de los pozos con balde, cuerda y polea. Mi abuela me bañaba en un barreño porque, por supuesto, no había

ducha. Se te quedaba impregnado el olor de los orinales y terminabas por vivir acostumbrándote a él. Las habitaciones de las casas estaban en el primer piso y, abajo, teníamos el establo, que en gallego lo llamamos «las cortes».

Mi prima Carmiña y yo nos despertábamos de noche y no nos gustaba usar el orinal, así que buscábamos un hueco hecho para ello y hacíamos pis desde arriba. Estábamos siempre liando alguna. Todo era muy rural, como era, en general, la España de los sesenta, y Galicia más, que siempre estuvo dejada de la mano de Dios. Un ejemplo es que las autopistas no llegaron hasta los años noventa. De hecho, tengo un recuerdo del trayecto que había que hacer desde Cerredo, que estaba pegado a León. Desde allí veíamos trenes de carbón con asientos de madera, y de esa estación teníamos que ir a Sarria, la villa importante, haciendo varios trasbordos. Pero luego no quedaba más remedio que caminar hasta la aldea.

Me encantaba acompañar a mi abuelo Manuel a sacar a las vacas a pastar, lo que se llamaba «guardar las vacas». Pasábamos horas juntos. Con cañas de maíz, *millo* en gallego, él me solía fabricar flautas. Tenía un transistor de los primeros que salieron a pilas. Era enorme, y mi afición por la radio creo que viene de esa época, porque siempre lo llevaba encima. Escuchábamos el programa *De España para los españoles*, donde la gente que había emigrado fuera del país pedía canciones para dedicar a los familiares que se habían quedado. De hecho, en una correspondencia que mantuve con mis padres me contaron que me habían dedicado una canción por mi cumpleaños a través de ese programa de radio. Qué pena no poder acceder a aquel documento.

Cuando cumplí los siete años mis padres se fueron a vivir a París, aconsejados por Antonio, un paisano que regentaba una sastrería en Caboalles y que tenía la referencia de su hermano Jesús, que se había ido a la capital francesa en busca de un mejor porvenir. Yo me quedé medio año en la aldea con mis abuelos y mis tíos. Lo que podría haber sido un drama tengo que reconocer que no solo no lo fue, sino que me lo pasé cojonudamente bien.

De primeras, la idea de mis padres era que me fuese con ellos a

Francia, pero al final decidieron que me quedase en la aldea con los abuelos hasta que se situaran y encontraran un lugar apropiado para los tres.

Más o menos en aquella época se pusieron de moda los cineclubes en la España rural de los años sesenta, que en el fondo consistían en ir una vez por semana a la escuela a ver el programa o la película que estuvieran emitiendo en Televisión Española en ese momento. Viéndolo con perspectiva, era un poco de «opio para el pueblo» que nos daba la Dictadura en pequeñas dosis.

En el meollo del franquismo nos daban leche en polvo para que los niños estuviéramos algo mejor alimentados, ya ves tú.

Como todos los críos de aquellos años, debíamos arrimar el hombro con las labores correspondientes, en mi caso el mundo rural, las vacas y el campo, por lo que cada día me tocaba ir con mis abuelos y mis tíos, Maruja y Manolo, a vigilar a los animales para que no se nos escaparan. Un día tuve un accidente: una azada que casi me cuesta un ojo, pero al final solo me dejó una marca en el entrecejo que impide que olvide esa historia. Jugábamos en el pajar, bebía leche a morro de las ubres de las vacas… En fin, estaba completamente asalvajado.

En aquella Galicia rural había dos días al año muy especiales: la matanza y el día de la malla. ¡Eran casi una fiesta! Nos reuníamos casi toda la aldea para ayudarnos en lo que hiciera falta. La malla consistía en golpear el cereal para separar el grano de la paja. Allí se cultivaba el centeno, con el que se hacía el pan negro. Lo de comer pan de trigo era una auténtica fiesta. En nuestro caso, y en el de la mayoría, el pan blanco solo lo veíamos cuando había feria y mi abuelo o mi tío Manolo iban a vender un animal y nos traían un poco a casa. En la aldea solo había una casa con un horno y era para todo el pueblo. Se iban poniendo de acuerdo para ver cuándo se horneaba el pan, que se hacía cada quincena. Ese día aprovechábamos para preparar la famosa empanada gallega.

Para un niño de siete años, la matanza no era algo agradable de presenciar. Ver cómo un animal se desangraba y escuchar esos gritos tan particulares cuando le clavaban el cuchillo en el cuello es una imagen que aún me traumatiza, sobre todo porque, además, eran

animales que habíamos visto crecer desde chiquititos e incluso habíamos jugado con ellos. Para un niño era difícil asimilar que ese animal iba a ser sacrificado.

En definitiva, era el típico niño de una aldea gallega, con las particularidades que conlleva. Pasé de ser un niño de pueblo que solo tenía que preocuparse de ir al colegio y jugar, a mudarme a una aldea de la Galicia más profunda y a adquirir obligaciones, compaginar los estudios con el trabajo en el campo y ayudar a mi familia en lo necesario.

Cuando perdí la virginidad a los cinco años

Mis recuerdos de esa aventura, de ese *affaire*, son bastante difusos. No me acuerdo siquiera de la edad exacta. Si buceo en la memoria, y haciendo unos cálculos basados en todo lo que llevo a mis espaldas, podría afirmar que tendría entre cinco y seis años.

No tengo tampoco claro cómo empezó la historia, cuál fue el origen ni qué me llevó a vivir aquello a tan temprana edad. Era un niño que todavía no sabía hacer la O con un canuto y mi bagaje sobre el asunto, en el que luego me doctoré cada 31 de diciembre —fecha señalada en el campo de mis devaneos sexuales—, era nulo. Nada había despertado en mí que tuviera que ver con el sexo más allá de algunas más que probables e incontrolables erecciones matutinas.

Sí sé que no me apetecía, no sentía ningún tipo de atracción hacia ella ni hacia el sexo en general, tema que desconocía —y del que aún hoy solo sé lo justo—. Si lo hacía era dejándome llevar por la corriente, fiándome de una chica que, según me han comentado mis padres, rondaría entonces los catorce o quince años.

Yo vivía con mis progenitores en un tercer piso y ella era de las que nos oían con amargura cuando jugaba con las canicas o arrastrábamos muebles. Ella vivía con su abuela, y no sé por qué, no sé si era huérfana, si sus padres la abandonaron o si las circunstancias de la vida la habían llevado a vivir con la yaya.

La situación terminó por volverse una rutina, a pesar de que yo lo hacía sin ganas. Se llamaba Blanca, Blanquita, como la conocíamos en el barrio. Me amenazaba con contárselo todo a mis padres si me negaba o si salía huyendo con el cuento, de lo que empecé a deducir que aquello no estaba bien, que era de aquellas cosas que no se le podían contar a papá ni a mamá. No termino de recordar en cuántos episodios de ese estilo me vi envuelto con mi vecina, ni evoco con claridad el principio y el final, pero sí sé que debió de acabar cuando hice la comunión. Me puse en paz con Dios, mis padres se fueron a Francia y yo me quedé en la aldea.

Lo que tengo más claro que el agua es que, a pesar de que a veces lo

he comentado sin darle demasiada importancia, sí hubo algún tipo de penetración y a todos los efectos se puede considerar que fue mi pérdida de virginidad. Si pienso en el diminuto tamaño de mi miembro por entonces, no termino de creerme que ella quisiera repetir una y otra vez. Es cien por cien seguro, y en mi mente quedan nítidos los recuerdos, que mi vecina Blanquita me afilaba el lápiz. Quizá fue mi primer contacto con el mundo del periodismo escrito. O escroto.

¡Ah! ¡De lo que me acabo de acordar mientras escribía esto! Blanca casi provoca que me muera. No del gusto, no, no me refiero a eso. Mi vecina casi cometió homicidio involuntario conmigo cuando yo tenía apenas tres añitos, antes de la historia anterior. De esto sí que no tengo ni la más mínima noción, y si no me lo hubieran contado mis padres habría pasado a la papelera de reciclaje y nunca se habría incorporado a mis recuerdos.

El caso es que un día hizo torrijas de vino y azúcar, y me dio a probar, como era costumbre en ella. Y me emborrachó. No tenía mala intención, o eso quiero pensar, pero me pegué tal atracón de aquellos endiablados panecillos que me puse como una cuba. Tanto es así que los médicos les dijeron a mis padres que, si no hubiera vomitado, seguramente me habría quedado pajarito delante del plato de torrijas, y se podría haber conmemorado la muerte de Cristo con la mía. Pero claro, entonces no estaría escribiendo esto. Así que podemos afirmar que con esa mujer perdí la virginidad y me pillé mi primer pedo, ¡y ambas historias no están relacionadas!

Sesenta años después analizo la historia sabiendo todo lo que sé y habiendo evolucionado el mundo todo lo que lo ha hecho respecto a los temas de abusos, acosos y agresiones sexuales, y podríamos afirmar que en aquella época fui una víctima. Pero ni fui consciente, ni le di importancia, ni me generó un trauma, ni aquello tuvo trascendencia en mi comportamiento y desarrollo como ser humano. O eso quiero creer. ¿Que ahora lo reflexiono desde la distancia y se me hiela la sangre al pensar que le hubieran hecho algo así a uno de mis hijos? Por supuesto. Quiero creer que ella, en el fondo, también era una niña, que para ella fue una especie de juego y que no tenía malas intenciones, más allá de una mera exploración del sexo

contrario. No me ha quedado una imagen negativa. Bueno, ni negativa ni positiva, porque no recuerdo siquiera cómo era físicamente. No sé si era rubia, morena, alta o rellenita. Solo sé que mi vida quedó ligada a la suya a través de esta turbia anécdota.

Cuando empecé a ir a la escuela

Empecé la escuela con seis años, y parece que se me daba bastante bien. De hecho, el maestro, que se llamaba José Varela Peteiro, se ofreció a mis padres para encargarse de mis estudios si ellos no podían, porque creía que iba a poder estudiar una carrera y llegar a algo. Todo un visionario.

—Abuelo, yo de mayor voy a ser ingeniero —le decía con mucha ilusión a mi abuelo Manuel.

—Ingeniero, sí… ¡ingeniero *das moscas* vas a ser! —me contestaba él, que no terminó de ser capaz de imaginar dónde podía llegar.

Seguramente, con don José Varela fuimos menos agradecidos de lo que merecía, pero en este párrafo queda mi humilde homenaje.

La verdad es que tardé en aprender a leer porque en esa época, por lo menos donde yo vivía, el colegio no lo empezabas hasta los seis años. Antes estabas con mamá, dándole la lata y haciendo trastadas a la que se descuidaba.

Leer, por tanto, no leía; pero escuchaba la radio. Como podréis imaginar, televisión no había aún. La primera que hubo en el pueblo la compraron los panaderos, y mi recuerdo se circunscribe, a nivel de imagen, a la antigua carta de ajuste.

Pero teníamos radio en casa.

Imagino que concienciado por el ambiente reivindicativo que siempre ha tenido la minería asturiana, a mi padre le gustaba escuchar una emisora clandestina que se llamaba Radio Pirenaica (muchos años después descubrí que la había creado el Partido Comunista de España). Mamá y yo escuchábamos cosas más ligeritas, la verdad: alguna que otra radionovela, el programa solidario de los jueves *Ustedes son formidables* y lo que esperaba con la misma ilusión que la llegada de los Reyes Magos, un serial infantil que se llamaba *Matilde, Perico y Periquín*.

Desde pequeño quise ser periodista, lo tuve clarísimo, aunque durante unos años sentí la llamada del Señor y me dio por decir que quería ser cura. De hecho, hasta tal punto llegó el asunto que me

fabricaba un púlpito con lo que pillara, ponía a mi prima de monaguilla y yo, en mi papel de cura, recitaba una misa inventada. Aquello tenía que ser un cuadro.

Después, por estudios, me mandaron a Lugo a vivir con el matrimonio compuesto por Celsa y Faustino. Y sucedió al revés que la anterior vez que me tuve que separar de mis padres: allí nunca me adapté. Ella era muy poco cariñosa conmigo y yo, imaginaos, lejos de mis padres, necesitaba ese cariño que ellos no me daban. Acabaron buscándome un hostal al que me fui a vivir; se llamaba La Fonda de Niza. Allí sí fui feliz, más que nada porque con los hijos del matrimonio que regentaba la fonda éramos como hermanos. Como cliente —suena fatal decirlo así pensando que era un niño de nueve años— tenía derecho a disfrutar de habitación propia desde el primer momento, pero pedí compartir cuarto con dos de los hijos de los dueños de la pensión, los que por edad estaban más cercanos a mí. Trastadas hicimos todas las que se nos ocurrieron, desde las típicas batallas de almohadas hasta las escapadas para jugar al escondite y al fútbol, con las consiguientes broncas cuando volvíamos después de que alguien nos hubiera tenido que ir a buscar.

Como pensión que era, allí pernoctaba gente de toda clase y condición. Una vez llegaron los integrantes de un circo —imagino que los que no tenían sitio en las caravanas— y eso nos permitió, por lo menos a mí, conocer ese mundo. Todo lo que guardo de ese año son buenos recuerdos. Me sabe mal no acordarme del nombre de todos los miembros de la familia, pues fueron mis padres y mis hermanos durante esos doce meses. Sé que el padre se llamaba Jesús, igual que uno de los hijos, que con catorce o quince años estaba en el seminario menor estudiando para cura; la mayor, Marisa, estudiaba magisterio; y mis compinches de habitación, uno era José Luis y el otro, un año mayor que yo, no sé si se llamaba Alberto.

Al margen de los partidos de fútbol de los que hablaré en otro capítulo, una de las rutinas era ir al cine todos los sábados y domingos. *Quo vadis?*, *La caída del Imperio romano*, etcétera forman parte de mi memoria cinéfila de esos años en los que la visita a los cines Paz o Gran Teatro era poco menos que obligada. También lo

pasé bien en el cole. Ingresé en los maristas, y es curioso que los únicos nombres que ha retenido mi cabeza tengan que ver con el fútbol de mis amores: uno Cobos, del que pensaba que era el que mejor jugaba; y el otro el cura, el hermano José, que nos daba todas las clases y que de vez en cuando se remangaba el hábito y jugaba con nosotros a la hora del recreo.

Cuando en catequesis un niño me abrió la cabeza con una tabla

Como todos los niños, tenía que ir a catequesis para prepararme para la comunión, como Dios mandaba. Era lo que había que hacer y no se planteaba otra opción. No sé si iría todos los días o todas las semanas, no lo recuerdo. Lo que sí sé es que la catequesis se hacía en la iglesia, pero no abajo, en la zona donde se decía misa, sino en una especie de piso que había arriba, como si fuera donde se suele poner el coro. Pero vaya, que ni había órgano ni nada. Era una iglesia antigua, vieja y estaba casi vacía.

Había que subir unas escaleras, y en estas estaba cuando sentí un golpe muy fuerte en la cabeza. No me llegué a caer, ni mucho menos, pero noté un mareo, como si fuese a perder el conocimiento. Después supe que había sido un tablón que estaba suelto arriba y que un niño lo había tocado, no sé si para hacer la bromita o fue sin querer. Vamos a pensar que no tuvo mala intención. Lo cierto es que el tablón cayó directo sobre mi cabeza, me hizo un boquete bastante curioso y me tuvieron que dar catorce puntos. La señal, como es obvio, aún sigue en mi cráneo.

Sangré como un auténtico gorrino, como si estuvieran haciendo la matanza conmigo y después fueran a hacer morcillas con mis vísceras. Recuerdo que había una fuente al lado y que me estuvieron lavando la cabeza antes de llevarme a que el practicante —porque si queríamos ir a un médico lo mismo me desangraba por el camino— me cosiera y frenara un poco la sangría.

Seguía con esa imagen en la cabeza, así que este año, poco antes de ponerme a escribir estas líneas, volví a Cerredo después de más o menos treinta años. Desde que mis padres se fueron de Asturias, solo había regresado una vez y fue en 1989, y la imagen estaba bastante borrosa. Al volver allí este año, me he topado de nuevo con la fuente, que aún existe, que siempre existió y que permanece en el mismo lugar. De hecho, sigue saliendo agua del caño.

En este retorno a mi querido pueblo asturiano pude constatar que

mi memoria no está tan deteriorada como cabría imaginar. Por ejemplo, sigue allí el cine en el que trabajaba mi padre. Bueno, a ver, existe el lugar donde estaba. Me vino una imagen de mi padre vestido de acomodador en la que se ve la puerta del cine y unas cuadrículas que estaban pintadas; aún continúan allí. Y el bar de al lado también está en el mismo lugar. Incluso la estructura donde estaba el cine es la misma. En ese lugar vi mis primeras películas. Imposible recordar cuál fue la primera, aunque por fechas de estreno, quizá fuese *Ben-Hur*. Recuerdo —no sabría decir el título, pero sí la temática— que hubo un filme que provocó en mí ciertas pesadillas. En una época en la que la valoración de edades no existía, los niños veíamos igual una película para adultos que una infantil. Daba lo mismo. Una de esas en blanco y negro, de terror, provocó que me despertara a medianoche gritando, en estado sonámbulo, intentando alejar de mí al monstruo o al asesino que había ido en mi búsqueda aquella noche de frío invierno. A mis padres les costó mucho que me relajase y hacerme ver que el personaje que había ido a por mí solo existía en mi tierna e inocente imaginación. Con el paso del tiempo me ha interesado todo tipo de cine, pero si tuviera que quedarme con un género, me quedaría con el *western*. Es cierto que, dependiendo de las épocas, mi atención estaba más focalizada en unas temáticas u otras, pero a la hora de elegir me quedo con John Wayne, Clint Eastwood y compañía.

Cuando empecé a vivir el fútbol con pasión

Con ocho y nueve años jugaba muchísimo al fútbol en la plaza de España de Lugo. Vaya, lo normal en aquella época, que tampoco os voy a descubrir la pólvora: los chavales estábamos todo el santo día en la calle, corriendo, saltando, jugando, viviendo, en definitiva. Esa plaza, que fue el escenario de mis primeras patadas a un balón, ahora está asfaltada, se la han cargado. Pero por entonces jugábamos todos los días entre árboles centenarios. También rompíamos zapatos delante de la residencia del obispo, que está al lado de la catedral.

Tengo grabado en mi disco duro la primera vez que, de una forma más o menos oficial, contaron conmigo para formar parte de un equipo de fútbol. Debía de tener ocho años. Fue en el colegio en el que me matricularon los señores Faustino y Celsa, una vez que dejé la aldea para vivir en Lugo. Todavía hoy, casi sesenta años después, podría describir el olor a ropa húmeda que desprendían la camiseta y las medias, y los colores rojiblancos de la zamarra, imagino que en homenaje a los que lucía y luce el equipo representativo de la ciudad.

Vi mi primer partido de fútbol en esa época. Guardo la imagen de escaparme para asistir a ese acontecimiento. Íbamos a la plaza España de Lugo, los niños nos metíamos en el bar, pedíamos un vaso de agua y veíamos el fútbol. Mi primer recuerdo es la semifinal de la selección española contra Hungría. Marcó Chus Pereda, en aquel momento jugador del Barcelona, y nos clasificamos para la final con Rusia. Sin embargo, no me acuerdo de ver luego esa final de la Eurocopa que ganamos en 1964.

Puede que por ese recuerdo infantil, años después y ya ejerciendo de periodista, me hizo especial ilusión conocer, en un viaje con la selección juvenil que él entrenaba, al gran Chus. La vida me dio la oportunidad de conocerle, y luego me convertí en su amigo. Era un tipo grande como entrenador y futbolista, pero aún más como persona. En la década de 1960, oíamos los partidos en la radio. El Madrid ganaba las Copas de Europa y lo que se me iba quedando en el oído era Di Stéfano, Puskás, Santamaría… Es curioso, porque ni

siquiera los vi jugar. A Gento sí, porque se retiró más tarde. Me hice del Madrid de oído, pues era el que siempre ganaba.

Cuando llegué a Barcelona

Dos años después de irse a Francia, mis padres habían conseguido ahorrar el dinero suficiente para comprarse, por algo menos de doscientas mil pesetas (lo que hoy serían unos mil doscientos euros), un pisito en el barrio de La Verneda de Barcelona. Decidieron dejar París para establecerse en la Ciudad Condal. El principal motivo fui yo, porque, cuando se fueron, su primera idea era afincarse y encontrar trabajo en Francia y llevarme después con ellos. Al final, eso no se dio. De haberlo hecho, seguramente sería un hispano-francés más como lo es, por ejemplo, la actual alcaldesa parisina, Anne Hidalgo. No tengo ni idea de si eso hubiera sido mejor, peor o igual para mí o para ellos. Lo que está claro es que la decisión de mis padres de no llevarme con ellos a Francia, y así no verme retrasado en mis estudios por culpa del idioma, cambió la vida de los tres.

La llegada a Barcelona se produjo una mañana calurosa y húmeda del mes de agosto de 1966. En esos años, viajar de Galicia a Barcelona era una auténtica odisea. Eran veinticuatro horas de viaje, pero podrían convertirse en más, en función de lo que sucediera. Íbamos apelotonados en un tren al que se le conocía, imagino que por las muchas horas que pasabas dentro, por el nombre de «Shangai Express».

Me ilusionaba vivir en Barcelona. Acostumbrado a mi pueblecito asturiano, a mi aldea gallega o a mi pequeña Lugo, la Ciudad Condal me pareció otro mundo. Sin mucho tiempo para encontrar colegio, mis padres me matricularon en el instituto más cercano, que no era otro que el Juan de Austria.

A escasos diez minutos de casa, empecé a estudiar primero de bachiller. No fue un cambio traumático, pero sí radical. Pasaba del control de un colegio como el de los maristas de Lugo a la libertad de un centro público en el que estudiar o no dependía de tu interés y de la vigilancia que podían ejercer tus padres. Aunque nunca tuve que formar para cantar el himno de Pemán, me hace sonreír cada vez que recuerdo que, en clase de Formación del espíritu nacional, el profesor

nos hacía cantar mientras él tocaba al piano *Soldadito español*.

Cuando llegué con apenas diez años a Barcelona, yo ya era del Real Madrid por aquellos recuerdos radiofónicos que tenía.

Hasta los once años no quise ser periodista. Influyó en mi vocación que, al llegar a Barcelona, uno de nuestros vecinos del barrio obrero de La Verneda, que trabajaba como guardia urbano en el Ayuntamiento de Barcelona, trajera siempre muchos periódicos que cedían gratuitamente las empresas periodísticas a los trabajadores de la sede consistorial. El *Dicen* (que más adelante se convirtió en el primer medio donde trabajé), *La Vanguardia*, el *Mundo Deportivo* y alguno más eran los diarios que tenía la oportunidad de leer en casa de Manolo. Como tenían televisión, con él veía el partido de fútbol que daba TVE los sábados, y también el Tour de Francia. Creo que el primero que tuve la oportunidad de seguir etapa por etapa fue el de 1967. Se me quedó grabado por las exhibiciones del corredor abulense del equipo Bic, Julio Jiménez, y por la muerte en el Mont Ventoux del corredor británico Tom Simpson. Ese Tour serviría de antesala a la llegada del, para mí, mejor ciclista de todos los tiempos, el belga Eddy Merckx y el no menos mítico Luis Ocaña. Ambos protagonizaron batallas épicas que tuvieron enganchados, durante casi una década, a millones y millones de aficionados al ciclismo. Tengo dudas, pero no me extrañaría que también siguiera desde casa de mis vecinos el Mundial de Fútbol de México 1970. De ese evento todavía guardo todas y cada una de las crónicas e informaciones que publicó el *Mundo Deportivo* en sus páginas dedicadas al Mundial. Me enamoré de aquel Brasil de 1970 que lideraba Pelé, pero es verdad que, al verlo treinta años después, me pareció que jugaban a otra marcha y con una lentitud que haría que les batiera cualquier selección de medio pelo de la actualidad.

En esa época, entre los años 1966 y 1968, fui por primera vez a un campo de fútbol profesional. No se me olvidará en la vida.

Me impresionó un Barcelona contra el Atlético. En el Atleti jugaba Mendoza, un futbolista de Mozambique; al año siguiente lo fichó el Barça. Me gustó mucho la camiseta del Atleti que, no sé por qué, brillaba. Era noche cerrada, había cerca de cien mil personas y aluciné

en colores, nunca mejor dicho.

Me acuerdo también de Quimet Rifé, que era lateral del Barça y luego se convirtió en entrenador. Aquel día me llevó un amigo de mis padres, Jesús López, muy madridista él, el sastre lazarillo que había guiado a mis padres por París. Con él también fui a un Sabadell contra el Real Madrid, en lo que fue la primera vez que vi al Madrid en directo. Me emocionó muchísimo, y ahí sentí que ese era mi equipo. Los jugadores eran mis ídolos, los adoraba. Fue espectacular. La hostia. Desde aquel día, mi destino solo podía ser uno.

Con catorce años me hice socio del Sant Andreu, que estaba en segunda división, y les entrenaba Fernando Daucik. En la inauguración del Narcís Sala vi al Barça de Martí Filosia, Diéguez y alguno más. Todo suena superantiguo, como veis, y seguro que a la mayoría no los conocéis, pero son mis primeros recuerdos.

A los dieciséis años aproximadamente fuimos a Madrid a pasar las Navidades con mis tíos. Aprovechamos para visitar el Bernabéu y pedí a algunos de los jugadores que me firmaran un libro de fotografías. Conseguí los autógrafos de Fleitas, Benito, De Felipe, Manolo Velázquez, Ramón Grosso ¡y de Amancio! Casi lloro con el grandísimo Amancio Amaro, mi gran ídolo de la época. Aquel era, para el que no lo sepa, el Madrid de los Ye-yé.

Todo esto fue forjando en mí una personalidad muy marcada. Se me fue metiendo dentro el veneno del deporte en general, del fútbol en particular, y sentía que había nacido para vivir todas estas cosas desde dentro. Como la madre naturaleza no me había dado facultades físicas, estaba claro que el único camino posible tenía que ser el periodismo deportivo.

Y así fue.

SEGUNDA PARTE

Juventud

Cuando fui alumno de los escolapios

No era buen estudiante, o por lo menos no dedicaba al estudio todo el tiempo necesario. Estudié hasta segundo de bachillerato en el instituto Juan de Austria de Barcelona. En tercero, con doce años, ingresé en los escolapios de San Antón gracias a la recomendación de don Eutimio Requejo. Sin duda, don Eutimio fue una de las personas de las que más aprendí. Sus consejos en los viajes matinales en autobús desde La Verneda hasta la Ronda de San Antonio a veces caían en saco roto, pero con el tiempo sirvieron para que madurara y fuera consciente de que, si me lo proponía, podía hacer realidad el sueño de convertirme algún día en periodista deportivo.

Pero si importantes fueron los consejos de don Eutimio, más lo fueron los de su hijo, Ferran Requejo. Después de mi padre, Ferran siempre ha sido mi referente. Doctor en Filosofía e Historia, ingeniero industrial, politólogo y escritor, sus enseñanzas marcaron mi paso de la adolescencia a la juventud. Lector compulsivo, él fue el responsable de mi amor por la lectura y de mi despertar al mundo, más que de la política, de la concienciación social. Ligado desde muy joven a Jordi Solé Tura, uno de los padres de nuestra Constitución, Ferran peleó en los estertores de la Dictadura por una sociedad mejor desde Bandera Roja. De su mano viví las primeras elecciones democráticas con él como interventor del PSUC, y conocí a gente que tiempo después fue importante en la vida política catalana.

De esa época recuerdo que, con el consiguiente enfado de don Eutimio, se celebró la muerte del dictador y alguna de las reuniones que se celebraban en aquel piso compartido de República Argentina, y no solo para hablar de política. Para mí, lo divertido era jugar al tenis con la primera consola que conocimos en blanco y negro y con dos rayitas que hacían la función de jugadores. Tampoco faltaban las partidas de cartas o cualquier juego que en aquel momento estuviera de moda. Porque si algo tiene Ferran es esa pluralidad que se refleja en su amplio currículum. A pesar de su vasta cultura, nunca fue el típico empollón. Tenía tiempo para todo. Jugaba al baloncesto, le

encantaba (y le sigue encantando) el fútbol y se apuntaba (y me imagino que seguirá haciéndolo) a todo aquello que podía divertirle tanto a él como a Teresa. Porque también Teresa merece capítulo aparte, sobre todo por la paciencia que siempre tuvo conmigo cuando secuestraba a su chico para que me enseñara a jugar a algo o me ayudara con algún problema de mates que no acababa de entender. Lo único que no consiguió fue llevarme a su lado en los gustos futbolísticos. Culé de los que ejercen, algún vacile se llevó cuando el Madrid le mojaba la oreja a su querido Barça, aunque tampoco él perdía la oportunidad de devolverme la moneda cuando el que palmaba era el Madrid de mis amores.

Volviendo a mi etapa en Can Culapi (el colegio de los escolapios), donde también estudió Joan Manuel Serrat, tengo que decir que, aunque solo estuve tres años, esa etapa me marcó tanto a nivel cultural como humano. Allí viví el paso de la infancia a la adolescencia y de allí extraje una frase que siempre he tenido muy presente en mi trayectoria vital. La cita era del padre Feliu, en aquella época rector del colegio, y decía algo así como: «Haced o procurad hacer vuestros sueños para que nunca tengáis que arrepentiros de no haberlo intentado». Puede que esta frase fuera la que me llevó a tratar de hacer realidad mi sueño de ser periodista, aunque las perspectivas no fueran las mejores. En este aspecto, recuerdo también una charla de ese enorme periodista que era Miguel Ángel Bastenier, que en una clase de segundo de Periodismo nos dijo aquello de que: «Con los licenciados que hay hoy en España se cubrirían todas las redacciones del mundo».

De los tres años que estuve en los escolapios, el mejor, sin duda, fue el segundo. Aprobé cuarto y reválida de una tacada, y todo parecía ir bastante encarrilado. Craso error. Quinto de bachiller fue un absoluto desastre. Suspendí cinco asignaturas en junio, aprobé una en septiembre y los curas me dieron la boleta porque tenían como norma no aceptar a alumnos repetidores.

En este punto ya tienes a Luis y Trini, mis queridos padres, buscándole colegio al niño para que siguiera estudiando. Cansados de que no pusiera toda la carne en el asador para llegar un día a la

universidad, se plantearon matricularme en la Escuela Técnica del Clot para que aprendiese un oficio que me sirviera para ganarme la vida en un futuro no muy lejano. La verdad es que ni recuerdo hacia dónde querían encaminar mi formación. Por suerte, no había plazas, porque de haberlas habido seguramente hoy no sería periodista y estaría ejerciendo alguna profesión que, sin temor a equivocarme, no me habría hecho feliz.

Al final, no sé cómo ni por qué, acabé o acabaron matriculándome en el colegio Alpe, y eso volvió a cambiar el rumbo de mi vida. Atrás quedaron mis amigos, que hoy siguen siéndolo, de los escolapios de San Antón. No me olvido de Ernesto Vidal Haya, que se nos fue hace unos años; Joaquín Martínez; Carlos Pérez, el otro madridista de la clase; José Luis Costas, Grice, Torres Guixens, Morató, Perramon, Rabadán, Just, Boneu, Nadal, Manolo Roldán, Solé, Oliva, Doménech, Torres Beltrán… y otros muchos que ahora no me vienen a la memoria pero que forman parte de una de las etapas más entrañables de mi vida.

En el colegio Alpe repetí quinto, me matriculé de alguna de sexto y, de algún modo que no recuerdo, al cabo de muy poco tiempo entré a trabajar en la administración del centro. Ahí conocí a tipos fenomenales que me ayudaron a convertirme en un hombrecito. Rafa Zugasti, Jesús Benito, don Alejo Pérez (dueño y director del colegio) y su hijo Javier marcaron esa etapa de mi vida previa a mi llegada a la universidad. Fueron años muy divertidos no solo por los momentos vividos, sino por la gente que estaba a mi alrededor.

Con diecisiete y dieciocho años, las jaimitadas estaban a la orden del día. Desde emborrachar a Love, a la sazón Ricardo Amor, con Agua del Carmen (una especie de medicina para el dolor de vientre) hasta irnos de vacaciones de invierno o de verano con alumnos y compañeros del colegio. Por allí estuvieron Julio Rodríguez, Serafín Cardenal, Alberto Roig, Isi Pérez Cartas, Carlos Zugasti, José Antonio Martínez y alguno que me dejo en el tintero por aquello de que, cuando llegas a ciertas edades, los jugadores se empiezan a descolocar en tu cabeza.

Y hablando de jugadores… En esa etapa en Alpe conocí a muchos

deportistas que después han formado parte de mi vida profesional y privada. Don Alejo era un enamorado del deporte y quiso convertir su colegio en una especie de universidad americana. Por allí pasaron entre otros Miguel Consegal, pertiguista histórico de los setenta; Javier Moracho; Fernando de Andrés, mito del balonmano español; Ángel Rovira, extremo e internacional del Barcelona; y futbolistas que alternaban su participación en la competición escolar con su presencia en las categorías inferiores del Barcelona y del Español, además de jugadores de baloncesto que, en mayor o menor medida, hicieron historia en el deporte de la canasta.

De los que después pasearon su nombre por la élite, al primero que conocí fue a mi querido y siempre recordado Miguel López Abril. Un año y medio mayor que yo, Miguelito pasaba más tiempo en los billares de los sótanos del edificio que en clase. Divertido y socarrón, algún duro me ganó jugando al dominó. Aunque solo tenía diecisiete años, Miguel ya era una estrella del baloncesto. Había debutado con el primer equipo del Barcelona y su amigo Juanito Corbalán, uno de los niños prodigio de nuestro básquet. Coincidimos en sexto de bachiller, y él me sirvió de introductor de embajadores para conocer al que ahora es mi cuñado —en aquella época entrenador del equipo de baloncesto—, Juan Giménez, y después a Epi, Sibilio, Juan de la Cruz, Perico Ansa, Nacho Solozábal y Pedro Práxedes. Muchos eran campeones del mundo escolar, y otros tantos (como Loquillo, Santi Arqués, José María Ciervo, Alañá, Atienza y Carod) en una u otra época pasaron por el colegio aprovechando la beca para jugar en el campeonato escolar, pues el Alpe competía al más alto nivel.

Os habréis dado cuenta de que unas líneas antes he citado a un tal Loquillo entre los jugadores que pasaron becados por el colegio. Contesto ya a la pregunta que podéis estar haciéndoos: ¿es el mismo que triunfa en la música desde hace cuarenta años, uno de los estandartes del rock de este país? Es él, y ya entonces empezaba a llamar la atención. En una época en la que el tupé ya había pasado de moda, el Loco aparecía con él. En ese tiempo era inseparable de Miguel Tarín, también jugador de baloncesto, con su chupa de cuero y su pelo cortado al estilo de los años cincuenta o sesenta. Ni Miguel ni

Loquillo pasaban desapercibidos fueran a donde fuesen. Primero por sus pintas y después porque a Tarín, con dos metros y diecisiete de altura, era difícil no verlo. El Loco tampoco era pequeño, pero sobre todo era porque lideraba un grupo de gente que siempre lo acompañaba y lo imitaba en sus maneras y en su forma de vestir.

Curiosamente, aunque con el tiempo mi vida profesional y personal ha estado más vinculada al mundo del baloncesto, mis inicios en la práctica deportiva están relacionados con el fútbol de mi infancia y el balonmano de mi adolescencia. En el colegio Alpe empecé a jugar nada más y nada menos que a las órdenes de uno de los mejores jugadores de la historia: Fernando de Andrés, jugador en aquel tiempo del Barcelona, pero que antes había estado en el Atlético de Madrid. Formaba tándem con Juan Manuel Berbel, portero y compañero de Valero Rivera en el Barcelona B, que me brindó la oportunidad de entrenar en el colegio Virolai una vez que decidí colgar las zapatillas tras un breve paso por el Universitario. Con el tiempo, a ese dúo se incorporó Ángel Rovira, también jugador del Barcelona y con el que después estuve de entrenador. De esa última época, casi mejor ni hablar. Las reuniones que teníamos los lunes para estructurar la semana empezaban en una cena y acababan en casa de los padres de José María Mesalles —que acabó siendo abogado de Željko Obradović y Samuel Eto'o— a las seis de la mañana, jugando al póquer y bebiéndonos hasta el agua de los floreros.

Éramos cinco: Ángel, Mesalles, Joaquim Oliveros, Jordi Calvet y el que suscribe, pero de vez en cuando llevábamos a algún invitado no para hablar de balonmano, sino para completar nuestras partidas de cartas. Alguien tenía que perder, y casi siempre era el que no formaba parte del grupo. Recuerdo que uno de los viajes en autocar para ir a entrenar a La Garriga en donde don Alejo había creado un nuevo colegio, coincidió con el intento de golpe de Estado del 23F. El conductor tenía la radio puesta y pudimos seguir con más o menos atención las andanzas de Tejero y su secuestro del Congreso de los Diputados. A esas horas, entre las seis y las siete de la tarde, no le dimos mucha importancia al tema. Fue después, ya de regreso, cuando nos dimos cuenta de la gravedad de lo que estaba pasando en Madrid.

Esa noche, como otras muchas desde que conocí a Juan Giménez, nos fuimos a cenar a lo que llamábamos la «zona vasca», en la calle Sicilia, cerca de la plaza Monumental de Barcelona. Por allí aparecieron Javier Mendiburu, que venía de entrenar con «el Coto»; Perico Ansa, que estaba en el Barcelona; mi compadre Jorge Andreu y alguno de los habituales que vivía por la zona y que formaba parte de nuestro grupo de chiquiteo. La mayoría eran vascos o con orígenes euskaldunes. El ambiente en el restaurante Aralar convertía *Psicosis* de Hitchcock en una comedia americana. Más de uno ya pensaba en largarse a Francia, y los que no teníamos posibles para plantearnos esa opción nos fuimos a casa con el acojono y la incertidumbre de no saber lo que iba a pasar al día siguiente y si, en mi caso, mi participación en las primeras elecciones como ayudante de interventor del PSUC iba a ser motivo de castigo por parte de aquellos energúmenos.

Curiosamente, con uno de esos energúmenos coincidiría meses más tarde. Como cuento en otro capítulo, después de muchas prórrogas, y ya con veinticinco años, me tocó, por obligación que no por gusto, cumplir con mis deberes militares. Tras realizar el campamento en Cáceres, donde coincidí con Gabriel Colomé —periodista y años después regidor del Ayuntamiento de Barcelona y portavoz del grupo socialista—, mi siguiente destino fue la Agrupación de Intendencia Reserva General en la carretera de Extremadura. Mi estancia allí a las órdenes del capitán Lasquetty y el brigada Ortiz coincidió con el inicio del juicio a los militares golpistas. Repartidos por distintos cuarteles más o menos cercanos al Servicio Geográfico, donde se celebraban las vistas, a mi destino vino a parar el capitán Muñecas. Imagino que por el nombre a nadie le llamará la atención, pero si les digo que es el que pistola en mano anunció «la pronta llegada de una autoridad militar competente, por supuesto», serán muchos los que sabrán de quién les hablo. Aunque no pude ser testigo —como soldado raso no tenía acceso a la sala de oficiales—, me lo contó algún alférez que lo que vio allí dentro, y aquello podría completar el guion de *La escopeta nacional* de Berlanga. Más de una noche y más de dos, cuando el alcohol empezaba a hacer efecto, Muñecas y alguno de los que lo

acompañaban no tenían reparo en utilizar el cuadro del Rey como diana para probar la puntería de sus pistolas, además de dedicarle todo tipo de improperios e insultos.

Cuando cumplí el sueño de estudiar Periodismo

Después de bachillerato y COU, tuve que hacer un examen de acceso para estudiar Periodismo. Una de las partes de la prueba era una recensión o resumen de un artículo de Julián Marías en *La Vanguardia*. Nos presentamos unos mil, pero solo había trescientas plazas. Conseguí entrar, aunque no pensé que fuese a aprobar. De hecho, mientras esperaba el resultado, me matriculé en Turismo y Marketing en la Central de Barcelona. Cuando me notificaron que había aprobado, fue como cumplir un sueño. En cultura general era bueno, redactando creo que soy mejor de lo que pienso. Además, llevaba buena media de COU.

El primer año de universidad estuvo muy politizado, con muchas huelgas. En pleno 1974, había muchas manifestaciones, y los estudiantes estábamos muy movilizados. Hubo tanta inasistencia que dieron el aprobado general. Defendíamos a muerte la universidad pública. En Periodismo, por ejemplo, no teníamos ni facultad propia. Yo ya era de izquierdas, y viniendo de barrio, aquello lo tenía grabado.

No empezó mucho mejor el segundo año. Las penas de muerte firmadas por Franco para el fusilamiento de cinco miembros de ETA y la muerte por garrote vil del anarquista Salvador Puig Antich, no fueron el mejor caldo de cultivo para relajar el ambiente. Seguían las movilizaciones, hasta que una mañana de noviembre llegó la noticia que muchos esperábamos: Franco acababa de fallecer en la madrugada del 20 de noviembre de 1975. Aunque cada mañana, antes de irme a la universidad, tenía por costumbre escuchar la radio para saber si el dictador había pasado a mejor vida, ese día, no me preguntéis por qué, no lo hice. Como muchas mañanas, coincidí en el autobús que me tenía que llevar a la estación de tren con mi amiga Carmen Alejandre, de la que en su día había estado medio enamoradillo.

—¿Qué crees que pasará ahora que ha muerto Franco? —me preguntó Carmen casi en un susurro.

—¿Cómo? —quise saber—. ¿Ha muerto esta madrugada? ¡No me jodas!

No empecé a dar saltos de alegría, pero casi. Aunque no sabíamos lo que iba a pasar y éramos muchos los que pensábamos que Juan Carlos iba a continuar lo que el dictador había dejado atado y bien atado, la muerte del hombre que había gobernado España durante cuarenta años ofrecía una mínima esperanza de que algo pudiera cambiar.

Y vaya si cambió.

Una vez conocida la noticia, la disyuntiva que se me presentó fue qué hacer a continuación. «¿Me bajo en la siguiente parada y me vuelvo a casa, o sigo el camino que ya he iniciado y me voy a la facultad, aun sabiendo que no habrá clases?», me preguntaba. Decidí lo segundo, pero como os podéis imaginar mi destino no fue la clase que me tocaba a esa hora, sino el bar, donde se descorchaban botellas de cava como si se celebrara la noche de fin de año o las verbenas de San Juan. Eran tiempos de rebeldía, y aunque no faltaban los adeptos al régimen, en Cataluña, en concreto en las universidades, el ambiente que se respiraba era de total animadversión hacia lo que nos había gobernado en aquellas cuatro décadas.

En los meses posteriores a la muerte del dictador se empezó a corear aquello que después se repitió en cada acto cultural o festivo: «*Llibertat, amnistia, estatut d'autonomia*», que creo que lo escuché por primera vez en un concierto al aire libre de Lluís Llach en el campus de la Autónoma de Bellaterra.

Antes, en mi primer mes en Bellaterra, ya había pasado por allí Raimon y su *Al vent*. En aquellos años setenta, la Autónoma de Barcelona era un oasis de libertad o, como diría Esperanza Aguirre cuando le pidieron su opinión sobre la cadena TeleMadrid que heredó de Gallardón, un «nido de rojos». Por allí pasaron como profesores de las diversas facultades Pascual Maragall, Heribert Barrera, Isidre Molas, Serra Ramoneda, Josep Fontana, Roman Gubern y un largo etcétera que sería complicado enumerar. De los que tuve, recuerdo con especial cariño a Miguel Ángel Bastenier, del que hablo en otro capítulo; Jesús María de Miguel, hermano del también sociólogo Amando de Miguel; Salvador Alsius; Santiago Roldán, que años

después fue uno de los hombres de confianza de Enrique Tierno Galván; y el inolvidable para todos los que, después de ser alumnos, fuimos sus amigos, Carlos Pérez de Rozas.

A algunos compañeros todavía los tengo en el disco duro. A unos, como Miguel Rico y Frederic Porta, porque hemos caminado juntos en la profesión, y a otros y otras por habernos ayudado en el aprendizaje del oficio. Por desgracia, no todos los que empezamos tuvimos la misma suerte. A mi amiga Mercè Bosch le perdí la pista cuando era profesora de catalán en un colegio cercano a mi barrio de La Verneda, y de Lluïsa Colominas solo recuerdo el porro gigantesco que nos fumamos en su piso del Paralelo y que me cayó como un tiro. Cómo sería el colocón que esa fue una de las últimas veces que me dio por fumar un cigarrito de la risa. Ellas dos, Mercè y Lluïsa, estaban como si nada y el que suscribe, malísimo y sin poder reaccionar hasta la mañana siguiente.

Cuando hice mi primer viaje al extranjero y acabé detenido en Francia

La primera vez que salí de España fue en el verano de 1976, y surgió de forma casual. Os cuento.

Yo estudiaba Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Autónoma de Bellaterra. Diría que estaba en segundo. Casi llegando a final de curso, allá por el mes de junio, me encontré a uno de mis mejores amigos del colegio, Manuel Roldán, de los escolapios de San Antón del que ya os he hablado. Habíamos estado juntos muchos años y además vivíamos en el mismo barrio, es decir, habíamos tenido mucha relación. Total, que me encontré con él, que estudiaba Económicas, y me dijo que estaba planeando un viaje al extranjero, una especie de *tour* por Francia, Bélgica, Holanda y lo que fuera surgiendo con otros dos compañeros.

—¿Te apuntas, Siro? A tiempo estás…

—Vale. Pues me parece interesante —le dije casi sin pensar.

Aquella tarde se lo comenté a mis padres nada más llegar a casa porque, a ver, ya ganaba algo de dinero por mi trabajo en el colegio Alpe, pero eran cuatro insuficientes perras. Mis padres se ofrecieron a echarme un cable y pude apuntarme al viaje con Manuel y sus dos amigos.

Yo me moría de ilusión, la verdad. Ya sabéis que uno de mis motivos más potentes para hacerme periodista —al margen de lo que me encantaba el mundo del deporte—, era viajar por todo el mundo. Es una de mis grandes pasiones. Sobre todo, la posibilidad de conocer París, porque era donde habían trabajado mis padres y tenía la espinita de no haber podido ir a recorrer las calles de las que tantas historias me contaron. Desde niño, se formó en mi interior un ideal sobre la capital francesa, y yo ya tenía en mente que el día que saliera de España debía empezar por ahí.

Nos fuimos de acampada con un Renault de color crema de uno de los compañeros de Manolo. Y para allá que marchamos con una tienda de campaña, sacos y una primera parada fija desde que arrancamos:

París. Estuvimos allí unos cuatro días. Me hinché a hacer fotos, todavía creo que guardo diapositivas de aquel viaje. El camping estaba en el Bois de Boulogne.

Después de saciar toda mi curiosidad, de allí nos fuimos a Bélgica, y juraría que la primera parada fue Bruselas. Tengo, además, un recuerdo muy bueno de aquello. Siempre me han caído muy bien los belgas, y se corroboró en aquel viaje. Curiosamente, uno de mis yernos es de allí.

En Bruselas nos recibieron muy bien, y esa primera impresión fue fundamental. Habíamos salido a tomar algo a las puertas del camping, que estaba delante de unas casas unifamiliares. Allí entablamos amistad con una familia que vivía justo al lado, y nos invitaron a tomar vino en su casa y a charlar con ellos. El primer día ya nos dieron las tres o las cuatro de la mañana. Quizá también nos chocó el contraste al haber estado en Francia los días previos, pues ya sabéis que los parisinos son muy chovinistas, y desde luego en nuestro país vecino la gente, al menos con la que nos cruzamos, no fue tan amable o cariñosa como en Bélgica. Me encantó Brujas, me alucinó Gante. Allí alquilábamos bicicletas para recorrer las ciudades. En fin, fue una experiencia espectacular de la que aún hoy me acuerdo con claridad.

Luego fuimos a Holanda, directamente a Ámsterdam. Y nada, lo típico: paseando por la plaza Dam, se nos acercó un chico y nos ofreció hachís. Nos miramos algo sorprendidos, porque se había cumplido lo que intuíamos que podía pasar en cualquier momento.

Lo hablamos un poco entre nosotros.

Nos miramos.

Nos sonreímos.

Lo debatimos.

—Venga, danos una china —le dijimos, traduciéndolo como pudimos.

Puede que fuese un gramo, dos o tres. Ni idea. Solo sé que era muy pequeño. Lo que sí que recuerdo es que, como siempre he sido muy negociante, o discutidor, mejor dicho, fui yo el que llevó la voz cantante.

—Cincuenta florines —nos decía el tipo.

—Te doy cinco, no me jodas —le dije, muy digno.

—Cuarenta florines, no menos.

—Que no, que no. Te doy diez, si quieres.

—¡Treinta y no se hable más!

—Mira, te doy veinticinco y si nos gusta mañana hablamos otra vez —zanjé, aguantándome la risa.

Como yo había hecho la compra y había llevado la negociación, casi por imperativo legal me tocó guardar la china en uno de mis bolsillos.

No teníamos experiencia. Hasta ese momento, ninguno de los cuatro había fumado hachís. Decidimos que nos lo íbamos a fumar en el camping. Y no sé si esa mañana de camino al camping o esa tarde, cuando ya nos batíamos en retirada, nos lo pensamos mejor.

—¿Y si en vez de fumárnoslo en el camping nos lo guardamos y nos lo fumamos en España con nuestras novietas? —dijo alguno (casi prefiero no recordar quién fue, porque igual fui yo, pero no lo quiero ni saber).

En nuestra mente, el plan era perfecto. Compartiríamos el canuto con nuestras chicas, nos embarcaríamos juntos en esa experiencia de fumar el cigarrito de la risa y, después, ancha sería Castilla.

En fin, así lo dijimos y así se decidió. Guardé la china en una bolsa que llevaba al cuello con el dinero, el pasaporte y todo lo imprescindible, esas cosas que no se pueden perder y que hay que guardar con seguridad.

El viaje ya estaba llegando a su fin y teníamos que movernos hacia el sur, bajar a España, vaya. Decidimos no desandar lo andado, sino hacer otro recorrido. Empezamos por Luxemburgo, que teníamos ganas de conocer un poquito tanto el país como la capital.

Y en estas que llegamos a Metz, a un paso de la frontera entre Luxemburgo y Francia, situada en la ciudad de Thionville. Recuerdo que sería alrededor del 15 o el 16 de agosto de 1976. Pasábamos por allí, y no sé si porque nos vieron jóvenes o porque éramos cuatro chavales en un coche, por darle alguna explicación, el caso es que el gendarme nos dio el alto.

—¿De dónde vienen? —nos preguntó con la clásica seriedad policial.

Nos reímos.

Nuestros pensamientos se conectaron entre sí y nos dijimos para nuestros adentros: «Este tío es gilipollas. Si estamos entrando por la frontera de Luxemburgo, ¿de dónde cojones vamos a venir?».

—De Luxemburgo —dijimos al fin, medio descojonados, como si fuéramos ya fumados, lo cual no le hizo demasiada gracia al francés.

—¿Y antes? ¿Dónde estaban antes?

Ahí decidí llevar la voz cantante, porque se me encendió como una luz.

—Nada, venimos de Bélgica —le dije, ya con menos risas.

—¿Y antes? —insistió.

—¡Francia! —respondí, como si estuviera en *Saber y ganar*.

—¿Y antes? ¿Han estado en algún sitio más? —siguió porfiando, muy inquisitivo.

Entonces uno de los otros tres, no recuerdo quién, alzó la voz:

—¡De Holanda!

«A tomar por culo», pensé yo.

—Aparquen el coche ahí mismo, por favor.

Aparcamos en el lugar que nos indicó.

Bajamos.

Nos hicieron entrar de uno en uno y yo me quedé el último.

—¿Qué te han hecho? —preguntamos al primero que salió.

—Nada, macho. Me han puesto en pelotas y me han mirado de arriba abajo.

—Joder. Madre mía… —alcancé a decir, consciente de la que se me venía encima.

Pasó el segundo y tres cuartas partes de lo mismo.

Con el tercero igual.

Y le tocó al último. Al menda.

Me empezaron a revisar, a mirar y remirar. Me hicieron desnudarme. Y cuando parecía que la cosa estaba más o menos superada, pensé: «Qué raro que no me hayan mirado la bolsita». Yo estaba literalmente como mi madre me trajo al mundo y la bolsa al cuello.

—¿Y eso? —me dijo al fin uno de los gendarmes.

Lo abrí.

Empezaron a mirar y de pronto sacaron la onza. La china. Los porros.

—¿Y esto qué es?

En ese momento de «tierra, trágame» que estaba viviendo, me entraron ganas de decir, como en el chiste de Eugenio: «Nada, comida para conejos». No lo entendéis, pero en los setenta eso era gracioso. Estuve tentado, de lo evidente que era el tema, de tirar de sarcasmo y sorna española. Pero me contuve.

—Acompáñeme, por favor.

Me metieron en una especie de oficinas que había justo al lado de la garita donde se habían desarrollado los acontecimientos. Me pusieron enseguida las manillas, los grilletes.

—Es la primera vez, ¿verdad? —me dijo el inspector al verme la cara de susto que debía de llevar.

—Sí, sí. Es la primera vez —dije con todo el miedo que me cabía dentro del cuerpo.

—En fin, tiene usted dos opciones: si se hace único responsable y declara que esta cantidad era solo para usted, sus tres compañeros se irán libres. Sin embargo, si declara que era para los cuatro, todos quedarán detenidos y serán juzgados mañana.

Considero que tuve una actitud normal, lo que creo que habríamos hecho todos, ¿no? ¿Para qué íbamos a pagar cuatro si el castigo iba a ser el mismo para uno solo? Entonces decidí que me lo comía yo. Declaré que aquello era para mi consumo y ya está, y así pude liberar a los otros tres.

Estuve allí como una hora u hora y media. Mis amigos esperaban fuera, absolutamente acojonados.

En la radio sonaba Elvis Presley sin cesar dentro de las comandancias aquellas. En aquel momento entendía bastante el francés y me expresaba más o menos bien porque lo había estudiado en bachillerato. Es verdad que no decían nada de la muerte de Elvis, pero sonaban sin parar sus canciones, y por eso recuerdo el día con exactitud.

Al cabo de unas dos horas, ya por la tarde noche, me bajaron para

Metz. Allí me metieron en una celda y viví las escenas típicas de las películas: me obligaron a quitarme los cordones de las zapatillas, entregué el reloj y, en general, mis pertenencias.

—Mañana se le hará un juicio rápido. —Fue lo único que me dijeron.

Me avisaron de que lo más probable sería que me expulsasen de Francia.

Pasé esa noche allí.

Solo.

Creo que mis amigos me pudieron acercar algo de comida. Los pobres allí, más allá de los muros de la gendarmería, seguían esperando alguna noticia. No tuvo que ser cómodo para ellos, a pesar de que estaban libres.

Al día siguiente me llevaron a los tribunales de Metz, la ciudad más importante de allí. Me hicieron el juicio rápido y tengo una anécdota también de aquel día, ya que el fiscal, el abogado del Estado o yo no sé a qué cojones se dedicaba, era un auténtico hijo de puta.

—Oye, tranquilo. No te preocupes. Lo máximo que te puede pasar es que tengas que irte del país. Te darán un tiempo para abandonar Francia y ya está. No tendrás que quedarte aquí ni nada de eso —me dijo el abogado de oficio, tratando de tranquilizarme un poco.

Yo estaba bastante confiado, esperando la resolución. Pero, como digo, aquel hijo de puta del fiscal o lo que fuera dijo poco menos que me iba a tener que quedar allí no sé cuántos meses y no sé qué hostias más. Me metió el miedo en el cuerpo. En fin, el típico hijo de la gran puta.

Al final, claro, llevaba razón mi abogado de oficio. En veinte minutos estaba todo liquidado y me dieron un plazo de veinticuatro horas para abandonar el país.

Cogimos el coche en cuanto pudimos y volvimos a España.

Yo llegué acojonado, porque temía que ese trámite pudiera tener alguna repercusión en España, ya que, además, estaba pendiente de que me concedieran una de las múltiples prórrogas que pedí para retrasar el servicio militar. Esto me tenía asustado y, por otro lado, no quería que de ninguna de las maneras se enteraran mis padres.

Por suerte, no pasó ni una cosa ni otra. Otro episodio más de mi antológica flor en el culo.

Sí que es verdad que el abogado me dijo que la sanción que me habían puesto era de por vida, pero me aclaró que en dos años podría pedir el perdón al Ministerio de Justicia de Francia a través de la embajada y que, por lo general, se condonaba el castigo o la sanción que me hubieran puesto.

¿Habéis ido vosotros a la embajada a solicitar ese perdón?

Yo tampoco.

La verdad es que hoy no sé si sigo expulsado de por vida de Francia o con el paso del tiempo esto está superado. Vete a saber.

A lo mejor en otro capítulo os cuento si volví a intentar entrar en el país vecino.

Cuando trabajé en el periódico *Dicen* cubriendo la información de balonmano

Mis inicios en el periódico *Dicen* coinciden con mi entrada en el mundo del periodismo. Llegué allí, como casi siempre, fruto de la casualidad. Mi vida se resume en una mezcla de coincidencias, azares y saber estar en el lugar oportuno en el momento adecuado. En definitiva, soy un tipo con suerte.

Ya en tercero de carrera, cuando aún trabajaba por las mañanas en la biblioteca del colegio Alpe —pues tenía turno de tarde en la universidad—, estaba desayunando un día como si nada en el bar Marienbad (curiosamente, me acuerdo del nombre del garito), que estaba al lado del centro, en el 579 de la Gran Vía de Barcelona, cuando apareció Jordi Calvet, que por entonces estudiaba Marketing y Publicidad. Había sido compañero y amigo (y lo sigue siendo) porque habíamos entrenado a equipos de balonmano del Alpe. Además, él había sido jugador del Barça juvenil y creo recordar que en aquel momento estaba en división de honor con un equipo que se llamaba Sant Fost, un pueblecito cercano a Barcelona. Nos saludamos y me preguntó:

—Oye, Siro, ¿te interesaría trabajar en el periódico *Dicen* para ocuparte del balonmano?

—¿Y eso?

—Nada, que resulta que Antonio Moñux se va a un periódico nuevo, al *424*. Igual te podría interesar. Me lo han ofrecido a mí, pero ya sabes que quiero meterme en el tema de la publicidad, el marketing y todo eso, y la verdad es que trabajar en un periódico no me interesa ahora mismo.

—¿Quién te lo ha ofrecido? —le dije mosqueado pero muy interesado.

—Me lo ha dicho Pepe Calatayud. —Había sido su entrenador en los juveniles del Barça.

—Bueno, bueno… ¿Y qué tengo que hacer?

—Pues nada, tienes que ir al periódico *Dicen*, preguntar por Antonio

Hernández Filloy, que es el jefe de balonmano de la redacción, y hablar con él y tal; no sé, supongo que te harán una prueba. Algo sencillo, seguro.

—Bueno, pues iré esta tarde, venga.

Dicho y hecho.

Me planté allí y pregunté por Antonio Hernández Filloy. Este me hizo una especie de entrevista en la que me preguntó qué hacía, dónde estaba, si tenía algún tipo de experiencia en el mundo del periodismo… Yo le dije que no. No quería empezar mintiendo. Le confesé que estaba estudiando y poco más.

Naturalmente, cuando me cogieron, tuve que dejar mi puesto de bibliotecario en el Alpe. Por entonces allí cobraba unas treinta mil pesetas, y pasé a no cobrar nada en el *Dicen*. Hasta al cabo de un año no me ofrecieron un sueldo, pero igual era de quince mil pesetas al mes… Me llegaba para pagar los autobuses y poco más. Pero lo vi como una oportunidad única para meter la cabeza en la profesión a la que me quería dedicar. Digo esto porque hay gente que cree que los que tenemos el culo pelado, llevamos mucho tiempo ejerciendo y ahora nos ganamos la vida mucho mejor, hemos tenido las cosas fáciles en nuestros comienzos y que no hemos sufrido para llegar donde estamos.

Empecé al día siguiente, así como si nada.

Sin anestesia, me mandaron a cubrir una historia de balonmano. Decidí escribirlo todo a mano en un papelajo para después, como se solía decir, pasarlo a limpio, a máquina.

—Pero ¿qué haces? —me dijo Antonio Hernández Filloy en cuanto me vio con la libreta y el boli.

—Pues nada, lo que me has dicho, preparar la noticia.

—Ah, no, no. Lo tienes que hacer directamente en la máquina de escribir. Aquí no estamos para perder tiempo. ¿Cómo te vas a poner a escribirlo a mano y luego pasarlo? Nada, nada.

No recuerdo muy bien qué información sería. Supongo que alguna columnita, medio folio como mucho, pero aquella fue una primera piedra en mi carrera como periodista de la que me sentí muy orgulloso.

Y fui sumando días a los días, y semanas a las semanas, y a lo tonto me tiré medio año. En ese momento coincidió con el Mundial B, ya que había varios campeonatos en función de la categoría en la que estuviera el país en cuestión. Nosotros estábamos en la B. Era una época en la que las grandes dominadoras eran la Unión Soviética, Yugoslavia e incluso Rumanía, que tenía auténticos equipazos. Guardo mi primera acreditación de aquel evento.

Fijaos lo que son las cosas: en aquella selección española de balonmano, la casualidad hizo que tuviera amistades anteriores que después acabaron en la élite. Fernando de Andrés, que jugaba también en el Barça, un auténtico mito del balonmano, había sido entrenador mío en el colegio Alpe, ya que yo, además de estudiar y trabajar allí, jugaba. Y también me había entrenado Ángel Rovira, otro que estuvo muchos años en el Barcelona, y alguna vez como internacional. Gracias a estos contactos previos, enseguida conocí a Valero Rivera, que jugaba en el filial del Barça y poco después pasó al primer equipo. Coincidíamos, él como entrenador del colegio SaFa y yo al principio como entrenador del colegio Virolai y después del Alpe. De ahí me viene la amistad con Valero, uno de mis mejores amigos dentro y fuera del deporte. Por supuesto, todo esto me abrió camino para cubrir la información del mundo del balonmano, ya que tenía acceso a la gente importante del mundillo.

Después de esos apasionantes y rápidos seis meses en el *Dicen*, allá por febrero de 1979, me llamaron el director, don Julián Mir, y el redactor jefe, Santi Gargallo. Como Justo Conde había pasado de jefe de baloncesto del periódico a jefe de compaginación, me dieron la posibilidad de entrar en la sección de baloncesto, en la que Manuel Moreno iba a ser el nuevo jefe. Yo, encantado y enamorado del baloncesto, acepté.

Después de aquello, Manolo —con el que trabajé cuatro años y es uno de mis maestros, sobre todo a nivel de prensa escrita, ya que me daba muy buenos consejos y aprendí muchísimo de él— me dijo que habían pensado en mí porque sabían de mi amistad, al margen del periodismo, con muchos de los jugadores del Barça de los que ya os he hablado.

Y para rematar este recordatorio de mi época en el *Dicen*, aunque ya he hablado y requetehablado de algunos compañeros y maestros que me enseñaron mucho de lo que después fui aprendiendo en la profesión, no me quiero olvidar del director, don Julián Mir; del subdirector, Santiago Codina, que en ocasiones intentó llevarme por el camino del boxeo e incluso alguna crónica llegué a escribir en el Price de Barcelona sobre las veladas de aquella época; de Antonio Vallugera, que también me mandó a lo que se llamaba «la vuelta al langostino» en Tarragona, donde tuve el honor de conocer a mi entrañable Carles Francino y a su jefe de entonces, el director de COPE Reus, Alfonso González.

Tampoco quiero olvidarme de Justo Conde, gracias a la intervención del cual tuve una mili, digamos, «amable». Por supuesto, debo mencionar a Santi Gargallo, en aquel momento redactor jefe del periódico, que siempre apostó por mí; a Josep Sánchez, Jaume Masó y Manuel Rico, que me llevaba a hacer las entrevistas de vestuarios en el Conde de Godó y en los partidos de la Copa Davis, y gracias al cual guardo recuerdos de entrevistas a Manolo Orantes, Adriano Panatta, Ion Țiriac…, a las estrellas del mundo del tenis de entonces.

También me gustaría mencionar a Miki López Barajas, que en paz descanse; y a Joan Valls, al que le gustaba mucho el fútbol internacional e hicimos juntos una página o una especie de contraportada del periódico semanal hablando de este tema del que tanto controlaba él.

En esa época, a Joan Valls le gustaba mucho ir al bingo y —tengo que reconocerlo— a veces tiraba de mí y no me quedaba más remedio que ir a rascar números en los cartones. Alguna vez coincidimos allí con Pedro Ger, que estaba en el *Mundo Deportivo*, y creo que también con Santi Noya, el director actual de ese mismo periódico.

Tampoco me puedo olvidar de Antoni Real e Imma Pedemonte, dos personas que empezaron conmigo. Después, ambos tuvieron su trayectoria periodística en TV3, cuando se creó la cadena autonómica catalana.

Cuando me fui de fiesta con Pajares y Esteso

Con veintidós años, recién llegado al periódico *Dicen*, podríamos afirmar que la noche era nuestra. Éramos los amos de la noche. Los dueños del cotarro. Partíamos el bacalao.

Lo pasé muy bien, la verdad, para qué lo vamos a negar.

Con mi ahora cuñado y uno de mis mejores amigos de siempre, Juanito Giménez, hubo una época (en total, unos cuatro o cinco años) en la que juraría que salíamos cada noche.

—Bueno, salgo todas las noches porque forma parte de mi profesión —les decía siempre a mis padres tratando de justificar lo injustificable —. ¡Ahí es donde consigo las noticias! —zanjaba con una sonrisa en la boca.

Y colaba.

Y era verdad, ¿eh?, que conste.

La mayoría de las noticias las conseguía porque en muchas de esas salidas nocturnas coincidía con mis amigos en alguna de las discotecas más concurridas de esa época y de aquellos barrios, que os recuerdo que daba la casualidad de que eran jugadores de básquet, y con algunos de fútbol, pero sobre todo estaba muy relacionado con el mundo de la canasta.

Solía cenar con Mendi y también, obviamente, con el ya mencionado Juanito, que era el segundo entrenador del Cotonificio. Poca broma.

Los más fieles parroquianos eran Miguelito, Juanito de la Cruz, Chicho Sibilio, Perico Ansa y con los que íbamos coincidiendo por ahí, que iban variando en función del día, pero que podía ser gente como José María Olear, del Cotonificio, o Adolfo Sada, que primero fue jugador y después médico de ese mismo equipo. Estas salidas eran muy habituales. Al que veíamos poco era a Nacho Solozábal, ya que con él coincidíamos más a mediodía en el restaurante Udala, que lo regentaba su hermano José María. Iñaki nunca fue ni ha sido mucho de salir por las noches. No era de esos.

En algunas de estas nocturnidades (lo que son las cosas), llegamos a

coincidir también con gente que no tenía nada que ver con el deporte.

Estas cosas que tiene la noche.

Recuerdo una madrugada que caímos en el mismo garito que Pajares y Esteso, y nos terminaron llevando en taxi a la grabación de la película que tenían entre manos, que se hacía, no me preguntéis por qué, a las dos o las tres de la madrugada. Un sinsentido todo.

Habíamos estado juntos en una discoteca o en un restaurante, no recuerdo dónde, pero sí sé que fuimos con ellos a un bingo que había en la Gran Vía, al lado del cine Coliseum, que es donde se grabó aquella maravillosa película, de la que solo faltó que acabara siendo candidata a los Óscar, que es *Los bingueros*. Estuvimos en la grabación, y ya no sé si incluso salimos de extras y todo. Allí estuvimos Mendiburu, Juanito Giménez y quizá también Perico Ansa, el trío «Lalalá» con el que solía vagabundear por Barcelona.

Habría que hacer el ejercicio de revisar la película fotograma a fotograma, porque estoy convencido de que acabamos saliendo en ella. Y seguro que alguno de los que estáis leyendo esto lo vais a hacer. Y después me lo vais a contar.

Me llamó muchísimo la atención (no lo había visto nunca) que en el trayecto hasta donde se grababa la película, Pajares iba escuchando una cinta, creo que para hacer alguna de sus imitaciones, que debía de ser de alguien popular que no termino de encajar en mi memoria. Pero tengo la imagen clavada de él con un casete practicando la imitación de algo que igual tenía que utilizar en la película.

Tanto Pajares como Esteso nos parecieron dos tíos muy majetes y nos cayeron muy bien.

En esa época, en el periódico *Dicen* había una página de espectáculos y de cine. La llevaba Gabarró, que también era el mánager de una especie de, digamos, *night club* de la calle Urgell, Mr. Dollar. Allí tuvimos la ocasión de conocer a Susana Estrada, que en aquellos momentos estaba muy de moda, e incluso se llegó a rumorear que había tenido un lío con Enrique Castro «Quini», por aquello de que ambos eran asturianos. Quini también era de los que no se retiraba para casa a las diez de la noche, y le gustaba mucho salir con su amigo Charly Rexach y con algún otro jugador de la plantilla del

Fútbol Club Barcelona.

¡Ay, la noche!

Tuvimos la oportunidad de conocer a Bibi Andersen, que también actuaba en ese garito que os decía.

En fin, vivíamos la noche. Íbamos a todos los sitios que había que ir y cerrábamos las discotecas que había que cerrar, como Trauma, Quartier, Charly Max —que después fue Ribelino's— y el Up & Down, que eran el último grito en aquella época mesozoica de la que provengo. Eran lugares habituales donde era fácil y frecuente encontrarse a los deportistas: a los jugadores de fútbol, a los de baloncesto y a los de balonmano.

Éramos jóvenes y fueron años locos.

Y hasta aquí puedo leer.

Cuando entré en el mundo del baloncesto con una noticia falsa

Acababa de terminar el entrenamiento del Cotonificio, equipo dirigido por Aíto García Reneses en el que estaba mi amigo Javier Mendiburu. El ayudante era Juanito Giménez que, como ya os he dicho, más adelante se convirtió en mi cuñado.

—Oye, que he quedado para tomar una cerveza con un amigo mío del Alpe —le dijo Juanito a Javier, refiriéndose a mí—. Quedamos en el Udala (el restaurante que regentaba José María, el hermano de Nacho Solozábal), y hablamos con él, porque no sé qué nos quiere comentar.

Javier enseguida se dio cuenta de una de mis mayores características: llegué tarde.

—Estoy trabajando en el *Dicen* como columnista de balonmano y Julián Mir me ha pasado a la sección de baloncesto —les dije nada más empezar.

La verdad sea dicha: en ese momento yo no tenía experiencia, contactos ni conocimientos sobre baloncesto. Nada. El motivo de la reunión era para ver si me podían echar un capote con alguna noticia o contándome alguna historia jugosa. En fin, lo que fuera.

En cuanto se lo pedí, los tres, Juanito, Javier y el hermano de Nacho, unos auténticos cabronazos, se miraron y sonrieron.

No me di cuenta de lo que tramaban.

—Va, va, Mendi, cuéntale lo que nos has dicho —le decían a Javier.

—No, no, que eso no se puede publicar.

—No, hombre, eso no lo digáis porque nos podemos meter en un lío —decía Juan.

Mientras ellos iban interpretando su papel de poli bueno y poli malo y Javier se hacía el remolón, yo me iba poniendo cada vez más nervioso pensando en qué coño de noticia sería aquella que iba a lanzar mi carrera en el periódico.

Moría por saberlo.

No podía más.

Insistía e insistía.

—Va, venga, te lo voy a contar —me dijo Mendi al final—: José María Margall, que queda libre, aconsejado por su familia, va a fichar por el Real Madrid.

—¡Joder! ¿Por qué se lo has dicho? Que es muy grave. Nos vamos a meter en un follón —decía Juanito.

—A ver, Siro. Ya tienes la noticia, pero a nosotros ni nos nombres, ¿eh? —me recalcó Javier.

—¡Hostia! Esto es de puta madre. ¡Va a ser un notición! —les decía yo entusiasmado.

—Pero aguántalo unos días, Siro.

—No, no voy a aguantar porque seguro que se filtra y me la van a levantar.

La cosa no fue a más.

Ellos, claro, se quedaron allí partiéndose el culo de mí. Pensaban que iba a entrar en el *Dicen* y que me iban a poner a barrer la redacción cuando llegara con la noticia.

Pero a los dos días salió en titulares.

«José María Margall, aconsejado por su familia, ficha por el Real Madrid».

Y los cabrones se acojonaron de la que habían liado.

Se montó la mundial en Badalona. Al hermano de Margall, que trabajaba en una sucursal bancaria, los socios de La Penya iban allí a ponerlo a parir y el pobre José María venga a darle vueltas pensando en quién cojones sería aquel Siro López al que nadie conocía.

Así entré en el mundo del baloncesto.

Por la puerta grande.

Y así empezó mi amistad con Javier Mendiburu, al que todavía aguanto cuarenta años después de casi conseguir que mi carrera periodística empezara y terminara una mañana en el Udala de la calle Sicilia.

Empezamos a frecuentar la zona en la que Nacho y su hermano tenían el restaurante, donde había seis o siete bares vascos. Y allí solíamos ir a tomar cerveza como si no hubiera un mañana.

Yo, como decía Mendiburu, «pisaba una botella de vino y ya me

pillaba un colocón tremendo». La gente normal solía proponer «vamos a tomarnos unas copas» o «vamos a tomar unos cubatas», pero yo decía: «Vamos a tomar unas "jagggillas"», pues me costaba pronunciar las erres, y esa dificultad crecía exponencialmente cuantas más «jagggillas» me bebía. Y se partían el culo conmigo y mi antológica dicción.

En una de estas, en una discoteca de moda de Barcelona en aquella época llamada Equilibrio —que estaba subiendo el Tibidabo, una montaña, para los que me lean desde fuera de España y no sean muy duchos en geografía—, quedamos un día Perico Ansa, Juanito y no sé quién más.

Y yo volvía de una cena, ya calentito.

Iba colocado.

Iba ganador.

—Venga, vamos a tomar la última —dijo Perico.

—No, no, por favor, a mí no me saques porque no me entra nada más —le dije, haciendo un esfuerzo sobrehumano por dejar un hueco a mi lengua en el paladar.

—Va, venga, la última y nos vamos —insistió Perico.

Nos pusieron los cubatas.

Empiné el codo y, de tanto inclinarlo, perdí el equilibrio y me fui para atrás. Me caí del taburete y me di una hostia monumental.

—No, no, no, no… no pasa nada, tranquilos. ¿Ves, Perico? Ya te había dicho que no me entraba nada…

Me sobrepuse como pude y abandonamos el garito.

Habíamos llegado en el coche de Juanito, y no sabemos por qué al salir nos encontramos tres ruedas deshinchadas. Quizá nos las habían pinchado, desinflado o vete a saber.

Sacamos la de repuesto y nos pusimos a intentar quitar las tuercas.

No había manera.

Eran las cinco o las cinco y media de la mañana, y a las seis el tranvía empezaba a funcionar.

Y el coche estaba aparcado encima de las vías.

—¡Dejadme a mí! ¡Dejadme! —dije yo, envalentonado.

Me puse de pie, le di un golpe tremendo a la rueda y empezaron a

ceder las tuercas.

Y en estas, mientras estaba dándole fuerte para quitar la tuerca, le di una patada a la de repuesto y empezó a rodar monte abajo como si no hubiera un mañana.

Me caí para atrás y me quedé panza arriba.

—¡Mendi, Mendi! ¡Se me está moviendo todo el Tibidabo! —le dije arrastrando mucho las consonantes.

—¿El Tibidabo, cabrón? Que tenemos a Juanito corriendo como un loco detrás de la rueda…

Como estas podría contaros decenas. Centenares, quizá. Podría incluso escribir un libro solo con las anécdotas con esta gente.

Más adelante, cuando todos estos jugadores con los que tanta amistad entablé y de los que tanto os he hablado empezaron a retirarse del deporte profesional, pasamos de vernos casi todos los fines de semana —los sábados, después de los partidos, montábamos mesas de veinte o treinta personas, incluidas nuestras parejas, y eso que había gente de todos lados: Joventut, Cotonificio, Barcelona, Madrid…— a hacerlo de forma más esporádica. Se fue perdiendo de una manera lógica cuando cada uno se fue retirando, fueron surgiendo distintas obligaciones y, en definitiva, empezamos a hacernos mayores.

Pero un día hablando con Mendi, al repasar el tiempo que hacía que no veíamos a alguno, se nos ocurrió la idea de montar una peña tipo sociedad gastronómica vasca.

Y fundamos la Peña de los Yunguinguis.

Teníamos entonces un restaurante vasco, Les Caves Rekondo, en El Masnou (un pueblo costero de Barcelona), y decidimos que, pasara lo que pasase, el último jueves de cada mes, sin mandar citas, recordatorios ni hostias en vinagre, allí había que estar. El que quería, estaba. Se sabía que el último jueves de cada mes nos íbamos a reunir.

Al principio fue un auténtico espectáculo porque llegamos a juntarnos hasta cuarenta. Éramos todos un poco de nuestra madre y de nuestro padre. Pero empezaron a venir amigos de amigos y terminamos por no conocer a algunas de las personas que se apuntaban, se empezó a embarrar la cosa, e incluso llegó a haber

alguna trifulca. Aquello se fue reduciendo, hasta quedarse en los quince o veinte más habituales.

Empezó hace más de treinta años y seguimos haciéndolo, lo que tiene mucho mérito.

En una de estas, quisimos darle un poco de salsa al tema, e ideamos una camiseta porque uno de los que venían al principio y luego dejó de venir, Lluís Canut, acababa de sacar un artículo sobre Boža Maljković y Aíto García Reneses, en el que comparaba lo que había ganado el serbio en Europa y lo que cobraba el entrenador madrileño, con el siguiente titular: «Gallo o gallina».

—¿Por qué no nos hacemos camisetas con lo de gallo o gallina para la cena de esta noche? —le propuse a Mendi.

Dibujamos una especie de gallo y, en la cara, le pusimos la cabeza de Maljković, y debajo colocamos una gallina, con la cabeza de Aíto, poniendo un huevo.

Le dimos a imprimir y sacamos unas cuantas copias.

Nos la pusimos debajo de la camisa.

En los postres, nos quitamos la camisa y mostramos el diseño.

Fue espectacular. La gente de las otras mesas se asomaba a nuestra zona por el follón que estábamos montando.

Cuando hice mis primeros viajes como periodista

Además de las secciones de balonmano y baloncesto, en el *Dicen* hice un poco de todo. Mis primeros viajes por el mundo del periodismo fueron como reportero de este diario. Con el balonmano creo que viajé, casi pagándomelo todo, a la Copa Latina. Pero el primer viaje oficial podríamos decir que fue con la selección olímpica de fútbol. Cubrí la preparación para los Juegos Olímpicos de Moscú 1980 y la participación del equipo en este evento.

Ya como periodista, aterricé en Sunderland, al norte de Inglaterra, muy cerca de Newcastle, donde se jugaba un interesante Inglaterra contra España. En aquella época, las federaciones en deportes olímpicos o juveniles, al menos algunas de ellas, invitaban a los periodistas deportivos. En este caso estábamos allí el *Dicen*, el *Mundo Deportivo*, el *As* y el *Marca*. La organización invitaba a un redactor —le daba alojamiento, le pagaba el viaje y corría con todos los gastos— a cambio de que informara y de que desde su medio se dedicara atención al evento. En el caso del fútbol, estaban interesados en fomentar las selecciones olímpicas y juveniles, pero con otras federaciones (como balonmano o baloncesto) querían que se les dedicara espacio incluso a las selecciones absolutas.

Total, que en una de estas me propusieron si quería ir. Me chocó, pues llevaba poco tiempo, pero enseguida entendí que los veteranos estaban ya hasta los cojones de viajar y pensarían: «¿A quién le puede interesar ir con las selecciones olímpicas?». Pues a los novatos, como todo en la vida. Hasta de trincar se cansa uno al final.

El entrenador era José Emilio Santamaría, que después fue el seleccionador nacional en el Mundial de España de 1982 y antes había sido entrenador del Real Club Deportivo Espanyol. Es también, todo hay que decirlo, uno de los grandes de la historia del Real Madrid, con el que ganó cuatro Copas de Europa.

Recuerdo que en ese viaje conocí a Luis Arnaiz, que era ya un tío muy contrastado y uno de mis ídolos. Era redactor del diario *As*, y no

sé si tendría algún cargo en aquella época, pero era miembro del equipo fundacional del *As*, que empezó a imprimir periódicos en 1968 o por ahí.

También conocí allí a un personaje con el que aún hoy mantengo una gran amistad y con el que me veo de vez en cuando: Julián Ruiz. Escribía la columna «El cortador de césped» en el *Marca*, y es hijo de Ruano, un mito de ese periódico. Por aquel entonces, Julián ya estaba vinculado al mundo de la música, y recuerdo que en aquel momento me tuvo de acá para allá para buscarle unas gafas a Popotxo, mitiquísimo miembro de la Orquesta Mondragón. Me impactó mucho conocer a Julián, al que ya admiraba, porque, claro, llevaba no sé si era una camisa y unos zapatos verdes, y también una chaqueta indescriptible, de esas que solo se las puede poner él. Era muy estrafalario en el vestir, siempre lo vi como un adelantado a su época, incluso ahora, que ya supera los setenta años. Tiene una de las mayores colecciones de vinilos de España y no sé si del mundo, y la expone en el Conde Duque.

Ya metidos en el campeonato, jugando contra Inglaterra en Sunderland, recuerdo que Poli Rincón se picó con Kennedy (creo que era el defensa central) y, cuando solo llevaban cinco minutos de juego, le soltó tal puñetazo que le dejó KO, le expulsaron y nos dejó con diez. Cada vez que le veo, se lo recuerdo.

Después de este campeonato tuve un segundo, también con la selección olímpica, en el que fuimos a Lieja y dormimos en Bruselas. Me viene a la mente que estaba Paco Buyo, paisano mío, al que saludé con cariño y, sin comerlo ni beberlo, nos fuimos de fiesta por allí con unos cuantos más. Salieron medio escondidos, así como agachados, en un taxi que yo les había pedido. Aparte de Paco Buyo, sintiéndolo mucho, no me acuerdo de quiénes eran los demás.

Con el balonmano, como os digo, también hice viajes, pero a nivel interno. No pagaba yo todos los gastos, pero casi. Para ello, aproveché mi amistad con Ángel Rovira, que jugaba en el Barça. Recuerdo que una noche, con motivo de un desplazamiento a Alicante para hacer la crónica de un Calpisa contra el Barcelona, estuve jugando a las cartas hasta las tantas con aquella banda de tahúres, que no sé cómo no me

desplumaron. Creo que la suerte del novato hizo que incluso les sacara un poco de pasta y todo. Estaban allí jugando conmigo Quico López Balcells, pívot del Barça y de la selección española, Ángel Rovira y alguno más del que no termino de acordarme.

Me marcó mucho un viaje que hice en enero de 1981, meses después de acabar los Juegos Olímpicos. A la selección juvenil de España de fútbol la invitaron a jugar un torneo en Moscú que llevaba el nombre de Valentin Granatkin Memorial, un mito del fútbol soviético y vicepresidente de la FIFA al que homenajeaban tras fallecer en noviembre de 1979. Se celebraba en un campo cubierto. Era la primera vez que veía un campo de fútbol de esas características. Aquel viaje me impactó muchísimo. Entre los jóvenes futbolistas de esa selección estaban Francis y Michel, del Real Madrid, con los que después de esa etapa tuve muy buena relación; Cobelo, portero del Barça que, tras retirarse, trabajó en el Celta de Vigo; y Pedraza, que falleció hace unos años, un centrocampista muy elegante del Barça, donde llegó a jugar en el primer equipo. Y me acuerdo también de Manolo, no el del Atlético de Madrid, sino de otro Manolo del Barça juvenil, un granadino que jugaba muy bien. No sé si estaba Zurdi, del Sporting de Gijón. Y Nadal, creo recordar, pero un Nadal que venía del Castellón. Allí estuvimos unos diez días, y la verdad es que fue el primer viaje que se me grabó en la memoria. Imaginaos, un chaval de aldea como yo en pleno Moscú, un Moscú de la antigua Unión Soviética. Me hacía tantísima ilusión conocer la plaza Roja… Nuestro hotel, el Intourist, estaba a cinco minutos. Llegamos un 1 de enero a eso de las doce de la noche. Ahora que pienso en la fecha entiendo por qué fui yo… ¿Quién cojones iba a querer ir allí después de Nochevieja? Es más, probablemente tuve que viajar a Madrid el 31 de diciembre y luego coger el avión al día siguiente. El caso es que llegué, tiré las maletas encima de la cama y a las doce y media de la noche salí a la calle con una nevada de cojones, para presenciar y empaparme de la esencia de la famosa plaza Roja de Moscú. Y fue tal como me la imaginaba: impresionante. Además, creo que en Navidad impresiona más, por la nieve, el ambiente, las luces y todo eso.

¡Ah! Casi se me olvida. En ese viaje a Moscú conocí a Juan Antonio

Samaranch, que por entonces era el embajador español en la Unión Soviética, pero meses después lo eligieron ya para el puesto que le daría el reconocimiento mundial: presidente del Comité Olímpico Internacional. En aquel torneo nos vino a visitar, estuvo presente en algún partido y pudimos conocerle y charlar con él todos los que estábamos en aquella expedición. Además tuvimos el honor de ver algo que muy poca gente había visto, al menos en aquella época, ya que estaba cerrado al gran público, pero hicieron una excepción con nosotros: las joyas del Kremlin.

Me llamó la atención el diamante más grande del mundo, o algo así, que creo que procedía de Sudáfrica; también había tesoros de los zares y reliquias que tuvimos la oportunidad de contemplar de cerca.

Cuando fui un ultra del Barça

En resumen, en el *Dicen* hice un poco de todo. Empecé en balonmano y luego estuve en baloncesto como secciones fijas, pero después, como se suele decir, hice la travesía, el puerto… ¡Lo que fuera! Lo que me pidieran. Allí estaba yo, siempre disponible. Para un roto y para un descosido. Cubrí hasta un partido benéfico entre los veteranos del Espanyol y el Barcelona el día de Año Nuevo para recaudar dinero para una causa que ahora no recuerdo.

Pero la anécdota que os quería contar en este capítulo es lo que me sucedió cuando poco menos que me metieron a la fuerza en un autocar con dirección a Beveren, camino de la semifinal que tenía que jugar el Barcelona contra el equipo belga del mismo nombre que la ciudad, lo que después desembocó en la famosa final de Basilea en la que el Barcelona se proclamó campeón de la Recopa de 1979 ante el Fortuna de Düsseldorf, con el soporte de miles y miles de aficionados blaugrana que se desplazaron desde la Ciudad Condal en los autocares que puso a su disposición la directiva que presidía Josep Lluís Núñez.

El Barça, previendo que lo que se avecinaba era importante y que necesitaba de gran apoyo, puso autocares a tutiplén para que los aficionados que quisieran ir y tuvieran ganas de darlo todo por el equipo pudieran desplazarse, digamos semigratis, a ver ese partido tan decisivo. De hecho, se les ofrecía repetir la experiencia si el equipo se clasificaba, acompañándolos de nuevo a Basilea.

Y ahí estuve yo, como un caballo de Troya por así decirlo, metido entre la afición del Barça en ese viaje. Tan metido estuve que me pusieron un gorro del equipo, una trompeta y todos los abalorios que me identificaban poco menos que con uno de los Boixos Nois. Es más, los cabrones me hicieron incluso una foto que me persigue y que la gente continúa sacándome cuando hago gala de mi madridismo extremo.

Ahora que recuerdo, creo que en el autobús iba también el bueno de Nicolau Casaus.

Lo que hice allí fue una especie de crónica de ambiente,

involucrándome en el viaje desde el minuto uno hasta el último, viviéndolo todo en primera persona como el mayor barcelonista del mundo. Es un poco como esos reportajes que se hacen ahora de «21 días fumando porros». Pues parecido, pero menos tiempo y más aburrido. Me metí, eso sí, fácil, doce horas de ida en autocar y otras tantas de vuelta. Y todo en dos días. Estuve más tiempo con el culo en el asiento que paseando por las calles belgas.

Cuando la Guardia Civil me encerró en un calabozo del Vicente Calderón

De esta primera etapa en el *Dicen* data una anécdota que recuerdo con mucho cariño, pero vamos a ponerle comillas a la palabra «cariño».

Con motivo de la final de la Copa del Rey de 1981 que disputaron el Sporting de Gijón y el Fútbol Club Barcelona, me desplacé a Madrid para hablar con don Raimundo Saporta, porque me había tocado hacer la mili en la Región Militar de Madrid, pero esta historia os la contaré en el siguiente capítulo.

Lo primero que hice fue ir a hablar con él para que me conociera y, ya que estaba, aproveché para cubrir la información de la final de la Copa con mi compañero y amigo Enrique García Corredera. Todo estaba discurriendo con normalidad, la verdad. Yo estaba allí con mi acreditación, tal y como correspondía, cubrimos el partido, ganó el Barça con gol de Quini y, una vez acabado, había que dirigirse hacia la sala de prensa. En aquella época (y creo que esto duró varios años más), en el Vicente Calderón, que es donde se celebraba la final, tú ocupabas tu sitio en la grada, en la tribuna de prensa, y para acceder a los vestuarios y a la sala de prensa debías volver a entrar en el campo, tenían que abrirte las vallas y cruzar el túnel, igual que los jugadores y el cuerpo técnico. Me dispuse a hacer ese camino —todavía estaba el rey Juan Carlos por allí, porque aún no se había entregado la copa, y también el entonces príncipe Felipe—, y en estas que recibo un empujón de alguien, que después me enteré de que era un capitán, un comandante o algo de eso, un cargo militar importante.

—Oiga, oiga, ¡no me empuje!, que soy periodista —le dije enseñándole la acreditación— y tengo que acceder al campo. Tranquilo, que no estoy aquí para agredir ni para robarle la camiseta a ningún futbolista —zanjé con cierta sorna.

Me apartaron de malas maneras. Parecía que la cosa se calmaba. Yo estaba un poco nervioso, explicando que tenía que bajar para hacer mi trabajo en la sala de prensa. Después de unos tres o cuatro minutos de tensa espera en la que no iba ni para adelante ni para atrás,

aprovecharon que había cierta tranquilidad en el ambiente y que ya nadie estaba pendiente ni de mí ni de los miembros de la Guardia Civil para cogerme del hombro.

—Acompáñenos.

Se me pusieron los huevos de corbata.

—Oiga, oiga, ¡que yo tengo que ir a la sala de prensa! ¡Que estoy trabajando!

—Que no, que no. Que nos acompañe.

Obviamente, os podéis imaginar, no me quedó más remedio que irme con ellos. Y cuál fue mi sorpresa cuando, sin comerlo ni beberlo, me metieron en un calabozo. Yo alucinaba porque desconocía que en el Calderón hubiera calabozos, aunque después me enteré de que en casi todos los estadios había un lugar similar para estos fines.

Entré allí acojonado, sin saber reaccionar. No me dijeron nada más ni me dieron explicación alguna.

Allí dentro me encontré con un personaje que podemos decir que era, cuando menos, peculiar. Uno de los que estaba acostumbrados a entrar en esos sitios. Como me debió de ver con cara de corderito degollado, me preguntó:

—Pero ¿qué has hecho?

—¿Yo? ¡Nada!

—No te preocupes, ¿eh? No te preocupes. Si nos van a soltar, no te preocupes. Nos van a dar un par de hostias y nos dejarán irnos —me dijo con acento del sur.

Yo no sé si me dijo eso para tranquilizarme, pero mi pensamiento era otro. Estaba convencido de que todo se aclararía y me dejarían marchar antes o después, pero lo que me empezó a preocupar en ese momento era lo que me acababa de decir, ¡que me iban a calentar el lomo!

—Joder, pues si me lo has dicho para ayudarme, lo has conseguido —le dije con ironía—. ¡Si yo lo que no quiero es que me den un par de hostias!

A las dos horas se acabó la película. Me soltaron y, por suerte, me libré de ese par de hostias que parecían aseguradas. Intervino Nicolau Casaus, entonces vicepresidente del Barcelona, pues se enteró a través

de mi compañero, ya que García Corredera se había percatado del asunto, habló con gente del Barcelona y enseguida se corrió la voz, le llegó a Nicolau y este habló con el gobernador civil o con algún otro cargo importante y consiguieron sacarme al cabo de un rato.

Pero esas dos horas masticando mis propios testículos no me las quita nadie y no se me olvidarán en la vida. No pude cubrir la información para el periódico, todas las crónicas ya estaban hechas cuando me soltaron, ni pude captar ningún titular de los personajes. García Corredera y yo salimos de allí a eso de la una de la madrugada con una mano delante y otra detrás.

Y esa fue, a mi corta edad, la segunda vez que estuve en un calabozo.

Cuando hice la mili

La verdad es que si para muchos el tema de la mili es poco menos que un trauma o un mal recuerdo, para mí, viéndolo en perspectiva, fue una etapa cubierta de anécdotas que la convirtieron en una gran experiencia. Fue otro de esos momentos vitales en los que las coincidencias y el azar me hicieron vivirlo de un modo distinto a lo que seguramente me tocaba.

No había parado de pedir prórrogas por estudios porque la verdad era que no me apetecía nada hacer la puta mili ni cumplir con los deberes de la patria. Además, ya estaba trabajando y me partía por la mitad todos los planes. Pero claro, al final no me quedó más remedio porque ya no había más prórrogas que jugar. Esto funcionaba de la siguiente manera: entrabas en un sorteo para ver dónde te tocaba, pero después renunciabas y pedías prórroga. En uno de los sorteos, el último, a los veinticinco años, en pleno 1981, me convertí en un abuelo entre reclutas. Es lo mismo que me pasa ahora en Twitch, aunque allí me junté con otros tantos como yo, como Gabriel Colomé, que con el paso del tiempo fue compañero en el mundo del periodismo, aunque también hizo Políticas, Derecho o algo de eso, y fue, y es, un hombre importante del Partido Socialista de Cataluña. El caso es que en este último sorteo me tocó Cáceres. Lo comprobé y me di cuenta de que Cáceres pertenecía a la Región Militar de Madrid. Estaba ya mascando que antes o después tenía que hacer el servicio militar y si no era ese año sería el siguiente, pero no podía alargarlo mucho más porque me parece que había que hacerlo antes de los veintisiete años. Así que nada, me lancé a esa promoción.

Sabía que a José Joaquín Brotons, cuando le tocó hacer el servicio militar en 1974 o por ahí, le ayudó Raimundo Saporta, y gracias a él tuvo una mili bastante plácida que pudo compaginar con el trabajo y que le sirvió para quedarse en Madrid, donde él no había trabajado nunca, ya que tanto su labor periodística como su vida habían transcurrido en Barcelona. Yo le daba vueltas al tema de cómo gestionar todo aquello, cómo llevarlo a efecto. Entonces se me ocurrió

que la persona a la que había sustituido, Justo Conde (el jefe de compaginación), era amigo de Raimundo Saporta, una auténtica institución en el mundo del periodismo deportivo dedicado al baloncesto.

—Oye, Justo, por qué no hablas con Raimundo Saporta a ver si me puede echar una mano, que me ha tocado la Región Militar de Madrid y el campamento en Cáceres… A ver si me ayuda para que me toque un buen destino y tal… —le dejé caer una tarde.

—Vale, vale. No te preocupes —me dijo.

Dicho y hecho. Justo habló con él y don Raimundo, que si te podía ayudar siempre lo hacía, fueras del color que fueses, me echó una mano. Recuerdo mil detalles de Saporta con jugadores del Barça que iban a la selección. Por ejemplo, a la madre de Miguel López Abril, con el que mantengo una relación que puede decirse que es incluso familiar (de hecho, creo que solo fue a un Campeonato de Europa con la selección española, el de Belgrado), siempre le mandaba un ramo de flores el día de su cumpleaños. Don Raimundo no lo olvidaba nunca. Y era algo habitual con el resto de los familiares de los jugadores de la selección, ya que, además de vicepresidente del Madrid, era también vicepresidente de la Federación Internacional de Baloncesto y presidente del Comité Organizador del Mundial de 1982.

Total, que Raimundo Saporta me convocó en Madrid para que fuera a conocerle y tal. Vino conmigo Enrique García Corredera para aprovechar y cubrir la final de la Copa de ese año, Barcelona-Sporting.

—Tú tranquilo, Siro. Vas a ir a Cáceres, porque del campamento no se libra nadie, y después, cuando te den destino, te vas a venir aquí a Madrid a la Agrupación de Intendencia Reserva General. Y además vas a hacer la mili con un nieto de Luis de Carlos.

Luis de Carlos, para los despistados, era en ese momento el presidente del Real Madrid y durante muchos años fue el tesorero o el secretario general en la época de don Santiago Bernabéu. Una institución y un hombre maravilloso, la bondad personificada. En la mili conocí a Luis, que se llamaba como su abuelo, con el que después he tratado de contactar por teléfono alguna vez, pero nos hemos perdido la pista.

Y se cumplió todo lo prometido por don Raimundo. Del campamento en Cáceres hice la mitad de la mitad de lo que se exigía a los demás, porque como yo tenía amigos en todas partes, también conocía a gente en la secretaría de la Facultad de Ciencias de la Información de Bellaterra, en Barcelona, y hablé con una de mis amigas de administración.

—Oye, hacedme llegar un certificado que diga que tengo exámenes y que me tengo que presentar irremediablemente.

Y así fue. Me lo prepararon, a pesar de que no tenía ningún examen que hacer ni nada que se le pareciera, y eso me libró de unos diez días de campamento, de un total de treinta o treinta y cinco días que duró en total. Eso que me quité.

Después me tocó, como ya sabía, Madrid, en la Agrupación de Intendencia, que estaba en la carretera de Extremadura. Y como una tía segunda de mi madre vivía en la calle Galileo de Madrid, enfrente de Pompas Fúnebres, pude pedir «pase pernocta», lo que me permitía no tener que dormir en el cuartel, así que en invierno me podía ir a las seis de la tarde y en verano nada menos que a las dos. Como también era amigo del presidente de la Federación y del secretario general de la Federación de Balonmano, Roberto Tendero y Antonio Zamorano respectivamente, me metieron a trabajar en el gabinete de prensa de la Federación, donde coincidí con mis amigos Enríquez y Manolo Falkowski. Y nada, allí estuve trabajando con ellos mientras hacía de corresponsal del periódico *Dicen*, con lo cual me sacaba un dinero, así que no lo pasé mal.

En la mili, como os podréis imaginar, también me busqué la vida. Entré como oficinista en mi compañía y me hice muy amigo del brigada Ortiz, que ahora es comandante retirado en Granada. También trabé amistad con el capitán Lasquetty. La verdad es que me lo pasé muy bien, para qué os voy a engañar. Aproveché que un día, estilo Cañizares, se me cayó un bote de colonia en el pie y me hice una raja, y estuve cosa de tres meses yendo de paisano como si en vez de un soldado fuera el general de la Compañía.

—Siro, escúchame, ¿tú tienes uniforme? —me dijo el capitán al cabo de tres meses.

—Sí —le dije.

—¿Y por qué no te lo pones?

—No, es que me he hecho un corte en el pie y me hace daño el zapato y, claro, no se me permite ir con zapatillas y a la vez con el uniforme.

—Mira, con zapato o sin zapato, mañana vienes con el uniforme, porque si no te voy a meter una semana en el calabozo.

—Joder, capitán, que ha sido un motivo médico, no es un capricho mío.

—Sí, pero el motivo médico dura ya tres meses. A ver si te crees que soy gilipollas y no sé cuándo te hiciste tú el corte, y desde cuándo estás viniendo de paisano cada día.

Por supuesto, al día siguiente me presenté con la cabeza gacha y el uniforme puesto. Y con los zapatos. Me sentía demasiado joven para pasar una tercera vez por el calabozo.

Mi brigada Antonio Ortiz era muy aficionado al fútbol y de vez en cuando me pedía entradas para el Bernabéu. Entonces eso, quieras que no, me obligaba a llamar a don Raimundo Saporta. Por cierto, él siempre nos decía:

—Venga usted a verme de vez en cuando y me cuenta a ver cómo le va y si necesita algo.

Y yo, pues bueno, en cuanto llegué a Madrid destinado desde Cáceres le fui a ver. Don Raimundo era muy servicial, aunque insistía en llamarnos de usted a pesar de lo cercano que se mostraba.

—Si necesita alguna entrada o lo que sea, usted me lo dice.

Y como el brigada sabía de mis tejemanejes con el vicepresidente del Real Madrid, yo le llamaba y conseguía las entradas.

Tengo una anécdota que refleja cómo era don Raimundo Saporta, cómo me cuidaba y el cariño que siempre me dispensaba. Una de las veces que fui a visitarlo —a lo mejor fui cuatro veces en todo el servicio militar—, me preguntó:

—¿Qué tal le va, Siro?

—Nada, bien, bien, don Raimundo, no se preocupe.

—¿Usted necesita algo?

—No necesito nada, no. Si estoy trabajando en la Federación de

Baloncesto y además sigo de corresponsal del periódico *Dicen*. En lo único que gasto es en gasolina para el coche, y con lo que me pagan unos y otros tengo suficiente.

—Bueno, de todos modos, venga usted a verme dentro de quince días.

Total, que pasaron esos quince días y fui a verle tal y como me había indicado.

Y me entregó un sobre.

«¿Qué será esto?», pensé yo.

—Mire, en este sobre hay una libreta de cheques gasolina —algo que antes se estilaba mucho— para que usted los utilice.

Hay que aclarar que, además de presidente del Comité Organizador de España 1982, él era también consejero del Banco Exterior de España.

Así que me entregó esa libreta de cheques que me duraron como tres meses.

—Y cuando se le acaben, venga usted a pedirme más.

Nunca fui a pedirle. Se lo agradecí muchísimo, me sirvió para no gastarme ni un duro en gasolina en esos meses, pero nunca me ha gustado abusar. Pero refleja cómo era y cómo cuidaba a su gente.

Y tengo otra anécdota más. En una de mis últimas visitas, para despedirme y decirle que ya iba a terminar la mili y todas esas cosas, me preguntó:

—Oiga, ¿a usted le gustan los Rolling Stones?

—Hombre, pues sí, me gustan los Rolling Stones —le dije ilusionado, oliéndome por dónde podían ir los tiros—. Me gustan mucho, de hecho.

—Pues tenga dos entradas para ir a verlos, que tocan en junio en el Vicente Calderón. —Era uno de los grandes actos preliminares de cara al Mundial de España de 1982.

Así que la primera vez que vi a los Rolling Stones en directo fue gracias a don Raimundo Saporta.

Además, me dio dos entradas que estaban prácticamente al lado del palco. Recuerdo que si me estiraba un poco, casi podía darle la mano a la reina Sofía.

Fue increíble.

TERCERA PARTE

Madurez

Cuando García me dijo: «Llámame en septiembre»

La mili también me sirvió para entrar en Antena 3. Gracias a la coincidencia de que la hice en Madrid, fui a la presentación del Real Madrid en el Santiago Bernabéu y ahí conocí a José María García.

Hasta ese momento mi relación con él era de simple oyente, como la inmensa mayoría de los españoles, por no decir todos. Cuando estaba en el diario *Dicen*, yo era de esos que se acostaban con él cada noche.

Total, que en una de esas a través de las ondas me enteré de que en diciembre iban a abrir la emisora en Barcelona.

«¡Esta es la mía!», pensé yo, que siempre había soñado con trabajar en la radio. Así que aproveché para ir al Santiago Bernabéu y provocar, digamos, un encuentro con José María García.

Lo vi.

Siempre he sido un poco tímido, aunque no lo parezca, por lo menos hasta que cojo confianza. Allí estaba un compañero del *Mundo Deportivo*, Manel Fanlo, que después fue jefe de prensa del Espanyol.

—Oye, me apetecería hablar con García —le dije con vergüenza—. Es que me gustaría trabajar en la radio y he oído que en diciembre van a abrir emisora en Barcelona.

—Pues chico, díselo. No se come a nadie, no te preocupes. García es un tío bastante afable y normal. No te preocupes, de verdad.

Fui hacia él.

Se lo comenté.

—Todavía no tenemos claro lo que vamos a hacer ni cómo lo vamos a hacer —me dijo, y me quedé un poco chafado.

Pensaba que me iba a mandar a paseo.

—Llámame en septiembre —zanjó.

García cambió todo el panorama periodístico deportivo del momento. Supuso un antes y un después en la manera de hacer radio. Hasta entonces, el periodista deportivo era en el mundillo el que no servía para otra cosa. Él le dio otra dimensión a nuestro oficio, y gracias a él se nos empezó a considerar a nivel socioeconómico. Si hacemos un estudio de lo que ganan los periodistas de este país, de los

veinte que más cobran, seguro que la mitad, o más, son de deportes. Y la primera piedra de esta catedral la puso él.

Además, García era distinto: generaba polémica, tenía la mejor información, daba todas las noticias. Lo controlaba todo. Había que escucharle cada noche, ¡no quedaba más remedio! Era adictivo.

Y yo le tenía que llamar en septiembre.

O eso me dijo que hiciera.

Considero que siempre he tenido una especie de sexto sentido para saber cuándo alguien se te quiere quitar de encima y despacharte sin explicaciones. Pero no lo percibí así en ese primer encuentro.

Aunque tengo que reconocer que pensé que, cuando lo llamase en septiembre, García diría: «Pero ¿quién eres tú?». Así que me puse en su lugar. Hay que ponerse en la situación de que eres un dios de las ondas y te llama un pipiolo de veinticuatro años preguntando: «¿Te acuerdas de mí?»; yo pasaría olímpicamente. Había que pensar bien qué decirle y cómo decírselo.

En ese primer encuentro, ya tracé el plan en mi cabeza.

—Si quieres hablo con José Manuel Muñoz, el de Barcelona, y que te lo comente —le dije a García.

Con esto me aseguré otra vía de contacto por si José María no me cogía el teléfono, me ignoraba o no se acordaba de mí: ir a Muñoz, jefe de deportes del *El Periódico de Catalunya*, y decirle: «Oye, que hablé con García y me dijo que te llamara para que le comentaras el tema de la emisora de Antena 3 en Barcelona y tal».

Muñoz, por su parte, tenía que incorporar a dos periodistas a la emisora, y estaba pensando en dos especialistas de fútbol o que entre ellos hubiera uno que controlara varias secciones.

Le llamé.

Me dio largas.

Nos plantamos en octubre y ficharon a Corredera para Antena 3, compañero mío en el *Dicen*, así que sabía cómo iba evolucionando el tema de Antena 3 y, además, tenía un infiltrado en la redacción.

Muñoz seguía dudando.

En noviembre me llamó Corredera a la redacción del *Dicen*:

—Hay una jugadora de baloncesto, Marisol Paíno, con altos índices

de testosterona, y está surgiendo mucha polémica.

Marisol, por así decirlo, era muy masculina a nivel físico y anatómico. Le hicieron una prueba y dio positivo en alto índice de testosterona.

Mientras, García se enteró de que la había operado un médico de hermafroditismo hacía unos años. Pero no sabía quién era.

—Muñoz tiene dudas de a quién fichar, pero si localizas a ese médico entras tú cien por cien —me dijo Corredera.

Me puse a hacer gestiones y, a través de Mario Pesquera, entrenador del Fórum Valladolid, conseguí el número de teléfono del cirujano.

Se lo pasé a Muñoz, y García tuvo a bien meter al médico esa noche en directo. Además, al cirujano se le calentó la boca y acabó confirmando que, efectivamente, había operado a Marisol Paíno de hermafroditismo.

Fue un bombazo total y absoluto.

Al día siguiente fue portada en todos lados.

Así que desde aquí vaya mi agradecimiento a Marisol Paíno. Gracias a ella y a su historia pude empezar a trabajar con García, que me hizo un hueco en la redacción a pesar de que el tanto de haber conseguido la exclusiva del doctor se lo apuntaron ellos.

Cuando secuestraron a Quini

El Barça iba líder en la clasificación hasta que secuestraron al bueno de Quini y empezaron a perder todos los partidos durante el mes y medio que unos delincuentes comunes tuvieron fuera de circulación a Enrique.

Conocía a Enrique «Quini» Castro de haber ido a los entrenamientos del equipo y de vivir un poco el día a día de la actualidad del club en aquella época. Cuando nos enteramos de la noticia, en Antena 3 Radio solo estábamos tres compañeros, así que nos organizamos para hacer turnos en la puerta de su casa, en Travessera de les Corts, para estar lo más cerca posible de las noticias que fueran surgiendo.

Detrás de Can Fuster vivían muchos jugadores del Barça. Quini, Alexanco, Urruti… eran algunos de los que habían elegido un lugar cercano al Camp Nou como lugar de residencia.

Hacíamos guardias de veinticuatro horas porque no sabíamos cuándo podían soltarlo, si es que le llegaban a soltar, que no lo teníamos tan claro.

Óscar Segura hizo de portavoz de la familia, y allí pasábamos las horas, esperando a que saliera a hacer comunicados y para enterarnos de cómo estaba la situación. A medida que pasaban los días, nos empezamos a poner en lo peor. Pronto se confirmó que, contrariamente a lo que se pensaba al principio, ETA no había tenido nada que ver en ese secuestro. La policía fue consciente casi desde el primer momento de que la acción no había sido realizada por profesionales, y eso generaba cierta tensión. No sabían cómo podrían reaccionar los secuestradores cuando se encontraran en un callejón sin salida. Quizá salieran bajando los brazos, pero si se veían en una situación desesperada, podían tirar por el camino de en medio y tener un final no deseable. Fue una espera angustiosa para todos.

Mientras tanto, José María García era el líder indiscutible de audiencia, y no podía permitir que soltasen a Quini y que allí no hubiese nadie de los nuestros.

Cuando por fin le dejaron en libertad —o para ser más exactos,

cuando la policía encontró el zulo en el que estaba retenido—, creo que Corredera estaba haciendo la guardia. A la postre, fue quien tiempo después escribió el libro de Quini con su amigo Enrique Rubio.

Aquello fue muy emocionante, no os podéis imaginar. Terminamos entablando amistad con el policía que lo liberó, Sebastián Trapote.

En el juicio, Quini justificó a sus secuestradores, ya que acabó haciéndose amigo de ellos. Resulta que, dentro de todo lo que pasó, él contó que le habían tratado bien. Con Quini aprendimos a la fuerza la definición de lo que era el síndrome de Estocolmo.

No eran delincuentes profesionales, contaba Quini, más bien unos desesperados de la vida que quisieron buscar en el secuestro una solución a la complicada situación económica en la que se encontraban.

La historia del secuestro no está de más recordarla. Todo empezó un 1 de marzo de 1981. El Barça había jugado y goleado por seis a cero a un Hércules de Alicante que había vuelto a Primera División un par de temporadas antes. Finalizado el partido en el que Quini consiguió el tercer y el cuarto gol del Barça, el delantero asturiano, tras conceder una entrevista a TVE para hablar del siguiente partido que tenían que disputar ante el líder, el Atlético de Madrid, fue a buscar su coche para recoger en el aeropuerto a su esposa María Nieves y a sus hijos, que regresaban a la Ciudad Condal tras pasar unos días en su Asturias natal. Justo en la salida del túnel de Travessera de les Corts, dos individuos lo asaltaron a punta de pistola y lo obligaron a subir a un automóvil que después abandonaron y sustituyeron por una furgoneta en la que se llevaron a Quini a un destino en aquel momento desconocido.

María Nieves se dio cuenta de que algo no iba bien cuando su marido no dio señales de vida en el aeropuerto ni en su domicilio. Sin embargo, la noticia de la desaparición no salió a la luz hasta la mañana del lunes. A esas horas, la mujer del jugador ya había dado parte a la policía, y el domicilio de Quini se convirtió en un hervidero de directivos, amigos, compañeros y medios de comunicación. El martes día 3, casi cuarenta y ocho horas después de producirse la desaparición, los secuestradores se pusieron en contacto con la mujer

del jugador para solicitar cien millones de pesetas a cambio de su libertad. De todo esto y mucho más, los medios de comunicación nos enterábamos más bien poco, por no decir nada. Llegaba alguna filtración, pero nuestra labor se limitaba a entrevistar a los personajes que iban apareciendo por el domicilio de Quini para dar ánimos a María Nieves y sus hijos.

Bernd Schuster, jugador del Barça en ese momento, anunció que no jugaría mientras Quini estuviera desaparecido, así que el Barcelona se vio obligado a jugar contra el Atlético de Madrid ante la indignación de la afición culé, que recibió al equipo, tras perder en el Calderón, al grito de «Quini, libertad».

Pero la libertad tardó en llegar. Tras pedir el ingreso de los cien millones en una cuenta suiza, los secuestradores se vieron sorprendidos por la decisión de los jueces y de la policía suiza de levantar el secreto bancario. Se descubrió el nombre de uno de los delincuentes, Víctor Manuel Díaz, y a partir de ahí todo fue más fácil. Esa misma tarde del 25 de marzo se detuvo en Ginebra al titular de la cuenta, que había llegado a Suiza para cobrar el rescate, y casi al mismo tiempo la policía entraba en el taller mecánico de Zaragoza donde sus compañeros tenían encerrado a Quini. Ya libre, el asturiano llegó a Barcelona a las dos y media de la madrugada del 26 marzo, veinticinco días después de haber sido secuestrado por, según el propio jugador, «gentes sencillas, sin grandes posibilidades. Me alimentaban con bocadillos, pues no les daba para más». Fue el final de casi un mes de guardias, incertidumbre y tensión por la falta de noticias, y el acojono por intentar tener la mejor información cada vez que daban las doce de la noche.

Cuando Maradona tuvo una hepatitis que nunca tuvo

Antena 3 Radio se inauguró en diciembre de 1982. Diego Armando Maradona había llegado justo ese verano a la plantilla del Fútbol Club Barcelona como flamante fichaje.

Diego, que era muy listo, no tardó en darse cuenta de quién cortaba el bacalao por aquí. Estaba asesorado por Jorge Cyterszpiler, su primer mánager e íntimo amigo. Así que enseguida, como era lógico, se hizo amigo de José María García.

Maradona tenía, en general, muy buena relación con todos los integrantes de nuestra redacción, pero sobre todo con Pepe Gutiérrez, el jefe de deportes de Antena 3 Radio en Barcelona.

Era una época en la que salir cada noche a dar una vuelta por las discotecas de moda era poco menos que una obligación periodística, o por lo menos eso es lo que les contaba a mis padres para justificar mis salidas nocturnas un día sí y otro también. Viviendo así la noche barcelonesa, no era extraño encontrarse de vez en cuando con Diego y con lo que se empezó a conocer como su «clan». El séquito lo formaban algunos amigos que habían volado con él desde Buenos Aires: el Loco Galíndez, fisio de la selección argentina; el Chino Vallejos; sus hermanos; Jorge Cyterszpiler, su representante; y añadidos que trabajaban en Barcelona antes de que llegara Diego y que, casi de forma casual, entraron a formar parte del clan Maradona. Uno de esos personajes fue Néstor «Ladilla» Barrone, un camarero de una pizzería italiana que había llegado a España para presenciar el Mundial de 1982. Contrariamente a lo que después se ha divulgado, no creo que esta gente fuera la culpable de la caída en los infiernos de la droga de Diego Armando Maradona. Hasta donde yo sé, la relación de Diego con el mundo de los estupefacientes comenzó en Nápoles. Al principio sus vicios se limitaban al whisky con Coca-Cola y a sus escarceos amorosos aprovechando los viajes a Buenos Aires de su mujer, Claudia. Famosas fueron las excursiones de sus amigos a la Rambla de Cataluña de Barcelona para «fichar» a personal femenino

interesado en pasar un rato agradable en las fiestas que montaban el jugador y sus amigos.

Debió de ser en una de esas fiestas donde Diego pilló una sífilis de caballo. Aunque el Barcelona y el entorno del jugador lo vendieron como una hepatitis, la realidad fue muy distinta. Lo que durante tres meses apartó a Diego del terreno de juego fue una enfermedad venérea adquirida en una de las muchas fiestas que montaban en su casoplón de Pedralbes.

Él mismo se ha contradicho respecto a sus flirteos con la droga. Es cierto que hay un documental en el que confiesa que sus primeros escarceos fueron en Barcelona, pero no es menos cierto que en otras entrevistas ha negado esa circunstancia. De cualquier forma, la realidad palmaria es que si por algo fue noticia, al margen del fútbol, fue por esa hepatitis que nunca existió, por la entrada del bilbaíno Goicoechea, que lo tuvo más de tres meses apartado del terreno de juego, y por cambiar las costumbres que imperaban en el fútbol español. De la noche a la mañana, el Barcelona, que al igual que el resto de los clubes españoles entrenaba en sesión matinal, pasó a hacerlo por la tarde. No seríamos justos si apuntásemos esa circunstancia en el debe de Maradona. Aunque tenga su parte de responsabilidad, la verdad es que esa decisión la tomó César Luis Menotti, exseleccionador argentino y entrenador en aquel momento del F. C. Barcelona. Decía Menotti que, para que los jugadores se adaptaran a los biorritmos del día del partido, era importante entrenar a la misma hora que se jugaba. Puede que tuviera razón. Mi amigo Marcos Alonso, por ejemplo, siempre ha tenido a Menotti en un pedestal y considera que es el mejor entrenador en su larga y exitosa carrera deportiva. A pesar de esa admiración, cuando Marcos fue entrenador nunca varió esa costumbre de entrenar por la mañana, quizá porque no necesitaba recuperar al amanecer las horas de sueño que desperdiciaba por la noche. Y es que si Diego salía poco y organizaba sus fiestas en su casa, a Menotti era habitual verlo acompañado de su segundo e inseparable Rogelio Poncini en alguno de los reservados de Charli Max o en cualquier otra discoteca de las que estaban de moda en aquel momento.

Cuando compartí «novia» con Julio Iglesias

Lolita Morena era, y quizá siga siendo, presentadora de televisión, además de Miss Suiza, finalista de Miss Universo y no sé cuántas cosas más. Su nombre le viene porque a su madre le encantó la película *Lolita* de los años sesenta.

Un día, allá por el año 1983, con la mili ya terminada, mientras seguía colaborando con el periódico *Dicen* y trabajaba ya en Antena 3 Radio, tuve la oportunidad de conocerla en la cervecería Marienbad, al lado tanto del colegio Alpe como de la redacción del *Dicen*.

Una mañana pasé por allí porque había quedado para desayunar con Moncho Monsalve, al que conozco desde que Antonio Serra se lo trajo de segundo entrenador al Barça de baloncesto, y con el que tenía una gran amistad.

De repente, Moncho se presentó con un pedazo de mujer espectacular. Siento si esto suena rancio, pero era de estas que te paran la circulación sanguínea: superllamativa, muy guapa, morenaza y con un tipazo maravilloso.

—Joder, Moncho, como te vea Concha —su chica en aquel momento— te echa de casa…

—No, no. Lolita ha venido a verme porque es la exnovia de un jugador del Vevey —un equipo suizo donde Moncho trabajó durante muchos años— y lo está pasando muy mal.

Moncho era un tipo de estos que hacen amigos por todos lados. Le ofreció su casa para que fuera cuando quisiera. Lo típico, ya sabéis. Y la chica le tomó la palabra y se presentó casi sin avisar.

Moncho ni tenía tiempo ni podía encargarse de enseñarle la ciudad ni nada y, además, siendo su acompañante ponía en riesgo su vida en pareja.

¿Quién creéis que le tuvo que hacer de cicerone por Barcelona?

Exacto, el tonto que os escribe.

Y yo encantado, claro.

Y aquello fue un festival. Fue una semana de poner los dientes largos a todos los conocidos con los que me encontraba en la noche de

la Ciudad Condal que, como ya os he contado, la quemaba. No pasamos de un piquito y quizá de un algo más. No hubo contacto carnal, y si lo hubiera habido, tampoco lo contaría.

Pero lo pasé espectacularmente bien alardeando de la mujer con la que iba.

Sabiendo de mi gran habilidad para los idiomas, os preguntaréis cómo me entendía con ella. Tranquilidad, ella hablaba muy bien el castellano gracias a cierta ascendencia latina. Por otro lado, con el francés yo me manejaba con cierta soltura.

No sabía mucho de ella, más allá de que había sido novia de un jugador de la liga de baloncesto suizo.

Y cuál fue mi sorpresa cuando cogí la típica revista del corazón de la época y me encontré el titular: «Lolita Morena, la nueva novia de Julio Iglesias».

Aluciné en colores. No me lo podía creer. Al primero que llamé fue a mi cuñado Juanito, con el que habíamos salido alguna noche Lolita y yo. Y también flipó. Estábamos como locos.

Y pasó el tiempo.

Lo de Lolita con Julio se quedó en una aventura, pero un día, viendo una celebración de un título del Bayern, me encontré una foto en la prensa y pensé: «Esta chica se parece muchísimo a Lolita Morena». Empecé a tirar del hilo y, sí, Lolita Morena se había casado con Lothar Matthäus y habían tenido un par de hijos. Era la presentadora estrella de la televisión suiza y un personaje muy reconocido en el panorama alemán.

Y ahí quedó la cosa.

Cuando celebré la primera liga ACB del Barça como uno más

Por lo que se refiere a cubrir eventos, soy un auténtico privilegiado. Ni en mis mejores sueños imaginé que iba a tener la oportunidad no solo de presenciar, sino de vivir en primera persona acontecimientos como juegos olímpicos, campeonatos de Europa de baloncesto, mundiales… Gracias al deporte y al periodismo, he podido acceder a infinidad de lugares.

El primer evento que me viene a la mente es la final de la ACB en Oviedo (1983). Era la primera competición oficial bajo el nombre y la organización de la Asociación de Clubes de Baloncesto. Para ella habían dispuesto un *playoff* solo por si el Real Madrid y el Barcelona llegaban a la última jornada empatados a puntos. Y así fue. Esto provocó que se disputara un partido de desempate para decidir el campeón, y se eligió Oviedo como sede.

Ganó el Barça en una final más o menos polémica.

La celebración posterior no se me olvidará en la vida. La tengo en la retina como si fuera el nacimiento de uno de mis hijos. Dada nuestra amistad con los jugadores del Barcelona —hablo en plural porque incluyo a Lluís Canut—, después de cenar en el hotel nos invitaron a celebrar el título por los garitos de Oviedo como si fuéramos miembros de la plantilla. Lo que pasó aquella noche sería mejor no publicarlo, no contar nada y que se fuera con nosotros a la tumba.

A ver, tengo que decir que en algún momento perdí la noción espaciotemporal… Ya no sé lo que fue real o lo que terminó siendo producto de la imaginación.

Nos bebimos hasta el agua de los floreros.

Empezamos de tapeo por sidrerías de Oviedo y acabamos visitando todas las discotecas abiertas de la zona. El avión salía a las ocho y media del aeropuerto de Asturias y llegamos al hotel, al Parador Nacional de Oviedo, a eso de las seis y media de la mañana.

Grabamos una entrevista con Manolo Flores, el capitán del Barça en aquel momento (que después fue compadre mío al apadrinar a mi hija

Elia), para *El Primero de la mañana*, que lo llevaba Miguel Ángel Nieto.

Y no se emitió.

¡Cómo sería! En qué estado iríamos que el bueno de Miguel Ángel Nieto no tuvo cojones de sacarla en antena. Estaríamos como peonzas. Si nos hubieran hecho un test de alcoholemia, hubiésemos hecho explotar la maquinita.

Cuando llegamos al Parador Nacional, todos íbamos bastante perjudicados. Uno de los que lo estaban a un nivel aún superior fue Perico Ansa. No sé con quién compartía habitación, pero le quisieron hacer la broma de no abrirle la puerta y no dejarle entrar. Estábamos en el pasillo, y recuerdo que le pegó una patada tan brutal a la puerta que la arrancó de cuajo. Seguramente tuvieran que acabar encargando una puerta nueva, porque la dejó hecha virutas.

Entró Perico. Se dejó caer en la cama. Estuvo en coma una media hora, con la puerta abierta, y al cabo de un rato nos llamaron para irnos cada uno a su autocar y volver a Barcelona.

Fue una celebración espectacular. El Barcelona llevaba casi veinte años sin ganar una liga y, de hecho, diría que solo tenían una en el palmarés. Fue un hito histórico para aquella generación de Nacho Solozábal, Manolo Flores, Chicho Sibilio, Epi, Ansa, Juanito de la Cruz y todos esos que no voy a mencionar porque son muchos, todos ellos muy bien dirigidos desde el banquillo por Antonio Serra, que ya había hecho campeón al Joventut en 1979.

Cuando García me mandó a mi primer EuroBasket sin tener ni idea de narrar

Estamos en el mes de marzo de 1983, han pasado cuatro meses de mi llegada a Antena 3 Radio, y solo dos meses de haberme quedado en blanco con el micrófono en la mano y cara de bobo: tenía que entrar para dar una información de un minuto, y un día, de tan mal que lo pasaba, me bloqueé y no fui capaz de verbalizar ni una mísera palabra, y tuve que ser rescatado por José Manuel Muñoz, que era quien presentaba el programa. Desde entonces, día sí, día también, sudaba la gota gorda y me entraban unas cagaleras de la muerte cada vez que me tenía que enfrentar a las ondas.

De repente me llamó José María García. Bueno, matizo, no me llamó a mí, llamó a la redacción, y dio la casualidad de que cogí el teléfono. Hasta ese momento no había tenido ningún tipo de contacto personal con él, y el profesional se había limitado a alguna vez que había entrado en su programa nocturno para hablar de partidos de baloncesto aleatorios. Total, que descolgué el teléfono: —Hola, ¿quién eres? —me dijo una voz aflautada que reconocí como la suya al primer milisegundo.

—Soy Siro, José María, ¿qué tal?

Podía haber cogido el teléfono Muñoz, que estaba delante de mí. Pero la casualidad quiso que ese día yo tuviera la mano más rápida o estuviera más atento. Por supuesto, no sabía que García iba a estar al otro lado ni que el propósito de su llamada me iba a cambiar la vida.

—Ah, hola, Siro. Oye, que estoy pensando en que hagamos el Europeo de Baloncesto…

En aquella época empezaba más o menos en abril o mayo, no era como ahora, que se deja para finales de verano. Las ligas eran más cortas, y el EuroBasket se celebraba cuando acababan. El caso fue que aquel Europeo se disputaría en abril de 1983, en Limoges.

—¿Tú has narrado baloncesto alguna vez? —zanjó.

Me quedé de nuevo en blanco durante unos veinte segundos. En mi cabeza se mezclaron miedos e ilusiones, peleando, guantes de boxeo

en mano, por ver quién se llevaba el combate, si mi pavor a los micrófonos o ese gusanillo que tenía dentro de mí que me hacía creer que yo valía para esto.

«No he narrado un partido de baloncesto ni una carrera de caracoles». Es lo que pensé y lo que debería haberle dicho, porque no había narrado nada en mi vida. Pero de mi boca no salió eso, ni que hacía dos meses me había quedado en blanco en la emisora y que temía que me volviera a suceder, y que eso, en ocasiones, me paralizaba.

—Me siento capaz —me limité a decirle.

—Vale, vale. Pues te voy a mandar al Europeo.

Y chimpún.

Con más miedo que vergüenza, acepté la proposición en lo que sentía que era el tren de mi vida.

Colgué el teléfono.

Levanté la mirada y vi que en la mesa de delante seguía José Manuel Muñoz, el jefe de deportes.

—¿Quién era? —me preguntó.

—Nada, García… —le respondí con voz temblorosa, sabiendo que no le iba a hacer gracia lo que había pasado.

—¿Y qué te ha dicho? —quiso saber, inquisitivo.

—No, nada, que quiere mandar a alguien al Europeo de Baloncesto, que ha pensado en mí y me ha preguntado si me veo capaz de narrarlo, que qué me parece la idea.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad? —me dijo al tiempo que dejaba lo que estaba haciendo, se quitaba las gafas y abría mucho los ojos.

—No, le he dicho que sí.

—¡Pero estás loco! ¡Que hace dos meses te quedaste en blanco! ¡El oficio de narrar es muy difícil!

Dejé pasar un poco la tensión.

Aguanté el chaparrón.

—Mira, José Manuel, ¿qué puede pasar? Si lo hago bien, voy a hacer el baloncesto en Antena 3 mientras esté aquí García.

—Ya… ¿Y si lo haces mal?

—Pues si lo hago mal no me va a echar, lo máximo que puede

decirme es que soy un inútil, un retrasado mental y que me voy a pasar media vida metido en la redacción con los cordones atados al escritorio.

—Bueno, bueno. Allá tú… —zanjó.

Viéndolo con perspectiva, creo que José Manuel Muñoz pensaba que aquello podía salir fatal, ya que yo no había narrado nunca. Él ya había hecho sus pinitos. De hecho, ese año, él había cubierto para Antena 3 la final BarcelonaMadrid desde el Palau, mientras yo hacía las entrevistas de banquillo, que es más sencillo, preguntar y ya. Puede que él pensara que yo le podía mover un poco la silla, pero sobre todo quiero creer que velaba por el bien de la radio, que no me veía capaz y que aceptar aquella proposición había sido un tanto inconsciente.

Cuando me fui a Limoges a narrar el Europeo de Baloncesto de 1983

Allá que fui. Solo, sin técnico ni nada. En aquel momento no se llevaba el equipo que se usa hoy, qué va. Ibas solo, y en el evento de turno te colocaban en tu sitio, te daban un micro y te hacían las conexiones pertinentes.

La inconsciencia era generalizada: mía, de la cadena y de García.

A ver, en defensa de García diré que él no era consciente de que yo no tenía experiencia en narración. Él sabía, eso sí, que llevaba cuatro años involucrado en el baloncesto, que había hecho entrevistas y, lo más importante, que tenía buenas relaciones con determinados jugadores del mundo de la canasta, sobre todo con los del Barça.

Fue suerte. En el momento adecuado estuve en el lugar correcto. La flor en el culo que me hizo caer de pie en el mundo de la radio. Era un terreno virgen, por explorar, ya que el baloncesto no solía narrarse por la radio. Para que os hagáis una idea, en el Mundial de Colombia de 1982 —quedamos cuartos y fue la primera vez que ganamos a los estadounidenses, todo sea dicho—, la única cadena que estuvo allí fue Radio Nacional de España, con Juanma Gozalo, y la Cadena SER lo retransmitió con Radio Caracol, o sea, con el sonido de los colombianos. Digamos que todavía no existía la tradición de narrar en directo los eventos internacionales de baloncesto.

Total, que llegó el momento de ir al Europeo. Limoges está a unos quinientos o seiscientos kilómetros de Barcelona, por lo que decidimos viajar en coche. Y digo «decidimos» porque, aunque de Antena 3 Radio iba yo solo, me busqué compañía para aquella aventura. Y menos mal.

En el coche íbamos cuatro. El primero, Juan Giménez, el hermano de mi Julita, que era, y sigue siendo, uno de mis mejores amigos. Gracias a él conocí al amor de mi vida, y por eso le estaré eternamente agradecido. En esa época era segundo entrenador de Aíto García Reneses en el Cotonificio de Badalona, y estaba entrenando a un equipo de Primera División B (lo que ahora sería la LEB Oro) que a los

seguidores de *Colgados del aro* seguro que les sonará: el Montgat (el que entienda, lo entenderá). Él vino conmigo en calidad de aficionado, como entrenador y acompañante, para vivir el Europeo desde dentro, algo común en su gremio: convivir con gente del mundillo, asistir a *clinics*, *etc.* También vino un directivo del Montgat, y Lluís Canut, un periodista muy conocido en Barcelona que, para que le ubiquéis los que quizá estéis un poco despistados, inventó el nombre de «Dream Team» para el Barcelona de Johan Cruyff.

Total, quedamos en un punto y para allá que nos fuimos los cuatro, dirección Limoges.

Llegamos a la frontera de La Junquera.

Nos pidieron los papeles.

Conducía Canut, al que llamábamos Scarface porque tenía la cara quemada y una cicatriz muy vistosa en ella. Con vergüenza, entregó el carnet de identidad, en el que aparecía el domicilio en San Sebastián, pues allí había hecho el servicio militar (la famosa mili) hacía no demasiado y aún no había actualizado los datos. Era, recordemos, la época de ETA; los asesinatos eran frecuentes y la presión policial era muy dura con todo lo que pudiera oler a Euskadi.

El gendarme, con cara de malo y sin aflojar un ápice el pulgar y el índice, se bajó las gafas de sol para observarnos por encima, arrugando el entrecejo, viendo las miradas de perrillos apaleados de cuatro tipejos con peores pintas que la tropa del Vaquilla.

«Si estos no son etarras, mañana le echo patatas fritas a la tortilla», debió de pensar.

Hizo las llamadas pertinentes, y en algún lugar de una comisaría francesa se teclearon los datos de los cuatro ilusionados personajes que estábamos metidos en ese coche.

Y entonces pasó lo que hasta ese momento no me había pasado, pues yo había vuelto tres o cuatro veces a Francia para «probar»: en la frontera descubrieron que tenía prohibida la entrada al país galo desde hacía unos años.

—*Mesié Sigo Lopes?* —dijo en español pero con un marcadísimo acento francés.

—*Oui*, digo sí. ¿Qué pasa?

—Usted tiene *pgohibida* la *entgada* en *Fgancia*… de *pog* vida. No puede *pasag*.

Nos bajamos todos del coche.

—Pero ¿qué ha pasado? —me preguntó Canut.

Yo levanté los hombros en señal de desconocimiento, pero obviamente sabía de sobra lo que estaba pasando.

—¡Esto tiene que ser un error! —voceaba Juanito, mi actual cuñado, detrás. No tenía ni idea, el pobre.

—*Mesié Sigo Lopes*, nacido en *Saggia*, *pgovincia* de Lugo. No hay muchos, ¿eh?

—¡Que no, que no! ¡No puede ser!

—Cállate ya, Juanito. No cabrees más al gendarme —le dije a mi cuñado en voz baja cogiéndole del hombro, para que dejara de insistir —. Ya te lo contaré, te lo explico luego, no te preocupes.

En la garita del gendarme nos explicaron lo que yo ya sabía, que no podía entrar en Francia. Los demás podían seguir hacia Limoges, ya que no tenían ningún problema. Pero mi viaje acababa ahí. Me iba a quedar sin narrar el Europeo y ya me estaba imaginando mi llamada a García para reconocerle que no había sido del todo sincero con él, que cuando acepté el trabajo no le había contado un detalle muy pequeñito: «Casualmente, en Francia, donde se celebra el Europeo, tengo prohibida la entrada de por vida desde hace siete años».

Cuando crucé ilegalmente la frontera de Francia para ir a narrar el Europeo

—Joder, Siro. Eres la hostia, ¿eh? —me dijo Juanito cuando le conté la historia.

—Ya, macho, ya. ¿Y ahora qué hacemos? ¡Que tengo que narrar el Europeo!

—No sé, se me ocurre que podemos ir a Portbou.

La Junquera y Portbou están muy cerca, pero por la primera pasas por la autopista, el camino que conoce todo el mundo, mientras que Portbou es la antigua frontera, que se cruza por una carretera general. No me parecía el plan ideal, pero era el único que teníamos. No dejaba de pensar que quizá los gendarmes habrían corrido la voz y poco menos que me habría convertido en el delincuente más buscado más allá de los Pirineos.

—Joder, Juanito, serán gendarmes y franceses, pero no creo que sean gilipollas —le dije.

—Tendremos que salir de dudas.

—Si se saben el truco y han avisado, como me vean cruzar por allí se va a liar gorda…

No podía quitarme de la cabeza la imagen de García cagándose en todos mis muertos, mandándome a galeras y echando por tierra mi prometedor futuro como narrador de baloncesto. Lo veía negro. ¿Cómo cojones le iba a explicar que se quedaba sin narrador a menos de veinticuatro horas del debut de España? «Me va a matar», pensaba.

—¿Y si me metéis en el maletero? —propuse.

—Pero, Siro, ¿cómo hostias te vamos a meter en el maletero? ¿Tú estás loco?

—Joder, ¡tendré que pasar de alguna manera! —les decía, desesperado.

Y entonces a Juan se le encendió una luz.

—¡Oye! Ahora que lo pienso, mi hermana —Julita— está en Puigcerdà, vive allí.

Nos miramos los cuatro, nos encogimos de hombros y nos pareció la

mejor opción.

Juan llamó a su hermana.

—Hola, Julia. Oye, ¿tú puedes pasar a Siro por la frontera?

—Yo la paso todos los lunes andando, dando un paseo con la niña —dijo la que todavía no sabía que iba a ser mi mujer, dándome un halo de esperanza.

Era una práctica común, por lo general para comprar determinados productos que no había en España o que allí eran más baratos. De hecho, se entraba y se salía sin un control exhaustivo, sobre todo andando, ya que se presuponía que era un camino que solo hacían los del pueblo de forma casi rutinaria.

En aquella época se podía decir que a mí Julita ya me hacía tilín, y quizá esa fue la primera piedra de una historia que aún perdura. Pero claro, era la hermana de mi amigo y tal, y había ciertos códigos (absurdos, todo sea dicho) que hacían que ni me lo plantease en aquel momento.

Arrancamos y nos fuimos para allá a toda pastilla.

Bajé, y allí nos esperaba Julita con el carrito, donde dormía, con apenas dos mesecitos, Alba, la hija mayor de su primer matrimonio. Alba, que ahora es periodista y a la que considero mi hija, por supuesto. La cogió con un brazo y comenzó a rodar el cochecito con el otro. Nos miramos, nos reímos y no hace falta decir nada más, con una complicidad de la que no éramos conscientes.

Los chicos cruzaron la frontera con el coche y nosotros comenzamos a avanzar poco a poco, aparentando normalidad, pero sin forzar. Parecíamos un matrimonio con un bebé.

Pasamos al lado de la Policía Nacional, de la nuestra, de la de España.

—¡Hola! —les saludó Julia con confianza mientras a mí me caía una enorme gota de sudor por la cara.

—*Bonjour!* —volvió a saludar en cuanto cruzamos la línea y los policías cambiaron tanto de indumentaria como de idioma.

Y, sin más, ya estaba dentro.

El marrón era para Julita, que tenía que volver sola y disimular, pues había entrado acompañada. Pero eso ya, sintiéndolo mucho, no

me importaba. Y no le pasó nada.

Juan y compañía me esperaban unos doscientos metros más adelante, en una esquina escondida. Me monté en el coche y por fin pusimos rumbo a Limoges, saltándome, una vez más, la prohibición de entrada en Francia y sin tener que contarle a García toda la verdad.

Recuerdo que, después de todas las idas y venidas, llegamos a las tres de la madrugada y España jugaba apenas diez u once horas más tarde. Ya en el hotel, cuando pensamos que podríamos descansar un poco, la odisea continuó, porque los hijos de la gran puta de recepción, como no habíamos aparecido a las diez de la noche, habían cancelado la reserva.

A toda prisa, nos pusimos a buscar habitación, y acabamos en un hotel de mala muerte al lado de la estación. Canut y yo tuvimos que compartir cama, con la mala suerte de que el colchón estaba hundido por el centro y nos pasamos media hora probando combinaciones hasta que llegamos a la conclusión de que lo mejor era dormir culo con culo.

Ya nada podía salir peor. O sí.

Cuando narré mi primer partido y todo fueron problemas

Después de cruzar la frontera sorteando una prohibición de por vida y de no pegar ojo con tal de no mantener contactos nada apetecibles con el bueno de Canut, llegó el momento de acudir al pabellón para narrar lo que iba a ser mi primer partido de baloncesto.

Se celebraba a las dos y media de la tarde. Aún con los nervios en el cuerpo del día anterior, nos presentamos a las doce para recoger nuestra acreditación, y poco después, a las dos menos cuarto —¡a cuarenta y cinco minutos del debut de España!—, nos dijeron que no podíamos narrar. ¡Que no podíamos narrar!

—Pero ¿cómo que no podemos narrar? ¿Qué me está usted diciendo? —le pregunté al operario de turno en un tono que se iba elevando poco a poco.

—Hemos chequeado y le deben un dinero a la UER. No lo han pagado, y en esta situación no puedo dejar que narre el partido.

La UER es la Unión Europea de Radiodifusión, a la que nosotros, Antena 3 Radio, aún no pertenecíamos porque acabábamos de nacer. La SER, por ejemplo, sí que estaba. Se ve que debíamos pasta por unos derechos de algún otro partido, del Real Madrid o de la selección española de fútbol, vete tú a saber.

Se me vino el mundo encima. Con todo lo que llevaba, en una carrera contrarreloj llamé a Madrid para contarles la situación. No olvidemos que no había móviles, así que la inmediatez todavía no había llegado a nuestras vidas.

No sé cómo, no sé quién movió sus hilos ni cómo se fraguó todo aquello desde la capital de España, pero se solucionó cuando faltaba media hora para el comienzo del partido.

Por fin respiré.

Me tomé unos segundos de relax y me dispuse a concentrarme para hacerlo lo mejor posible.

Estaba relativamente tranquilo. Como el partido se daba también por Televisión Española, no iba a ser la típica narración radiofónica en

la que tienes que contar con pelos y señales todo lo que está pasando ni enrollarte mucho. Eso me relajaba. Además, con García de por medio, me sentía más seguro, ya que todos sabemos que él era muy participativo, muy protagonista en este tipo de eventos, dando paso a opiniones de unos y otros. Así que al final, de dos horas de partido, la narración pura y dura se te quedaba en apenas media hora.

Pues no.

—Oye, Siro, que al final no se va a ver en España —me dijeron desde la emisora cuando faltaban cinco minutos para el comienzo del partido.

—¿Qué dices? —respondí, haciendo esfuerzos por contener el corazón en la garganta.

—Sí. Tienes que narrarlo entero tú solo.

Iba a contar con los comentarios de Mario Pesquera, pero poco más.

No podía ser. No podía tener tan mala suerte. Se me cayó el alma al suelo.

¿Qué hostias había pasado?

El equipo de Antonio Díaz Miguel llevaba publicidad del Banco Exterior de España en las camisetas, y estaba prohibido. La Federación intentó colar que las siglas B. E. significaban Baloncesto España, en lugar de Banco Exterior de España. Los franceses y la FIBA, que de gilipollas tienen lo que yo de barcelonista, debieron de pensar, en su idioma, «una polla como una olla», ya que, conociendo a Raimundo Saporta, vicepresidente de la FIBA, eran conscientes de que se la estaban intentando colar. Y no coló. O se cambiaban de camiseta o el partido no se iba a televisar.

La primera parte se jugó con las camisetas de la publicidad, y no se televisó. Fue horroroso, o al menos lo recuerdo como horroroso. No he querido volver a oírlo. Pero mi impresión es que fue un absoluto desastre, sin ritmo, sin conocimiento y sin saber qué decir en determinados momentos. No conocía muy bien a los jugadores rivales. En fin, la típica narración de alguien que no tiene ni puta idea. García debió de pensar: «Tierra, trágame».

Me quería morir.

Bueno, creo que en el segundo partido la retransmisión salió un

poquito mejor, y me lo confirmó después Ernesto López Feito, la mano derecha de García. Y en el tercero, un poco mejor incluso. En mis lapsus como narrador, comencé a suplir mis errores de apreciación o por desconocimiento con lo bien que me llevaba con los jugadores, sobre todo con los del Barça y el Joventut. Me ayudaron mucho, les estaré eternamente agradecido. Siempre estuvieron por la labor de montar buenos espectáculos conmigo en los programas nocturnos.

Por ejemplo, el día que nos clasificamos para la segunda fase, por mi habitación quizá pasó toda la selección española.

—Invítalos a champán —me dijo García, envalentonado.

Recuerdo que me gasté treinta mil pesetas de las de entonces en champán del bueno.

Por otro lado, como me dijo después Feito, a medida que avanzaba el campeonato de Europa, fui mejorando muy rápido. Me contó que, por los pasillos de Antena 3, gente como Carlos Pumares, Antonio Herrero o los responsables de informativos le paraban y le preguntaban: «Joder, ¿pero de dónde has sacado a ese tío?», «¿Quién es el Siro ese?», «¡Qué bien lo hace y qué emoción le pone!». García, cuando escuchaba estas cosas, iba como una gallina clueca, claro, apuntándose el tanto de que el tal Siro ese era uno de sus descubrimientos.

Total, que el Europeo supuso mi debut y, a la vez (y casi sin querer), después de un cúmulo de fatalidades y también de coincidencias, mi consagración como narrador de baloncesto. Además, a nivel deportivo las cosas salieron muy bien, la selección llegó hasta la final y fuimos medalla de plata. Tras la llamada casual de García a la redacción, yo solo pensaba que aquello podía marcar un antes y un después en mi vida periodística.

Y así fue. Me salió cara.

Cuando tuve un lapsus brutal en pleno Mundial y García casi me mata

Cuando eres narrador tienes que comentar tantísimas cosas que lo más normal del mundo es equivocarse con cualquier detalle que no hayas visto bien. Pero en el Mundial de Baloncesto de 1986, que se jugó en España, mi error fue mayúsculo.

Al celebrarse en nuestro país, García, periodista radiofónico por excelencia, se personó en el evento con el equipo de Antena 3 Radio para vivirlo en directo, lo que demuestra el tirón que tenía el baloncesto en aquella época. Si estaba García, era importante. En la fase inicial, que se jugaba en Zaragoza, estuvo con nosotros. Además, todo sea dicho, era gran amigo de Antonio Díaz Miguel, eterno seleccionador nacional de baloncesto.

Total, que estábamos allí narrando con normalidad, García por un lado y, por el otro, Andrés Montes y yo. Y se produjo el lapsus. Un lapsus terrible.

Podía darse un triple empate a victorias entre Brasil, España y Grecia, pero para eso necesitábamos que España ganara su partido. Entonces, no sé por qué, se me metió en la cabeza que si perdíamos por menos de tres, aun con la derrota se produciría el triple empate, pero mi error fue creer que Grecia llevaba una derrota más. En ese caso, el empate era solo entre los brasileños y nosotros, y para deshacerlo habría que presenciar el enfrentamiento directo entre ambos equipos. Inconsciente de esa situación, yo, el narrador oficial, con todo el peso de la retransmisión —en estos saraos, García se mantenía en segundo plano, dando paso a unos y otros, con la publicidad y todo eso—, al acabar el partido, me envalentoné con mi teoría y, micrófono en mano, afirmé:

—Hemos perdido, pero no pasa nada. Seguimos siendo primeros de grupo porque el *basket-average* nos favorece, pues hemos perdido por menos de tres puntos.

Total, que empecé a vender esa burra durante unos minutos, y lo hice con tanta certeza que los fui convenciendo a todos. Nadie me

corregía, y yo seguía. De pronto, el Negro —que era como todos llamábamos a Andrés Montes—, a pie de pista, pidió paso. Tenía a Ary Vidal, entrenador de Brasil, preparado para ser entrevistado y entrar en nuestra emisión. En la primera pregunta, la clásica en la que el periodista prácticamente no dice nada y solo da pie al entrevistado para que haga un breve análisis del partido, saltó con lo siguiente:

—*Muito felices por clasificarnos como primeiro do grupo…*

García dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró. Yo noté su presencia y le miré. Me fusiló con la mirada. Me asesinó. Le salía fuego por los ojos.

Bajé la vista con vergüenza y comencé a mirar mis papeles de forma compulsiva, tratando de buscar una explicación que justificase mi argumentación y demostrara que el tal Ary Vidal ese, el entrenador de Brasil, estaba equivocado y que yo llevaba razón.

Me llevé las manos a la cara. Hostia, la que acababa de colar en directo…

Tierra, trágame.

Ary Vidal siguió hablando de esto y de lo otro y yo ya no sabía dónde meterme. En un momento determinado, no sé si justo después o cuándo, noté que mis cascos salían volando de mi cabeza porque el cabrón de García me había dado tal colleja que me despegó hasta tres empastes. Tuve que levantarme a recoger los cascos, que habían ido a parar a la pista.

Plenamente consciente de la cagada histórica, pensé: «Si me ha dado un pescozón ahora, no quiero ni pensar lo que me hará cuando dé paso a publicidad y estemos fuera». El encargado de hacerlo era yo, pues era el narrador. Lo teníamos marcado así. De modo que intenté aguantar lo máximo, alargando comentarios y conversaciones con tal de no dar paso a lo inevitable, porque me olía que me iba a caer la del pulpo. Cuando no quedó más remedio lo hice, porque si no daba paso a publicidad y nos la comíamos sin emitir, el marrón iba a ser aún peor.

—¡Eres un pedazo de gilipollas, Siro! ¡Si te presentas a un concurso de anormales, quedas el segundo! ¡No se puede ser tan burro! ¡Idiota!

Agaché la cabeza.

Finalizó la retransmisión y salimos del pabellón, García por un lado y yo por el otro. Pero claro, el Palacio de los Deportes de Zaragoza está en el quinto coño, por lo que no podía ir andando al hotel. Entonces no me quedó otra que subirme al coche de Daniel Llagüerri, director de Antena 3 Radio de Zaragoza, el que hacía los deportes desde esta ciudad, desde La Romareda con el fútbol y el baloncesto del CAI. Amigo mío, para más señas. Total, que nos subimos todos en su coche. Caras largas.

—¡Joder! Tampoco os lo toméis así, no ha sido para tanto, hostia. Lo hemos rectificado en directo y ya está, ¿no? —dijo Daniel, para limar un poco las asperezas.

—Pero ¡qué cojones vamos a rectificar! ¡Ha sido un espectáculo lamentable! ¡Me habéis hecho hacer el ridículo! —decía García a voces. Poco menos que le faltaba ladrar.

Recuerdo que yo iba delante y García justo detrás de mí, como en la escena de Clemenza en *El Padrino*. De tanto escucharle relatar y quejarse, terminó por encabronarme. Me di la vuelta.

—Mira, José María, me tienes hasta los cojones ya. ¡Échame si quieres! Tú estarás muy jodido, ¡pero más jodido estoy yo! No te preocupes, que si alguien ha hecho el ridículo he sido yo, ¡pero déjame ya en paz, hostia!

Del mismo modo que García tenía ese pronto que le hizo darme una colleja en directo, sabía si se estaba pasando de rosca.

Y se calló.

Y, sin más, nos fuimos a cenar tranquilamente. Entré en el programa de la noche y comentamos el partido como si nada. Incluso en algún momento bromeé con la metedura de pata. Porque García era así: te metía mucha caña, pero después sabía desengrasar el ambiente. Era un «perro ladrador, poco mordedor». Siempre he dicho que es el mejor jefe que he tenido y del que más he aprendido. Es un tío muy motivador que cambió la historia de la radio y del periodismo deportivo. Para los prebostes de la información, hasta su llegada, el deporte era un poco un subgénero al que iban a parar los que no servían para lo que ellos consideraban un periodismo serio y de rigor.

Cuando en el Preolímpico de París me enteré el primero de que Fernando Martín iba a ser padre

En el Preolímpico de París (clasificatorio para los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984) que narré para Antena 3 Radio, recuerdo subir a entrevistar a Fernando Romay para el programa del mediodía. Él compartía habitación con Fernando Martín, y ahí me enteré de que iba a ser padre. Y casi lo sé a la vez que él, pues la que después fue la madre de su hijo Jan (creo que era una modelo alemana de ascendencia israelí) lo visitó en la concentración de la selección y le trajo la buena nueva. El caso es que cuando subí a la habitación para entrevistar a Romay, vi que el gigante gallego tenía dos botes de colonia en su mesilla.

—¿Son tuyas?

—No, no. Son de Fernando —me dijo.

Recuerdo cuáles eran esas colonias como si fuera ayer: Bogart y Jacomo, la que luego adopté y fue mi colonia de cabecera hasta que dejaron de venderla en España. Era muy amaderada y siempre me han gustado las fragancias fuertes, que se note que llevas colonia.

—Se las ha regalado su chica —siguió Romay—, que ha venido a verle y le ha anunciado que va a ser padre. Pero, por Dios, ¡no digas nada!

Estaba embarazada de tres o cuatro meses, y puedo presumir de haber guardado el secreto. Me lo callé y no dije nada. Curiosamente, más o menos un año después, José Joaquín Brotons descubrió que Fernando Martín había sido padre y lo sacó a la luz en un reportaje para *Interviú*. Un año después, como os digo.

En ese Preolímpico de París jugamos muy bien, solo perdimos contra la URSS, una Unión Soviética que ya había anunciado su boicot a los Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Si recordáis, en los de Moscú, debido a la guerra de Afganistán, los estadounidenses y su entorno decidieron no acudir, y en ese momento sus rivales rusos y los países satélites soviéticos quisieron pagarles con la misma moneda al no acudir a sus Juegos Olímpicos. Pero disputaron esa competición

previa. Y nos arrasaron. Era una selección intratable. Estoy convencido de que aquella URSS habría impedido que se alzara con el oro el equipo que arropaba a un jovencísimo Michael Jordan.

Al regreso de ese Preolímpico, García nos anunció que mi compañero Javier Ares iba a ir a los Juegos y que sería nuestro único hombre allí. Yo sería el narrador oficial de los partidos de nuestra selección desde Barcelona. Desde la cabina del narrador tuve la gran suerte, la oportunidad y el orgullo de sentirme partícipe de aquella mítica medalla de plata de nuestro baloncesto en 1984. Por aquel estudio de Paseo de Gracia número 96 pasó mi entrañable y siempre recordado Manel Comas, al que un día, a cambio de ir a buscarle un whisky en una discoteca en la que había tanta gente que llegar a la barra era como protagonizar una película de Indiana Jones, fiché como comentarista para el Europeo de 1983.

Además de Manel, Lolo Sainz desde Madrid y Mario Pesquera desde Valladolid enriquecieron aquellas retransmisiones que finalizarían con el mayor éxito del baloncesto hasta ese momento. Fijaos si fue importante aquella medalla que alguno, como mis amigos Fernando Romay y Juanma López Iturriaga, casi cuarenta años después, siguen viviendo de aquella presea olímpica.

De esa misma época hay que destacar otro asunto importante: apareció en mi vida, y en la de todos nosotros, un tal Andrés Montes.

Pero de Andrés os hablaré con más detalle más adelante.

Bien lo merece.

Cuando conocí a Andrés Montes

Andrés Montes empezó su periplo en Antena 3 Radio para coordinar un programa que hacía Javier Ares cada mañana desde Los Ángeles, una especie de resumen de nueve a nueve y media en el que se comentaba todo lo que había pasado esa jornada.

Creo que habló de él Fernando Soria, el segundo de a bordo de José María García, y presionó para traerlo. Yo no lo conocía de nada, no sabía si era blanco, negro o colorado. Es cierto que había coincidido con él (o con alguien muy parecido a él) en un partido, cuando trabajaba en el *Dicen*, del Inmobanco contra el Barcelona, que se jugaba en Villalba, y se me quedó grabada la imagen de ese periodista de raza negra, no os voy a engañar. Llamaba la atención. Y juraría que era él porque no podía ser otro. Al presentarse, caí en la cuenta de que a ese tipo ya lo había visto.

Pero cuando nos conocimos de verdad fue con motivo del Europeo de Alemania, en Stuttgart. José María García decidió mandarnos a los dos como enviados especiales: yo para narrar y él para hacer las entrevistas a pie de campo. Y allá que nos fuimos con el técnico, Luis Balduque.

Tuvimos que compartir cuarto, no sé si por ahorrar unas pesetas o porque no había habitaciones libres, y me llamó muchísimo la atención lo que roncaba. Más que ronquidos parecía que en la cama hubiera un terremoto. Me despertaba a medianoche con unos ruidos insoportables.

—Oye, José María, o me pones una habitación individual o me tienes que pagar un plus —le acabé diciendo a García, medio en broma medio en serio, porque no aguantaba más—. No duermo por las noches, es que no te haces idea de lo que ronca Andrés. ¡Tiemblan hasta las ventanas! ¡Se van a romper los cristales!

En la segunda fase del torneo ya no compartimos habitación.

No sé si estaba previsto en el plan de gastos de Antena 3 o García se apiadó de mis súplicas.

Desde el principio tuvimos muy buen *feeling*. No hubo rivalidades ni

envidias. Andrés y yo disfrutábamos mutuamente del trabajo y nos ayudábamos con las tareas de cada uno.

Era muy peculiar, todo sea dicho. A pesar de la imagen externa de tío echado para delante, era muy inseguro. Recuerdo que, cuando acabábamos las retransmisiones, siempre llamaba a su mujer, Mercedes —que en aquel momento era su novia—, para preguntarle qué tal lo había hecho, cómo lo había visto desde fuera. Incluso a mí me insistía al acabar para que le dijera qué me había parecido su trabajo. Con el paso de los años, estando ya en Canal + como narrador de la NBA, me llamaba para pedirme mi opinión. Muy inseguro, como os digo.

En el Campeonato de Europa de Atenas compartió habitación con Ángel Barroso, que en paz descanse, un periodista que murió en un accidente de coche en el Giro de Italia. Había ido al aeropuerto de Nápoles a acercar a unos compañeros que habían llevado una unidad móvil y de regreso tuvo un accidente muy grave y se mató. Quizá sea lo peor que he vivido en mi etapa como periodista. Angelito se hacía querer, y aquello fue un palo muy duro, un mazazo para toda la familia de Antena 3.

A lo que iba. Andrés y Ángel compartieron habitación en Grecia. Tuve la suerte de dormir en una individual. A nuestro lado teníamos a Manolo Lama. A pesar de lo que se decía de las rivalidades entre Antena 3 y la SER, ambos equipos siempre tratábamos de estar cerca en los eventos a los que íbamos, nos llevábamos bien y nos ayudábamos cuando lo necesitábamos. En una de nuestras conversaciones en grupo, Ángel nos contó la liturgia que seguía Andrés antes de irse a dormir.

Resulta que Andrés Montes, después de entrar en la radio con García, cada noche se lavaba los dientes como tres o cuatro veces.

—¿Qué hacemos mañana, chico? ¡Angelito! ¿Qué hacemos mañana, chico? —nos contaba Ángel que le decía Andrés ya saliendo del lavabo.

—No sé lo que vas a hacer tú, Andrés. Yo seguramente dormir y levantarme a eso de las once para bajar a desayunar, y a lo mejor me voy a dar una vuelta cerca del hotel.

—¡Chico, chico! Hay que ir a comprar, hombre, hay que ir a comprar allí, al barrio de La Plaka, que he visto unas camisitas maravillosas que me van a quedar de escándalo.

Después de eso, entraba de nuevo en el cuarto de baño… ¡y se volvía a lavar los dientes!

—¡Que salgan los toreros! ¡Eo, eo, e! —salía cantando del cuarto de baño.

Y nos contaba Angelito que esto lo repetía cada noche.

Andrés fue luego como narrador, pero era muy repetitivo. Al margen de su ingenio, que lo convertía en alguien único, decía lo mismo una y otra vez y te terminaba por contagiar sus chascarrillos y motes después de oírlos cuarenta veces seguidas.

—No puede ser, Angelito. No nos creemos que cada noche te haga lo mismo —le decíamos Manolo Lama, Xuáncar González y yo.

Y como estábamos habitación con habitación, montamos un dispositivo para grabar la conversación o lo que sucediera en el cuarto de Barroso y Montes mientras nosotros permanecíamos en la habitación de al lado escuchándolo y grabándolo todo.

Y era verdad.

Repitió punto por punto lo que nos había contado Ángel Barroso.

Entraba cuatro o cinco veces en el lavabo. Se le dejaba de escuchar, se oía el ruido del grifo y salía de nuevo.

—¡Que salgan los toreros, oe! —Era uno de los cánticos de referencia de la Demencia, la afición del Estudiantes.

Volvía a entrar.

Salía.

Y de nuevo….

—¿Qué hacemos mañana, chico? ¡Angelito! ¿Qué hacemos mañana, chico?

—Ya te lo dije ayer, Andrés. Desayunar y a lo mejor dar una vuelta —volvía a repetirle Ángel Barroso.

—¡Pero chico, chico! Pero ¡cómo no vamos a ir al barrio de La Plaka! ¡Que tenemos que comprar algo de ropa! Que la ropa allí es maravillosa.

Y aquellas grabaciones fueron antológicas y dieron la vuelta al

hotel. Creo que hasta Antonio Díaz Miguel terminó escuchándolas. Con Antonio en ese momento manteníamos muy buena relación, algo que cambió con el paso del tiempo por nuestras críticas al juego que en algunos campeonatos había realizado la selección.

Cuando casi cambio el periodismo por ser director deportivo de un club

Estábamos allá por el año 1986. El Caja de Ronda, que presidía y lideraba mi amigo Paco Moreno, apoyado por Alfonso Queipo de Llano, me hizo llegar una oferta que no quise ni escuchar: me propusieron ser el gerente del club. Era un equipo que venía de Primera División B y querían convertirse en alguien importante en la ACB. De hecho lo consiguieron, y de ahí surgió la semilla que después derivó en el Unicaja de Málaga que ahora conocemos de sobra.

Os preguntaréis por qué Paco Moreno pensó en mí para ese puesto.

En esa época no había casi ningún intermediario entre clubes y jugadores, que eran los que negociaban sus contratos por su cuenta con el presidente de turno. En una de estas circunstancias me pidió que le asesorara, teniendo presentes mis contactos, sobre todo con jugadores que jugaban en Cataluña, para ver a quiénes podía incorporar a su equipo. Uno de ellos fue Julián Ortiz, un pívot joven del Barcelona con mucha proyección, pero la operación no terminó de cerrarse. Ese mismo verano ayudé a Paco a que fichara a Pepe Palacios, que también venía del Barça, y a Luis Blanco, que había jugado en La Salle.

Yo ya llevaba ocho o nueve años escribiendo sobre baloncesto en el *Dicen* y había engrosado mi agenda de contactos, compuesta en gran medida por jugadores, entrenadores e incluso presidentes, con los que entablé grandes amistades.

Recuerdo que en 1981, José Luis Rubio, presidente del CAI de Zaragoza durante muchos años, me llamó para que mediara en la posibilidad de fichar a Miguel López Abril, que iba a dejar el Manresa, aunque finalmente se fue al Caja de Ronda. Les monté una reunión en un restaurante de la Diagonal para que Rubio tratara de convencer a Miguelito de que se fuera a su club. No lo logró, pero aconsejé a José Luis que fichara a Manel Bosch. Al final estuvo cuatro años en el CAI de Zaragoza y lo lideró en la famosa Copa del Rey de 1984.

También tenía muy buena relación con Carlos Casas, presidente del

TDK Manresa y padre de Ricard, al que le recomendé el fichaje de, entre otros, mi cuñado Juan Giménez, como primer entrenador del club, aunque venía de no tener experiencia como primero en la ACB. Y funcionó muy bien, como lo demuestra el hecho de que aquella temporada en la que se gestó su fichaje fue nominado para entrenador del año, ya que su equipo fue el sexto clasificado de la Liga. Más adelante, cuando mi cuñado dejó el TDK y se fue al Espanyol, también bajo mi recomendación a Quim Roca, su director deportivo, de nuevo Carlos Casas, me pidió que le aconsejara para fichar a su siguiente entrenador y le propuse a Juan María Gavaldà, que ahora es el presidente de la Asociación Española de Entrenadores de Baloncesto (AEEB), pero que en aquel momento no tenía experiencia en la élite del baloncesto masculino. Y tampoco le salió mal.

Mi último consejo para Carlos Casas fue el fichaje de Zoran Slavnić cuando el TDK llamaba a las puertas del descenso por culpa de una malísima racha. No podemos decir que Slavnić hiciera la temporada de su vida, pero sí que al coger el equipo en los últimos meses lo salvó del abismo, de modo que cumplió con el objetivo marcado.

Puede que todo esto hiciera que Paco Moreno, retomando la historia, decidiera pensar en mí para ser el gerente del Caja de Ronda.

Como ya he comentado, le dije que no.

No vi ni la oferta.

Sabía que, si pensaba en el dinero, terminaría dejando el periodismo y aceptando la propuesta. Pero como siempre he querido anteponer lo que para mí ha sido un *hobby*, y en aquel momento empezaba a sobresalir en el mundo de la radio y la comunicación, ni me lo planteé. No quise renunciar a mi sueño porque no sabía si luego volvería a tener la oportunidad de hacerme hueco en el periodismo activo.

El tren pasó.

Y creo que se me habría dado bien.

Muchos años después, al hablar de este tema en el programa *Colgados del aro*, recibí una llamada del hermano de Paco Moreno, también vinculado al club, confirmándome que la oferta económica me habría hecho dudar. Os lo repito, nunca supe de qué cantidad

estábamos hablando —recuerdo que mi sueldo rondaba las quinientas mil pesetas al mes en Antena 3 Radio—, pero el hermano de Paco me dejó caer que esa cantidad se habría triplicado. Con esas cifras, mis dudas se habrían acrecentado. Aquella suma me habría resuelto gran parte de mi vida y de mi futuro.

No me arrepiento. Si la hubiera aceptado, no habría podido seguir siendo periodista, hoy no estaría aquí ni vosotros me estaríais leyendo.

Respecto a este tema y a esta etapa de mi vida recuerdo otra historia relacionada con mi faceta de gestor deportivo. Un día recibí la llamada desesperada de Gonzalo, presidente del Fórum Filatélico de Valladolid, porque sabía que Juanito de la Cruz iba a dejar el Fútbol Club Barcelona, y su entrenador, Mario Pesquera, les había pedido un pívot.

—Creo que llegas tarde —le dije a Gonzalo—, porque Juan se ha comprometido con el Magia de Huesca, pero de todos modos le voy a llamar.

Llamé a De la Cruz.

—¿Has firmado con el Magia de Huesca?

—No, ¿por qué?

—Me ha llamado Gonzalo, el presidente del Fórum, que quiere ficharte…

—No he firmado. Tengo un acuerdo de —hablo de memoria y a lo mejor me bailan los números— treinta y tres millones de pesetas por dos temporadas. Si me sacas un millón y medio más por temporada, te regalo un millón.

—Mira, Juan. Yo voy a intentar sacarte lo máximo posible, pero mi pago será dar la noticia en exclusiva.

Y lo logramos.

Y alcanzamos algo más de esos tres millones que a él le habrían hecho cambiar de opinión.

Otra anécdota para concluir esta época en la que, sin dejar el periodismo, me dediqué a la gestión de fichajes de unos y otros un poco sin querer, más por ayudar a mis amigos que otra cosa. Un día Clifford Luyk, entrenador del Real Madrid, me comentó que necesitaba un base. Él se había enterado por mí de que Nacho

Solozábal iba a dejar el Barcelona porque Josep Lluís Núñez no le iba a renovar el contrato. En vísperas de un Madrid-Barcelona, quedé con Luyk en el hotel Calderón para meterlo en el programa nocturno de José María García. Clifford me pidió que hablara con Nacho para tantear la posibilidad de que fichara por su equipo, algo que finalmente no cuajó porque Solozábal decidió dejar el baloncesto.

Cuando estuve en los Juegos Olímpicos de Seúl 1988

«Me quedaría con todo», respondo siempre que me preguntan con qué me quedaría de mi trayectoria periodística. He podido convertir en profesión lo que para mí era un sueño, y al final se hizo realidad.

Pero si tuviera que elegir un momento concreto serían los Juegos Olímpicos de Seúl, los primeros que presencié en directo.

«Siro, todo lo que podías conseguir como periodista ya lo has logrado. Joder, Siro, de todos los millones y millones de periodistas que habrá en el mundo, eres uno de los trescientos privilegiados que está presenciando este evento *in situ*», pensaba en la ceremonia inaugural. Y este pensamiento me acompañó siempre. Me di cuenta de que estaba haciendo historia. Estaba haciendo mi historia.

Allí me sentí feliz.

Y ese es uno de los motivos por el que estaré eternamente agradecido a José María García. Además de haber confiado en mí y de haberme enseñado lo poco que sé de radio y de periodismo, le debo que un día del mes de agosto de 1988, recién llegado de vacaciones, y después de haber estado en el Preolímpico de Holanda (que servía de clasificación para que nuestro baloncesto estuviera en el campeonato), yo recibiera una llamada inesperada de Ernesto López Feito.

—Oye, Siro, José María ha pensado que, en vez de ir solo Javier Ares a cubrir los Juegos de Seúl —como había sucedido en Los Ángeles, cuatro años atrás—, vas a ir tú con él. Pero claro, quedan solo quince días para que empiece todo.

—¡Hostia! —exclamé en voz baja.

—Sí. Y claro, a ver cómo te acreditamos. Mándame unas fotos a ver qué podemos hacer. Ya sabes que José María es muy amigo de Manuel Romero Canela, el responsable de radio y televisión en los Juegos. También está Juan Antonio Samaranch —presidente del Comité Olímpico Internacional en aquel momento— y José María tiene muy buena relación con él. A ver si entre unos y otros conseguimos acreditarte. Yo creo que lo vamos a conseguir y que vas a ir, ¿eh?,

pero hasta dentro de una semana no te lo voy a poder confirmar.

Esa semana estuve sin pegar ojo.

Ir a unos Juegos Olímpicos, y en Seúl, que para mí era otro mundo, otra galaxia… Nunca había salido de Europa y no había estado más allá de Moscú, donde había ido varias veces.

Estaba loco de los nervios.

Y se hizo realidad.

¡Iba a estar presente y vivir unos Juegos Olímpicos en primera persona!

En vez de ir por la Unión Soviética, cogimos la ruta de Anchorage (Alaska). Hicimos escala allí porque el avión no tenía autonomía para llegar en vuelo directo (habría sido un viaje de veintidós horas).

Recuerdo hasta con quién fui en el viaje de ida hacia Seúl. Además de tener a un lado a mi entrañable compañero y amigo Javier Ares, al otro se sentó Sergi López. Creo que lo dejé bendecido, porque fue uno de nuestros escasísimos medallistas de esos Juegos Olímpicos (fue bronce en doscientos metros braza). Gracias a las veinticuatro horas de charla que tuvimos en esta larga travesía por los cielos, entablamos una buena relación. Cuando ganó la medalla, aproveché esa reciente amistad para ir hasta la piscina olímpica y entrevistarle.

Al bajar del aeroplano, lo primero que me llamó la atención fue el olor. No sé si era el queroseno o eso con lo que ellos lo hierven todo, el ginseng que los coreanos utilizan para casi todas las comidas. No sé, pero tengo grabadísimo ese olor.

Tengo muy buenos recuerdos de aquel evento.

Allí también conocí a uno de los que fueron (y siguen siendo) de mis mejores amigos: Lucho González-Aller. Trabajaba para Radio Televisión Olímpica (RTO), que lideraba Manuel Romero Canela. También estaba Luis Balduque, compañero técnico en Antena 3 con el que había estado en el Europeo de Alemania y que en esos Juegos lo habían fichado para reforzar el equipo técnico de la RTO.

No fuimos a la villa de prensa. Antena 3 nos cogió un hotel en el que estábamos estos y algunos compañeros más. Las veladas se prolongaban más allá de las doce de la noche; después de haber cubierto las maratonianas jornadas de los Juegos, de habernos currado

los programas resumen, las grabaciones y todo lo que nos pidieran, llegábamos con la adrenalina a tope y vivimos treinta días maravillosos con sus treinta noches.

Nos dio tiempo a todo. Algún día incluso pudimos hacer turismo por Seúl y visitamos alguno de sus palacios. Me llamaron mucho la atención las diferencias que había, tanto sociales como a nivel de infraestructuras, ya que podías estar en un hotel impresionante, como el nuestro, dar la vuelta a la manzana y encontrar las típicas casas bajas donde la gente de allí vivía como Dios o Buda les dio a entender.

Algunas veces esas veladas iban más allá de las tres de la madrugada —probablemente después de echar una partida de cartas —, pero nos teníamos que levantar a las siete de la mañana para entrar con José María. Dormíamos una media de cinco horas, no mucho más. Pero una noche, a eso de las cuatro, recibimos una llamada de Madrid:

—Oye, levantaos ya, que en un par de horas va a haber una rueda de prensa en el hotel del Comité Olímpico Internacional —que, por cierto, estaba en el quinto coño— porque Ben Johnson ha dado positivo —nos dijo Ernesto López Feito después de sacarnos de la cama.

Ben Johnson había sido la gran revelación. Venía de ser campeón del mundo en Japón el año anterior. A pesar de ese título, seguía sin ser el gran favorito, sino que lo era Carl Lewis, alias el Hijo del Viento, pues en Los Ángeles había arrasado tanto en longitud como en cien y doscientos metros.

En Seúl, Ben Johnson no solo ganó a Carl Lewis, sino que batió el récord del mundo. De esa carrera recuerdo el silencio que se hizo en el estadio cuando los jueces dijeron: «Preparados». Antes de que sonara el disparo que daba comienzo a la carrera, se podía cortar el aire con un cuchillo. Fue impresionante. Se te ponía la piel de la gallina, y ahora me pasa lo mismo al evocarlo.

Fue tan estratosférico e inesperado que Ben Johnson se hiciera con el oro y batiera el récord del mundo que Javier Ares y yo no nos dimos cuenta de que lo había conseguido hasta un minuto después. Narramos la carrera, sobre todo Javier (con esa épica que le imprime

que tanto me gusta). Cuando acabó, estuvimos pendientes del campeón, de concretar los medallistas…, y no caímos en que había pulverizado el récord, quizá impactados por todo lo que se acababa de vivir.

—Cagando hostias todos para el hotel —zanjó Feito.

Y hacia allí que fui. Al quinto carajo.

Javier Ares se dirigió al hotel IBC, donde teníamos los estudios para hacer los directos, y yo me fui a vivir en primera persona el anuncio más impactante de unos Juegos Olímpicos desde que murieron aquellos atletas en Múnich.

En fin, aquellos Juegos finalizaron, y la participación española acabó un poco sin pena ni gloria. Y quizá por eso lo que pasó después en Barcelona fue todavía más llamativo y sorprendente: invirtiendo y trabajando en el deporte durante cuatro años como se hizo, fuimos capaces de conseguir los logros que se alcanzaron en aquel momento.

Y para zanjar mi experiencia en Seúl 1988, os diré que en aquel campeonato fue la primera vez que vi un móvil, ¡en 1988! Lo llevaban los compañeros de Catalunya Ràdio, la radio autonómica de Cataluña, que había alquilado uno de estos teléfonos. Recuerdo estar en el torneo de tenis, donde creo recordar que teníamos a Arantxa y a Emilio Sánchez Vicario, y a Sergio Casal. Tengo la imagen nítida de mis compañeros de esa radio entrevistando a Arantxa con esos aparatos que luego acabaron en los bolsillos de todo el mundo. Apostaría que fue Jaume Boix el que lo llevaba y lo utilizaba.

—Oye, ¿estabas grabando con ese artefacto? —le pregunté yo, casi hablando en español antiguo.

—No, no. Estaba entrando en directo con un teléfono móvil. No estaba grabando.

—¿Cómo con un teléfono móvil? ¿Qué es eso?

—Sí, acaban de salir aquí, en Corea y en Japón. Le metes una tarjeta y te pones en contacto con cualquier sitio. Y lo puedes llevar en la mochila.

Además, no era demasiado grande, porque los que luego llegaron a España al principio eran unos mamotretos que casi teníamos que llevar un carro para transportarlos. Este era como los inalámbricos que

teníamos en los domicilios, de ese estilo. No era nada pesado, sino muy manejable.

Cuando tuve un montón de vivencias con Andrés Montes

Andrés y yo viajamos juntos de 1985 a 1993. Curiosamente, acabamos y empezamos en el mismo país, Alemania. En todos esos años seguimos a la selección, y contamos con Chechu Biriukov como comentarista.

Tuvimos todas las vivencias que os podáis imaginar.

En Argentina, por ejemplo, España tuvo que desplazarse a la provincia de Salta, y uno de nosotros se tenía que quedar en Buenos Aires y otro irse a Salta siguiendo los pasos del equipo nacional. Ángel Barroso y Andrés se quedaron para disfrutar del Luna Park y de las noches bonaerenses.

—Siro, joder, que tenemos al Negro ingresado en el hospital —me dijo Angelito en una llamada telefónica.

—Pero ¿qué dices?, ¿qué ha pasado?

—Que le ha pegado una subida de tensión, se ha puesto a veinte y nos hemos tenido que ir pitando para el hospital español, y allí que se ha quedado ingresado y tendrá que estar un par de días como mínimo.

Por suerte, con tratamiento y todo lo que se consideró, la tensión volvió a su ser, se pudo recuperar y salió de aquella, pero juraría que fue un primer aviso de lo que después vino: tuvo que pasar por quirófano para operarse de un cáncer en las glándulas suprarrenales, tuvo que ser intervenido por problemas cardiacos, era diabético… Ahí empezamos a ver que su salud no estaba muy boyante.

También recuerdo que, cuando estábamos negociando qué hacer cuando el grupo Prisa compró nuestra cadena y García se marchó, Andrés Montes se había ido a Argentina. Por lo visto quería regresar al lugar donde estuvo cerca de morir. O por lo menos eso le contó a Mercedes, su mujer, aunque no tengo muy claro que volviera por eso. Pero, en fin, eso es lo que dijo y hay que darlo por bueno, pero apostaría que fue allí por otros motivos.

El caso es que yo sabía lo que él pensaba: era de los que creían que quedarse en Prisa era la mejor decisión que podíamos tomar, y un

poco delegó en mí, o eso quise entender.

—¡Pero, joder! ¿Por qué habéis dicho que me quedaba? ¿Por qué habéis hablado en mi nombre? —me dijo al día siguiente por teléfono cuando le conté la decisión que habíamos tomado.

—Joder, Andrés, porque me dijiste que quedarnos en Antena 3 con el grupo Prisa era poco menos que estar en un Fórmula 1. ¿Qué querías que dijera? —le pregunté sorprendido por su reacción.

No sé qué le estaría pasando allí, porque al final se quedó encantado y formamos un grupo humano fantástico. Pero nos engañaron, como nos anticipó García, y duramos muy poquito, solo un año y medio.

Después Andrés y yo volvimos a coincidir en el Europeo de 1995, donde fuimos los primeros que narramos baloncesto en castellano para Eurosport, que se había quedado con los derechos de ese campeonato, y hasta ese momento todo lo que se narraba en esa cadena era siempre en inglés. Para ello me llamó Fernando Domingo, el responsable de Eurosport para España por aquel entonces, y me comentó la posibilidad de hacerlo.

—Déjame que lo piense —le dije yo, que en aquellos tiempos vivía en Barcelona—, pero solo te pongo una condición: quiero narrarlo con Andrés Montes.

Andrés y yo estábamos en una situación laboral parecida: paro o semiparo. Subsistíamos. Él estaba sin trabajo y yo, como mucho, tenía colaboraciones con el diario *Don Balón*. Además, me apetecía narrar con él porque sabía que funcionaríamos a la perfección, y si le podía echar una mano, mejor que mejor.

Y lo hicimos juntos.

Recuerdo que fui a Madrid y estuve en casa de Ernesto López Feito, que tenía un piso en la Ciudad de los Periodistas, en el barrio del Pilar, pero vivía en Becerril de la Sierra. Me invitó a quedarme en su casa y le estoy muy agradecido. Ernesto, que falleció años después de un infarto fulminante cuando estaba de editor y productor con José Ramón de la Morena. Para mí fue como un hermano, como el hermano que nunca tuve. Bajábamos cada mañana de Becerril de la Sierra: él para ir al periódico y yo para narrar con Andrés.

Uno de los partidos que narramos coincidió con la famosa final de la

Copa del Rey, la primera que ganó el Deportivo de La Coruña contra el Valencia, que se tuvo que suspender por la tromba de agua que cayó sobre el Santiago Bernabéu. Estábamos con un ojo en la narración y con otro en la final de la Copa, rutina esta de estar en varias cosas a la vez en la que me fui especializando y para la que fui perfeccionando la técnica. El tormentón fue tremendo, lo vimos e incluso lo sentimos desde los estudios de la calle Alcalá.

En fin, narramos el Europeo, lo pasamos estupendamente bien y volvimos a la casilla de salida, yo con mi semiparo y él con sus inversiones en la bolsa asiática.

—¿Qué has hecho con el dinero de la indemnización de Antena 3? —le pregunté un día.

—Lo he invertido en bolsa.

—¿Cómo? —le dije sorprendido—. ¿Que lo has invertido en bolsa? ¿Pero todo?

—Sí, sí. Todo.

Y creo que ahí se aficionó al tema de la bolsa. Todas las mañanas, hacia las siete, veía cómo había cerrado la bolsa asiática y comprobaba qué tal andaban sus dividendos. En esto siempre fue muy arriesgado y aventurero. Leía mucho sobre el tema. Me llamaba la atención porque yo era un auténtico zote para estos asuntos.

Fijaos la diferencia de estilos: Julita y yo lo invertimos en la entrada para un piso en Premià de Mar (Barcelona).

Y a eso se dedicaba, poco más. Escuchaba música, eso sí. Aunque esa siempre fue una de sus grandes aficiones.

Pasó el tiempo. A finales de 1994 yo estaba en Barcelona trabajando en *Don Balón* cuando RadioVoz decidió montar una emisora nacional. Estaba formada por emisoras que pertenecían a *La Voz de Galicia* (en la etapa de Antena 3, que finaliza en 1994, formaban parte del grupo, pero a nivel privado). En ese momento, una vez desaparecida Antena 3 Radio, bajo la dirección de Bieito Rubido —que después ha sido muchos años director del diario *ABC*—, pusieron en marcha una cadena que se iba a llamar y se llamó RadioVoz. Estuvieron buscando gente: creo recordar que ficharon a Ernesto López Feito, que fue el primer trabajo de Miguel Ángel Méndez (ahora el segundo de a bordo

en Eurosport), y que estaba también José Luis Corrochano, que empezó ahí.

Les faltaba un jefe de deportes.

Bieito y yo habíamos hablado tiempo atrás de que Andrés Montes estaba libre, que no tenía trabajo y que era una posibilidad. Pero no habló con Andrés.

En medio de esta situación recibí una llamada de Andrés. Creo que es la única vez que he oído llorar a Andrés Montes.

—Mañana me van a operar de cáncer —me dijo, dejándome chafado.

Su mayor preocupación eran sus hijos. Más que pensar en él, en su salud, en su recuperación o en si saldría adelante, le agobiaba la situación en la que podrían quedar sus hijos, sobre todo económicamente, pues en aquel momento Nelson tendría tres años y Orson, como mucho, uno.

Estaba muy angustiado por su futuro, por no verlos crecer y todo eso que seguro que os podéis imaginar.

Colgamos.

Yo también lloré. A ver, que yo también soy de llorar hasta con la música del telediario, pero si encima veo a un amigo mío, como lo era Andrés, tan triste y preocupado por sus hijos, me vengo abajo.

Después de secarme las lágrimas, lo primero que hice fue llamar a Bieito Rubido y él tuvo la reacción que yo sabía que iba a tener.

—Bieito, sé que no has llamado todavía a Andrés. Sé que lo vas a llamar porque me lo has dicho y porque los dos sabemos que sería un gran fichaje para RadioVoz, pero te quiero pedir un favor: llámalo hoy, por favor, llámalo esta tarde.

—¿Y eso? —me debió de decir.

—Mañana lo van a operar de un cáncer en las suprarrenales y me gustaría que entrara al quirófano teniendo la tranquilidad de que, cuando salga y se recupere, va a tener un puesto de trabajo y va a dedicarse a lo que siempre ha querido.

Y así lo hizo.

Le dijo que se recuperara pronto, que todo iba a salir bien y que la jefatura de deportes de RadioVoz era suya.

Al cabo de un mes y medio, ya recuperado, Andrés Montes se incorporó a RadioVoz, donde empezó haciendo el programa del mediodía y narraba los partidos más importantes. Fruto de esta colaboración surgió su fichaje por Canal+, porque narró un partido del Atlético de Madrid en el Vicente Calderón. Lo recuerdo como si fuera ayer. En esa etapa yo ya estaba en Onda Cero A Coruña, y había ido a narrarlo para mi emisora, ya que el partido era contra el Deportivo de La Coruña.

A ese partido dio la casualidad de que fue Alfredo Relaño porque estaba haciendo un viaje a Toledo o algo por el estilo junto a José Antonio del Río. A Alfredo le llamó muchísimo la atención la narración de Andrés, que ya sabemos todos que era muy atípica, sui géneris, única y particular. Canal+ acababa de comprar los derechos de la NBA, y Alfredo, que era el jefe en el canal de pago, decidió, en parte gracias a la narración de Andrés para RadioVoz, que iba a ser uno de sus narradores de cabecera para el baloncesto americano en Canal+, donde empezó junto a Santiago Segurola.

Creo que el bueno de Andrés nunca se enteró de mi llamada a Bieito el día de su operación, no me pareció apropiado contárselo, ya que no quería que él me agradeciera nada ni que sintiera que estaba en deuda conmigo. Bieito le iba a fichar igualmente, lo único que hice fue que la llamada se adelantara un poco en el tiempo para que entrara más tranquilo al quirófano. Nunca se lo conté, y creo que se fue al otro mundo sin saberlo.

Por otro lado, como seguro que sabéis, Andrés Montes siempre ha sido un gran melómano. Tenía una de las colecciones de vinilos más extensa y variada de España. Cuando íbamos de viaje a algún campeonato o lo que correspondiera, intentaba conseguir, en el momento en que llegaron los CD, la colección que tenía en vinilo en ese nuevo formato compacto. Poco a poco logró reunir unos cinco mil CD de todo tipo de música y géneros, desde el rock al motown. Morrison le volvía loco, era uno de sus grandes ídolos. Hace poco me ha venido a la memoria esta colección de CD y esas búsquedas, pateándonos las ciudades del mundo tratando de encontrar el disco perfecto en la tienda adecuada porque leí que uno de sus hijos, o

quizá los dos, por falta de espacio sacaban a subasta toda la colección de su padre, que habían heredado cuando falleció. Creo recordar que, en su momento, Andrés pidió una tasación de todo lo que tenía en su discoteca particular y la cifra ascendía a veinticinco millones de pesetas más o menos. Para aquella época no estaba nada mal.

En Holanda, Andrés Montes empezó a ponerse sus míticas gafas redondas, porque hasta entonces eran de otro estilo. Debió de ser en el Preolímpico. Me llevó de compras, lo que a mí no solo no me importaba sino que lo disfrutaba. Cuando hago turismo, me gusta ir de compras y ver piedras. Uno de esos días que salimos por Rotterdam, delante de una óptica, Andrés vio unas gafas negras con montura en la parte de abajo pero abiertas por arriba. Y se las compró. Juraría que ahí empezó a usar ese estilo. Lo que no había hecho todavía era raparse el pelo, lo que creo que dejó para después de Antena 3.

Como reflejo de la relación que teníamos, cuando yo iba a Madrid, siempre pasaba por su casa para comer, tomarme algo o charlar un rato, lo que él repetía cuando le tocaba ir a Barcelona. Teníamos una relación que era más que la de unos simples y llanos compañeros de radio; nos considerábamos casi familia. Él era un tipo difícil, que conste. Pero cuando entrabas en su círculo, pasabas a ser uno más de su familia. Te lo contaba todo: sus problemas, la relación con su entorno, sus preocupaciones, *etc.* Era muy introvertido hasta que te ganabas su confianza. En la forma de ser era muy parecido a lo que se veía al otro lado de la pantalla: te podía estar contando el asunto más serio del mundo pero te morías de risa con su manera de explicarlo y los chascarrillos que iba metiendo. Convertía cualquier drama en comedia. Era muy cheli, muy del foro, muy madrileño. Aunque su origen, por parte de madre, era cubano, no estuvo nunca allí, ya nació en Madrid. Se crio en plena Gran Vía con una señora a la que su mamá le pagaba un dinero por cuidarlo y, por lo tanto, él se consideraba gato total. Y esto es lo que te hacía mucha gracia: veías a un tipo negro, con ese aspecto tan característico, pero su manera de hablar te descolocaba y te hacía descojonarte.

Otro aspecto que me llamó la atención cuando lo conocí es que era un tipo limpio en extremo: se podía duchar tres o cuatro veces al día,

se lavaba las manos de forma compulsiva, y lo que ya he contado antes de lavarse los dientes. También era un adelantado a su tiempo a nivel estético y cultural. No seguía modas, se ponía lo que le daba la gana. Si le apetecía comprarse un sombrero y pasear por la Gran Vía con él, lo hacía sin más. O comprarse, como recuerdo, un abrigo de pieles, pero yo no sé si era de foca o de alguna otra barbaridad, lo que solo veías hacer a los negros millonarios americanos que vemos por la tele.

Uno de sus sitios favoritos era, como no podía ser de otra forma, la calle Serrano, donde compraba ropa, zapatos o lo que fuera. Recuerdo estar en su casa, allí en la calle Espronceda, donde murió, y tener, a lo mejor, veinte pares de zapatos, cincuenta camisas y tropecientas pajaritas. Y así con todo. Era un auténtico sibarita, un tipo que vivía a la última, un verdadero *gentleman*. Su vida era la música, la ropa, la moda y ya lo último, si me apuras, un poquito el periodismo deportivo.

Con mi marcha a Galicia y su fichaje por Canal+, aunque no se enfrió la relación, sí nos alejó del contacto directo. Nos hablábamos por teléfono, nos interesábamos el uno por el otro, pero nos faltaba el cuerpo a cuerpo que recuperamos cuando fiché por TeleMadrid. Curiosamente, estando todavía en La Coruña, inició una relación con una chica coruñesa que fue su pareja hasta el día de su muerte. De eso, el muy cabrito no me había dicho nada. Había viajado alguna vez a La Coruña, pero de la existencia de María no supe hasta que llegué a Madrid. No recuerdo dónde ni cómo me la presentó, pero no creo equivocarme si digo que sería en alguna cena de las muchas que tuvimos Andrés, María, Julita y yo. Para una de ellas habíamos quedado el fin de semana anterior a su muerte. Recuerdo que lo llamé desde el coche y, como casi siempre, llegué a casa y todavía estuve hablando con él como media hora más dentro del garaje. Me contó sus cosas. No lo había pasado bien tras su marcha, o más bien tras la patada que le dieron los de La Sexta, pero en ese momento estaba animado porque se había abierto alguna puerta para regresar otra vez a la actividad. No sé si lo hablamos o lo supe después, pero alguna inversión inmobiliaria no estaba funcionando como él esperaba,

aunque no lo noté muy preocupado. Era el Andrés de siempre. Con su pesimismo unas veces y con sus inseguridades otras.

No sé quién me llamó esa noche para decirme que Andrés había muerto. Puede que fuera Antoni Daimiel. No me lo podía creer. Me hinché a llorar y estuve toda la noche preguntándome qué había pasado y por qué se tenía que ir Andrés. Por qué nos hacía esa putada nuestro Negro. Aunque siempre había estado delicado de salud, no era ese el momento en que lo estaba pasando peor. Como decía él muchas veces: «Chico, chico, yo soy un superviviente, he superado las tres enfermedades, cáncer, corazón y diabetes, que son las que más gente se llevan al otro barrio y aquí me tenéis».

Y dejamos de tenerlo para convertirse en un mito.

Un mes después de morir Andrés recibí la llamada de su chica. María quería que fuéramos a cenar aprovechando que uno de sus hermanos, el dueño de Cafés Siboney, había venido de La Coruña a Madrid. Quedamos, con Julita también. Cenamos, recordamos los grandes momentos que habíamos vivido con Andrés y al final de la velada me pidió que los siguiera con mi coche.

Dicho y hecho.

Enfilamos la calle Serrano y, a la altura de Ortega y Gasset, detuvo su coche, paré el mío y me contó por qué habíamos ido hasta allí.

Llevaba una parte de las cenizas de Andrés en una urna. Otras se las habían quedado sus hijos y las que faltaban habían sido esparcidas en el Atlántico coruñés. María quiso que una parte de Andrés estuviese en su querida calle Serrano, en la esquina de la sastrería de la que él era cliente habitual. Sonó la música de su mitificado Van Morrison y, aprovechando que Serrano era en aquel momento una calle en obras, vertimos sus cenizas en uno de los agujeros que había en la acera que está enfrente de El Corte Inglés.

Todavía hoy, cada vez que paso en coche o andando por ese lugar, me santiguo y tengo un recuerdo para mi siempre añorado Negro.

Cuando Antena 3 se convirtió en una cantera brutal de periodistas

De aquella Antena 3 Radio de Barcelona salió gente que después ha tenido una carrera realmente importante en el mundo de la comunicación.

Recuerdo que al principio estaba la actriz Mónica Randall, que por aquellas fechas era compañera del gran José Luis Balbín, presentador de *La clave*, haciendo el programa de las mañanas, de doce a dos del mediodía. Estuvo un par de años y luego la sustituyó Elisenda Roca, la que ahora es la voz de *Saber y ganar*, un personaje importantísimo en el mundo de la cultura catalana: actriz, hija de actores, escritora y poseedora de una voz maravillosa.

Con Elisenda trabajé siempre muy a gusto, ya que colaboraba en su programa con algo que no tiene nada que ver con los deportes, sino más bien con la música, de la que soy un gran aficionado. Siempre he dicho que me gusta la música porque me encanta todo tipo de música. En mis tiempos jóvenes, y gracias a un amigo que era jugador de baloncesto, Xavi Arqués, me metió en vena a King Crimson, y bandas como Creedence Clearwater Revival siempre me han encandilado. También me gusta mucho la música folk. Descubrí a Serrat con apenas doce años. Me enamoré de Lluís Llach y de algunos protagonistas de la canción protesta de la época. Mis gustos musicales se han ido entremezclando entre diversos estilos. Desde niño siempre me ha apasionado la canción española, pero también he sido un gran fan de los Beatles y de los Rolling Stones. Dependiendo de mi estado de ánimo, he podido escuchar desde Víctor Manuel hasta Bruce Springsteen.

Entonces, como Elisenda sabía que era un poco melómano, me pidió que tuviera una sección en su programa en la que dos o tres veces por semana presentaba una canción y hablaba de su historia: quién la cantaba, sus orígenes y su significado. Por allí pasaron Concha Piquer, Antonio Molina, Rafael Farina y todos los mitos de la canción española de los cuarenta, cincuenta y sesenta. Y allí estuve con ella.

Después de Elisenda aparecieron dos personajes que, en cuanto los vi y empecé a escuchar a uno de ellos, pensé: «Este va a ser el sucesor de Luis del Olmo (que en aquel momento era el Dios de los dioses) a poco que se lo proponga».

Aquel chaval se llamaba Alfonso Arús. Llegó con su técnico, que no era otro que Jorge Salvador, el productor ejecutivo y socio de Pablo Motos en *El hormiguero*, que antes había estado con Xavier Sardá en *Crónicas marcianas*. Jorge Salvador no era un técnico al uso; le gustaba meter voces, cortes o sonidos más o menos humorísticos. Ellos venían de Ràdio Sitges, y empezaron a romperla porque eran distintos. La frescura de Arús y la mente privilegiada de Salvador hicieron de ellos un dúo inimitable e imparable.

Enseguida tuve buen *feeling* con ellos. Tanto es así que creo que fui el único de deportes que estuve en la boda de Alfonso y Angy Cárdenas.

De los que todavía suenan, además de Jorge y Alfonso, recuerdo a Susana Ruiz, que entra en el programa de Francino desde Barcelona, pero también empezó en la última época de Antena 3.

Y de los inicios no quisiera olvidarme de Anna Bosch, que hacía los informativos locales para Barcelona en Antena 3, y que después se incorporó a Televisión Española, convirtiéndose en una de las grandes corresponsales de la cadena. Estuvo muchos años en Estados Unidos, otros tantos en Rusia, y juraría que también pasó un tiempo en Londres. Ahora ha vuelto a España y sigue formando parte del equipo de informativos de TVE.

Quisiera aprovechar estas líneas para hablar de mi compañero Rafael Vilasanjuan, que empezó en deportes con nosotros hasta que en el año 1990 dejó la radio para incorporarse a la Radio Televisión Olímpica (RTO). Su fichaje fue gracias a Luis González-Aller, la mano derecha de Manuel Romero Canela (responsable de la RTO en Seúl, Barcelona y otros muchos más eventos y Juegos Olímpicos), que necesitaba a alguien que le ayudara en la organización de la RTO de Barcelona 1992. Yo le hablé de Rafa, porque sabía que él dominaba el inglés y era un tío muy serio y desenvuelto en el trabajo. Lo fichó y provocó que perdiéramos a un gran compañero y a un tipo que merece

mucho la pena. Una vez finalizados los Juegos, se convirtió en el responsable de comunicación de Médicos Sin Fronteras, dando el paso, tiempo después, al puesto de secretario general de esta organización. Rafa sigue relacionado con la comunicación, es uno de los columnistas de *El Periódico de Catalunya* y se mantiene como uno de los opinólogos de confianza de *La ventana*, con Carles Francino, en la Cadena SER.

Cuando me conoció Christian García y lo primero que hizo fue sacarme del calabozo

La emisora de Antena 3 Radio en su redacción de Barcelona estaba en Paseo de Gracia número 96. Era una finca de estas regias, antiguas, y nosotros estábamos en el ático, desde donde se podía ver la calle con un ambiente precioso, donde ahora se concentran todas las tiendas de lujo.

Delante de la emisora teníamos una zona reservada para dos o tres unidades móviles. A veces, alguno de los redactores, si no había una unidad móvil, aparcaba ahí y ponía un cartelito de Antena 3 o algo así para que cuando pasara la guardia urbana no dijera nada. O sí.

Christian García llevaba tres o cuatro días de prácticas en la redacción, y yo esa semana había estado de viaje por algún partido, por lo que no habíamos coincidido y ninguno de los dos sabía qué aspecto tenía el otro. Tenéis que pensar que en aquel momento mi rostro no era ni muchísimo menos conocido, ya que estamos hablando de la época en la que la radio era solo radio y de sus protagonistas solo se conocía su voz.

Total, que un día de aquellos —esto me lo contó después— Christian llegó a la redacción y se topó con un pollo brutal en pleno aparcamiento de Paseo de Gracia 96, donde se encontró a un tipo discutiendo de forma acalorada con la guardia urbana.

—Que no me grite, caballero, que le pongo una multa —le decía el guardia, muy serio.

Y el otro, a grito pelado contra los guardias, desgañitado.

«Vaya, ¡aquí hay lío!», pensó Christian mientras subía las escaleras hacia la redacción sin dejar de mirar atrás.

El agente estaba anotando en un papel los datos de la matrícula del coche mientras el tipo seguía gritándole como un poseso. El guardia, por lo visto, le ignoraba por completo hasta que al final se giró y le empezó a decir de todo también a él.

Parecía que iban a llover hostias, la verdad.

El otro se revolvió y se dio la vuelta. En aquella época, que se

robaban muchos coches, era habitual tener un gancho de metal para trincar el volante con el pedal del freno, así que el tipo echó mano de este para abrirle la cabeza al guardia urbano. El compañero del primero se le echó encima para tratar de impedirlo y al final se lo llevaron detenido.

El pobre Christian me contó que subió a la redacción relatando la historia que acababa de presenciar.

—Joder, tíos, se ha montado una aquí abajo hoy impresionante. Había un tío que tenía el coche aparcado, la guardia urbana habrá pasado para decirle que lo quite, él se ha puesto farruco y al final casi les enchufa con el gancho antirrobo del coche. Y se lo han llevado detenido a comisaría y todo. Brutal.

Alucinaron, obviamente.

Pasó un rato.

—Oye, ¿y Siro no ha venido hoy? —dijo alguien.

Recordemos que entonces no había teléfonos móviles.

Al cabo de otro rato, llamaron a la redacción.

Lo cogió Christian.

—¿Quién eres?

—Soy Christian, estoy de prácticas. Hace poco que estoy aquí. ¿Quién eres tú?

—Yo soy Siro López. ¿Está Pepe Gutiérrez por ahí?

—Sí.

—Pásamelo, por favor.

—No, es que está hablando por teléfono.

—Ah, pues dile que cuelgue, que me ha detenido la guardia urbana y estoy en la comisaría. Solo tengo derecho a una llamada, y no puedo desperdiciarla. Que me busque un abogado o lo que sea y que me saque de aquí porque iba a romperle la cabeza a un guardia urbano que no me dejaba aparcar el coche.

Y me contó Christian que se quedó blanco.

Helado.

«O sea, que el loco que se estaba peleando abajo era Siro López», debió de pensar.

Y así nos conocimos.

Cuando hice una crónica en directo mientras jugaba al Tetris

En uno de los viajes que hicimos con Antena 3, en alguna Liga europea, Copa de Europa o algún desplazamiento de los que hacíamos a lo largo y ancho de Europa, recuerdo que mi compañero Christian García y yo estábamos muy enganchados al juego de Nintendo del Tetris. Muy enganchados. Pero mucho. Adictos.

Entonces íbamos con la famosa y casi difunta GameBoy, una maquinita que te cabía en la mochila, jugando absolutamente en todas partes: en los aviones, en las salas de espera, en las previas de los partidos. Donde fuera. Cuando fuera.

Christian y yo estábamos muy picados con ver quién conseguía más puntuación. Éramos como el Kárpov y el Kaspárov de las videoconsolas.

Un día, en su habitación del hotel, justo antes de una crónica para el programa del mediodía, que se emitía a nivel local, teníamos que hablar del ambiente previo al partido que luego narraríamos por la tarde. Christian hacía la parte más deportiva y yo los aspectos generales: de la competición, del ambiente y del salseo que pudiera haber alrededor del evento. Cada uno teníamos nuestro cometido.

—Si eres capaz de hacer la crónica en directo por teléfono, desde la habitación, mientras juegas al Tetris, te pago una cena —le propuse a Christian.

No era *Supergarcía*, eh, que conste. Era una emisión local. Con nuestro jefe supremo no me habría atrevido ni a plantearlo.

—Pero ¿qué dices, tío? ¿Estás loco? ¿Me estás diciendo que con el hombro aguante el teléfono y que coja la GameBoy con las manos y me ponga a jugar mientras hablo en directo? Ni de broma.

—Pues yo soy capaz —le dije, muy seguro de mí mismo.

—No tienes cojones.

—Si lo hago, ¿me invitas a una cena tú?

—Pero ¿cómo vas a hacer eso, tío? ¿Cómo vas a jugar al Tetris mientras haces una crónica?

—Soy capaz. Vaya que si soy capaz.

—Va. Si lo haces, te invito a una cena.

Y lo hice.

Me senté en la cama. Cuando me dieron paso, me puse a jugar al Tetris mientras aguantaba el teléfono con el hombro, y todo ello sin dejar de responder a las preguntas que me iba haciendo Pepe Gutiérrez sobre el partido.

Y conseguí una puntuación de la hostia, todo sea dicho.

Cuando vivía la vida de periodista con absoluta tranquilidad

—Niño, vamos a buscar los periódicos y a desayunar —les decía a mis compañeros cuando llegaba a la redacción de Antena 3.

Y ahí empezaba uno de mis grandes momentos del día.

Bajábamos al quiosco a recoger los periódicos, me los metía todos bajo el brazo y nos íbamos a por la primera comida del día.

Me pedía mi bocata de Frankfurt cada puta mañana con mi cervecita o mi Coca-Cola, lo que me apeteciera en función del día, y allí repasábamos los periódicos. Éramos felices, y a eso yo diría que no se le puede llamar trabajar.

De vuelta a la redacción, si ese día tocaba hacer el programa del mediodía, yo empezaba a hacer llamadas a unos y otros. Cuando hablaba por teléfono, tenía una manía muy mía: seguía la conversación sentado en mi silla con los pies encima de la mesa, el teléfono apoyado en el hombro y con un brazo sujetando el periódico, pasando hojas. Y mientras lo hacía —¡a pesar de que ya lo había leído!—, con el brazo libre hacía señas para que alguien me diera un mechero para encenderme mi Ducados. Y cada día, ¡cada día!, inconscientemente me metía sin querer el mechero en el bolsillo y tenía siempre a alguien encima reclamándome lo que era suyo.

Yo solía estar ahí tan tranquilo, con mis llamadas y tal, con absoluta relajación.

—Siro, tío, ¿hay que llamar a alguien? —me solía decir Christian García.

—No, no te preocupes. He quedado con este —quien fuera—, y a este otro le vamos a hacer una entrevista —lo mismo—. Tú explicas esto y esto otro —le decía con total naturalidad.

No había ordenadores, claro, y todo se escribía a máquina, pero yo no necesitaba un guion. Le decía a mi gente más o menos por dónde iban a ir los tiros y todo fluía.

Llegaba un momento en el que a lo mejor quedaban un par de minutos para comenzar el programa, que iba a durar media hora.

Christian empezaba a impacientarse porque yo no solía estar delante del micrófono.

No paraba de tocarse el reloj, y me miraba para meterme prisa.

—Tranquilo, que hay tiempo —le decía yo, unas veces de palabra y otras con gestos.

—¡Pero que quedan dos minutos!

El técnico entonces tiraba la sintonía, aunque yo no estuviera.

Se levantaba.

—¿Lo vas a buscar tú o voy yo? —le decía a Christian.

—Ya le he llamado, Mario —Mario Pérez Rojo, hermano de Rojo, el jugador del Barça—. Ya le he dicho que venga —le decía Christian.

Entonces veía que el técnico se asomaba al pasillo.

—¡SIROOO! ¡AL PROGRAMAAA! ¡QUE ESTÁ SONANDO LA SINTONÍA! —se desgañitaba esa cabeza por fuera del marco de la puerta.

—Oye, te dejo, que está empezando el programa y estoy aquí hablando contigo. —Y no me quedaba más remedio que colgar e ir a hacer el programa.

Volvía a coger mis periódicos y me los ponía bajo el brazo de nuevo.

—Joder, Siro. Espabila, por favor —me insistía Christian.

—Tranquilo, niño, no corras. La vida se tiene que vivir con calma, sin ponernos nerviosos —le decía con cara de orgullo.

Tranquilidad con la que vivo cada día de mi vida, ya sea para trabajar, para quedar con amigos o para viajar en avión. Me da igual.

Siempre iba al límite, pero nunca llegué tarde. O eso quiero recordar. Pero soy consciente de que esto sacaba de sus casillas a mis compañeros de Antena 3.

Era muy típico en mí embarcar en los aviones con las llamadas del último minuto. Mis compañeros, en especial Christian, bastante diferente a mí en este sentido, solían ir corriendo por los pasillos del aeropuerto como locos.

—No corráis, si hay tiempo de sobra —les decía.

Y siempre había tiempo. Y nunca llegué tarde a un vuelo, os lo juro. Pero sé que les hacía sufrir mucho.

—Siro ¿por qué siempre vamos tan justos? ¿Qué necesidad hay? —

me preguntaba amargamente Christian García, que era muy puntual.

Otra de mis manías era llevar el coche en reserva. En esa época, cuando teníamos que ir a narrar algún partido por Barcelona, Manresa, Badalona o donde fuera, me llevaba mi coche, recogía a Christian con mi Ford y mandábamos al técnico de sonido por su cuenta, que suelen necesitar algo más de tiempo, ya me entendéis.

No sé por qué, pero siempre iba con muy poca gasolina en el depósito y era muy frecuente en mí que fuera con el chivatito de luz encendido.

—Tío, ¿por qué vas siempre con tan poca gasolina? —me preguntaba el bueno de Christian—, ¡que un día nos vamos a quedar tirados, joder!

—Tranquilo, niño. Tranquilo —le insistía yo.

Yo ponía el coche en punto muerto e iba haciendo una conducción óptima para que todo saliera bien. Y siempre salía bien. La vida me daba la razón.

Cuando fui al Muro de las Lamentaciones

En un viaje a Tel Aviv nos fuimos a cubrir el partido de baloncesto del Barcelona contra el Maccabi y me llevé a Christian García de inalámbrico.

Yo había estado varias veces, pero en esta ocasión iba con la ilusión de enseñarle todo de cero y hacerle de cicerone a mi amigo y compañero Christian.

—Niño, pocas veces vas a tener la oportunidad de visitar Jerusalén —le dije a Christian ya montados en el avión.

No íbamos de turismo, obviamente. Nuestra misión era la que era, pero siempre que hubiese un huequito había que tratar de empaparse del ambiente de la ciudad o del país en el que estuviéramos.

—Nos vamos a coger un coche de alquiler —le dije a Christian por la mañana temprano cuando nos levantamos— y nos vamos a ir a Jerusalén, a ver el Muro de las Lamentaciones y todo eso.

Alucinó en colores. Dimos una vuelta por allí y nos metimos en el ambiente. Lo disfrutó como un niño pequeño y yo, con él, sentí algo parecido al revivirlo todo como si fuera la primera vez. Le pareció espectacular.

—Vamos a comer rápido que, ya que estamos aquí, aprovechamos y nos acercamos al mar Muerto.

—¡Hostia! ¿Tú crees, tío? Pero si nos tenemos que volver a Tel Aviv y hay un buen tirón, porque hasta aquí ha sido ya una paliza de coche, ¿eh?

—Nada, nada. Nos da tiempo de sobra. Tú tranquilo, niño. Tranquilo.

Cogimos el coche y le metí por una carretera impresionante camino del mar Muerto, tal y como le prometí.

Mereció la pena, y Christian lo agradeció.

Vimos muchos militares armados con Cetmes. La sensación era de guerra de guerrillas. Por fin, llegamos al mar Muerto, una especie de playas y tal. Muy bonito todo. La pena es que no llevábamos cámara de fotos y no tenemos pruebas de aquel momento.

—Vamos, Siro, tío. Vámonos ya, que no llegamos al partido —me decía Christian, que estaba disfrutando a la par que sufriendo.

—Tranquilo, niño —le insistía yo.

Cogimos el coche y la verdad es que íbamos muy apurados de tiempo, así que le empecé a meter zapatilla como si no hubiera un mañana.

A medio camino nos topamos con un pedazo de caravana espectacular. Debía de haber un accidente y el colapso del tráfico era increíble.

—Siro, tío, estamos aquí parados en mitad de una autopista. No llegamos, tío. No llegamos. Tenemos que llamar a Madrid. Vamos a parar donde sea, lo primero es avisar de que no llegamos.

—Tranquilo, niño —le volvía a decir.

—Nos van a echar a la puta calle esta noche, ya verás. A ver qué cojones contamos ahora… —me decía Christian, que yo no sé si ya se le saltaban hasta las lágrimas.

—Oye, no me toques más los cojones, macho. ¿Quieres dejar de dar por el saco? —le dije yo, que tenía un límite de lamentos que podía aguantar—. Nadie tiene por qué saber que nos hemos ido de turismo por ahí. Que yo esto no lo hago nunca, ¿eh?, que lo he hecho por ti. Para un día que vienes a Israel, ¿cómo no vamos a ver Jerusalén y el mar Muerto? ¡Tendría delito!

—Ya, Siro… Si te entiendo, pero es que nos hemos pasado. García nos va a matar.

—¡Que no! Tú estate tranquilo y confía en mí.

Total, que llegamos al pabellón, que, por cierto, nos costó muchísimo encontrarlo porque, claro, ni GPS ni Cristo que lo fundó.

En fin, que llegamos durante descanso del partido.

La primera parte no la emitimos.

En mitad del descanso, como digo, subí al puesto de comentarista. Allí había un técnico local, ya que al pertenecer a la Unión Europea de Radiodifusión (UER) lo habitual era que te lo pusiera el propio país, y no era necesario que nosotros lleváramos a nuestro técnico desde España. Él lo tenía todo montado ya desde hacía rato, lógicamente.

—¿Cómo es que llegáis tan tarde? ¡Os están llamando por la línea

interna desde Madrid! Les he dicho que no sabía dónde estabais —nos dijo en inglés, bastante cabreado.

Pasé de él. No estaba para discusiones. Y menos en inglés.

Cogí los auriculares.

—¡Hola, hola, Madrid! —dije enseguida.

—Siro, tío, ¿dónde cojones estabas? —me dijo el técnico desde Madrid—. ¡No hemos hecho la primera parte! ¡García está que trina! Da gracias de que coincide con otro partido y hemos ido tirando de ese, y el tuyo lo hemos ido siguiendo por la tele.

—¿Cómo que dónde coño estaba? ¡Pues aquí, joder! ¡Que el técnico este de los cojones que me habéis colocado en el pabellón no se entera ni del Nodo! Me tenía instalado en otro puesto de comentarista y yo venga a gritar «¡Madrid, Madrid!» y no me contestaba nadie. Hasta que al final me he dado cuenta de que allí no ponía Antena 3 y he cogido a Christian y, como locos, hemos buscado nuestro puesto y claro, me acabo de cagar en la puta madre del técnico este de los cojones.

—¡Joder, Siro! ¡Me cago en la hostia! Pues ahora le cuentas eso a García.

Con toda la calma del mundo, les colé un gol brutal por la escuadra.

García no nos dijo nada. No sé si prefirió no enterarse de lo que había pasado porque sabía que conmigo todo era posible, y seguramente eligió pensar que lo del técnico era verdad y que había habido un error en la colocación de las líneas microfónicas y nos habían puesto donde no nos correspondía.

Cuando retransmití la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992

Dos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992, José María García anunció que se iba de Antena 3. Ernesto López Feito me llamó para darme la noticia. Mi primera reacción, al igual que la de mis compañeros, fue decir: «Entonces, nosotros también nos vamos». De primeras, García nos frenó y nos dijo que siguiéramos, ya que había unos compromisos adquiridos con los patrocinadores y no podíamos dar un portazo sin más, instándonos a retransmitir los Juegos de Barcelona.

Después de esto, hablamos y, dado que Javier Ares y Pepe Gutiérrez estaban todavía en el Tour, llegamos a la decisión de que la retransmisión de la inauguración la haríamos Andrés Montes y yo, apoyados por Cristina Gallo, y que Christian García iría con un inalámbrico buscando información adicional, pero sin presión.

—Niño, tú coge un teléfono, te paseas por allí y miras a ver si pillas a un protagonista por la grada o a alguien que pueda ser interesante —le dijimos a Christian, que al final se quedó con el mote de «el Niño».

Como os podéis imaginar, retransmitir eso por la radio era un auténtico peñazo, ya que lo bonito de estos espectáculos es, sobre todo, su componente visual. Si solo te lo cuentan, por más emoción que le impriman, pierde. Pierde mucho.

Cuando llegamos al Estadio Olímpico de Montjuic —con mucho tiempo de antelación—, le dimos a Christian un enorme Motorola, como un zapato de Romay, y se puso a pasear por allí para ver qué encontraba. En un momento determinado vio una zona a la que podía acceder con la acreditación que tenía; no había prensa ni nadie, pero quizá podría cruzarse con algún protagonista. Era la puerta de maratón de acceso de los deportistas, muy cerca del Estadio Olímpico. Estaban en el Palau Sant Jordi, justo al lado, y tenían un caminito que les conducía a esta puerta de maratón para entrar.

Los deportistas estaban viendo la inauguración en una pantalla

gigante en el interior del Sant Jordi a la espera de que les tocara el turno, ya que, como es habitual, les iban llamando según su delegación.

El caso es que íbamos abriendo el sonido de Christian cuando él, desde esa zona en la puerta de maratón, encontraba o veía a alguien interesante. De hecho, él sabía quién iba a salir antes que nadie.

La última delegación, por tradición, es la anfitriona, es decir, en este caso la española. Iban paseando los jugadores de la selección de baloncesto de Antonio Díaz Miguel, supongo que porque eran los más altos y visualmente quedaba mejor.

Cuando Díaz Miguel vio a Christian, al que conocía gracias a que les presenté y le introduje en ese mundillo en el Europeo del año anterior, lo cogió por el hombro y se lo llevó casi en volandas. La policía, por lo que sea, no tuvo arrojo para contradecir a todo un personaje como Antonio Díaz Miguel, y Christian García empezó a caminar por ese túnel con la delegación española.

—¡Antonio! Estamos en directo en Antena 3 Radio. Si puedes entrar un momento con Siro y con Andrés… —le dijo Christian, que para entonces ya tenía mucha confianza y amistad con él.

Antonio Díaz Miguel le cogió el teléfono y empezó a hablar en directo con Andrés Montes y conmigo mientras Christian caminaba a su lado, lo que se alargó unos cincuenta metros más o menos. Poco a poco, la delegación fue estrechando la procesión para entrar por la puerta de maratón y Christian quedó camuflado y escondido entra las torres que eran los jugadores de la selección de baloncesto. La policía nacional no se percató, y cuando nos quisimos dar cuenta Christian García estaba, sin quererlo, haciendo la vuelta de honor con todos los deportistas españoles. Tuvo que seguir adelante porque además la puerta, al ser los últimos, se cerró.

En un momento perdimos la conexión, instante que coincidió con el paso por el túnel y, al cabo de escasos minutos, nos volvieron a pinchar el audio de Christian.

—Perdonad, compañeros, estoy aquí, con la delegación española…

—Pero ¡qué dices! —gritamos casi al unísono Andrés y yo, que no dábamos crédito.

De hecho, no nos lo terminamos de creer hasta que, desde nuestra posición, vimos a un señor en bermudas con un artefacto gigante que iba rodeado de deportistas con sombrero.

—¡Venga, Christian! ¡Haz entrevistas, haz lo que quieras! —le empezamos a animar en cuanto fuimos conscientes de que todo estaba sucediendo de verdad—. ¡La antena es tuya!

Allí, Andrés y yo perdimos un poco el protagonismo y se lo cedimos con gusto a nuestro compañero que estaba en el epicentro de la noticia.

—Bueno, bueno, ¡esto es increíble! —recuerdo que le decía yo a Andrés Montes.

—Hombre, ¿increíble? ¡Esto es único! No ha pasado nunca en la historia de los Juegos Olímpicos. ¡Un periodista desfilando con la delegación de su país haciendo entrevistas en medio de todo el jaleo!

—Niño, ve haciendo entrevistas y no pares. Tranquilo, niño. ¡Lo que te haga falta! —le insistía a Christian, que se estaba cubriendo de gloria.

Y Christian dio la vuelta entera con los deportistas hasta que todo se detuvo para el siguiente espectáculo. En ese momento, creo que él tomó conciencia de lo que acababa de suceder.

—Bueno, pues hasta aquí mi intervención ya, Andrés, Siro.

—¡Esto es de Pulitzer! —le dije yo.

Christian nos contó después que había intentado entrevistar al príncipe Felipe, el abanderado de aquella delegación, pero se dio cuenta de que llevaba cuatro guardaespaldas como cuatro armarios roperos que iban vestidos como si fueran cuatro atletas más del equipo olímpico. Por supuesto, no se lo permitieron.

—Tranquilo, haz lo que puedas y ve saliendo de ahí, porque seguro que se han dado cuenta. Te habrán visto por las pantallas de realización de televisión —le dijo Ernesto López Feito.

Efectivamente. El realizador procuró que en la retransmisión no se viera a nadie que no fuera de la delegación española. Por mucho que busquéis en YouTube, dudo que podáis localizar a Christian. No os queda más remedio que creerme.

Cuando Christian logró salir de allí, subió a la zona de

comentaristas para reunirse con Andrés y conmigo. Cuando llegó, había a nuestro alrededor miembros de seguridad, el director de prensa y de comunicación del comité organizador, miembros del COI y alguien más, todos muy interesados en charlar con Christian García para ver cómo se había colado, porque le habían visto. La seguridad estaba, en teoría, muy controlada, y aquello fue un error mayúsculo. La cosa era seria, y España en aquellos momentos no era lo que es hoy. Para que os hagáis una idea, en el Palau Sant Jordi había francotiradores.

Le preguntaron muchísimas cosas al pobre: cuándo había planificado todo aquello, con quién estaba compinchado, preguntas de auténtico interrogatorio.

Vi esa conversación desde mi posición, e intuía que la cosa se estaba poniendo seria. Abandoné mi puesto, dejé allí a Andrés y fui con Christian.

—¿Qué está pasando? ¿Qué le estáis preguntando? —dije nada más llegar.

—Mira, Siro, me están preguntando por todo lo que ha pasado y lo que he hecho, y me dicen que seguramente me van a retirar la acreditación —me comentó Christian—, porque aseguran que me he saltado las normas de seguridad que rigen los Juegos Olímpicos y, por tanto, he hecho algo que no debía. Yo les estaba diciendo que no tengo ningún problema, que lo comprendo, que la experiencia me la llevo, y que si me quieren castigar, por así decirlo, quitándome la acreditación, que yo la entrego y no hay problema.

—¡Ni hablar! —le dije yo—. Si le retiráis la acreditación, nosotros consideramos que estaba cumpliendo con su obligación de informar y que, en todo caso, quien no ha hecho bien su trabajo de seguridad habéis sido vosotros, que teníais que haber evitado que él saliera. Además, no ha hecho mal a nadie, no ha interrumpido la ceremonia, no ha cometido un acto vandálico ni ningún delito ni nada. Así que si le retiráis la acreditación, explicaremos en antena que los Juegos Olímpicos de Barcelona han tenido un error terrible por lo que se refiere a la seguridad y que se les ha escapado un personaje y se les ha colado en pleno desfile de la ceremonia.

Dijeron que se reunirían para tomar una decisión al respecto.

Y luego nos comunicaron que no se le retiraba la acreditación a Christian García.

Cuando le dijimos a García que no nos íbamos con él

Todavía con los Juegos en disputa, después de reunirnos en Barcelona con José María García para hablar de nuestro futuro, nos emplazamos para vernos todos en Madrid y concretar a dónde íbamos, porque dejar Antena 3 parecía ser algo totalmente asumido y decidido. En esa primera reunión nos dio la sensación de que José María estaba mareando la perdiz, puede que porque él tampoco lo tuviera decidido o porque no terminaba de aclarar cuándo se marcharía, qué iba a hacer ni nada. Fue todo un poco opaco. Ya había rescindido su contrato con Antena 3, pero estaba pendiente de resolver si se iba a la COPE o a Onda Cero.

Todo esto nos pilló en plena emisión de los Juegos Olímpicos de Barcelona, donde seguíamos todos los de la redacción. Tiramos del carro aquellas semanas, pero estaba claro que había una especie de vacío de poder y alguna decisión había que tomar.

Después de un mes de cábalas, suposiciones, reflexiones y un sinfín de idas y venidas, llegó el momento de decidirlo.

Juntos.

Así que nos reunimos en Madrid, primero con García y después entre nosotros.

Pero claro, éramos muchos, no había unanimidad y algunas personas no se atrevían a pronunciarse.

Después de muchas charlas y reuniones a altas horas de la madrugada, decidimos decirle a García que pretendíamos quedarnos en Antena 3 y que no nos íbamos con él.

Había que llamar a García, y queríamos comprobar si finalmente tenía alguna propuesta para la gente con la que todavía no había hablado.

—Pues le llamamos y a ver qué dice —sugerí yo, erigiéndome en portavoz—. Le decimos que nos quedamos y a ver cómo reacciona.

Una parte de nosotros pensaba que si le decíamos eso nos contestaría algo así como: «¡Ni se os ocurra! De ninguna manera,

mañana voy allí con vosotros», porque creo que en ese momento él estaba en El Escorial.

Le llamamos.

Se quedó muy cortado.

—Vosotros sabréis lo que hacéis, pero os van a engañar. Os deseo suerte —zanjó.

Total, que esa misma noche nos quedamos a dormir en un hotelito —creo recordar que en el NH de Príncipe de Vergara— Javier Ares, que venía desde Valladolid, y yo, que había viajado desde Barcelona.

Dormimos en la misma habitación, todavía un poco encogidos.

Habíamos madurado mucho la decisión y nos habíamos convencido de que teníamos que dar un paso adelante en nuestras carreras en el sentido de no tener que depender de García. El tema no era desligarnos de él, porque nuestra línea era la misma. De repente, sentimos vértigo ante lo que se nos venía encima.

Seguimos charlando toda la noche de esto y de aquello.

Tuvimos que madurar de repente. Habíamos pasado diez años cómodamente instalados bajo el paraguas de García, donde se estaba muy calentito y las cosas fluían de manera sencilla. Pero en ese momento estábamos en la tesitura de jugarnos el pan por nuestra cuenta.

No obstante, estábamos convencidos de que la decisión era la correcta. Javier Ares con treinta y ocho años y yo con treinta y siete, nos sentíamos capacitados para dar el salto.

Pero la noche fue larga. No parábamos de dar vueltas al tema.

«La que se nos viene encima», pensábamos casi al unísono.

Al día siguiente, después de dormir lo justo y necesario, no nos dio tiempo a pensar mucho más. La decisión estaba tomada y la liga empezaba apenas unos días después.

Esa misma mañana recibí una llamada de José María, que me citaba en las oficinas de Unipublic, donde él tenía o le habían cedido un despachito los hermanos Franco (organizadores, entre otros grandes eventos, de la Vuelta a España). En aquella reunión, José María me hizo saber que quería que siguiera a su lado, y me pidió que recapacitara y me fuera con él.

—Gracias por la confianza, José, pero ya es demasiado tarde. Le he dado mi palabra a mis compañeros y no me voy a echar atrás. Sé que te puedes sentir traicionado. Yo también lo pensaría de mí mismo si no tuviera una familia detrás —le contesté.

—Os han engañado, Siro. Os daréis cuenta con el tiempo —me insistió al despedirse.

Confirmamos la decisión a la casa y nos pusimos a trabajar.

Y hasta ahora, que creo que no nos ha ido nada mal, ni a José María, ni a Javier, ni a mí.

Con García hubo paz.

Y después gloria.

Cuando nos hicimos cargo de Antena 3 sin José María García

La etapa pos-García en Antena 3 Radio la empezamos con mucha ilusión. Éramos conscientes de que habíamos dado un paso muy importante en nuestras carreras. Faltaba poquito para que comenzara la nueva temporada deportiva, y no es que tuviéramos que improvisar, pero sí darnos prisa para pensar qué queríamos hacer y cómo. Sabíamos que había mucho por cambiar, y la decisión más importante era: «¿Cómo hacemos el nuevo programa de la noche?». Entre todos, con Javier Ares al mando, decidimos crear un nuevo programa llamado *La taberna*, más coral que el de García —un poco lo que se hace hoy en los programas nocturnos deportivos—, ya que éramos conscientes de que García solo había uno y esa manera de hacer radio era insustituible e irrepetible. Además, si queríamos dar una alternativa al oyente, teníamos que hacer algo distinto. *La taberna* fue un lugar donde nos reuníamos unos cuantos a comentar la actualidad.

Del equipo de García nos quedamos prácticamente todos. Los únicos que se fueron con él a la COPE fueron Julio Pulido, que llevaba apenas un año con nosotros; Gaspar Rosety, que ese verano había sufrido un infarto y no había podido estar en las reuniones en las que decidimos nuestro futuro; Cristina Gallo y Pipi Estrada.

Por mi parte, me convertí en el narrador de los partidos de fútbol del Barça, y empecé a viajar con el equipo a todos lados. También incorporamos caras nuevas, como Fernando Garrido y Ángel Rodríguez, que venían de Radio Nacional de España, y dimos más protagonismo a María José Hostalrich.

La primera decepción llegó con el primer Estudio General de Medios (el famoso EGM en el que se miden las audiencias de las radios). Tampoco esperábamos mucho, porque éramos conscientes de que, aunque heredábamos muchos oyentes, una gran parte se iba a ir con García a donde fuera. Y se notó. No es que aquello generara nerviosismo en la casa, pues esos primeros meses notábamos un gran apoyo. Sabíamos que el primer año iba a ser complicado hacerse un

nombre, pero quizá esperábamos un poquito más. Es verdad que generó dudas sobre si estábamos enfocando bien el programa de la noche, si teníamos que incorporar a más o menos gente… Pero tiramos para adelante. Cerramos aquella temporada con la vuelta ciclista, con el Tour de Francia, lo que nos daba cierta repercusión, e intentamos hacerlo lo mejor posible.

Nos pusimos a preparar la segunda temporada. Sabíamos que, después de la primera de aterrizaje y asentamiento, nos tocaba mejorar los números que habíamos tenido.

Y duró poco, porque a principios de diciembre recibí una llamada de Ernesto López Feito, un poco la mano derecha de Javier Ares, igual que antes lo había sido de José María García.

—Hay tres del grupo que se tienen que ir. El resto aguantarán hasta junio, pero Antena 3 va a convertirse en una emisora musical —me soltó.

Al final terminó como Sinfo Radio.

Ernesto me dijo que él era uno, ya le habían comunicado que le iban a rescindir el contrato. Los otros eran Eduardo Torrico y Pepe Gutiérrez.

Al enterarme, aunque era miembro del comité de empresa y podía haber seguido hasta junio, comuniqué que si había tres compañeros que se tenían que ir, yo también me iba. Les pedí que añadieran un nombre más a esa lista. Y así fue.

Cumplimos el trámite, me pagaron los diez años de antigüedad, y una fría mañana de finales de diciembre firmamos el adiós a Antena 3.

Después de cobrar el finiquito, la empresa nos ofreció la posibilidad de continuar hasta junio. Pepe Gutiérrez sí que lo hizo, y lo respeto, quizá por mantenerse en el candelero y tener margen para buscar un nuevo trabajo, pero seguir allí una vez firmada la salida y trabajar gratis me parecía una soberana estupidez, y más aún en mi caso, que me había incluido de forma voluntaria en el grupo de periodistas que se tenían que marchar. No tenía sentido.

Y ahí acabó oficialmente mi aventura en Antena 3. Para el resto, acabó meses después: el 30 de junio de 1994.

La impresión que nos quedó es que hicieron aquello de «divide y

vencerás»: nos convencieron para que nos quedáramos y restáramos fuerza a José María en su nueva cadena y lograron su objetivo. García perdió el liderazgo de la noche y a nosotros nos dieron una patada en el culo menos de dos años después.

García tenía razón.

Nos engañaron.

Cuando me convertí en el jefe de prensa del Dépor

Mi vida está construida a base de una mezcla de casualidades y situaciones inesperadas.

Resulta que en 1995 me fui a vivir a La Coruña porque me salió una oferta de trabajo interesante en Onda Cero, y en Barcelona ya empezaba a tener bastante claro que no tenía posibilidades ni hueco. Allí se demandaba cada vez más el hablar catalán, casi como lengua materna, y, a ver, el mío para charlar está bien, pero no es un catalán académico, ya que lo aprendí de manera autodidacta.

Es cierto que estuve en la revista *Don Balón* desde que cerraron Antena 3, para matar un poco el gusanillo y seguir ligado a la profesión, pero tampoco podemos decir que fuera el sitio donde estaba más a gusto y donde quería seguir creciendo. Es más, el director, Juan Pedro Martínez, me caía bastante mal, la verdad, no tanto en lo personal, sino en lo profesional, lo que hacía que chocáramos con asiduidad.

También colaboraba con RadioVoz. Allí narraba partidos de equipos gallegos cuando estos visitaban la zona mediterránea. Algunos del Deportivo de La Coruña y del Compostela. De hecho, uno de los partidos decisivos de la Liga, que al final perdió el Dépor por el penalti que falló Djukic, lo jugaron en Lleida.

¡Hasta hockey narré en aquella época!

Ese verano, en agosto de 1995, RadioVoz, que había empezado a emitir como cadena nacional, me propuso narrar la Vuelta Ciclista a España de esa temporada. Acepté, y días antes de que se iniciara la gran ronda española, recibí una llamada de un número desconocido.

—Somos una empresa de captación de personas y tenemos una emisora de radio de Galicia que quiere ficharte.

La verdad, no estaba en disposición de escoger, así que aprovechando que la Vuelta iba a pasar por La Coruña, les dije que, si seguían interesados, nos podríamos reunir.

Al final no era una empresa de captación de talento sin más, sino

que eran los dueños de Onda Cero A Coruña y Santiago los que me habían llamado para ofrecerme la jefatura de deportes de las dos emisoras.

No lo dudé.

Les lancé un órdago a lo grande nada más empezar.

—Soy caro, no porque me crea nadie, pero no voy a desmontar mi casa de Barcelona para irme a la aventura a La Coruña —les dije muy tajante.

Me ficharon.

Julita, con la que ya estaba oficialmente, venía quince días al mes a La Coruña y también viajaba yo a Barcelona a ver a mis hijos, ya que estaba separado y no quería que pensaran que les había abandonado.

Estuve en Onda Cero cerca de un año y medio. La emisora no se escuchaba casi nada, pero enseguida empezamos a dar muchas noticias, como, por ejemplo, los fichajes de Rivaldo o de Conceição. Defendíamos al Deportivo de La Coruña a capa y espada. Estábamos en una época en la que había mucha disparidad entre el alcalde socialista, Paco Vázquez, y el presidente del Dépor, Augusto César Lendoiro, presidente de la Diputación por el Partido Popular, y que compaginaba ambos cargos. Fruto de esa enemistad entre ellos dos empecé a posicionarme siempre del lado del Dépor. En esa época Lendoiro tenía buena relación con José María García y yo había tenido la oportunidad de conocerlo en alguna cena, pero no éramos amigos. Pero, como periodista especializado en deportes, quería estar más cerca del Deportivo que del Ayuntamiento.

Año y medio después de mi desembarco en Onda Cero A Coruña habíamos batido todos los récords de audiencia.

Pero en febrero de 1997 me dijeron desde arriba que me rescindían el contrato. Fue la primera vez que me echaban de un trabajo. Las otras veces siempre me había ido yo. No fueron muy claros en las explicaciones, aunque ellos eran muy cercanos a Paco Vázquez y yo era un poco molesto en ese sentido, y creo que los tiros iban por ahí.

Los llevé a juicio.

Y lo gané.

Pero estaba en el paro otra vez.

Mientras decidía si volvía o no a Barcelona o qué leches hacía con mi vida, recibí una llamada de un directivo del Deportivo de La Coruña, Javier Chaver:

—El presi quiere hablar contigo. Se ha ido Pati Blanco, directivo y periodista, jefe de prensa *amateur*, que ha decidido aceptar el puesto de responsable de comunicación de El Corte Inglés. Queremos a un jefe de prensa profesional, y Lendoiro quiere que seas tú —me soltó de sopetón.

Volvía a estar sin capacidad de exigir, pero me mantenían las condiciones de Onda Cero.

Lo dudé mucho, era dar el salto a la otra trinchera. Dejar el lado del periodista y pasarme al lado oscuro. No lo veía claro. Me volvieron los viejos fantasmas de cuando, como os he contado en otro capítulo, renuncié a ser el gerente del Caja de Ronda de baloncesto.

«A ver, Siro, tampoco tienes nada que perder. El Dépor es uno de los grandes del fútbol español», me dije.

La verdad es que el Dépor volvía a tener un equipo de campanillas, como se demostró con el título de la Liga, la Copa del Centenariazo y las victorias históricas en la Champions.

No me quedó más remedio que aceptar.

Cuando defendí a Jabo Irureta con uñas y dientes

Siempre admiré a Jabo, antes incluso de que fichara por nuestro equipo. Y él sabía quién era yo, me tenía perfectamente localizado.

En el club me dijeron que tenía que ir a buscarlo a Vigo para acompañarlo en su estreno como primer entrenador del equipo. De camino le fui contando cómo era la plantilla, la gente del club, los periodistas que seguían la actualidad con el Dépor, un poco todo.

Jabo siempre tuvo buena relación con la prensa. El que tenía problemas fui yo, por defenderlo a él a muerte. Una vez casi llegué a las manos con un periodista de la SER. Fui a recriminarle algo malo que había escrito sobre Jabo, me contestó de malas maneras y casi nos damos de hostias.

Se me fue un poquito la mano.

Vamos, que le di un guantazo.

Pero me arrepiento, que conste.

Jabo decía que no creía en las meigas, pero siempre remataba con el clásico «haberlas, haylas». Somos los dos muy supersticiosos. Él, en su etapa en la Real Sociedad, usaba una gabardina y, como le iba bien, se la seguía poniendo en verano. Yo guardaba unas semillas en el traje, y solía preguntarme si las llevaba. También unas estampitas que nos dio una señora.

Los dos éramos muy de liturgia, muy rutinarios. Si perdíamos, lo llevaba muy mal. Y yo también. Me pillaba unos cabreos tremendos. Pero como ganábamos a menudo, solíamos acabar en un sitio que se llamaba El Bocatín comiendo jamón con pan y tomate. Y si coincidía que también estaban su mujer y la mía, hacíamos plan los cuatro.

Irureta venía a casa a ver partidos de fútbol, y yo he estado en las bodas de sus hijas. En fin, entablamos una gran amistad. Somos grandes amigos.

A su lado, aprendí muchísimo de fútbol. Me dio la oportunidad de conocer este mundo desde el interior, saboreando cada rincón de la organización de un club de fútbol profesional. Mamé mucho fútbol de

vestuario, pero también me empapé de táctica, de psicología y de todo lo que fuera haciendo su cuerpo técnico, que era sensacional.

Siempre digo que a veces somos muy libertinos en la crítica: nos ponemos delante de un micrófono y no pensamos en lo que puede estar pasando al otro lado. Por qué un presidente traspasa a un jugador, por qué un futbolista falla muchos goles o por qué un entrenador toma determinadas decisiones son preguntas que nos hacemos a menudo.

Había algún jugador que, de puertas para dentro, era muy positivo y remaba a favor, pero fuera no era querido por los aficionados y los medios. E igual pasaba al revés, los hay que se venden muy bien hacia fuera y luego no hacen grupo ni suman en el equipo, todo lo contrario. Aunque la base de ese Dépor era el buen grupo que había, pues el noventa por ciento anteponía al equipo a su lucimiento personal. Y esa fue una de las claves.

Íbamos muy bien en la Liga, e incluso podíamos salir campeones en la antepenúltima jornada contra el Racing. Jabo se llevó un par de días a todo el equipo a un balneario de Santander para concentrarlos. En una de las comidas, Fernando Cipitria —que era muy buen tío, pero siempre creía que jugaba menos de lo que lo hacía—, empezó a criticar a Jabo y me acuerdo de que Jokanović —que venía del Tenerife y luego se fue al Chelsea, de lo mejor de allí, aunque apenas jugaba— le dijo:

—No te quejes, tío, no vas a encontrar a un entrenador como Jabo. Nos da permiso para todo, es comprensivo, podemos hablar de todo con él… Nosotros tenemos que sumar, joder. Cuando se vaya, nos vamos a acordar de él.

Me impactó porque Joka era de los que podían tener motivos para quejarse. Eso es hacer equipo. Cuando se fue al Chelsea y volvió de visita a La Coruña, le llevó una camiseta dedicada a Irureta.

También las había de cal, como el día en que Djalminha casi llegó a las manos con Irureta en Mallorca. El equipo no estaba funcionando bien y habían cesado a Carlos Alberto Silva, el segundo entrenador, a finales de 1997. Hubo un partido en el que, a la salida del estadio, Djalminha fue increpado por la afición. Intenté tranquilizarle para que

no se enfrentara a los aficionados diciéndole que eso podía acabar muy mal. No sé por qué se montó aquel guirigay, la verdad, supongo que porque se decía que salía mucho por las noches. Siempre he intentado cubrir a los jugadores, no filtrar nada. Recuerdo que salieron cosas del vestuario y yo conocía a los periodistas que lo estaban publicando. Salió en *Marca* y fui al jugador a echarle la bronca por haberlo filtrado a su amigo periodista.

En otra de estas, en Mallorca, íbamos ganando cero a uno, y en el minuto diez de la segunda parte Irureta decidió cambiar a Djalminha porque quería reforzar el centro del campo, con la mala suerte de que, al minuto de sacarlo, nos metieron el gol del empate. Al final del partido, de camino al vestuario, escuché gritos y me encontré a Jabo y a Djalminha a punto de pegarse, pero afortunadamente se metió gente por medio y lo impidió. Pauleta fue uno de los que intentaron tranquilizar a Jabo. Por lo visto, Djalminha culpó de la derrota al míster por haberlo cambiado y le acabó mandando a tomar por culo.

—¡Encima me has roto la cadena de oro! —le gritaba Djalminha.

Y de aquellos polvos vino después el lodo del famoso cabezazo que le dio, aunque eso sucedió cuando yo ya no estaba en el club.

Cuando tuve una estrecha relación con los jugadores del Dépor

Ese mismo año cesaron a Carlos Alberto Silva y entró José Manuel Corral, que había sido segundo de John Benjamin Toshack, como interino. Lendoiro buscaba entrenador y decidió fichar al hombre que había creado el rombo mágico del Palmeiras y que lo había ganado todo —Conceição, Djalminha, Rivaldo y Luizão—, y acabaron juntos en el Dépor: Vanderlei Luxemburgo. Me dijeron que fuera a buscarlo a Madrid y que lo llevase a Valencia para que viera el partido que teníamos allí. Con todo organizado, incluso con el contrato firmado y enviado a través de fax, Luxemburgo finalmente los dejó tirados y se fue al Corinthians. Siguió Corral hasta final de temporada y luego llegó Irureta. Y la historia del Dépor cambió para siempre.

Esa misma temporada en la que pasamos de ser favoritos para ganar la Liga a luchar por no meternos en descenso, fichamos a los argentinos Scaloni y Manteca Martínez. Este último pasó la revisión médica, pero llegó lesionado de la rodilla y al final le impidió jugar casi todos los partidos.

Con Lionel Scaloni siempre mantuve una relación especial. Puede que en ello influyera que llegó siendo casi un niño después de ganar el Mundial Sub-20 con dieciocho años, y que la primera persona a la que conoció y que lo fue a recoger al aeropuerto aquellas Navidades de 1997 fuera yo. Eran fechas señaladas, y por eso, aunque vino acompañado por su padre y su hermano Mauro, intenté que esas fiestas fueran lo más entrañables posible para ellos, que estaban a tantos kilómetros de su Argentina natal. También en esa época llegó Abreu, que de loco no tenía nada y de cuerdo lo tenía casi todo.

En los entrenamientos, eran muy divertidos los piques entre brasileños y argentinos, sobre todo entre la pareja Djalminha y Conceição contra Scaloni y el Turu Flores. Incluso en esa etapa de malos resultados, había buen ambiente en el vestuario y eso acabó triunfando con Irureta.

Cuando ganamos la Liga, la fiesta fue de tal magnitud que algunos

no aparecieron por casa en tres días. Hubo uno, del que me guardaré el nombre, que se llevó al suegro con él para que su mujer no le metiera la bronca; regresaron juntos dos días después.

Algunas salidas tuve que cubrir, no me quedaba más remedio, ya que incluso a veces coincidíamos por ahí. Lo que no hice nunca fue chivarme a Irureta ni a nadie. Sabía separar la vida privada de la profesional. Creo que por eso los jugadores tenían tanta confianza conmigo.

Ese vestuario era la Torre de Babel. De repente entrabas y te encontrabas a Salaheddine Bassir rezando, mirando a La Meca, mientras aguantaba el vacile en bolas de los compañeros… Había varios evangelistas, ortodoxos, musulmanes… En fin, un cristo. Nunca mejor dicho.

Cuando cesaron a Carlos Alberto Silva, como segundo entrenador de Irureta entró José Manuel Corral, en principio como interino. Estábamos casi en puestos de descenso.

—¿Qué coño os pasa que no dais tres pases seguidos? —les preguntó a los jugadores nada más llegar, sin anestesia.

—Es como si se nos hubiera olvidado jugar al fútbol, tengo miedo a hacer según qué cosas —me confesó Mauro Silva, que ya era campeón del mundo con Brasil y ese año tuvo, como el resto, un rendimiento más que pobre.

Habíamos vivido con cierto drama la marcha de Rivaldo. Recuerdo con mucho cariño que me regaló su última camiseta.

Aquel curso, en la pretemporada, Rivaldo llegó tarde al *stage* y, cuando le fui a buscar, me lo encontré manteniendo palabras fuera de tono con Carlos Alberto Silva. Tal y como llegó a la concentración, lo llevé a su casa, fuimos a cenar e intenté hacerle entrar en razón y que no se fuera de esa manera del Deportivo. Al día siguiente volvió a la concentración, pero al mes se marchó al Barça.

En la previa del Trofeo Teresa Herrera, un clásico de los veranos en aquel momento, con Rivaldo todavía concentrado con nosotros, el Barça jugó un partido de clasificación europeo, les fue muy mal y hubo una reunión de urgencia entre Núñez, Gaspart y Minguella. Finalmente, este último dijo que tenían que fichar a Rivaldo.

Contactaron con él, pero no quería irse. Estaba contento en La Coruña, así que cuando le llegó la oferta del Barça, al principio se negó.

—Pídeles lo que no te van a dar y así te los quitas de encima —le recomendaron los compañeros de más peso en el equipo.

Pero se lo dieron, y esa misma tarde no le quedó más remedio que poner rumbo a Barcelona.

Lendoiro trabajaba más de noche que de día. Yo iba a los entrenamientos por la mañana, pero no sabía cuándo acababa mi curro fuerte. Ir a cenar con él suponía acabar a las tres de la madrugada. En casa solo comía los sábados, y eso si no había partido; el resto, siempre fuera. Lendoiro salió un viernes por la noche y el sábado, a las ocho de la mañana, su mujer se dio cuenta de que no había llegado. Por entonces también era presidente de la Diputación de La Coruña, y estaba amenazado por ETA, aunque no llevaba protección. La mujer se empezó a preocupar, a hacer llamadas, pero casi nadie tenía móvil. Se puso al borde del infarto porque no apareció hasta las diez de la mañana. Yo creo que si ese día no se separó de Marisol, ya no lo haría nunca. No estaba de copas, estaba cerrando el fichaje de Ramis. Él conseguía las cosas por agotamiento del rival, negociar hasta altas horas era su estrategia.

Durante cincuenta años (y supongo que sigue siendo igual), Lendoiro jamás usó tarjetas de crédito. No sabía ni sacar dinero del cajero. Le convencí de que debíamos crear una página web oficial, intenté enseñarle cómo funcionaba el ordenador, pero él siempre escribe a mano. Era incapaz. Ni coordinaba el movimiento del ratón.

Cuando ganamos la Liga con el Dépor

Aquella fue una Liga muy peleada, sobre todo con el Barça. El Dépor tenía un plantillón tremendo, con un ataque brutal entre Makaay, Turu Flores, Pauleta y Djalminha, de modo que no envidiaba a los grandes. Ese año el Madrid se quedó descolgado a partir de febrero y se centró en la Champions. De hecho, terminó ganándola contra el Valencia en París, con Raúl como protagonista, dejando en la pugna por el título nacional al Deportivo de La Coruña y al Fútbol Club Barcelona.

Hubo momentos complicados e inciertos en los que parecía que lo que había empezado como un camino de esperanza se podía truncar. Aunque fuimos líderes desde la jornada doce, hubo un par de situaciones que pudieron marcar la suerte del campeonato. Tras perder por dos a uno con el Barcelona en el Camp Nou, la Liga se apretó de tal forma que la diferencia entre el líder y el segundo clasificado se redujo a dos puntos. Para que el sueño de ser campeones se hiciera realidad, hubo dos jornadas claves. Una fue la treinta y dos, en la que el Dépor goleó en casa al Atlético de Madrid y el Barça sorprendentemente perdió con el Mallorca en el Camp Nou por cero a tres. La otra la disfrutamos Jabo y yo en mi casa coruñesa. Era la jornada treinta y seis, y nosotros veníamos de perder el derbi gallego en un Balaídos que nos despidió al grito de «Adiós a la Liga, adiós».

Yo, que hasta ese momento no era anti-Celta ni anti ningún equipo gallego, le cogí animadversión al equipo vigués. Y aún me dura, aunque ha ido mejorando con el paso del tiempo, sobre todo desde que falleció Paco Martínez, uno de mis mejores amigos, que fue entrenador del Celta de Vigo femenino. Acordándome de él y su celtismo, he recuperado un poco el cariño que un día le tuve.

Pero volvamos a esa jornada treinta y seis. Después de empatar el sábado en Riazor ante el Zaragoza, todo el deportivismo esperaba con el corazón en un puño el partido que tenían que jugar el Barcelona y el Rayo Vallecano en el Camp Nou. Si ganaba el Barça, nos empataba en el primer puesto, y todo hacía pensar que ese era el resultado que

se iba a producir. Pero por esas cosas que a veces tiene el fútbol, la lógica no se cumplió, y el Rayo ganó por dos a cero. Al final, la jornada salió redonda, y la llamada que Augusto César Lendoiro le había hecho esa misma semana al dueño de la entidad vallecana, José María Ruiz Mateos, parece que surtió efecto.

Llegados a ese punto, el Dépor llegó a la penúltima jornada pudiendo cantar el alirón.

No lo conseguimos.

Y tuvimos que esperar a la última jornada contra el Real Club Deportivo Espanyol.

Reaparecieron los viejos fantasmas de aquella Liga de 1994 que el Dépor no pudo ganar en la última jornada.

No se repitió la historia, ya que el partido se puso muy de cara desde el principio, con goles de Donato y Makaay, y ya casi todo fueron celebraciones.

Ese momento lo retransmití para la página web, una de las primeras experiencias que se hicieron en ese sentido. Recuerdo que Julita estaba en la grada, embarazada de Xavi. No lo estábamos pasando bien, pues ese mismo día habíamos recibido la noticia de que Julia tenía toxoplasmosis, lo que podría afectar al niño. Estuvo ese día muy asustada, lloró mucho y yo traté de mantener la calma y tranquilizarla lo que pude, como suelo hacer. El partido nos sirvió para olvidarnos de ese trago durante un rato y esperar a otras analíticas que descartaran cualquier tipo de problema. El bueno de Xavi nació sin complicaciones.

Al final del partido, soltando el lastre de los nervios acumulados, bajé los cincuenta o sesenta escalones que había hasta los vestuarios llorando como lo que soy, un llorón de manual. Lágrimas de alegría, porque fue uno de los días más felices de mi vida. Solo el que ha vivido algo así sabe de lo que estoy hablando.

Aquella noche no la quiero ni contar. Fue una auténtica locura colectiva. Si La Coruña tenía doscientos cincuenta mil habitantes, había doscientos veinte mil en la calle. Ese autocar desde Riazor hasta la plaza de Cuatro Caminos no conseguía avanzar, ya que era casi imposible moverse. Fueron dos horas y media en un trayecto que no

lleva más de quince minutos.

Lo celebramos después en el Playa Club, un lugar emblemático de la ciudad que ahora gestiona el propio club de fútbol.

Acabamos la fiesta a eso de la nueve de la mañana en el hotel María Pita, donde residía Irureta, con Julita, Siro Júnior, Pilar (la mujer de Jabo), Paco Melo y los más cercanos.

Recuerdo que poco después me encontré con Paco Flores, al que conozco desde que era juvenil. En aquel momento era el entrenador del Espanyol. Cuando yo empezaba a recogerme y él estaba desayunando para irse a Barcelona, me guiñó el ojo y me dijo algo así como: «No tendrías dudas de que tu equipo iba a ser el campeón, ¿no?». Nos sonreímos los dos, echamos alguna carcajada y entendí el mensaje que quiso hacer llegar Paco Flores, un antibarcelonista de manual, a un Siro López que tampoco es que destaque por su amor al mundo culé.

Si ganábamos la Liga, Jabo y yo habíamos prometido hacer el Camino de Santiago. Y allá que nos fuimos, acompañados por José Ángel Franganillo, el preparador físico; Barritos, el delegado; Paco Melo, el segundo entrenador; y un grupo de periodistas entre los que estaban mis amigos José Luis Núñez y Luisito de la Cruz.

Lo peor fueron las llagas y el cansancio, porque hicimos el Camino en cinco días desde Sarria. Empezamos un lunes y queríamos acabarlo un viernes a mediodía, pues es cuando se celebra la misa del peregrino y se pone a funcionar el gigantesco botafumeiro en la catedral de Santiago. Nos hacía ilusión ver todo aquello, pero tuvimos que pegarnos alguna etapa de cerca de cuarenta kilómetros.

El primer día fue bien, pero ya el segundo empezamos a sufrir de tendinitis y las plantas de los pies comenzaron a pedir auxilio. Pero lo hicimos, lo acabamos y sirvió para unirnos todavía más y salir de allí con una amistad indestructible.

Finiquitamos el Camino de Santiago, durante el cual entrábamos con José María García por las noches. Me pidió que le fuera haciendo un poco la crónica de nuestro día a día de esa semana y fue la primera vez que volví a trabajar con él después de separarnos. Y la última.

Eso sí, sin cobrar.

Cuando fiché por TeleMadrid

Como casi todo en mi vida profesional y personal, mi llegada a TeleMadrid también fue un poco fruto de la casualidad. Aunque más que casual esta vez diría que fue algo totalmente inesperado.

Recuerdo que faltaban unos dos meses para acabar la temporada 1999-2000 en la que el Deportivo de La Coruña se proclamó campeón de Liga. Yo estaba en Acea de Ama, donde entrenaba el equipo antes de que se construyera la actual Ciudad Deportiva en Abegondo. Merodeaba todas las mañanas por ahí, me pasaba por el entrenamiento y después me preparaba para las ruedas de prensa. Esa era mi rutina. De pronto recibí una llamada de Manolo Lama.

Seguíamos más o menos en contacto, ya que él venía de vez en cuando a La Coruña para narrar partidos. Siempre tuvimos una relación muy cercana, desde que nos conocimos allá por 1983. Así que no me extrañó que me llamara.

—¿Qué pasa, Manolo? ¿Cómo andas? —le debí de decir.

—Oye, que te llamo porque, como te conozco, eres capaz de mandar a tomar por el culo al que se ponga en contacto contigo pensando que es un vacile y prefiero avisarte yo antes.

—A ver, dime…

—Te van a llamar de TeleMadrid porque están buscando un jefe de deportes. Me lo han ofrecido a mí, pero estoy en la Cadena SER y ahora mismo no me interesa dejarlo, porque me obligarían a tener exclusividad y me tendría que ir sí o sí.

—Ya.

—Y nada, que les he hablado de ti. El tema es que necesitan a alguien más para estar detrás de las cámaras, para labores de gestión y tal. Y como tú eres un tío al que conoce todo el mundo en la Liga Profesional y estás bien relacionado en el ambiente del baloncesto, pues nada, que les he dicho que creía que encajabas muy bien en el puesto.

—Sí —dije muy pensativo y escuchador, algo inusual en mí.

—Además, ya sabes que TeleMadrid tiene derechos de la Liga, que

emite un partido por jornada, y luego está también el baloncesto, que dan los domingos. Creo que eres el tío perfecto para esta labor de gestión y conseguir derechos, negociar con la Liga cuando se acabe lo que tienen ahora y con la ACB tres cuartos de lo mismo. Y nada, que te van a llamar. Escúchalos y ya me dirás.

—Joder, Manolo. Muchas gracias por acordarte de mí —le dije, agradecido y henchido de orgullo.

La directora de antena, Ángeles Yagüe, me llamó esa misma tarde o al día siguiente:

—Oye, nada, que habíamos pensado en ti. Nos ha hablado de ti Manolo Lama. ¿Podríamos vernos?

—Ahora estoy con lío aquí, porque soy jefe de prensa, como ya sabes, pero en el fondo soy un poco el hombre para todo. Pero mira, como estamos muy cerquita de Semana Santa —debía de ser a finales de marzo o algo así—, si queréis me escapo a Madrid, aprovecho un día que tenga más o menos libre y hablamos.

—Venga, me parece perfecto —zanjó Ángeles.

Total, que quedamos en Madrid y nos encontramos en un bar que estaba delante de El Corte Inglés de Princesa. Estuvimos hablando y me comentó la oferta. Mejoraba lo que estaba ganando en el Deportivo de La Coruña y casi lo dejamos cerrado esa misma mañana.

Recuerdo que hice el viaje en coche, me pegué la paliza. No quería decir en el club que tenía que ir a Madrid. Si lo decía, me iban a preguntar el motivo de la visita y tampoco me gusta engañar a la gente. Así que opté por callarme.

Si habíamos quedado un viernes, salí el jueves por la noche, después de acabar mis labores como jefe de prensa en el Dépor, algo así como a las diez. Cuando faltaban unos doscientos kilómetros, paré en un hotel que había a pie de la autovía porque ya no podía más. Descansé un poco los ojos y hacia las once de la mañana allá que me fui con ellos.

—En principio, no queremos que hagas antena, sino gestiones —me dijo Ángeles, tal como me había anticipado Manolo Lama.

El cargo era oficialmente subdirector de deportes, porque había una dirección de antena y todos los demás éramos subdirectores. Pero, en

la práctica, yo era el jefe de deportes.

Y nada, así me llegó ese tren que terminé por coger.

Podría haberme incorporado de inmediato, pero faltaba un mes y medio para acabar la Liga. Nadie es imprescindible, tampoco yo en el Dépor, pero les hice entender que éramos como una familia, muy poquitos y bien avenidos, y que hacíamos todos un poco de todo. No me pareció oportuno bajarme del barco a punto de ser campeones de Liga, con la movida que aquello suponía para los medios de comunicación tanto de España como de todo el mundo: asistir a los partidos y los entrenamientos, gestionar las acreditaciones y organizar innumerables peticiones de entrevistas, reportajes… Seguro que os lo podéis imaginar. Que yo me hubiera ido en ese momento habría sido una putada para el Dépor. Habría estado feo por mi parte y me habría hecho quedar muy mal.

Accedieron a todo sin problema.

Volví a La Coruña y me callé como lo que ya sabéis. Solo se lo dije a Javier Chaver, con el que siempre tuve mucha relación. No era un directivo más, sino que, como ya os he dicho, había sido uno de los responsables de que me fuera a trabajar a Onda Cero a La Coruña, porque tanto él como su socio Luis de Soto hablaron a los dueños de la cadena de mí. Siempre tuvimos mucha confianza y decidí contárselo.

A Augusto, el presi, se lo dije un mes después, a mitad de mayo, cuando faltaban un par de semanas para acabar la Liga.

Antes de incorporarme a TeleMadrid hice el Camino de Santiago desde mi pueblo, promesa que tenía con Jabo Irureta y Paco Melo si ganábamos la Liga. Y allá que nos fuimos. Estuvimos unos cinco días pateando sin parar. Lo acabamos un viernes, el 4 o el 5 de junio del año 2000, y el lunes siguiente me incorporé a TeleMadrid.

Cuando llegué a TeleMadrid sin tener ni idea de televisión

Recuerdo que tanto en deportes como en la redacción de informativos había poca gente, pues me incorporé dos días antes de que el Real Madrid jugara la final de la Champions en París. La cadena había hecho un despliegue impresionante, con directos de informativos y programas de deportes desde allí, de modo que a una parte importante de la redacción no la conocí hasta el jueves siguiente.

Una de las primeras llamadas que recibí tras hacerse oficial mi incorporación a la cadena madrileña fue la de Javier Reyero, que se enteró de que iba y me llamó unos diez días antes. Era el presentador de *Fútbol es fútbol*, un tío importante allí, del que incluso se hablaba de que podía haber sido el sustituto de Ricardo Medina, que era al que iba a suplir yo, pero creo que la casa no le perdonó que, en un momento dado, que diría Cruyff, se hubiera ido a Telecinco. Me conocía de mi etapa en Antena 3 y del Dépor y de toda mi trayectoria, y yo también lo tenía bien localizado porque coincidimos en unos Juegos de la Amistad en Seattle.

Al principio no tenía ni la más puta idea de lo que era la televisión. Mi mayor experiencia con la tele había sido cuando se unieron Antena 3 Radio y Antena 3 Televisión, que eran la misma empresa. Desde Barcelona, entrábamos en el informativo local para hablar de la actualidad del deporte, del Barça y del Espanyol. Pero vaya, que no me preguntaran lo que era una unidad móvil, ni lo que era una transportable. No tenía ni puta idea de nada, la verdad.

Cuando he llegado nuevo a un sitio o he tenido un cargo, nunca he sido de romper con lo anterior, sino que he tratado de mantener a la gente en sus lugares y en sus trabajos, ya que he considerado que si estaban ahí era porque alguien había tenido a bien pensar que eran válidos para el puesto. Llegué y, de primeras, mantuve la estructura, y me fui apoyando en gente como Julio Sanz, Javier Martín, Pedro Aguayo (mi jefe de producción), Javier Reyero o José María del Toro. En fin, en gente que había mamado mucha tele y que me iba a ayudar

a disimular mis escasas nociones sobre cómo funcionaba la pequeña pantalla. Intenté ser una esponja, aglutinar y asimilar todos los mensajes que me pudieran ir llegando y así, poco a poco, me fui haciendo al mundillo y casi que aprendí un nuevo oficio, ya que lo que viví esos años en TeleMadrid no se parecía en nada a lo que se hacía en Antena 3 Radio; es más, era absolutamente diferente.

Al cabo de dos años seguía con las mismas funciones de dirección y gestión, y con la preocupación diaria por los informativos de deportes de las tres de la tarde y de las nueve de la noche, que se insertaban en las noticias de la cadena, y además el *Fútbol es fútbol* que antes mencionaba, nuestro buque insignia. Seguro que los madrileños de la época lo recordarán con cariño.

Recuerdo que una de las primeras acciones de Lorenzo Sanz, que presidía el Real Madrid, fue convocar elecciones. Estaba convencido de que las iba a ganar, y hay que reconocerle que parecía lo más lógico: tras llevarse dos Champions casi seguidas, se presentara quien se presentase, Lorenzo iba a arrasar. Pero ya sabéis lo que pasó. Una de mis primeras labores fue quedar con los candidatos a la presidencia del Real Madrid para un debate preelectoral. En aquel momento solo fueron dos: el ya mencionado Lorenzo y el, a la sazón, presidente casi perpetuo desde entonces, Florentino Pérez. Al final no quisieron hacer un debate como tal, y no recuerdo si el que no quería era Lorenzo o quizá Florentino. Vete a saber si a lo mejor ambos opinaban igual. Pero sí que aceptaron una entrevista individual con el mismo cuestionario para los dos, aunque ninguno iba a saber cuáles serían las preguntas; tampoco se utilizarían las respuestas del primero, Florentino Pérez, para repreguntar o condicionar las del segundo, Lorenzo Sanz.

Lo habíamos hablado en la redacción e insistí mucho en los términos del acuerdo, teníamos un compromiso férreo con las preguntas y no queríamos cagarla ni faltar a nuestra palabra. No sé si Lolo Beltrán —que después coincidió conmigo en *Estudio estadio* y en más sitios— no estaba, no lo oyó o yo no sé qué cojones, pero le pillé hablando con Lorenzo Sanz y contándole algunas de las respuestas de Florentino.

—Joder, Lolo. Que no puedes hacer eso, tío. ¿Qué cojones estás haciendo? ¡Que el que tiene el compromiso de hacer las cosas bien con Lorenzo y Florentino soy yo!

—Es que Lorenzo es amigo mío…

—Ya, Lolo, joder. Esto dice mucho a tu favor de tu buen sentido de la amistad. Pero es que vamos a quedar fatal, no me jodas. No puedes hacer esto. Si se entera Florentino, vamos a quedar muy mal.

En fin, ahí queda la historia.

Cuando unas chicas de Cuenca me costaron medio millón de euros

Allá por el año 2002, con Carles Rexach como entrenador, el Barça llegó a Madrid y se hospedó en el hotel Hesperia, en pleno paseo de la Castellana. Jugó el domingo contra el Rayo, y perdió un partido de esos que no puedes perder, de los que te cuestan algo más que una liga.

Hizo el ridículo, y en la prensa le metimos bastante caña. Hicimos leña de un árbol que estaba prácticamente caído.

—Oye, Siro, te voy a contar una cosa pero no me cites. Que sepas que el sábado por la noche subieron cinco chicas a las habitaciones de los futbolistas —me dijo ese mismo lunes por la tarde un representante de jugadores por teléfono.

Era alguien relacionado con el equipo técnico del Fútbol Club Barcelona.

—¡No jodas! ¿Quiénes estaban? —le pregunté, oliendo la sangre.

—Gerard López, Dani García, Gabri García, Phillip Cocu y Patrick Kluivert.

Yo no consulté con nadie de TeleMadrid, porque lo tenía todo atado y bien atado. Eso sí, sabía que por nada del mundo podíamos dar nombres, porque nos exponíamos a una querella. Sin embargo, alguien de mi redacción —nunca supe quién fue— se lo filtró al medio digital *Mi Canoa* y ellos sí sacaron los nombres.

Empecé a hacer unas gestiones y terminé llamando al diario *Sport*.

—Es verdad, lo sabemos desde esta mañana, pero solo nos haremos eco de lo que tú saques —me confesaron.

Los de *El Periódico* me dijeron lo mismo.

Tiempo después, Emilio Pérez de Rozas me llegó a decir en una tertulia que había sido un invento, y se lo reproché:

—¿Entonces? ¿Os hacéis eco de algo que es mentira? Lo que queríais era dejarme con el culo al aire —le dije muy enfadado por la situación.

Total, volviendo a la cronología, lo emitimos a las ocho de la noche

y se montó la de Dios, como os podéis imaginar. En aquel momento ya estaba Joan Gaspart de presidente. Nunca me llamaron. Tampoco podían pararlo, la verdad.

—Lo único que sé es que vinieron unas chicas de Cuenca y subieron para que les firmaran unos banderines en el pasillo… —dijo Antón Parera, gerente del Barça durante muchos años, cuando le preguntaban.

Todavía me parto el culo con esa historia.

Ojo, nunca nombré a los jugadores, e insistí con eso en el juicio. Los cinco implicados nos demandaron, aunque en un principio me dijeron que lo iba a hacer toda la plantilla.

Al final perdimos el juicio porque nuestros abogados se olvidaron de presentar el recurso. He llegado a pensar mal porque los que defendían a los jugadores eran del despacho de abogados de Cuatrecasas. ¿Cómo te puedes olvidar de algo así? ¿Qué le puede suponer a la tele medio millón de euros? En fin.

Así que lo perdimos. Me sentía responsable y presenté mi dimisión al director general de TeleMadrid, pues cuando pierdes es como si te lo hubieras inventado.

No la aceptó.

Aún hoy me planteo preguntas sobre todo aquello. ¿Hasta qué punto es lícito publicar algo así? Si mañana estoy en una discoteca y me encuentro con un futbolista, no lo voy a decir porque es su vida privada, y no soy policía. Que se acuesten con quienes quieran. Pero la gravedad de aquello es que sucedió en una concentración de equipo.

—Tío, me pagaste un coche nuevo, pero de los buenos, ¿eh? Me tocaron cien mil euros… —me dijo Gerard López, descojonándose, cuando coincidí con él años después.

Cuando Luis Mariñas me convenció para ponerme delante de las cámaras

Seguí en TeleMadrid detrás de las cámaras, con funciones administrativas y de gestión, unos dos o tres años. Durante esa época volví a hacer radio y a ejercer el periodismo, alejándome de la gestión, dado que me llamaron Joaquín Ramos Marcos y Josep Pedrerol, que en aquel momento todavía estaban en Canal+, para ver si me interesaba participar como tertuliano en un programa de radio que iban a montar en Intereconomía. Les dije que sí, que encantado, y allá que me fui a colaborar con ellos hacia finales de 2001 o principios de 2002 en esa tertulia que luego derivó en la tele en lo que se conoció como *Punto pelota* primero y *El chiringuito de Jugones* después.

Pero a nivel televisivo, tras la experiencia de Antena 3 Televisión, que no fue más allá de comentar la actualidad del deporte, no me llegó una oportunidad real hasta 2002 o 2003. Recuerdo que fichamos a Luis Mariñas para el informativo de la noche. Era paisano mío, un auténtico fenómeno, un tío de los que más he aprendido y que más seguridad y mejores vibraciones me ha transmitido delante de una cámara. El caso es que Luis necesitaba a alguien para presentar los deportes con él. Quería cambiar cosas y adaptar el informativo a su estilo. Le hablé de Javier Reyero e incluso se lo comenté al propio Javier, al que había apartado de la presentación de *Fútbol es fútbol* porque quería darle un cambio de aires para que dejase de ser un producto tan personal. Por eso se me ocurrió que, como era un grandísimo comunicador, podría encajar en lo que necesitaba Mariñas, nuestro presentador estrella. Entonces le comenté esa idea a Luis.

—No, Siro. Es que el que quiero que esté a mi lado presentando eres tú.

—Pero, a ver, Luisiño. Yo no he estado nunca delante de una cámara de esta manera. No estoy acostumbrado a mirar a cámara, no sé cómo me voy a desenvolver con el cue —la pantallita en la que sale lo que los presentadores tienen que ir leyendo— porque nunca lo he utilizado. No sé, no sé. A mí lo que se me da bien es improvisar, y

cuando tengo que dar una noticia la cuento sin más, sin leer.

—No, nada, Siro, que lo vas a hacer cojonudamente. Por el cue no te preocupes, que es muy sencillo. Si al final es solo leer lo que tienes ahí delante y ya está…, darle la entonación adecuada y poco más.

Un punto a favor del cue es que impide que superes el tiempo, y eso, para gente como yo, es muy importante. Sabes que te tienes que adaptar a los minutos establecidos, y eso, sobre todo en la tele, es casi imprescindible en algunos momentos.

Al final le dije que sí, claro.

El papelón vino después, cuando tuve que comunicarle a Javier Reyero que se quedaba sin *Fútbol es fútbol* y que, además, tampoco iba a presentar el informativo de la noche con Luis Mariñas. Prácticamente, se quedaba sin nada, sin antena. Si me pongo en su lugar, hubiera sido lógico pensar que, como yo era el jefe, me había querido poner delante de la cámara para tener más protagonismo y que era mentira la historia de que Luis Mariñas me había convencido.

Como podréis comprender, me gané a pulso la enemistad de Javier. De hecho, al cabo de muy poco tiempo, pidió una excedencia para irse no recuerdo dónde, pero se fue un año. Luego la amplió y nunca más volvió a TeleMadrid. No aceptó que lo sustituyera por Carlos García Hirschfeld en *Fútbol es fútbol*. Primero pensé en Manu Carreño y llegué a reunirme con él. Me parecía —y me lo sigue pareciendo— un tío muy fresco que daba muy bien en cámara. En aquel momento él presentaba el programa de noche de Onda Cero. Llegamos a un acuerdo y estábamos dispuestos a dar el paso, pero cuando se lo comunicó a su cadena le dijeron que no, que tenía contrato de exclusividad y que no podía irse a TeleMadrid. Me lo dijo después de haberlo cerrado todo. Esto también hizo que Manu se enfadase con Onda Cero, así que acabó esa temporada y se fue a Canal+, creo recordar.

De modo que acabé fichando a Hirschfeld, que venía del mundo del entretenimiento, aunque yo sabía que lo iba a hacer bien en deportes. Estuvo un año entero. El hecho de no venir de mamar el día a día de la actualidad deportiva le perjudicó y vimos que no acababa de darle el peso y la entidad que queríamos para el programa, a pesar de lo

bueno que era delante de la cámara. Así que lo sustituimos por Antonio Mérida, que se hizo cargo del programa tanto los sábados como los domingos.

Cuando Manolo Lama se fue de TeleMadrid para presentar *Los Manolos*

Me dejé convencer por Mariñas para presentar con él los informativos de la noche, aunque debo reconocer que empecé con bastantes dudas. Creía que la presentación era complicada y que leer el cue me parecería poco natural, pero me fui acostumbrando poco a poco y me encontraba más cómodo cada vez. Participé unos dos años, mientras estuvo Luis.

Cuando Mariñas dejó TeleMadrid, llamaron a Manolo Lama de Cuatro (Grupo Prisa) para presentar los deportes. Era 2004, momento en que se abrieron varias cadenas privadas y se empezó a inflar la burbuja de canales TDT que seguro conocéis. Eso provocó que a Manolo, que estaba en la SER (del mismo grupo), lo «obligaran» a dejar TeleMadrid para ir a la nueva cadena a presentar los deportes junto a Manu Carreño, en aquel mítico informativo que acabó popularizándose como *Los Manolos*.

Para nosotros fue una baja muy importante. Manolo llevaba presentando los deportes del mediodía desde que Ricardo Medina llegó a la dirección, en 1997 o 1998. Cuando cogí mi cargo en TeleMadrid, lo mantuve en su puesto, y era innegable su valor y el mérito de Ricardo al ponerle ahí. Que nos dejara por Cuatro fue una putada, un mazazo. Nos generó un problema.

Pero mi máxima siempre ha sido que de nada sirve quejarse o lamentarse por los problemas, sino que hay que sentarse y buscar soluciones o alternativas. Y la que encontramos entre todos fue que Antonio Mérida y yo presentásemos ese programa que se quedaba huérfano. Curiosamente, la doble presentación, algo nada habitual, fue una apuesta. Y digo «curiosamente» porque Lama se fue a Cuatro a presentar con Carreño y nosotros hicimos algo parecido en TeleMadrid.

Antonio Mérida había presentado con Teresa Castedo el informativo más importante del día de TeleMadrid, el de las tres de la tarde. En ese momento se produjo un cambio en la dirección de informativos y

lo apartaron de la presentación, así que se me ocurrió traérmelo a los deportes, ya que sabía que siempre le habían gustado y que era más del Atlético de Madrid que Vicente Calderón. Cuando le ofrecí el puesto, accedió encantado, por lo que ya estaba con nosotros cuando Manolo se fue. Así que empezamos a presentar los informativos de deportes a dúo.

Seguimos los dos juntos hasta que me fui en 2010. Nos entendimos a la perfección. Han pasado muchos años y aún mantenemos la amistad. Cada semana nos vemos para jugar al pádel con una panda de chiflados con la que nos juntamos cada viernes para poner en riesgo nuestras articulaciones.

Cuando conseguimos la Champions para TeleMadrid

En verano del año 2000, nada más asumir la gestión de TeleMadrid, lo primero que hice fue comprar para la cadena y para las televisiones autonómicas que estuvieran interesadas los derechos de los partidos amistosos del Real Madrid (recién llegado Florentino Pérez a la presidencia). Los compramos para España y a nivel internacional.

Gracias a esta operación pude conocer a José Ángel Sánchez, director general del equipo (lo sigue siendo mientras escribo estas líneas), que también acababa de empezar en ese puesto. Creo recordar que él trabajaba para Sega y que había sido patrocinador del Deportivo de La Coruña, así que de eso lo conocía.

Después compramos también la Copa América de Fútbol, un evento que ya habían tenido las autonómicas. Cuando me llamó Sergio Gyalui, que era (y es) el responsable de la empresa que tenía esos derechos para España, Enjoy Televisión, mi obsesión y mi preocupación era pagar menos de lo que había costado en ocasiones anteriores. Yo tenía los contratos delante en los que ponía lo que se había pagado otras veces y, evidentemente, lo que pretendía —porque ahí es donde se palpa una buena o mala gestión— era que, pongamos, si antes había costado diez, ahora tenían que ser ocho.

Lo conseguí.

Hicimos muy buenas negociaciones con Sergio, y ahora tengo el gusto de ser su amigo. Le conocía desde mi etapa en el Deportivo de La Coruña porque en alguna ocasión había comprado los derechos de la Copa de la UEFA del club. En aquellos años, los derechos de la Champions estaban centralizados, pero los de la UEFA los negociaba cada club, y por eso habíamos tenido cierto trato. Quizá ese fue el motivo de que las negociaciones llegaran a buen puerto.

En TeleMadrid, esos derechos se fueron renovando varios años, y juraría que tuvimos tres o cuatro ediciones de la Copa América durante mi etapa como subdirector de deportes de la cadena. Es una de las grandes gestiones de las que me siento satisfecho por lo que

supuso, ya que conseguimos grandes audiencias y, además, a un precio más moderado de lo que se había pagado en ocasiones anteriores.

No obstante, si tuviera que quedarme con una compra de derechos de la que me sienta orgulloso sería, sin duda, la Champions. Por supuesto, no la gestioné a nivel personal, como en la Copa América, en la puedo presumir de haber llevado la voz cantante. Esto fue más coral. Conseguir la mejor competición de clubes del mundo marcó un antes y un después en la historia de las televisiones autonómicas. También os tengo que decir que no la disfruté del todo, porque creo que firmamos de 2009 a 2012 y abandoné TeleMadrid en 2010.

Por otra parte, me permitió fichar al que considero el mejor comentarista que hay hoy en el fútbol español: Álvaro Benito. Tras dejar el fútbol profesional por una grave lesión de rodilla de la que nunca se recuperó, solo se había dedicado a la música. Mi amigo Elías Israel, que en ese momento era tertuliano de *Fútbol es fútbol* y muy amigo del representante de Álvaro, me propuso la opción de incorporarlo como comentarista. A Álvaro le apetecía regresar al fútbol, pues había intentado apartarse de él para no sufrir mucho la nostalgia. El cuerpo le pedía volver al mundo que siempre fue suyo. Como surgían nuevos huecos en los que necesitábamos más comentaristas para la Champions, se lo propuse. Aceptó. Y fue un exitazo. Un descubrimiento. Nunca le podré agradecer lo suficiente a Elías que me recomendara la incorporación de Álvaro Benito.

Para la Liga teníamos a Agustín Rodríguez, que lo había heredado de la anterior dirección de deportes de la cadena, y a Miguel Ángel Ruiz, dos auténticos fenómenos. También pasó por allí Quique Estebaranz y otros tantos comentaristas de la época. Pero sin duda me quedo con esta historia en la que recuperábamos para el mundo del fútbol a Álvaro Benito y se hizo un nombre importante como lo que es: un gran entendido en la materia. Fue bueno para todos: para él, por supuesto, y para nosotros, por formar parte de nuestro equipo.

Cuando puse de moda el concepto «mear colonia»

Tengo el dudoso orgullo de ser el creador de una expresión que tuvo repercusión nacional, con hincapié en Cataluña, en especial en Barcelona.

—No, claro, como para algunos Pep Guardiola mea colonia… —me salió un día en directo, sin preparación previa.

Me salió de forma improvisada, como una inspiración divina. En aquella época de duelos encarnizados entre el Madrid de Mourinho y el Barcelona de Guardiola, al entrenador catalán solo se le atribuían virtudes y era tratado como una deidad en el mundo del fútbol. Se me ocurrió esa expresión para rebajar un poquito la euforia y la imagen tan inmaculada que se le había impuesto.

A ver, «mear colonia» es algo que se dice, es una frase hecha. No la inventé. Lo que pasa es que en este país, si repites algo dos, tres o mil quinientas veces, al final cala.

Y caló.

Tanto que meses después de soltarla en pleno *Punto pelota*, el propio Pep Guardiola la utilizó en una rueda de prensa.

—A lo mejor es así y resulta que meo colonia —dijo delante de medios de comunicación de medio planeta.

Tanto se empezó a extender el concepto que unos amigos de Barcelona me regalaron una vez un bote de colonia personalizada con la marca inventada «Eau de Pep». Me descojonaba con aquello. Hasta lo llegué a llevar una noche a *Punto pelota*.

Lo curioso es que mucha gente, todavía ahora, piensa que utilicé aquella expresión para insultar o despreciar a Pep. Nada más lejos de la realidad. La frase de marras iba más dirigida al entorno que a Guardiola. Siempre he sentido una gran admiración por él, y en su etapa como jugador y periodista en Barcelona habíamos mantenido una muy buena relación. Tan buena como para que lo visitara y le regalara un libro cuando en su día tuvo que pasar por el quirófano para solucionar un problema en una de sus rodillas.

Y ahora que lo pienso, hasta ese momento no utilicé la ironía para hacer un poco de *show* en el programa. Meses antes, después de una racha de malos resultados del Barcelona, me planté en el plató con un paquete de pañales para hacer la broma de que se estaban cagando porque el Madrid se les acercaba en la clasificación de la Liga.

Carme Barceló se enfadó muchísimo.

—Me parece una falta de respeto absoluta —me dijo fuera de cámaras con ese tono tan serio y solemne con el que se expresa ella.

Y contraataqué de una manera que creo que la buena de Carme no se esperaba. Al poco tiempo, aparecí en el programa con un paquete de kleenex para que la gente entendiera que me gusta dar pero también recibir, y que debe prevalecer el cachondeo.

Cuando no me llevé un puñetazo de Fernando Burgos

No sé si merece la pena nombrar a este chaval pero, en fin, sé que mucha gente habrá comprado el libro esperando leer la intrahistoria de esa agresión.

Cuando llegué a TeleMadrid, él ya estaba de redactor siguiendo a la selección española. Vi que era muy currante y conseguía noticias, así que lo mantuve, a pesar de la opinión que me daban otros muchos sobre él.

—Da mucha info, sí, pero siempre nos genera problemas. Pone pegas en el informativo del mediodía, en el de por la noche… Siempre está dando por saco, Siro —me decía mi gente de la redacción, los que están justo debajo de mí.

Regresando de la Vuelta Ciclista a España, que pasaba por Guadarrama, vino a la redacción. Era un buen narrador de ciclismo, la verdad, pero había tenido un problema con uno de los nuestros, Julio Sanz. Le llamé la atención y se puso a gritarme.

Siempre ha sido un chico que se descontrola.

—Siro, le tienes que echar, es una falta de respeto, tío. Esto no lo puedes pasar —me decía mi gente.

Toda la vida he tenido grabado a fuego lo de no dejar a nadie sin trabajo, y más a esas alturas, que ya sabía lo que era quedarse sin silla en una redacción. Era consciente de que aquello me iba a hacer quedar mal, que me haría perder autoridad y sabía que, además, la cabra tira al monte y el que es un descontrolado no se va a controlar por arte de magia.

Así que decidí que siguiera.

Pero en vísperas del Mundial de Sudáfrica de 2010 montó otra.

—Siro, tú no lo sufres, pero nos toca los cojones todo el día —me seguían diciendo.

Llegó el Mundial y decidí que fuera Saúl Ramos y que este señor se quedase en Madrid y no viajase con el equipo.

Y esa me la guardó.

Acabó el Mundial, le llegó una oferta de Onda Cero y se fue. Ni se despidió. Seguramente nadie habría querido despedirse de él.

Coincidió que yo también me fui de TeleMadrid.

Pasó el tiempo y me incorporé a *Punto pelota*.

Cometí un error porque, en el programa, en medio de un acalorado debate sobre si los jugadores de fútbol filtraban información a la prensa, se me calentó la boca:

—Filtran todos, ¡topos hay en todos lados!

De hecho, en ese momento se empezó a extender también la palabra «topo» para referirse a los futbolistas con amistades peligrosas en el mundo del periodismo.

El calentón no se me bajaba, y terminé acusando a Iker Casillas y dejé al descubierto a Fernando Burgos, algo que periodísticamente nunca se debe hacer. Nunca se puede contar un *off the record* o descubrir la fuente de nadie.

Pedro Pablo San Martín me acusó de mentiroso y eso fue la gota que colmó el vaso. Me incendié por completo. Soy un tío tranquilo, tengo mucha paciencia hasta que me enfado, pero cuando me pongo furioso y traspaso cierta línea de no retorno, me pongo al rojo vivo.

—¿Quieres que cuente todo lo que sé? ¿Quieres que lo cuente? —le dije a Pedro Pablo.

Algunos trataban de frenarme, pero la discusión ya no tenía remedio.

—Iker Casillas, cuando yo estaba en TeleMadrid, llamaba a la redacción día sí y día también y contaba todo lo que pasaba en el vestuario.

Total, que eso se quedó ahí, pero al poco tiempo Burgos y yo coincidimos en un torneo de pádel con famosos. Me tocó jugar contra Bertín Osborne y José Antonio Abellán. A él lo veía a lo lejos.

Cuando estaba a punto de subir las escaleras con Julita, él las bajaba.

Nos cruzamos.

Empezó a insultarme y a recordarme lo que había dicho en *Punto pelota*.

—Te voy a citar cuando me salga de las pelotas, ¿o es mentira lo

que dije? —le contesté.

La gente se metió por el medio para evitar una trifulca, con Julita allí presenciándolo todo…

Hubo manos que volaron en una y otra dirección. Os podéis imaginar.

En fin, un *show*, un espectáculo muy macarra.

Por la noche aparecí en el programa de *Punto pelota* con el ojo morado, pero fue más bien un dedo, en plan Mourinho a Tito Vilanova, porque el ojo se me llenó de sangre, pero no hubo puñetazo, os lo confirmo y os lo aseguro aquí y ahora.

—Tú cállate, que te has follado a todas las becarias —me gritaba delante de mi mujer.

Tristísimo.

Fue una pelea de cobarde.

Lo llevaron a una sala y casi tuvieron que atarlo.

—¡Hostia! No me acuerdo de cuándo te follé —le dije tiempo después a María José Hostalrich, a la que fiché de becaria en su momento, y nos descojonamos.

Si algo he tenido claro es que hay que respetar el sitio donde trabajas. Eso es sagrado para mí.

Al día siguiente, entre las muchas personas que me llamaron para preocuparse por lo que había ocurrido, una de ellas fue José Mourinho. Me preguntó cómo estaba y le dedicó algún adjetivo, puede que irreproducible, al personaje en cuestión.

Fernando Burgos y yo nos volvimos a ver en el juicio. No tenía pensado denunciarle, porque creo que las cosas del campo se deberían quedar ahí. Pero Héctor Fernández, con el que me llevé a matar y con el que recientemente hice las paces, dijo en Onda Cero que fue un invento, y que si yo tenía razón, que le demandara.

Así que lo hice.

Y le gané el juicio porque Juan Gato, que es un señor que se viste por los pies, vino a declarar a mi favor y consideró que era injusto decir que yo había empezado esa movida.

—Ha sido con premeditación —me dijo un rato antes.

«Le voy a liar una a Siro que se va a cagar», me confesó Gato que

iba diciendo Burgos aquella fatídica mañana.

Al final la broma le salió por cinco mil euros al querido Fernando Burgos.

Supongo que ya habrá escarmentado.

O no.

Cuando me vi envuelto en una polémica sobre el cáncer de Éric Abidal

Cuando el Fútbol Club Barcelona anunció públicamente que Éric Abidal tenía un tumor en el hígado, pasé un momento complicado en mi vida profesional.

En esa época había aceptado dirigir un portal de internet llamado *Defensa Central* (sigue existiendo), y apenas llevaba unos días en el puesto. No me había dado tiempo casi ni a aterrizar.

Una noche estaba cenando con Josep Pedrerol y Carme Barceló cuando Quim Doménech llamó por teléfono para darnos aquella dura noticia.

Nos quedamos en *shock*.

Aquella noche no me tocaba participar en *Punto pelota*, ya que ya sabéis que los tertulianos van rotando y no todos los días están los mismos, pero me había comprometido a entrar en Catalunya Ràdio para colaborar en un debate.

—Oye, Siro, que no hace falta que entres esta noche en el programa. Después de lo que ha publicado la web esa de la que eres responsable no lo podemos permitir —me dijo el productor de la radio catalana, dejándome helado.

Resulta que en *Defensa Central* habían subido una información, en un foro que había en la propia web, en la que se dejaba entrever que el cáncer de Éric Abidal estaba relacionado con el tema del dopaje. Como podéis comprender, aluciné en colores.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué han subido a la página? —les pregunté, sin entender a qué se refería.

—Que lo de Abidal está relacionado con el *doping*.

Me quedé pasmado.

Por supuesto, negué cualquier tipo de implicación en todo aquello, ¡si yo acababa de llegar! Cogí el coche, me fui para casa y busqué el post en el foro a ver qué leches habían escrito y, por fin, poner en contexto la situación.

Me produjo una profunda vergüenza leer aquel texto.

Hacía apenas dos o tres días que había aceptado la propuesta de hacerme cargo de aquella página web de corte muy madridista, y justo esa tarde había hablado con los redactores para que controlaran lo que se subía, rebajaran el tono con el que se expresaba la gente e impidieran los insultos que tan alegremente volaban. No todo valía. Y yo no quería ser partícipe de aquello de esa manera. Por eso me hice cargo de aquella página, para darle otro toque.

El caso es que me tuve que comer aquel muerto. Y con razón, porque ya era el director cuando sucedió. Hay que decir que otros medios de comunicación se hicieron eco de lo de Abidal, pero lo borraron al instante.

En fin, dimití como director de *Defensa Central* y le pedí por favor a Josep Pedrerol que me dejara entrar esa noche por teléfono en *Punto pelota* para aclarar lo ocurrido.

Con todo lo que sabéis que he pasado, quizá aquella fue la situación más dura e incómoda a la que me he tenido que enfrentar en *Punto pelota*. Hay cosas intocables, y una de ellas es la enfermedad de las personas.

Cuando no podía ni ver al Lobo Carrasco

En mi etapa en *Punto pelota*, quizá con el que tuve el desencuentro que más se pudo enquistar fue con el Lobo Carrasco. Nos conocemos desde su etapa como jugador del Barcelona y la mía como periodista de a pie en esa misma ciudad. Es más, mi primera entrevista como periodista profesional se la hice a él, y por eso siempre le guardaré un cariño muy especial.

Pero hubo una época en la que durante más o menos un mes nos cruzábamos por la redacción y ni nos saludábamos. Nos evitábamos, no podíamos ni mirarnos a la cara. Se nos fue un poco de las manos, la verdad, y luego el tema parecía no tener salida.

Sucedió que un espectador socio del Real Madrid, y un poco tocapelotas, anunció que iba a poner una demanda contra Jorge D'Alessandro y Lobo Carrasco, ya que estaba tremendamente ofendido por los comentarios que estos dos habían hecho con respecto a un asunto del Real Madrid, el dopaje y el Barcelona.

—Pues mira, voy a ir a declarar en tu contra —le dije al Lobo en mitad de un acalorado debate.

Se lo dije de broma. No se me pasaba por la cabeza presentarme en el juzgado para declarar nada en contra de nadie. Era absurdo y no tenía sentido.

Pero el Lobo no lo entendió así.

—Yo sé a quién le puedo dejar la cartera en este equipo y a quién no. Lo primero es el equipo.

En el directo, me quedé dándole vueltas al tema, aunque en un principio no le di demasiada importancia.

—Yo creo que el Lobo se lo ha tomado mal —le dije a Pedrerol al acabar la grabación.

—Nada, no te preocupes, que el Lobo sabe que es una broma.

Lo cierto es que yo llevaba razón. Al Lobo le supo a cuerno quemado, y aquella fue la primera bomba de nuestra escalada armamentística.

El asunto se quedó sin zanjar, y pocos días después nos vimos

envueltos en otro jaleo.

—Ponle un billete al escudo del Real Madrid —me dijo el Lobo en *Punto pelota* a raíz de un debate sobre las diferencias que había en 2011 entre el modelo de cantera del Barcelona y el del Real Madrid.

—Me hace gracia que justo tú vengas dando lecciones al madridismo, que en tu época no ganaste una liga en veinte años —le contesté yo, muy molesto—. No te comiste un rosco. Eres un perdedor —zanjé.

El Lobo se quedó loco. Le cambió la cara.

—Es increíble. Respeta, Siro, ¡respeta! ¡Respétate a ti mismo! ¡No sabes respetar! —exclamó, un poco fuera de sus casillas.

Salimos aquella noche sin hablarnos, sin mirarnos, se podía cortar la tensión con un cuchillo.

La situación en la redacción se fue enquistando cada vez más.

No nos soportábamos.

Esa misma temporada, allá por abril, volvimos a tener otro choque de trenes.

No sé muy bien por qué, porque no estaba previsto hablar de aquello, pero saqué el tema de la Liga de Medios, una competición entre medios de comunicación de Madrid que se juega cada temporada, y en la que *Punto pelota* participaba con un equipo de tertulianos y redactores, y que entrenaba el Lobo Carrasco.

—Tres empates y una victoria lleváis, Lobo —le dije.

—Eres capaz de sacar lo peor de mí, Siro. Eres una persona maleducada. ¡Me estás provocando y un día me vas a encontrar! —me contestó él, pues lo volví a sacar de sus casillas.

—Tú menospreciabas a la prensa cuando eras futbolista —contraataqué yo.

En fin, nuestra relación se siguió intoxicando y llegamos a un punto de casi no retorno.

¡Y no fue la última!

Después de aquel maratón de clásicos entre el Madrid de Mourinho y el Barça de Guardiola que paralizó a todo el país, veníamos de la eliminación del Madrid en la Champions. Y yo, como seguro que recordáis algunos, defendía que al Barcelona le ayudaban los árbitros.

—Estás paranoico —me dijo el Lobo Carrasco.

—Me extraña que digas esa expresión tú, Lobo, ya que eres un señor —le dije yo.

—Olvídate ya de lo de «señor». Hay mucha gente que te tiene un odio enorme —me replicó el Lobo.

Aquello fue la gota que colmó un vaso que llevaba tiempo a punto de rebosar. Nos distanciamos mucho. Muchísimo.

—No podéis seguir así —me dijo un día Marcos Alonso, que me llamó por teléfono para mediar un poco en la situación.

Pasó el tiempo.

—Tenemos que hablar —me comentó el Lobo una noche al acabar de grabar—. No podemos seguir así.

Eran las dos y media de la madrugada.

Nos fuimos a un rincón de la redacción a hablar para limar asperezas.

Y lo arreglamos en cinco minutos.

Cuando me fui del plató de *Punto pelota*

Veníamos de hacer un maratón de veinticuatro horas en directo. Se hizo muy pesado, y nuestros cerebros empezaron a funcionar con menos oxígeno del necesario. Me esforcé por mantenerme despierto y alerta, pero a ciertas horas de la emisión estaba ya saturado.

—A quien tiene que fichar el Real Madrid como entrenador es a ti —le dije a Jorge D'Alessandro en mitad de una discusión, con bastante sorna.

A Josep Pedrerol no le gustó nada, le pareció una falta de respeto hacia uno de sus contertulios y me reprendió inmediatamente.

—Pues si no te gustan las cosas que digo, me voy —le solté a voces.

Es cierto —y los que habéis visto las tertulias organizadas por Pedrerol en televisión lo sabéis— que él tiene por costumbre corregirte y decirte en directo lo que no le gusta de ti, delante de todo el mundo. Y esto, depende del humor con el que te pille, te lo puedes tomar mejor o peor.

Aquella vez me sentó como una patada en el culo.

Se me fue un poco de las manos y puede que, fruto del cansancio y de la saturación mental a la que nos vimos sometidos después de tantas horas en vivo, saltase más de la cuenta. Viéndolo ahora en perspectiva, quizá mi reacción fue desmesurada.

El caso es que me levanté, salí del plató, abandoné el estudio, cogí el coche y me fui directo para casa.

Recuerdo la sensación de estar con las manos en el volante, aún con la furia brotando por cada poro de mi piel, cagándome en todo lo cagable y sin ganas de mirar atrás.

No paraba de sonar mi teléfono móvil.

Y recibí tres llamadas clave.

—Siro, acabo de ver lo que ha pasado en directo. Tienes mi tertulia a tu disposición —me dijo un compañero de profesión que trabajaba en la competencia, ofreciéndome trabajo.

No sé ni lo que le dije.

—Pero ¡cómo haces eso, Siro! ¡Eres un energúmeno! ¡Cómo se te

ocurre salir de esas maneras del plató! ¡Da la vuelta ya! —me decía a voces, muy enfadada conmigo, Julita, mi mujer.

Me sentó fatal y le colgué sin despedirme.

—Siro, eres muy importante para el programa. Tienes mucha más clase de la que has demostrado esta noche. Recapacita, anda —me dijo el Lobo Carrasco.

Esa última llamada, sumada a las anteriores, y a que me estaba ya calmando, me hizo reflexionar.

Cuando ya pasaba por Moncloa, me di la vuelta.

«Estamos muy cansados, Siro. Hablamos cuando quieras. No pasa nada, de verdad», decía el mensaje de texto que recibí de Josep Pedrerol ya de camino a Intereconomía.

«No te preocupes, voy de camino», le contesté en el acto.

Y lo arreglamos.

Cuando hice el Camino de Santiago con José María García

Lo empezamos el 24 de junio de 2009, y surgió de una forma un poco casual. No lo iba a hacer con él, ni él había pensado en hacerlo conmigo. En marzo me llamó porque sabía que yo lo había hecho varias veces. Él se acordaba, sobre todo, porque en el año 2000, cuando salimos campeones de Liga con el Deportivo de La Coruña y yo estaba de jefe de prensa, lo había hecho con Irureta, Barritos (el mítico delegado del Dépor), Franganillo y alguno más. Y aunque yo no curraba con García, me estuvo llamando para meterme en antena e ir contándole la experiencia. Así recuperé el contacto con él.

—Siro, prometí que si superaba el cáncer haría el Camino de Santiago. Dame algunos consejos, qué me recomiendas para dormir y tal, que voy a ir con otros tres amigos —me pidió en esa llamada.

Me puse a prepararle una especie de guía y, dos semanas antes de que hicieran el Camino, volvió a llamarme: —Mis amigos se han rajado —me confesó.

Me di cuenta de que iba a ir solo, con su guardaespaldas, eso sí, porque por entonces estaba amenazado por la organización terrorista ETA.

«No voy a dejar que lo haga solo», pensé.

—Mira, más que darte consejos, voy a hacerlo contigo —le dije sin pensarlo.

—¡Cojonudo! Vamos a pasarlo bien.

Y estaba convencido de que así iba a ser.

Ni avisé en la tele ni nada. Me llamaban por teléfono y actuaba como si estuviera en Madrid.

Empezamos en O Cebreiro. El primer día nos topamos con ese orballo tan característico de mi tierra, y bajamos hasta Sarria. Le dije que se viniera a dormir a casa de mis padres, pero prefirió quedarse en un hotel. Nos vimos con un fisio que yo conocía, nos dimos un masaje y, joder, aquello fue mano de santo, porque el resto del Camino me costó menos que en otras ocasiones.

Nos reímos mucho y conocimos a un montón de gente, entre otros a unos brasileños que en otra etapa nos volvimos a encontrar en una casa rural y con quienes estuvimos de charla hasta la madrugada, hablando de lo divino y lo humano.

Recuerdo una vez que hicimos cuarenta y cuatro kilómetros en una etapa, nos íbamos picando.

—¿Paramos ya? —le pregunté.

—No, no, todavía es pronto —me contestó, medio orgulloso.

José María García fue en el Camino igual que en su vida profesional: muy competitivo.

—Estoy cansado —me dijo tres kilómetros después—, voy a llamar al chófer y que nos lleve al hotel.

—José María, ahora no nos vamos hasta que me salga a mí de las pelotas. Has estado doce años mandándome y yo obedeciendo. Y aquí mando yo. Te toca tragar y, si quieres, me sigues. Me pienso vengar de ti.

Seguimos andando un poco más y volví a picarlo:

—Ahora, si tienes huevos, ven a mi ritmo —le dije.

Y me puse a correr durante dos kilómetros.

—¡Estáis como putas cabras! —nos dijo Rogelio Rengel, el hijo del dueño de *Don Balón*, al que llamé para que nos acompañara por si me costaba aguantar siete días a García.

No fue así. Hubiera podido estar el tiempo necesario porque la convivencia con José María fue espectacular. Descubrimos aspectos que no conocíamos del otro y dejamos atrás una relación de maestro-alumno que se convirtió en la de dos amigos y colegas que se reían recordando los viejos tiempos, y se ponían serios cuando analizaban las circunstancias que los habían llevado a separar sus caminos profesionales años antes.

Corríamos como niños para ver quién se cansaba antes y nos descojonábamos al vernos, lo que refleja al otro García, al que es difícil de encontrar, porque, cuando hay que reír, es el primero en apuntarse.

Aunque ya le conocía bien, en aquel Camino intimamos más, nos compenetramos. Cuando convives varios días y con cansancio de por

medio, pueden surgir malos rollos. Pero sucedió lo contrario. Todo eran risas y charlas. Nos sirvió para aclarar temas, algunos de los que nunca habíamos hablado, como cuando le dije que había llevado mal la negociación con nosotros al marcharse de Antena 3. Hubo puntos que admitió y en otros tuve que darle la razón.

Hicimos el Camino en 2009, es decir, él llevaba ocho años apartado de la radio. Pero la gente seguía reconociéndole. No dabas diez pasos sin que alguien le pidiera una foto o se le acercara. Y él siempre fue muy cercano, nunca decía que no a charlar diez minutos. Me alucinaba el poder de convocatoria que continuaba teniendo.

Fue una convivencia muy bonita y agradable.

Y la guinda fue cuando nos recibió el arzobispo de Santiago.

Tengo un recuerdo maravilloso de aquellos días, seguramente los más especiales con José María.

Cuando conocí a José Mourinho y Jorge Mendes

A través de Aitor Karanka, muy amigo de José Antonio Luque, supe que José Mourinho solía ver *Punto pelota* y se enteró de que le defendía a capa y espada. No sé, viajo a aquella época y me caía bien. Me parece que es un buen entrenador, con personalidad. Es un tío que no se casa con nadie, y eso siempre me ha gustado porque coincide con mi forma de ser.

Creo que la intensa tensión que hubo en aquella época la provocaron todos los actores protagonistas, incluido Pep Guardiola, claro. Como cuando Mourinho le metió el dedo en el ojo al malogrado Tito Vilanova, hecho reprobable de todas todas. Es necesario poner todo aquello en contexto. Porque lo que la gente no sabe es que cinco minutos antes de que sucediera, ante la mirada de media España, algunos miembros del equipo técnico de Guardiola insultaron a los jugadores del Real Madrid. Eso no salió y de eso no se habló en los medios. Y que conste que no me lo contó Mourinho, que puede estar todo lo loco que quieras, pero no es un tipo violento ni se puso a agredir por agredir. De todos modos, con insultos o sin ellos, nada justifica la acción del entrenador del Real Madrid en aquel momento, que no supo controlar la tensión que se vivió en ese y en otros partidos.

No considero que tratase mal a los periodistas. Me gusta la gente que lo dice todo a la cara, sin complejos. Yo no soy nada corporativista, que conste, pero si puedo soy el primero en ayudar a los compañeros. Pero no voy a defender a todos los periodistas. Como en todas las profesiones, también en la mía, hay gente buena, mala y del montón.

A veces se ha maltratado y perseguido a José Mourinho, y él se limitaba a defenderse en las ruedas de prensa. Si creía que eras un gilipollas, te lo decía a la cara. Me hacía mucha gracia: «Es malo para la imagen del Madrid». Se me suele acusar de periodista de bufanda, pero ojalá hubiera más personajes como estos. ¿De la imagen del

Madrid? Que se ocupe el Madrid, que algunos son más papistas que el Papa. Yo quiero Luis Enriques, Guardiolas y Mourinhos. Ojalá hubiera veinte Mourinhos que me dieran cuarenta titulares a diario. A nivel personal, algún mensaje nos hemos intercambiado, pero hace mucho que no nos vemos.

Con quien sí que mantenía una gran amistad era con Jorge Mendes, porque tuve la oportunidad de conocerlo cuando no era nadie. Por entonces tenía un pub en el norte de Portugal, donde iba algún jugador del Vitoria de Guimarães. Al primero que representó fue a Nuno Espírito Santo, el que fuera portero del Dépor y luego entrenador del Valencia.

Un directivo del Dépor, Roberto Veira, tenía un hermano trabajando en la frontera de Portugal. Mendes metía el dinero allí, y le contó que tenía un portero muy prometedor llamado Nuno por el que empezaban a pelearse algunos grandes del fútbol portugués. El directivo se lo comentó a Lendoiro y se acabaron reuniendo.

—Un día se matará —le dije a Lendoiro.

Salía de Viana do Castelo y en dos horas se plantaba en La Coruña. Fueron innumerables los viajes de ida y vuelta que tuvo que realizar hasta conseguir que Nuno fichara por el Deportivo. La operación no fue fácil por un problema de derechos, pero el buen hacer y la insistencia de Mendes lograron romper todas las barreras y Nuno, que llegó a estar escondido en un hotel de la ciudad, acabó por incorporarse a la disciplina del equipo deportivista. Fue el primer jugador con el que Jorge hizo negocio. Ahí empezó todo hasta conseguir que le reconocieran como el mejor representante del mundo. No lo tuvo fácil. Nadie le regaló nada, y todo lo que ahora tiene lo ha conseguido a base de trabajo, persistencia y preparación.

Después de todo esto nos perdimos un poco la pista, o, mejor dicho, me la perdió él a mí, porque yo sabía lo mucho que había progresado en el mundo de la representación. En siete años y ya gestionaba la carrera deportiva de, entre otros, Cristiano Ronaldo, y estaba, como ahora, en la cresta de la ola. No sé qué partido fue, pero recuerdo que coincidimos en una de las pocas ocasiones en las que he estado en el palco presidencial del Bernabéu. Conociendo ya su estatus, me

acerqué con timidez y le pregunté si se acordaba de mí. No quería meter la pata y llevarme una cobra en forma de saludo. Nada más lejos de la realidad. No solo no me hizo la cobra, sino que estuvo cariñosísimo conmigo. Quedamos para comer y, a partir de ahí, recuperamos una relación que ha vuelto a quedar en el limbo desde que me marché de *Punto pelota*.

De todos modos, aunque ahora no coincidamos, le tengo que agradecer lo mucho que me ayudó, por ejemplo, para filmar un documental sobre Cristiano Ronaldo. Nos habíamos quedado con los derechos de la Champions y mi directora de antena, Yolanda Ausín, nos comentó que, como puesta de largo de la gran competición europea, sería ideal hacer un documental sobre la gran estrella del Madrid en ese momento. El problema fue que solo teníamos quince días para prepararlo y debía ir acompañado de una entrevista al jugador. Recurrí a Florentino, le pedí ayuda a Jorge y en un tiempo récord conseguimos sacar a la luz uno de los mejores reportajes que se le han hecho a Cristiano Ronaldo. El estreno lo vimos juntos en la casa de La Finca de Cristiano Ronaldo, en Pozuelo. Quien quiera verlo, lo puede hacer poniendo en YouTube: «Casta de campeones Cristiano Ronaldo».

Cuando Iñaki Cano y yo presentamos un programa en Intereconomía

En 2010 ya no estaba a gusto en TeleMadrid. Habían puesto como directora general a Isabel Linares, que venía del mundo de la sanidad, concretamente de liderar la aseguradora Sanitas. Como casi siempre, fue un nombramiento político, y no tenía conocimientos del mundo de la televisión. Al final, tanto ella como Yolanda Ausín, la directora de antena, consiguieron que fuera a trabajar a TeleMadrid sin ilusión. Se convirtió en una obligación tediosa.

—Es que mi hijo me ha dicho que no le ha gustado esto que hicimos anoche —me decía por las mañanas.

Su hijo tenía dieciocho años y era completamente ajeno al mundo del periodismo.

—Directora, si cree que su hijo va a llevar mejor la sección de deportes de TeleMadrid, fíchelo. Lo voy a seguir haciendo a mi modo, y no debo de estar muy equivocado porque llevo ya diez años y soy el jefe de deportes más longevo de la cadena. Es una bobada continuar así. Lleguemos a un acuerdo y me voy.

Yolanda Ausín siempre había apostado por mí y trató de convencerme para que me quedara.

—No te vayas, Siro. Puedo conseguir que sigas —me dijo Florentino Pérez, también para persuadirme.

Pero la decisión estaba tomada.

A esto se unió que Pedrerol llevaba meses intentando que me incorporara al programa como su segundo y que presentara un programa al mediodía.

Total, que llegué a un acuerdo con TeleMadrid y me fui.

Empecé a presentar el programa del mediodía, *Con un par de bigotes*, con Iñaki Cano. En su momento, para ese puesto pensé en David Sánchez, pero no por Iñaki, con el que siempre he trabajado muy a gusto, sino por buscar ese contraste entre el Real Madrid y el Barcelona. David, que ya estaba en Radio Marca, me dijo que no. Intenté hacerle ver que ambos trabajos podían ser compatibles, pero

no le convencí.

El programa duró tres meses.

Ahí empecé a darme cuenta de que el Pedrerol persona no tenía nada que ver conmigo y que, a la larga, íbamos a tener problemas. Si ya no pensábamos del mismo modo a nivel profesional, en esta etapa me di cuenta de que a nivel personal también estábamos en las antípodas.

Después de los dos años ya que llevaba *Punto pelota* en emisión, como diría Guardiola, Josep era «el puto amo». Julio Ariza decía «amén, Jesús» a todo lo que le dijera Pedrerol.

En su momento, también le dijo «amén» a mi programa. Fuimos creciendo y fortaleciéndonos, y llegamos a tener una audiencia media del 2 o 2,5 por ciento del *share*, puntuaciones que no están nada mal, y eso que contábamos con unos recursos ínfimos para producirlo. Los lunes, por ejemplo, debíamos echar mano de montajes fotográficos de las jugadas polémicas porque no podíamos pagar los resúmenes, un dispendio reservado para el programa de la noche. Trabajaban con nosotros Noelia González, hija de José Damián; Borja Mazarro, que en esa época estaba de becario y acabó siendo editor de *El chiringuito* hasta que hace no mucho, hastiado de tantos desplantes e impertinencias, se convirtió en una víctima más; y Zarek, que también se quedó en *Punto pelota*.

Entonces ¿cuándo empecé a descubrir al verdadero Pedrerol?

A la gente se la conoce cuando convives con ella un tiempo.

Al hacerme cargo de este programa del mediodía con Iñaki, tuve que echar horas en la redacción de Intereconomía, no como antes, que solo me dedicaba a ir a las tertulias. Yo estaba con Noelia, Iñaki y compañía por las mañanas y, después de comer, volvíamos y ya estaba por allí Josep.

—Julio Ariza ha decidido quitar vuestro programa, Siro —me dijo Pedrerol tres meses después.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que no le acaba de convencer, los números no son los que esperaba… Así que lo cancela.

Nunca me lo comunicó Julio Ariza, solo lo supe por Josep Pedrerol.

Me dijeron, eso sí, que me iban a mantener la nómina como si siguiera con el programa, y que Borja y Zarek se incorporarían a *Punto pelota*. Por lo tanto, el tema económico no podía ser la razón.

No había explicación lógica. Aunque yo la tengo muy clara.

La eliminación del programa se produjo veinte días después de que diéramos dos exclusivas sobre el Real Madrid, dos informaciones relacionadas con dos posibles fichajes que me dio Florentino Pérez, al que yo llamaba de vez en cuando antes de empezar. Y Florentino es un tío que, cuando le llamas, si tiene algo muy claro y cree que no va a perjudicar al club, te lo cuenta. Estas exclusivas las dimos Iñaki y yo en nuestro programa y luego las desarrollaron en *Punto pelota* por la noche.

—Hombre, Siro, ¿y cómo es que has dado eso al mediodía? —me dijo Pedrerol.

—Bueno, tenía la información, está contrastada y no soy de los que se guardan las noticias para el día siguiente, entre otras cosas porque, si no, la puede dar otro.

—Ya, pero podrías haberla guardado y la hubiéramos dado a las doce de la noche.

—Ya, pero no soy así. Creo que si tengo una noticia he de darla al momento.

Y creo que esto fue definitivo.

Se lo comenté a Iñaki Cano. Siempre que hemos hablado del tema, sigo dándole vueltas a esa justificación. No le hizo gracia que le pisáramos noticias.

Y esa fue la primera vez que noté que el embarazo se estaba torciendo y que el niño venía de nalgas.

Cuando me fui de *El chiringuito*: el origen

Contrariamente a lo que muchos piensan, mi marcha de *El chiringuito* no se produjo tras la bronca viral con Josep Pedrerol. Ese enfrentamiento fue un año antes de que naciera *El chiringuito*.

Al día siguiente de aquella disputa, Pedrerol llamó primero a Julita, porque yo no le quería coger el teléfono. Ya había decidido marcharme. Pero, una vez más, me dejé convencer. Julia me persuadió, le terminé cogiendo el teléfono, me pidió disculpas y hablamos un rato. Era un poco como la actitud de estas personas que siempre parece que quieren denigrar y someter a los que están bajo sus órdenes. No pretendo banalizar el tema, lo digo en serio. No quiero exagerar, pero es de esas personas que tienen una reacción violenta de la que después se arrepienten y te piden disculpas. Le ha pasado conmigo y con más gente, que conste. Él tiene reacciones incontrolables y luego siempre intenta solucionarlas pidiendo perdón, lamentándose y diciendo que no volverá a pasar.

Creo que, al final, mi marcha se debió a un cúmulo de circunstancias.

Habría que comenzar hablando de la relación que mantuve durante años con Josep Pedrerol y aclarar que nunca fuimos amigos. Aunque en algún momento haya podido utilizar la palabra «amigo» para definir mi relación con él, creo que es un término con una entidad más importante que llega tras mantener una relación con alguien con el que puedes pensar distinto, pero donde acaban por ser más los aspectos que te unen que los que te separan. En el caso de Pedrerol, tanto profesional como personalmente siempre hemos estado en polos opuestos. Habrá quien diga: «Aguantaste durante doce o catorce años con él». A ver, codo con codo solo estuvimos los últimos cuatro años, desde que dejé TeleMadrid en el verano de 2010 hasta que me fui de *El chiringuito* en enero de 2014. Hasta entonces fui un colaborador más, que iba unos minutos antes a la tertulia, me maquillaba, debatíamos y me volvía a casa. Es cierto que conmigo, quizá por ser uno de los que estuvo desde el principio, tenía más acercamiento y me

pedía más consejos.

Su forma de ver el periodismo no tiene nada que ver con la mía. Es una persona a la que le obsesionan las exclusivas y ser el número uno, pero a nivel de números, no de reconocimiento profesional, algo que creo que nunca ha tenido. Siempre ha estado rodeado de personas que le han dorado la píldora y han ejercido la labor de palmeros, pero muy pocas veces se han atrevido a llevarle la contraria. Me metería en un saco con Luque, a los que nos preguntaba más y le mostrábamos lo que haríamos o dejaríamos de hacer, aunque luego él siempre hacía lo que le daba la gana.

Recuerdo sus inicios. Empezó en la SER cuando yo ya llevaba tres o cuatro años en Antena 3 Radio con José María García, y coincidíamos en algunos partidos de fútbol del Barça. Poco más.

Después, cuando yo ya estaba en el Dépor, cada vez que Canal+ narraba desde nuestro campo, Carlos Martínez, Michael Robinson y Josep Pedrerol quedaban para cenar con Augusto César Lendoiro, con el que habían entablado amistad. A esas cenas yo no iba, ya que los domingos, después de los partidos, solía ir a cenar con Irureta y con nuestras mujeres, si estaban, como ya os he contado en otro capítulo. Nuestra relación se limitaba a la estricta entre el jefe de prensa de un equipo de fútbol y el periodista que hacía entrevistas a pie de campo y a pie de palco.

En 2002 me llamó para preguntarme si me interesaría participar en una tertulia nocturna que iban a hacer Joaquín Ramos Marcos y él en Radio Intereconomía.

Le dije que sí.

—¿Y cuánto vas a cobrar? —me dijo Julia.

—Pues no lo sé, no les he preguntado…

—¡Hala! Como siempre. Te has vuelto a comprometer sin saber… ¿Y si no te pagan?

—Pues, Julia, si no me pagan, estaré mientras me apetezca, y después Dios dirá. Qué le vamos a hacer…

Total, empezamos ese programa. Los primeros años, insisto, era un colaborador más. No tuvimos ningún tipo de enfrentamiento. Podíamos tener disparidad de criterios, poco más.

Cuando me fui de *El chiringuito*: el contexto

Josep Pedrerol es una persona de esas que, en sus relaciones personales y profesionales, pasan del amor al odio con mucha rapidez e intensidad. Tan pronto te adora como te repudia.

Mucha gente me pregunta por qué, si lo sabía, aguanté otros cuatro años. No le falta razón. Antes que nada, soy un profesional, y si no tengo un puesto de trabajo que cubra mis necesidades mínimas, pues aguanto. Y aguanté. No me quedaba más remedio.

Josep ve enemigos por todas partes. Para él, el rival no es un rival sin más, sino un enemigo a batir. Intenta generar lo que podría ser el *modus vivendi* de las sectas: «Estás conmigo o contra mí, somos una familia, estamos juntos, y no puedes colaborar con nadie más, tienes que renunciar a amistades del pasado que no sean una buena influencia para el programa».

Una anécdota: una vez fui a comer con Juanma Rodríguez, una de las actuales estrellas de *El chiringuito*, con el que tenía algo de relación en aquel momento.

—Vamos a hacernos una foto —me dijo después de comer.

Y la subió a alguna de sus redes sociales.

—¿Cómo es que has ido a comer con Juanma Rodríguez? —me dijo Pedrerol esa misma tarde, cuando llegué a Intereconomía.

Juanma estaba en la radio y de tertuliano en un programa que después derivó en *Tiki-taka*, y en otro programa de Marca TV en el que Cristóbal Soria y Paco García Caridad también apuntaban maneras televisivas.

—Pues nada, porque es amigo mío. Nos vemos de vez en cuando. ¿Por qué lo dices?

—Joder, ¡porque es el enemigo!

—¿Cómo que el enemigo? ¿Te ha hecho algo?

—No, joder, pero está en el programa este…

—Ya, pues para mí no es más que un compañero que trabaja en otro programa, y ya está. Y te digo una cosa, no te voy a pedir permiso para irme a comer con quien me dé la gana. Voy a seguir siendo

amigo de quien considere que merece mi amistad.

Fue otra vuelta de tuerca a lo que os decía antes. En esa redacción he vivido situaciones dantescas. Ya sabéis lo que a veces salía en el programa sobre cómo trataba o trata a determinadas personas, que tiene tela, pero es que de puertas para dentro, fuera de cámara, era mucho peor. Podía aparecer en la redacción, dar un golpe fuerte en la mesa y soltar un grito desgarrador porque se había acordado de algo de la noche anterior, profiriendo insultos hacia el que hubiera cometido ese error, con muchísimo menosprecio hacia los chavales que allí trabajaban o trabajan.

—¿Y por qué lo seguís aguantando? —les he preguntado alguna vez a los chicos que siguen por ahí.

—Ya sabes que es muy exigente y que luego siempre te pide perdón.

A veces compensa a los que denigra dándoles un caramelito, como dejarles hacer alguna publicidad. Pero te lo puede volver a quitar si te portas mal. Con las explicaciones pertinentes o sin ellas.

Con José Antonio Luque también tuvo algún detalle que marca lo que os he dicho sobre el concepto de la amistad y la enemistad de Pedrerol.

—Oye, Siro, ¿le hacemos una despedida a Luque? —me preguntó Josep al confirmarse que este se iba a Telecinco.

—Claro, hombre, ¡cómo no se la vamos a hacer! En el último programa con él, anunciamos que se va y le agradecemos lo que ha aportado a nivel periodístico y humano.

Y nos salió un programa muy bonito. Luque se despidió agradecido y todos quedamos bien.

Pero al día siguiente —quizá después de que alguno de sus «consejeros» o de su séquito le dijera lo que estaba bien o mal—, al volver a coincidir, me cogió por banda y me dijo:

—Siro, yo creo que nos hemos equivocado despidiendo a Luque.

—¿Cómo que nos hemos equivocado? Si quedó muy bonito, joder. Dimos una imagen cojonuda y estuvisteis muy bien José y tú, y la gente lo agradeció.

—Nada, yo creo que nos hemos equivocado. Al final nos ha dejado tirados, se va al otro lado, son nuestros rivales, y ya verás como a la

larga, a pesar de que me ha dicho que no, aparece en *Tiki-taka*, nuestros rivales directos. Nos hemos equivocado.

Intenté convencerle de que no era así, que habíamos hecho lo que teníamos que hacer y que la gente tiene derecho a elegir su futuro. José era el mismo antes y después de tomar esa decisión; no dejaba de ser un tema laboral, y ahí no podíamos entrar. Ni nos había fallado a nivel personal ni nos había engañado, ni nunca tuvo un mal comportamiento con nadie de la redacción.

Esas formas de reaccionar me fueron haciendo mella hasta que me vi empujado a alejarme de todo aquello. Como era el dueño del cotarro, te quitaba o te daba su sentimiento, y te obligaba a bailar a su son.

Un poquito antes de que cerrase *Punto pelota* en Intereconomía —que nos echaron, vaya—, ya había llamado a mi puerta Manolo Lama, que en ese momento estaba presentando *Los Manolos* para Mediaset, productora que emitía el programa rival de *Punto pelota*: *Tiki-taka*. Ese mes de octubre le había dicho que no me interesaba porque estábamos en una situación en la que en Intereconomía no cobrábamos, y me sentía un poco una rata abandonando el barco. Por eso me quedé.

—Si esto sigue así y nos terminamos yendo o nos echan, volvemos a hablar —le dije a Manolo.

—No te preocupes, Siro. Sabes que tienes las puertas abiertas —me respondió.

Llegó el mes de diciembre de 2013 y hubo un rifirrafe entre Pedrerol y Julio Ariza porque nos debían dos meses de sueldo. Una tarde, Julio decidió prohibirnos la entrada. Y nos quedamos fuera.

Nos reunimos, los que nos habíamos quedado fuera hicimos piña y tranquilizamos a la gente de redacción, pues les hicimos ver que aquello ya no tenía remedio, pero que seguro que encontraríamos trabajo en otro lugar.

Y así fue. Al cabo de pocos días nos llamaron de TRECE Televisión para hacer el programa en su cadena. También nos telefoneó Bardají, el consejero delegado de Antena 3, con el que Pedrerol siempre tuvo una buena relación. Habían tenido contacto el verano anterior y ya comentaron la posibilidad de desembarcar en su canal.

Era difícil dejar Intereconomía porque, haciendo números, Josep Pedrerol ganaba muchísimo dinero. Pero muchísimo.

Echando cuentas de los sueldos que dejó de pagar Julio Ariza, unos cuatrocientos mil euros, y lo que sabíamos que costaba el programa, llegamos a la conclusión de que Pedrerol se llevaba una pasta gansa al mes. Siempre he dicho que Ariza le hizo millonario y que este, a pesar del final que tuvieron, tendría que besar por donde pisa el primero.

Eso me empezó a generar dudas sobre el Pedrerol persona, no por lo que ganaba —de lo que me enteré después—, sino porque, al analizar la situación, comenzó el programa en la radio con Joaquín Ramos Marcos con la única publicidad de Halcón Viajes, ya que el exárbitro era íntimo amigo Juanjo Hidalgo, expresidente de la Unión Deportiva Salamanca y presidente y dueño de Halcón Viajes, y emprendieron la aventura de la radio y dejaron Canal+ gracias al soporte económico de esta empresa.

Curiosamente, a medida que el programa ganaba protagonismo en la televisión y aumentaba su audiencia, iba creciendo la falta de confianza de Pedrerol en Ramos Marcos, del que se fue distanciando poco a poco. Pedrerol cada vez le veía más defectos y muy pocas virtudes, lo que terminó desembocando en la ruptura a nivel empresarial. Lo que había sido una sociedad que funcionaba muy bien dejó de existir. Desconozco qué tipo de compensación económica recibió Joaquín por salir de todo aquello, nunca lo hablé con él, pero dejó de ser socio de Pedrerol y, al cabo de poco tiempo, de colaborar en el programa.

Cuando me fui de *El chiringuito*: el desenlace

Volvamos al fin del camino en Intereconomía. Como he comentado, empezamos a recibir distintas ofertas. Y digo «empezamos», en plural, porque fui su hombre de confianza para ayudarle a tomar la decisión del desembarco. Tan de su confianza era que todavía guardo en casa los números de lo que iba a cobrar la gente en *El chiringuito* y de lo que cobraban los colaboradores en *Punto pelota*, y por eso puedo hablar de los números de aquella época sin temor a equivocarme.

Durante esas intensas semanas hablábamos mucho. Llegó un momento, hacia el 18 o el 19 de diciembre, que, con las dos ofertas sobre la mesa (TRECE Televisión y Atresmedia), llegamos a la conclusión de que había que tomar una decisión ya, pues la idea era empezar a emitir desde la nueva cadena en enero.

TRECE nos ofrecía una oferta muy similar a la de Intereconomía en lo que a infraestructura se refiere, aunque alejada en el aspecto económico. Nos daban toda la publicidad que consiguiéramos y ellos ponían los medios técnicos. Por otro lado, Atresmedia nos ofrecía los medios técnicos y había cierto reparto de los ingresos publicitarios. No había mucha diferencia. Económicamente, quizá fuera más interesante TRECE, al menos a corto plazo. Pero a nivel de empresa y de futuro, era mejor la oferta de Atresmedia.

Recuerdo que esa tarde Pedrerol y yo nos reunimos en un bar-restaurante de la calle Lagasca, a la altura de El Corte Inglés. Valoramos los números, lo que cobrarían fijo Tomás Roncero y Petón, lo que podría cobrar yo y lo que se iba a ofrecer a los colaboradores. En ese sentido, Pedrerol siempre ha sido de los que mejor han pagado a los tertulianos, todo sea dicho, lo que ayuda a que la gente no se le vaya.

—Va, no le demos más vueltas. Cojamos lo de Atresmedia —le dije, en plural.

Cuando hablamos de mi sueldo, tanto el programa *Con un par de bigotes* como las colaboraciones en Intereconomía me las abonaba la cadena, mientras que *Punto pelota* me lo pagaba Pedrerol con el dinero

que recibía de Julio Ariza, de esos cien mil al mes para sufragar los gastos del programa.

—Mira, Josep, conmigo no te agobies —le dije, consciente de que la situación había cambiado—. Con que me cubras los mínimos de lo que cobraba como tertuliano me conformo, sería suficiente. No hace falta que lleguemos a lo que tenía, sin entrar en números.

—No, no. Creo que llegaremos a lo que tenías. Nos ajustaremos el cinturón, pero creo que vas a cobrar más o menos lo mismo que en Intereconomía —me dijo.

Nos fuimos a Atresmedia.

Para dar a conocer la noticia, organizamos una cena con los tertulianos que coincidió con la época de Navidad, así que debía de ser sobre el 22 de diciembre. La gente se puso supercontenta y estaba deseando empezar de cero.

Josep quedó en que nos avisaría para formalizar los temas burocráticos con Bardají.

Pasaban los días.

Me fui a Barcelona, donde nos solemos juntar con mis hijos y la familia de Julia por Navidad.

Empezó a mosquearme que pasáramos de hablar casi a diario a, de pronto, no recibir ninguna llamada suya. Pero no le di demasiada importancia. Lo achaqué a las fiestas, a las celebraciones y a todo aquello que nos aleja un poco del ruido laboral. Él no me llamaba, pero yo a él tampoco.

El día 28 de diciembre seguía sin saber nada de él. De pronto, en una red social —no recuerdo si Twitter o Instagram—, Borja Mazarro publicó que estaban en la nueva redacción, trabajando ya en esa aventura.

«Qué raro —pensé yo—, si Josep quedó en avisarnos para volver a empezar. Y a mí, el enlace entre él y la redacción, con más motivos para ser de los primeros, ¿no?». Pero nada.

Siguieron pasando los días.

A través de la prensa me enteré de que el 5 de enero se iba a presentar oficialmente el nuevo programa de deporte de las noches de Atresmedia, conducido por Josep Pedrerol.

No me lo podía creer.

«¿Qué cojones le ha pasado a este tío?», pensaba yo. Hacía apenas dos semanas que estábamos comiendo para organizarlo y, de repente, eso.

Lo hablé con Julita y ella, como yo, alucinaba en colores.

—Ya habrás tenido otra enganchada con él —supuso.

—Que no, Julia, joder. Si cada noche me estaba llamando para esto y para lo otro.

Y la víspera de la presentación, sonó el teléfono.

—Joder, no sé nada de ti —me dijo Pedrerol.

—Hombre, yo tampoco sé gran cosa de ti. Me he enterado de que estáis en la redacción desde hace una semana y no me has dicho nada.

—Bueno, pero es que tú tampoco me has llamado.

—Vamos a ver, Josep. El que quedó en llamar, porque iba a hablar con Bardají y la gente de Atresmedia, eras tú, no yo. Ya me contarás… ¿Que te podía haber llamado? Hombre, pues sí. Pero lo normal era que me llamaras tú y que no me tuviera que enterar por las redes sociales de que estamos trabajando en el nuevo programa y todas esas cosas.

—Bueno, nada, venga. No le des más vueltas. Mañana nos vemos.

Y allí que me presenté al día siguiente.

Siempre he tenido un sexto sentido, siempre me he creído un poco brujo.

Y cuando llegué a la presentación noté que el *feeling* no era el mismo. Algo se había roto y no sabía cómo ni por qué.

No esperaba que me trataran de forma especial, pero no solo era un tertuliano, sino un miembro del programa y de la redacción, el paño de lágrimas de los chavales y el que intentaba capear el temporal cuando la situación a Josep se le iba de las manos.

Llegué allí y pasé de ser el que os digo a convertirme en uno más.

Y de eso me di cuenta por detalles que a lo mejor para los demás pasaron desapercibidos.

De pronto pidieron una foto de todos juntos, de la redacción con Pedrerol, al margen de los tertulianos. Se juntaron, y al único que no llamaron fue a mí. ¿Que me podía haber puesto sin que me lo dijeran?

Pues también. Pero viniendo de lo que veníamos, preferí ver qué pasaba para corroborar si mis sensaciones eran reales o producto de mi imaginación. En la foto, ni estuve ni les preocupó que faltase.

Alguna mosca le había picado, y yo ya sabía que el asunto no iba por buen camino.

—Bueno, ¿qué hago? —le dije al terminar el evento—. ¿Vengo mañana a la hora de siempre para preparar el programa? ¿Vengo como si fuera tertuliano?

—No, no. Ven a las seis, como siempre.

No sabía muy bien a qué atenerme.

Me incorporé, sí, pero estaba claro que yo ya no era su hombre de confianza ni nada que se le pareciera. La cosa no fluía.

Al cabo de una semana más o menos, tras unas reuniones de redacción para preparar el programa, me pidió que me quedase un momentito, que me tenía que comentar algo.

—Oye, que aquello que habíamos hablado del dinero, he estado haciendo números y no llegamos.

—Bueno, ya te dije que no te preocuparas. Fuiste tú el que te comprometiste a pagarme como en Intereconomía. Sabes que con que me cubras los mínimos es suficiente.

—Vale, vale. Perfecto, quedamos así.

—De todos modos, ¿sabes cómo me lo podrías mejorar? Como estamos en Atresmedia, presentas el programa de los deportes de La Sexta y llevas siempre a un tertuliano para debatir, invítame.

Lo presentaba con Lara Álvarez, quien podría escribir un libro sobre lo que vivió en aquella época. Le podríamos preguntar cuántas veces salió llorando de aquel programa y por qué lo dejó, cansada de que le hicieran *mobbing*.

Aquella proposición cayó en saco roto.

—Oye, con lo que te dije el otro día tampoco llego —volvió a decirme una semana después.

—Mira. De todos modos, creo que podrías echarme una mano para que me salga a cuenta. Llévame de tertuliano a *Jugones* alguna vez por semana, que eso además no sale del presupuesto de *El chiringuito*. También podrías llamarme para algún evento especial o algo de eso.

Podríamos solucionarlo de esa manera —le volví a decir.

—No, joder, es que eso baja mucho la audiencia.

—¿Me estás diciendo que por un minuto y medio que entre a hacer un comentario, la audiencia baja tanto como para no poder llevarme? Estás de coña, ¿no?

—Sí, sí, joder, es que tendrías que ver los números.

—Bueno, vale. Mira, se me ocurre que en nada se celebrará la Gala de Balón de Oro, que también sale del presupuesto de Antena 3, y me podrías llevar a participar.

Se quedó callado.

Si eso fue un jueves, al lunes siguiente, en vez de llevarme a mí, se fue con Tomás Roncero. Una decisión muy libre, por supuesto, pero claro, yo seguía sin saber qué sueldo iba a percibir, así que el tema empezó a parecerme una broma de mal gusto, una tomadura de pelo.

—Oye —le dije a José Antonio Luque, con el que seguía manteniendo muy buena relación y que alucinaba con lo que le iba contando—, pregúntale a Manolo si la oferta que me hizo en octubre sigue en pie, si le sigo interesando para *Tiki-taka* e incorporarme a Mediaset.

La oferta de Manolo incluía la narración del MundoBasket y la posibilidad de hacer el siguiente EuroBasket, lo cual me hacía mucha ilusión, pero preferí quedarme y no saltar del tren en marcha.

—Oye, que sí. Si no estás a gusto, nos sigue interesando que te vengas y hagas el baloncesto de Mediaset con nosotros —me dijo Manolo Lama por teléfono, pues me llamó enseguida.

«Bueno es saberlo», pensé yo. Aunque todavía no tomé la decisión.

El jueves se emitía el último programa de la semana y coincidía, además, con fin de mes. Cuando acabó, fuimos a desmaquillarnos.

—Oye, Siro, joder, ya sé que te va a molestar, pero tenemos que sentarnos porque he estado haciendo números y no llego. Tenemos que hablar para ver lo que te voy a pagar.

«Bueno, al menos sabré lo que voy a cobrar», pensé en ese momento.

Corté por lo sano.

—Mira, creo que puedo resolver el problema y te va a venir bien

para el tema económico del programa. No te lo había dicho, pero desde octubre tengo una oferta de Mediaset encima de la mesa y he decidido aceptarla. Me voy con ellos. Sé que estoy siendo un problema y el presupuesto lo tienes muy ajustado. Y a mí me viene bien porque podré hacer cosas que me hacen ilusión y cubrirán mis necesidades económicas. Creo que es lo mejor para los dos.

Le cambió el rictus. Se quedó helado. Se le dio la vuelta el alma. Cambió de actitud.

—¿Pero les ha dicho ya que sí? —me dijo, muy nervioso.

—No, no se lo he dicho todavía, pero se lo voy a decir porque ya lo tengo decidido, lo tengo claro y…

—Joder, pero ¿no me puedes dar una oportunidad? Voy a hablar con Ferreras y Bardají porque tú no te puedes ir. Para mí eres el más importante.

—Pero vamos a ver, Josep. ¿Qué me estás contando? Sabes que eso no es verdad desde hace un mes y medio. Te has ido desdiciendo de todo lo que me habías prometido.

—No, joder, eso no es verdad. Ya sabes cómo soy…

—¿Sabes cuál es tu problema? ¿Te lo cuento? Que castigas y descastigas a la gente, y así no se puede ir por la vida. Un día decides que tal persona se lo merece y, como si esto fuera el colegio, la castigas con tu indiferencia personal o con la laboral. Y las cosas no son así. Las cosas se hablan, y si hay algo que no te gusta, se dice, se da la cara y se expresa. Pero no puedes ir por la vida en ese plan, ignorando al que hace algo que no te gusta y luego, de repente, te enamoras de él y le das todo lo que necesite.

Lo tenía clarísimo. Me había comprometido con Manu Carreño, que fue con el que llevé las negociaciones para incorporarme a Mediaset después de la charla con Josep.

—Bueno, déjame los quince días de rigor, que tampoco me quiero ir mal de aquí, y Josep me ha pedido si podía esperar un poco —le dije a Manu.

Como ya os he comentado, quince días antes le había preguntado si podía intervenir un minuto y medio en su programa de la tarde y me

había respondido que le bajaría la audiencia. También se pasó por la entrepierna mi participación en la Gala del Balón de Oro. Y de pronto, todo lo que era un no rotundo, se convirtió en un sí incondicional. Tal fue la cosa que llegó a ofrecerme copresentar el programa con él. ¡Copresentar *Jugones*! Lara se acababa de ir, y, de un día para otro, quería que estuviera con él. También me ofreció ser el comentarista en La Sexta en los partidos en los que hubiera equipos gallegos (esa temporada el Dépor y el Lugo estaban en segunda división). Me puso sobre la mesa todo lo que pudo y más porque, según él, en ese momento yo era imprescindible. Llegó hasta a llamar a Julita para que intercediera e intentara convencerme. Y con esas estuvimos unos quince días.

—Mira, Josep, es mejor que separemos nuestros caminos. No voy a estar a gusto ni como estaba antes. Aquí se ha roto algo —le dije un domingo por la noche mientras cenábamos juntos—. Espero que no me la líes cuando me vaya, que nos conocemos —continué, en tono de broma—, que tenemos que acabar bien. No te pido que me hagas una despedida porque sé cómo piensas, pero no me la líes —le insistí.

—No, joder. No te preocupes. Ya sabes que somos amigos. Yo te quiero mucho.

Me fui a casa y esa misma noche me enteré de que al día siguiente había una rueda de prensa en la Federación Española de Fútbol.

—Oye, que mañana hay rueda de prensa en la FEF. Y esto va a cargo de *El chiringuito* —concluí.

—Vale, gracias, gracias. Un abrazo, Siro —zanjó por teléfono aquel día.

Ese mismo lunes se anunció mi fichaje en una web, en la que decía que dejaba *El chiringuito* y que me iba a *Tiki-taka*, de Mediaset.

Pedrerol escribió un editorial en el que insinuó, con palabras muy sutiles —arte que maneja a las mil maravillas—, que se quedaban «los que se han querido sacrificar por la causa». Metió frases diciendo que me deseaba lo mejor y que respetaba que cada uno tomase sus decisiones, pero dejó caer delante de todo el mundo que me iba por dinero, que había sido un traidor que había abandonado el barco, pero

que ellos seguirían siendo una familia aunque hubiera gente que eligiera marcharse. Todo con mucha sutileza, ya digo. Lo que parecía una despedida cariñosa, fue una hostia en la línea de flotación para que me pusieran a parir.

Que mis deducciones no eran falsas lo demuestra que a los diez minutos fui *trending topic* en las redes sociales, y el insulto más bonito que me llegó fue «traidor». De ahí para arriba.

No contento con eso, el martes juntó a gran parte de los tertulianos. Recuerdo que Petón hizo una especie de charla de vestuario en directo centrada en los que se van y los que se quedan, así con tono futbolístico, pero ya os imagináis por dónde iban los tiros.

Para redondear la semana, el día que me presentaban en *Tiki-taka*, juntó a todos los comentaristas, redactores y a los que formaban parte de lo que él llamaba «la familia» —habría que plantearse si es un buen concepto o tiene connotaciones un tanto sectarias o poco edificantes —. Desde Barcelona a Madrid, estaban todos. Creo recordar que eran unos cuarenta para dar esa sensación de familia, de unión, y mostrar al mundo que, aunque las ratas saltasen del barco, allí se seguía enarbolando la bandera de la unidad.

Después de eso, si me preguntaban en algún medio me defendía y daba mi versión, limitándome a decir que allí no me sentía reconocido, que había habido ciertas diferencias económicas con respecto a lo que se me prometió y que había decidido poner punto final, pero nunca entré en los temas personales que acabo de relataros.

Días después me mandó unos wasaps cariñosísimos: «Eres la peor persona que he conocido en mi vida. No me busques, que me encontrarás», me dijo, entre otras lindezas.

«Mira, Pedrerol, olvídate de mí, que he pasado página hace unos días. Relájate y olvídate de mí», le contesté.

Y se acabó.

Cuando estuve en *Tiki-taka* y presenté *La goleada*

Mi paso por *Tiki-taka* y *La goleada* fue un visto y no visto.

Empecé en *Tiki-taka*, que presentaba Enrique Marqués, hacia mediados de febrero, y el programa desapareció al acabar esa temporada, en junio. Fue sorprendente, porque más o menos funcionaba a nivel de audiencia. Es verdad que lideraba *El chiringuito*, pero nos habíamos acercado a su *share*, e incluso, cuando llegué, algún día estuvimos por delante.

Por lo que fuera, sin mucha explicación, Paolo Vasile decidió eliminar el programa. Después, con el paso del tiempo, me di cuenta de que era una práctica habitual del italiano. Así lo hizo también cuando se cargó el programa de *Los Manolos*, quitando a Lama y dejando solo a Carreño, y con otros tantos programas de la casa. Así gestionaba él su grupo y bueno, vistos los resultados, no le ha ido mal.

Me quedé un poquito con una mano delante y otra detrás.

Dos meses después empezaba el MundoBasket, para el que también me habían fichado, y gracias a eso pude respirar, pero me preocupaba haber dejado *El chiringuito* para irme a *Tiki-taka* y que a los dos meses me quedase sin programa.

Enrique Marqués y yo hablamos mucho ese verano. Él me preguntó si podía contar conmigo porque había la posibilidad de trasladar a TRECE Televisión lo que habíamos hecho en Mediaset.

Y así fue, en septiembre empezamos lo que se llamó *La goleada*. Era el mismo tipo de programa, con los mismos colaboradores: Cristóbal Soria, Juanma Rodríguez, José Joaquín Brotons, *etc.*

Total, hice el MundoBasket y enseguida me incorporé al grupo de colaboradores del nuevo programa.

Pero al cabo de un mes y medio recibí la llamada de los responsables de la productora de TRECE para decirme que querían hacer un cambio, que Enrique Marqués no les convencía, y que la única posibilidad de que el programa siguiera era que yo me ocupase de presentarlo.

—Si la disyuntiva es «o lo cojo yo o desaparece el programa», lo tendré que hablar con Marqués, pero ya os adelanto que os pondré una condición: Enrique ha de seguir en el programa y ha de cobrar los mismos emolumentos. Si no, tendremos que dejarlo.

Enrique lo entendió.

No quedaba más remedio, era cara o cruz.

Decidimos que lo mejor era tratar de mantener el programa.

Les sugerí que sería interesante que lo presentara con alguien, ya que yo estaba muy marcado por mi madridismo y creía que podría ser bueno que hubiera un compañero que equilibrara la balanza con el tema Madrid-Barcelona. En primera instancia pensé en David Sánchez de nuevo, pero me volvió a pasar lo mismo: me hizo la cobra.

Empezamos a buscar otro perfil y decidimos que podía ser una mujer. Les hablé de Danae Boronat, pues la conocía de haberla visto en Cuatro. La llamé. Le pareció bien y aceptó.

También pedí que estuviera Antonio Mérida como productor, pues habíamos trabajado juntos en TeleMadrid y con él tenía, y tengo, una grandísima confianza. Creo que es uno de los tíos que más sabe de televisión en este país.

Considero que hicimos un buen producto. Lo enfocamos como una mezcla de radio y televisión. Si había un protagonista y no teníamos su imagen, no nos importaba meterlo por teléfono. Al igual que pasó con *Tiki-taka*, conseguimos números que, para ser nuevo y estar en un canal como TRECE, estaban bien. Debíamos rondar los cien mil espectadores.

Pero llegó el mes de marzo y me comunicaron que el programa se iba a dejar de emitir, no porque estuvieran descontentos, sino porque no conseguían rentabilidad económica. El departamento de publicidad no había sido capaz de encontrar algo que pudiera equilibrar la cuenta de resultados del programa.

Lo entendí.

Me supo mal, eso sí.

Muchos nos volvimos a quedar en una situación complicada, pero entiendo que TRECE es una empresa, y si el programa solo daba pérdidas y la publicidad no llegaba, la única solución era la que

tomaron.

Y ahí acabó la aventura de *La goleada* y mi aventura tras abandonar *El chiringuito*.

CUARTA PARTE

Prórroga

Cuando Hacienda me pegó un palo tremendo

De las peores cosas que me han pasado en la vida fue el hachazo que me pegó Hacienda en 2016. Casi ochenta mil euros de multa, más unos intereses de veinte mil en concepto de demora, ya que me retrasé mientras encontraba la manera de juntar todo el dinero. Cuando son más de treinta mil euros, Hacienda no te da la opción de pagar a plazos.

No podía pedir un préstamo a los bancos. Aunque lo intenté, cuando empezó a acumularse la deuda por no poder afrontar las partidas que me reclamaba Hacienda, comencé a entrar en descubierto, con recibos devueltos, en una espiral de difícil salida. Dependía casi en exclusiva de que apareciera alguien que confiase en mí y me prestara el dinero que me hacía falta para salir del túnel.

Lo conseguí gracias a mi padre, a mi amigo Sergio Gyalui —el que siempre ha estado cuando lo he necesitado— y a Mediapro (en aquel momento gestor de Real Madrid Televisión) que, por intermediación de Florentino Pérez, me dio un adelanto de sueldo a devolver en tres años que me permitió reunir los setenta mil euros para dejar la deuda en menos treinta mil euros, condición indispensable para que la Agencia Tributaria me concediese el aplazamiento para poner en orden mi situación.

Poco a poco he ido sacando la cabeza, pero sigo retornando una parte de los préstamos que en su día me permitieron ir saliendo de tamaño atolladero.

Lo pasé realmente mal.

Me tiré muchas noches sin pegar ojo.

Soy un tipo positivo y busco soluciones a los problemas en cuanto se presentan. Lo intento y lo vuelvo a intentar.

Julita, a la que quise proteger de todo este lío ocultándoselo, terminó enterándose porque mis amigos Manolo y Maite metieron la pata. Tenía pensado decírselo cuando lo tuviera todo arreglado.

Pero me lo callé durante más de un año.

Y fue muy duro.

Una carga tremenda.

Me despertaba todas las noches.

El agobio me invadió y no veía la salida.

—Si te dedicas al periodismo como autónomo, puedes crear una empresa y meter ahí todos los gastos —me decían mis gestores.

Como es obvio, y seguro que lo entendéis, porque me vais conociendo, nunca pretendí defraudar. Eso te lo permitía la legislación, hasta que un día llegó Montoro, el ministro de Hacienda en la época más chunga de los recortes del PP de Mariano Rajoy, y dijo que eso ya no valía. ¡Y con carácter retroactivo! ¡Y sin cambiar la ley! Empezaron a interpretar la ley de otra manera.

Cuando tienes una empresa, pagas un veinticinco por ciento, pero como autónomo tributas un cuarenta. Además, me echaron para atrás gastos de teléfono (herramienta indispensable en mi trabajo), gasolina, internet… En fin, casi todo. Me revisaron tres años de arriba abajo y consideraron que había metido gastos que no debía, más el quince por ciento de diferencia del IVA… Conclusión: un palo brutal.

Nunca pido a mis amigos más de lo que me pueden dar. Siempre he dicho que esta profesión es una noria. El consejo que le doy a la gente joven, aunque no soy quién, es que intenten sembrar, porque seguro que habrá muchos altibajos. Así, cuando te vengan mal dadas, podrás tirar para adelante.

Hay gente que me decepcionó, pero no lo tengo en cuenta.

Me quedo con las personas que me ayudaron. Pero también con los que, aun queriendo, no pudieron hacerlo. La ayuda no tiene que ser material. En este aspecto nunca me ha faltado el apoyo de mi familia. Cuando lo he pedido ahí han estado, además de mi padre, mis cuñados Juan y María José, mis hijos y sus parejas, y tantos y tantos amigos y compañeros que, sabiendo que estaba en una situación delicada, multiplicaron sus ofertas laborales o abrieron sus programas para que pudiera incorporarme a sus respectivos medios. No me olvido de Paco González, Xuáncar y Manolo Lama, que triplicaron mi colaboración en la COPE; la llamada de Juan Carlos Rivero para colaborar en *Estudio estadio*; mis amigos Mangas, Javier Callejo y Pepe

Sanjurjo, con los que todavía sigo haciendo un reportaje semanal para TeleMadrid y la Federación Madrileña de Fútbol; el buenazo de Eladio Feijoo; Enrique Marqués, que siempre quiso que trabajásemos juntos desde que cerraron *Tiki-taka*; Cristian, de TV3; mi familia de *Colgados del aro*; Miguel Ángel Méndez y Fernando Ruiz, de Eurosport; Antonio Morales, que es de los tíos más generosos y desprendidos que he conocido; y muchos más que me dejo, pero que estarán en mi corazón por los siglos de los siglos.

En fin, entre pitos y flautas, lo fui solucionando. Se concretó el levantamiento de embargos, recuperé los sueldos y pude empezar a ver la luz al final del túnel.

Lo pasé muy mal, pero nunca fui a terapia. Y no presumo de ello, pero siempre digo que mis depresiones duran media hora.

Dormía fatal, sin parar de darle vueltas al tema, pensando que no iba a llegar a fin de mes, o volviéndome loco para pagar el colegio de Xavi, pues además debía varios meses de comunidad. Al día siguiente me levantaba y buscaba soluciones.

«Llorando no arreglas nada», pensaba.

O eso creo.

Esta es la filosofía que he intentado aplicar a otros ámbitos de mi vida. Por ejemplo, el día que me dijeron que sufría una fibrilación auricular, lo primero que pregunté fue si era operable y cuándo podían hacérmelo. Así que me intervinieron enseguida. Me operó el mejor, Julián Villacastín, una auténtica eminencia, al que siempre acudo cuando detecto que la patata no funciona como debería. La primera vez fueron casi siete horas en el Hospital Clínico San Carlos; la segunda fue un poquito menos, en el mismo lugar, bajo el amparo del que siempre está ahí en temas médicos, mi compañero en tantas y tantas tertulias: Roberto Gómez. Creo que Bobby es un médico frustrado porque, si no, no se entiende la cantidad de amigos que tiene en la profesión médica, especialmente en cardiología.

Descubrí mi arritmia saliendo a correr, porque en el pulsómetro pasaba de setenta pulsaciones en reposo a ciento ochenta corriendo. Eso no es normal si llevas años saliendo a correr varias veces por semana. Se lo expliqué a un amigo cardiólogo, Carlos Pons, y me hizo

un electro en Barcelona, que salió bien. Empecé a hidratarme más, pero seguía igual. Un día me encontré con el director de Deportes de la Comunidad de Madrid, y me propuso correr la media maratón de Madrid. Le conté lo que me pasaba con las pulsaciones. Se ofreció a que me atendieran en un centro de la Comunidad de Madrid para deportistas. Fui y, justo antes de hacerme una prueba de esfuerzo, me dijeron que no podían porque estaba fibrilando.

—¿Qué es eso? —pregunté, con toda la inocencia del mundo.

Me contaron que era una arritmia y me pidieron que volviera por la tarde, que me lo explicaría mejor la doctora Araceli Boraita, del Consejo Superior de Deportes (CSD). Fue muy clara. Tenía una enfermedad que era poco probable que me provocase un infarto, pero había estado a punto de padecer un ictus. A partir de ahí, Araceli me cogió bajo su protección, me puso en tratamiento de Sintrom y me fue marcando el camino que al final desembocó, como os contaba, en una operación que consiste en quemar, por frío o por calor, una serie de venas pulmonares que provocan el funcionamiento irregular del corazón.

Cuando Florentino Pérez me dejó de hablar

Conocí a Florentino Pérez en 1994. Yo estaba escribiendo para *Don Balón*, y él vino a Barcelona a presentar a las peñas y a los medios de comunicación catalanes su candidatura a presidente del Real Madrid en aquella primera vez que concurrió a los comicios contra Ramón Mendoza.

Nos presentó Pepe Fuentes, el hombre del Real Madrid en la Ciudad Condal. No tenía ningún cargo oficial, pero se ocupaba de estas cosas, siempre estaba a disposición del club y hacía de enlace entre este y Cataluña.

Aquello no pasó de un saludo. No serían ni cinco minutos.

En mi etapa en TeleMadrid, Florentino y yo volvimos a trabar contacto, como ya os he contado. Enseguida tuvimos bastante *feeling*. Cuando salió elegido presidente en el año 2000, al día siguiente nos concedió una entrevista. Un par de años después, con motivo del centenario del club, nos ayudó mucho y nos facilitó el trabajo, como cuando hicimos un programa semanal para conmemorar los cien años de historia del club. Queríamos meter unas declaraciones de Raúl, que era muy reacio a las entrevistas, pero Florentino le llamó al orden para que viniera a hablar con nosotros. En ese sentido, la relación siempre fue fluida y cercana. Tanto es así que me invitó a la boda de su hija.

Esta relación fue madurando con los años, y podría decir que llegamos a ser amigos, o eso es lo que siempre he pensado.

Después de dejar la presidencia en 2007, cuando dimitió al sentirse traicionado por los jugadores, hablábamos casi todas las semanas, y también cuando le detectaron la enfermedad a su mujer, Pitina, que, por cierto, era una mujer encantadora que le hacía mucho bien. Ella le ayudaba a mantener los pies en el suelo, actuaba de Pepito Grillo y le hacía recapacitar cuando las cosas iban mal. Pitina le equilibraba, tanto en los ratos de euforia como en los de bajón.

Siempre hemos estado en contacto. Hablábamos de qué tal iba el Madrid, cómo estaba su mujer… Además, manteníamos la rutina de

quedar a comer de vez en cuando tanto en mi etapa en TeleMadrid como después, en *Punto pelota*. Algunas veces con José Antonio Luque, otras con Josep Pedrerol.

Después de irme de *El chiringuito*, cada cinco o seis meses comíamos con Luque, pero poco a poco dejamos de hacerlo y, como mucho, se quedó en un desayuno para tratar algún tema concreto o cuando surgía un problema. En esos momentos, me pasaba por su despacho de ACS para charlar con él de lo divino y lo humano.

Tengo que agradecer a Florentino que, cuando lo he necesitado, ha estado ahí.

Siempre he dicho que es un gran amigo de sus amigos, pero también un mal enemigo de sus enemigos. Cuando se ha enterado de que algún amigo suyo necesitaba ayuda, él ha estado al pie del cañón, como cuando me fui de TeleMadrid y me llamó para echarme una mano.

Cuando *La goleada* se fue al garete tuve una situación laboral complicada y me llamó para interceder ante Pedrerol e intentar recuperar mi hueco en *El chiringuito*. Ya le dije que muy mal me tenía que encontrar para volver y agachar la cabeza en aquel círculo.

—Pero me puedes ayudar con una idea que hemos tenido Antonio Mérida y yo para Real Madrid Televisión —le dije—. Creo que puede estar muy bien. Sería un espacio semanal en el que ahondáramos en la Fundación Real Madrid, como *Madrileños por el mundo* pero yendo a los distintos sitios en los que el club ejerce labor social a nivel de escuelas de fútbol por todo el mundo, pues ni se conoce ni se valora lo suficiente.

Le pareció muy buena idea y me puso en contacto con Antonio Galeano. Para mi sorpresa, tres meses después me dijeron que Mediapro estaba trabajando en algo similar y ya tenía programas hechos. La idea les encajaba, pero me tuve que joder y aguantar porque ya estaba en marcha.

—Donde nos podrías echar una mano, como eres narrador de baloncesto y vienes de narrar el EuroBasket con Telecinco, es con los partidos de Liga y Euroliga para el canal.

—Déjame que lo piense —le dije, haciéndome el interesante.

No lo pensé mucho porque tampoco tenía muchas ofertas en ese

momento. Estaba como colaborador habitual en la COPE, donde también se ofreció a ayudarme, aunque le dije que ahí no hacía falta.

Y acepté la oferta de Real Madrid Televisión.

Puse como condición que a nivel económico no le afectara a Pedro Bonofiglio, el que estaba narrando en ese momento. Durante el primer año no le afectó, pero a partir del segundo, sorprendentemente también para mí, dejó de ser comentarista de los partidos y se centró en ser el *speaker* del WiZink Center.

La relación con Florentino seguía siendo fluida, a pesar de que yo le llamaba más a él que él a mí. De vez en cuando seguía yendo a desayunar con él para no perder el contacto.

Pero todo se rompió cuando decidí abrir mi canal de Twitch e inaugurar una sección que llamé *Gracias por venir*, en la que cada semana entrevisto a un personaje. La primera se la hice a Ibai Llanos, al que considero el gran comunicador del siglo XXI, y para el segundo decidí llamar a José María García, el gran comunicador del siglo XX, enlazando a unas cuantas generaciones.

Un viernes quedé con José María para comentar la entrevista, y coincidió que era la misma semana en la que Florentino presentaba la Superliga europea en *El chiringuito*. Recibió críticas por todos lados, no solo por el lugar elegido para presentarla, sino porque dio la impresión de que no estaba todo atado y que aquello tenía que haberse explicado mejor. A la larga, esas críticas motivaron que pasara lo que pasó con aquella competición.

Previamente, el lunes de esa misma semana, Juanma Castaño, presentador de *El partidazo de COPE*, consciente de que en su programa nocturno tenía que haber alguien que defendiera a Florentino, me llamó. Casi traicionando mis ideas —ya que estaba muy de acuerdo en muchas de las cosas que decían mis compañeros—, quise ponerme en la piel de Florentino, pues era la única forma de defenderle, dejando a un lado mi criterio y mi supuesto prestigio. Dije lo que tenía que decir e intenté no ser tan duro con el presidente como otros compañeros (y con razón). Era mi obligación moral como amigo.

Y llegó la entrevista a García, en la que hablamos un rato antes fuera de micros.

—¿Qué tal tu relación con Florentino?

—Bien, sigue siendo buena. Le estoy muy agradecido porque siempre ha estado ahí cuando le he necesitado.

—Bueno, intentaré no hablar mucho de él.

—Sí, no seas cabrón y no me metas en un lío. Además, esto es para hablar de ti y que la gente joven te conozca, no para hablar de deportes.

—Vale, vale, no te preocupes.

Y no me preocupé.

Pero claro, al margen de amistades y enemistades, al final me sale la vena periodística. No me gusta que nadie piense que he dejado de hacer una pregunta concreta y he sido un mal profesional. Intento no ser un mal periodista, aunque seguramente me cueste no dar esa imagen en muchas ocasiones. Pero no quería quedar como un gilipollas. Si tenía a José María García delante, ¡cómo no le iba a preguntar por la noticia de la semana!

En qué momento se me ocurrió…

Empezó a largar por esa boquita, a veces deslizando insinuaciones y otras siendo muy directo.

—Con Florentino no se puede hablar porque o le das la razón, o no se puede. El tipo que más daño le ha hecho al deporte español y al periodismo es Florentino Pérez —dijo en un momento dado.

Por supuesto, no compartía ni comparto esa reflexión.

—Creo que te estás dejando llevar por tu animadversión hacia Florentino. Es el mejor presidente que ha tenido el Real Madrid, o por lo menos está a la altura de Santiago Bernabéu. Creo que estás equivocado, José María —le contesté.

—Bueno, esa es tu opinión, y yo tengo la mía —zanjó.

Al día siguiente, los titulares empezaron a volar.

«José María García afirma en el programa de Siro López, *Gracias por venir*, que Florentino Pérez es el tipo que más daño le ha hecho al deporte español».

Y se acabó todo.

Ya nunca más he vuelto a saber de Florentino.

Una semana o dos después se acababa la temporada. Sergio Ramos y

Zidane se marchaban del club y volvía Ancelotti. Como otras muchas veces, escribí mensajes a Florentino e intenté llamarle para que me pusiera al día de lo que pasaba con unos y otros. En fin, lo de siempre, la típica conversación entre periodista y presidente, o entre amigo y amigo.

No respondió a mis wasaps.

Nunca descolgó el teléfono.

Me duele más creer que esa relación se ha roto al pensar en el Florentino amigo que en la parte profesional de la que me podía ver beneficiado gracias a su información, ya que la puedo seguir consiguiendo, como siempre, de otras fuentes. Lo que hacía con Florentino era confirmar o desmentir, no recibir primicias de su boca. Es más, prefiero la información que llega de fuera de los clubes, ya que la que viene de dentro suele ser interesada. Pasa con jugadores, directivos, representantes y presidentes, pues te venden la película que les interesa que cuentes y, muchas veces, el final no tiene nada que ver con el *spoiler* que te habían hecho semanas antes.

A partir de ese momento tuve claro que Florentino estaba enfadado conmigo por lo que había salido en la entrevista a José María, no sé si por haberle entrevistado o por lo que había dicho sobre él. Quizá fuera por ambas cosas.

Pero que la ruptura venía por ese motivo estaba meridianamente claro. Después, además, lo pude confirmar por gente cercana tanto a él como a mí.

Si le puedo echar algo en cara es que no haya tenido el detalle de levantar el teléfono y decirme a la cara que estaba enfadado, lo que me podía haber dado la oportunidad de defenderme y darle mis explicaciones.

Yo no sabía, por ejemplo, que la enemistad con Florentino era tan fuerte por parte de José María. Era consciente de que no eran amigos, eso era obvio. Sabía que ninguno era santo de devoción del otro, pero no creía que llegara al extremo de que uno pudiera dejar de hablarte y rompiera lo que yo creía que era una amistad por entrevistar al otro.

De haberlo sabido, le habría entrevistado igual. Del mismo modo que a mis amigos no les impongo con quiénes tienen que relacionarse,

no me parece ningún delito entrevistar a quien considero un amigo, y no creo que tenga que pedirle permiso a Florentino para charlar con alguien con quien he trabajado muchos años, uno de mis maestros en el mundo del periodismo.

Pero no sabía que la situación fuera tan agria.

O quizá pensé que Florentino me tenía aprecio y me consideraba su amigo, y a lo mejor estaba equivocado. Entonces su reacción podría ser hasta normal.

Pero me duele.

Me duele que Florentino pueda pensar que soy un desagradecido. Porque no es verdad. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, pero la vida es una sucesión de caminos, y él será igual o más feliz que antes. Quizá más, pues se ha librado de recibir las llamadas del coñazo de Siro. Y yo, pues nada, seguiré ejerciendo mi profesión y trabajando en lo que me apasiona.

También me ha molestado su pasotismo hacia mi persona.

Puedo entender que no conteste a los mensajes profesionales, me parece correcto, pero no que no lo haga cuando le felicito por su cumpleaños o las Navidades. La gota que colmó el vaso fue cuando él pasó por quirófano hace poco (estoy escribiendo esto en noviembre de 2022) y le mandé un mensaje cargado de ánimo, cariño y buenos deseos —es lo que pensaba de corazón y me salió decirlo—; eché de menos un simple «gracias». Por enfadado que estés con alguien, no cuesta nada ser mínimamente considerado. Por supuesto, tampoco me escribió cuando estuve ingresado una semana por una prostatitis.

Ahora que pienso sobre el tema, apostaría a que ha podido haber terceras personas que hayan envenenado la relación. Los de siempre. Seguro que os hacéis una idea. Esos que van de amigos y que muchas veces solo se mueven por interés. Estoy convencido de que si Florentino hubiera levantado el teléfono o me hubiera llamado para mostrarme su indignación y su enfado, se hubiera podido aclarar todo.

Quizá ya no le interesa aclararlo. Porque esto no me ha pasado solo a mí. También Paco González se vio envuelto en una situación similar, ya que tenía muy buena relación con el presidente, y de pronto dejó de hablarle.

—Presi, joder, me he enterado de que no te hablas con Paco. ¿Por qué? Si sabes que es de esos tíos que te tiene un cariño especial, que valora lo que has hecho, que te defiende siempre que puede. ¿Cómo es que has dejado de hablarle, hostia? Joder, que Paco es de los nuestros —le dije cuando me enteré, coincidiendo con uno de mis desayunos con Florentino.

—No le perdono que le llamaran de *La Vanguardia* cuando nos cargamos a Rafa Benítez, le preguntaran de quién era la culpa de la crisis del Real Madrid y dijera que era mía.

—Ya, pero, presi, si hubieras llamado a Paco sabrías que esa frase se sacó de contexto, ya que completa era algo así como: «Florentino es el máximo responsable de la crisis del Real Madrid, igual que es el máximo responsable cuando llegan los éxitos, y de eso, a veces, nos olvidamos».

—No, con lo que yo he hecho por él y por su familia… Nada, no se lo perdono.

No hubo forma de hacerle cambiar de idea. Mientras escribo estas líneas, esta situación se mantiene. Por eso, ahora Paco y yo compartimos una situación y el *modus operandi* de Florentino.

En fin…

Mi cariño y mi agradecimiento hacia él seguirán siempre intactos.

Cuando limpié mi imagen gracias a *Colgados del aro*

Si irme de *El chiringuito* me cambió la vida para bien, llegar a *Colgados del aro* marcó un antes y un después en mi imagen pública.

Al principio, los seguidores —no muchos, porque los números no eran los actuales o los de la pandemia, igual que cuando llegué a Telecinco a narrar baloncesto— no me dieron un recibimiento demasiado cariñoso. Podemos decir que fue arisco, por no decir un tanto agresivo.

La gente me vinculaba al mundo del fútbol y al universo *Punto pelota*, y eso había generado una imagen de mí que no terminaba de ser la real: daba la impresión de que era un periodista muy agresivo, muy peleón, fanatizado por el Real Madrid. En realidad, siempre he sido muy futbolero y muy del Real Madrid, y llevo mal las derrotas de mi equipo, pero siempre he tenido el pensamiento de no querer discutir, y menos por política y deporte. Intento convencer al que tengo enfrente, y si veo que al cabo de cinco minutos sigo manteniendo lo que pienso y el que está enfrente también, doy por finalizada la discusión.

Desde hace mucho tiempo suelo decir: «Yo solo discuto si me pagan», pero entiendo que la gente tuviera esa imagen de mí. Me la había ganado a pulso a base de muchas noches perdiendo el oremus en directo.

De todos modos, estaba curado de espanto. No me hacía mucha mella que me recibieran de uñas o que no les gustase mi vuelta al mundo del baloncesto. Imagino que generó más preocupación a Toñín Llorente, director de *Colgados del aro*; a Juanma López Iturriaga, conductor del programa; y a las Tacañonas, Mónica Messa y Carolina Mújica, productoras y encargadas de que todo funcionase. Al fin y a la postre, con las hostias que me habían dado en Twitter los años anteriores, estaba preparado para lo peor, y sabía que peor no iba a ser.

Es cierto que ya los conocía a todos, se podría decir que éramos

amigos. Al único que conocí gracias a *Colgados del aro* fue a Pablo Lolaso. Con las Tacañonas había trabajado cuando estuvieron en TeleMadrid, bajo la dirección de mi entrañable Bernardino Lombao, y tuve la oportunidad de reencontrarme con su hijo Nacho, realizador y mucho más del programa, el del famoso «Esto luego Nacho lo corta». Iturriaga, al que conocía desde 1983, también estuvo conmigo en TeleMadrid haciendo el programa del Centenario del Real Madrid. Lo presentaba cada semana, dirigido por José Joaquín Brotons, que había sido jefe de deportes de TeleMadrid. Siempre ha sido uno de mis grandes amigos y hemos estado muchísimas veces juntos como tertulianos en infinidad de programas, el último de ellos *Estudio estadio*.

Sin embargo, era la primera vez que trabajaba con Antoni Daimiel, con el que extendí la experiencia en el MundoBasket de China de 2019 para Mediaset. Todo eso si no contamos que alguna vez había venido de tertuliano a *Punto pelota*, pero no sé si incluirá aquellas colaboraciones en su currículum.

Entiendo que gran cantidad de los seguidores de *Colgados del aro* eran jóvenes y no asociaban mi nombre con el mundo del baloncesto, solo con el fútbol.

Poco a poco, la gente empezó a conocerme. Los que estábamos allí cada día —Iturriaga, Daimiel, Lolaso, Javier Coronas y Ana Albadalejo — conseguimos que fuera un programa muy distendido y natural.

Siempre he disfrutado de la naturalidad delante del micro y estoy convencido de que el éxito o el fracaso depende de esta cualidad. Nunca he creído en las personas que cambian de voz cuando tienen un micrófono delante ni en las que trabajan delante de las cámaras con un exceso de guionización.

El programa me ayudó muchísimo. Me lo pasé muy bien y en muchas ocasiones fue complicado aguantarnos las carcajadas. Tuvimos momentos difíciles, sobre todo en la época del confinamiento, aunque fueron bonitos porque hicimos un programa a diario mientras estábamos encerrados en casa. Fue una terapia de grupo para todos: de ellos para nosotros y de nosotros para ellos. Pero claro, en medio de todo esto a Julita la ingresaron en el hospital Puerta de Hierro con

COVID. Luego, cuando ella volvió a casa, nos llamaron para comunicarnos que su madre estaba mal, también con COVID, y nos dijeron que quizá muriera. Para Julia, su madre era especial: ella es la pequeña, la adoraba. Si iba a Barcelona, dormían en la misma cama. Tenían un amor maternofilial muy grande.

Cuando falleció fue durísimo compaginarlo con mis intervenciones en *Colgados del aro*. No pudimos ir al entierro. Hicieron un directo desde el cementerio, así que os podéis imaginar. Estoy convencido de que en otro momento se hubiera salvado.

Desde el equipo me decían que no hacía falta que entrara en el programa, pero me servía para evadirme, quería estar ahí. No fue fácil, pero me vino muy bien. Me distraía y hacía terapia en directo con mis compañeros y con los espectadores.

Todo el mundo sabe lo que hicimos aquellos meses, ochenta y tantos días de emisión ininterrumpida, y eso no lo consiguió nadie más en España. Tuvimos muchos protagonistas, uno o dos al día, cuando no eran tres. Por allí pasaron personalidades como Loquillo, El Gran Wyoming, Luis Enrique o Pau Gasol. Un elenco espectacular.

Entre todos nos ayudábamos a pasar el trance de estar aislados, de no saber qué iba a pasar, de desconocer el fin de todo aquello y quiénes íbamos a seguir cuando todo acabara.

Creo que marcó un antes y un después en el programa. Recuerdo que llegamos a los cien mil suscriptores en YouTube y dimos un salto cualitativo a todos los efectos.

Bueno, y sigue. *Colgados del aro* continúa mientras escribo estas páginas, y aún formo parte de él, más esporádicamente que antes, pero me mantengo.

De esta etapa no me quiero olvidar de Alberto Fernández, el director de comunicación de Endesa, que acabó cogiéndome cariño y siempre me estuvo muy agradecido sin que mediara razón especial alguna, la verdad. Cuando empecé a colaborar con el programa, recuerdo que me pidieron que mencionara a *Colgados del aro* en mis retransmisiones de Mediaset para el EuroBasket:

—Oye, Siro, ¿nos puedes hacer algún tipo de mención para que la gente nos vea después de los partidos?

No me costaba nada. Si un amigo me pide algo y puedo hacerlo, hago eso y más, porque estoy convencido de que ellos lo harían por mí.

Lo hice.

Alberto Fernández no sabía quién era yo. Nos conocimos en un aeropuerto yendo al EuroBasket de 2015 y ahí surgió la oportunidad de presentar un programa de entrevistas desde un coche eléctrico, patrocinado por Endesa, que me ayudó muchísimo. En aquel momento tenía poco trabajo: venía de terminar *La goleada*, tenía pocos recursos y empezaba a sufrir el palo de Hacienda.

También gracias a él estuve en el Mundial de China narrando para la COPE con Xuáncar González y Pilar Casado, ya que Endesa patrocinó una parte del campeonato en la emisora, lo que me permitió viajar y narrar con ellos. Alberto, Nacho y María, los diferentes señores y señoras Endesa, siempre han estado a nuestro lado. Les estaré eternamente agradecido.

Para concluir, todo lo que me pasó en *Colgados del aro* fue muy positivo. Se me abrieron un sinfín de puertas de las que no podía ser consciente aquella primera vez que acudí a una tertulia a discutir con Lolaso si era mejor Pepu Hernández o Sergio Scariolo.

Y si a esto le añadimos que mi imagen pública cambió, ¿qué más puedo decir?

Gracias por acordaros de mí.

Ojalá sigamos muchos años más.

¡Y que nos den el Ondas, que nos lo merecemos!

Cuando me metí en el mundo de Twitch

Nunca he sido reacio a las nuevas formas de hacer periodismo. En 2010 me abrí Twitter cuando aún no estaba de moda. Sin embargo, el fenómeno de YouTube lo veía desde la distancia porque no consideraba que aquello tuviera mucha repercusión en el mundo del periodismo deportivo.

En 2018 tuve un espacio en YouTube gracias a Endesa, como os he contado en el capítulo anterior, para mantener charlas en un coche. Por allí pasaron Marcos Alonso, Eli Pinedo, Karanka y alguno más, pero apenas tuvo visibilidad. Solo nos veían unas quinientas personas. Eso me frenó cuando Xavi, mi hijo pequeño, en noviembre de 2020, me insistió en la posibilidad de abrirme un canal de Twitch.

En marzo de 2020, cuando nos estalló la pandemia del COVID-19 en la cara, yo colaboraba en la COPE como tertuliano, en Real Madrid Televisión como narrador y colaborador habitual, en *Colgados del aro* y en *Estudio estadio*. Ah, y hacía entrevistas para la Federación Madrileña de Fútbol.

A principios de ese mes, Julita había ido a Barcelona a estar con su madre, ingresada por algo que no viene al caso. Al día siguiente de regresar a Madrid, empezó a encontrarse mal.

—Puede ser una gripe —le dijo el médico.

Pero se puso peor, cada día más. Como todos en aquel momento, yo sufría mucho porque la ingresaron y no podía ir a verla, no se admitían visitas en los hospitales.

Julita no tenía fuerzas ni para hablar por teléfono. Mandaba mensajes en los que decía que creía que se iba a morir de lo mal que se encontraba.

Llamé a Florentino porque empezaba a acojonarme. Sabía que el presidente del Real Madrid conocía a gente en ese hospital. Necesitaba hablar con un médico: nadie me había dicho nada durante días, y lo que me llegaba de ella era preocupante. Me llamó el responsable de neumología del hospital, me calmó y me dijo que iba a salir. Después de ocho días le dieron el alta y la dejamos aislada en una de las

habitaciones.

Desde entonces me convertí en amo de casa, porque Xavi también lo pilló. Sé que yo también lo pasé porque en una analítica me dijeron que lo había tenido, aunque no había notado nada.

Total, que me puse a tope con las tareas de la casa. De pronto vi que el gilipollas de Xavi empezó a grabarme medio a escondidas. Pensé que, como no tenía otra cosa que hacer, al menos se entretenía. Me pareció inocente. El caso es que hizo tres o cuatro grabaciones en las que salía yo mientras de fondo sonaba la voz de un documental sobre gorilas, en concreto del gorila Makumba. Intentaba adaptar lo que hacía el gorila con mis movimientos. Lo sacó en TikTok y fue viral. Me llamaron de La Sexta, TV3… Supongo que hacía gracia porque era muy natural, porque yo no sabía que me estaba grabando.

Por otro lado, antes de la pandemia, Ibai Llanos había estado jugando nuestro mítico Indicius en *Colgados del aro*. Me conocía del Madrid. Estuvimos charlando y terminamos como pareja en el juego, lo que hizo que empezáramos a caernos bien. Intercambiamos nuestros teléfonos y nos escribíamos de vez en cuando.

Más adelante, cuando desde *Colgados* nos lanzamos al mundo Twitch, entró de nuevo en nuestro programa desde su casa y jugamos la revancha de aquel primer juego.

Poco a poco me empezó el runrún de que podía ser interesante abrir un canal de Twitch. Desde *Colgados* me animaban, quizá pensando que no terminaría haciéndolo o puede que lo dijeran un poco de broma, pero alguno de nuestros seguidores me lo reclamaba.

Un lunes de noviembre por la tarde, sin darme demasiada importancia, me registré en la plataforma. Sin más. Y ahí lo dejé.

Pero Xavi empezó a darme la paliza para que comenzase a emitir.

—Me van a ver cuatro, joder, déjame en paz —le repetía una y otra vez.

—Papá, que habéis tenido cinco mil personas en el directo de *Colgados*, y a ti la gente te conoce mucho.

—Que no, hijo, que yo ya sé cómo funciona esto, que a mí solo no me va a ver nadie.

¿Qué le va a importar a la gente lo que le cuente un viejo de sesenta

y cuatro años?

Pero es que cuando a Xavi se le mete algo en la cabeza, es incansable.

Para quitármelo de encima, en febrero de 2021 le pregunté si lo intentábamos. Usaba un ordenador suyo que no iba muy bien. El primer día tuve más de quinientas personas, que a las horas se tradujeron en diez mil. El segundo día volvió a funcionar, y el tercero, y el cuarto… A los dos meses tenía treinta mil seguidores.

Cumplí los trámites para convertirme en afiliado y que la gente pudiera suscribirse, es decir, que me pagara una especie de cuota mensual. Reconozco que al principio no lo vi como un negocio o una fuente de ingresos, sino que era una forma de divertirme. Twitch también permitía que la gente donara dinero a mi cuenta y, sorprendentemente, empezó a hacerlo.

Yo no quería ese dinero, pero lo acepté para comprarme un ordenador con el que retransmitir en condiciones.

A los dos meses y pico me convertí en *partner* de Twitch, lo que significa que tienes más porcentaje de beneficio en función de tus suscriptores.

A los veinte días de estar haciendo directos, una víspera del Clásico, recibí una llamada de Ibai ofreciéndose a entrar en mi canal. Estuvimos hasta las cinco de la madrugada, lo que me dio una visibilidad tremenda entre la gente joven. Aquella noche fue un punto de inflexión.

Si yo he crecido como creador de contenido en las redes ha sido gracias a Ibai, que me acogió como el Abu, y siempre que ha podido echarme una mano, sin yo pedírselo, lo ha hecho. No me gusta poner a mis amigos en la disyuntiva de tener que decirme que no.

Más adelante, con el torneo de pádel que organizó Ibai —donde participé junto a Rubén Martín—, volvió a crecer mucho mi número de seguidores. Pero el pelotazo más gordo lo tuve con el cierre de fichajes del verano de 2021, donde llegué a dos mil trescientos suscriptores, una auténtica barbaridad. Estuvimos un montón de horas en directo con todo el tema de Mbappé. Además, hice una apuesta con la comunidad: si alcanzábamos los dos mil suscriptores en un día, me

teñía el pelo de morado. Ibai empezó a agitar a la peña y lo conseguí en tres horas, aunque suele costar semanas.

Así que me tuve que teñir el pelo de morado… Las promesas hay que cumplirlas.

También me ha ayudado muchísimo gente como Pol Turrents, AuronPlay o Gerard Romero, con comunidades inmensas. Cuando pueden, cuentan conmigo para sus acciones y eventos y, entre todos, me han empujado para hacerme un hueco en este mundo virtual.

Tengo que hablar también de Gerard Piqué, con el que estuve cuando narramos juntos la Copa América para el canal de Ibai. Además, allí nos comprometimos a hacer la final desde Port Aventura, uno de nuestros patrocinadores. Le preguntaron si tenía algún problema conmigo y dijo que ninguno. Yo ya sabía que era un tío que no se toma las cosas a pecho. De todas formas, creo que han sido más las veces que le he defendido que las que le he criticado. Me han tocado las narices las provocaciones al Madrid, eso es cierto, pero si yo estuviera en su piel lo habría hecho igual o más. No sé si hubiera enseñado la manita u otra cosa después de meterle cinco goles a mi eterno rival.

Piqué me parece un tipo muy inteligente. Siempre he defendido que los deportistas tienen muchas horas libres, y que es bueno que se preparen y se cultiven para la vida después del fútbol. Luego ha tenido comportamientos que han sido fruto de la juventud, la inconsciencia, la provocación y no tener clara la diferencia entre el bien y el mal. Los periodistas criticamos muchas situaciones sin ponernos en su lugar o sin echar la vista atrás y recordar lo que hicimos a su edad. Con el tema del independentismo le he defendido. No me gustaba que le silbaran en el campo cuando iba con la selección. Nunca se ha declarado independentista, así que me parecía absurdo que lo acusasen de ello. Quizá lo sea, pero no lo ha dicho en público. Deberíamos valorar si ha sido profesional defendiendo la camiseta de España, y en eso ha sido inmaculado. No digo esto por ser su amigo, no tengo ni su número de teléfono.

Yo no soy independentista, aunque puedo estar a favor del referéndum, pero era ilegal y no se podía tirar por la calle del medio.

Estaría bien llevarlo a las urnas y que la gente exprese su forma de pensar y sentir. Y que luego se valore, pero no vale con una mayoría simple para que un país se independice. Somos más fuertes juntos que separados, pero es saludable que la gente se exprese en las urnas. También critico las duras escenas del 1 de octubre. Me echaba las manos a la cabeza, no entendía cómo en pleno siglo XXI estaba viendo actuaciones que parecían del tercer mundo.

Cuando conocí a Julita

Lo mejor que me ha pasado en la vida ha sido conocer a Julita. Julia es la persona que más me ha entendido siempre, la que me ha sabido llevar, la que me ha dado estabilidad emocional y tranquilidad cuando lo he pasado mal, la que ha sabido estar a mi lado en los momentos tristes y rebajarme la euforia en los momentos felices.

Siempre me ha ayudado y aconsejado en las decisiones profesionales. Me he podido equivocar muchas veces, pero nunca me ha recriminado nada. Nunca ha salido de su boca un «te lo dije». Ella siempre me ha dado su opinión y me ha mostrado su manera de ver las cosas, pero siempre confía en mi criterio para decidir.

He estado muy enamorado de ella desde que la conocí.

A ver, desde que la conocí a lo mejor no. Quizá la noche que salí con su hermano de fiesta y acabé en la cama de sus padres con ella todavía no estaba enamorado. Ahí solo tuve sangre suficiente en el cerebro para taparme la cabeza y ponerme rojo.

A veces acompañaba a su hermano Juan, y sé que me quedé prendado de ella desde el primer día. Pero soy muy tímido cuando no estoy convencido de si la otra persona siente lo mismo que yo. Esto, unido a que es la hermana de tu mejor amigo… Se me planteaba una situación complicada.

Entonces, erróneamente por mi parte, no se lo hice saber. Decidí llevar mi camino y ella el suyo, hasta que un día me enteré de que se había casado. A ver, soy enamoradizo, pero tampoco voy llorando por las esquinas por perder a la mujer de mi vida.

Después nos volvimos a encontrar porque yo, cuando nació mi hija mayor, Elia, empecé a veranear en Cala Canyelles, donde estaba ella, donde siempre han veraneado sus padres, a los que conocía muy bien porque había subido varias veces a su casa con Juanito. Y recuperamos un poco la relación. Y volvió a surgir ese hormigueo en el estómago.

«Joder, ¡cómo he dejado escapar a esta tía! —pensaba yo—. Menudo gilipollas he sido. Es una tía superalegre, y yo estoy con una

que es todo lo contrario y que me tiene amargadito, ni nos compenetramos ni nos soportamos. Me cago en la leche puta, hay que ser idiota».

Pero me tuve que conformar con vernos de verano en verano. Fue la época en que Julita me pasó la frontera con Francia a pie (lo he contado en un capítulo que ya deberíais haber leído).

No paraba de darle vueltas a no haber dado los pasos oportunos para estar con la mujer de mis sueños. Pero nada, me tenía que resignar. Ambos estábamos casados, cada uno por su lado, y no se podía hacer nada.

Esos veranos nos juntábamos para jugar a juegos de mesa cada uno con su pareja. También estaban mis cuñados Mari y Luis, y Juanito, el hermano de Julia, con su mujer, María José, paisana mía y una de mis mejores amigas. De hecho, yo los presenté una de las noches en que Mariajo me acompañaba, aunque creo que alguna vez habían coincidido en el colegio Alpe, donde ella estudiaba y Juan era el entrenador de baloncesto. No puedo decir que hice de celestino, porque, para mi sorpresa, me enteré de su relación bastante después de que la hubieran iniciado. Me hizo mucha ilusión saber que estaban juntos, y me ha hecho más todavía que, con el paso del tiempo, dos de mis mejores amigos formen parte de mi familia.

En verano de 1989, Alba y Álex, los hijos de Julia y su entonces marido, otra pareja de amigos con su hijo y nosotros tres decidimos irnos de vacaciones a Galicia.

Ya casi al final del viaje, mi exmujer y yo nos enganchamos a lo bestia porque se empeñó en ir al bingo, algo que odio.

—Mira, yo no voy a ir, primero porque no me gusta y segundo porque tenemos aquí a dos parejas de amigos que no vamos a dejar tiradas.

—No, si a ellos les da igual… —me decía.

—No, mira, una cosa es que digan que les da igual y otra que eso sea lo que piensen. Creo que no es normal ir nosotros dos a un bingo cuando los demás no quieren ir y prefieren seguir visitando la ciudad.

Me montó un cristo de tales dimensiones que solo me quedó coger el coche, largarme a Barcelona y tomar la decisión definitiva de

separarme de ella. Ya habíamos tenido nuestras trifulcas, nuestros más y nuestros menos, pero esa fue la gota que colmó el vaso.

Me fui a casa de mis padres.

Luego llegó mi ex.

—Siro, vamos a ser padres —me anunció.

Aquella sorpresa me hizo cambiar de idea.

Tuve que seguir allí con la esperanza, mínima, de que se pudiera arreglar. Pero soy de la creencia de que, cuando un vaso se cae e intentas reconstruirlo, puede quedar aceptable pero siempre estará tocado. Y con las parejas pasa igual.

Aguanté.

Aguantamos.

Y nació mi hijo Siro.

Los enfrentamientos y las tiranteces desde aquel verano continuaban, y yo seguía teniendo claro que nuestro destino era separarnos. Me dolía en el alma dejar a un niño de dos meses y a una niña de cinco años, pero también pensaba que nuestro día a día, con tanta discusión y tanto grito, no iba a ser un buen entorno en el que criar a esos niños. A veces se aguanta pensando en el bien de las criaturas, pero puede llegar a ser contraproducente cuando el clima es muy tóxico.

Estábamos en vísperas de irme al Mundial de Argentina. Cuando volví de Buenos Aires, me fui a vivir definitivamente a casa de mis padres, que vivían en Sant Boi.

Al cabo de muy poco tiempo, ya separado, me enteré de que Julia estaba siguiendo el mismo camino.

La llamé.

Quedamos.

Nos fuimos viendo y al final no me quedó otra…

—Julia, estoy muy enamorado de ti, siempre lo he estado. Eres la mujer con la que creo que puedo ser feliz.

La había visto en el día a día y estaba seguro de que nos íbamos a complementar muy bien.

Y ella pensaba lo mismo.

Empezamos una relación, y hasta ahora.

Treinta años después seguimos al pie del cañón y, como digo, tenemos cinco hijos: dos que aporto yo, dos que aporta ella y Xavi, que lo tuvimos en común. Creo que la familia que hemos creado nos ha ayudado mucho, porque a Alba y a Álex los conozco desde que eran bebés y, además, se llevan muy poquita diferencia con Elia y Siro, lo que ha favorecido la convivencia entre todos.

Atesoramos un montón de anécdotas y vivencias que quizá dieran para otro libro: lo hemos pasado bien, lo hemos pasado mal, hemos tenido dificultades económicas… Un poco de todo.

Siempre me he sentido arropado y ayudado por Julita. Por mis circunstancias laborales —como cuando me tuve que ir a La Coruña—, ella ha ejercido de padre y de madre muchas veces. Lo que pueda decir de ella nunca será suficiente, me quedaré corto.

La he valorado poco teniendo en cuenta todo lo que ha hecho por el bienestar de nuestra familia.

Ella, muy expresiva, siempre ha mostrado sus emociones y sentimientos, es muy cariñosa conmigo y con todos.

A mí, por contra, por esa timidez de la que os he hablado, me ha costado más.

Por eso quería aprovechar el libro para expresarle aquí mi amor y mi agradecimiento por ser como es, y por estar siempre ahí, a mi lado, sin dudas ni fisuras.

Su ex se lo ofreció todo y la dejó sin nada. Y ella renunció a todo por estar conmigo. Eso no lo hace cualquiera. Tienes que querer mucho a alguien para renunciar a tanto. Por eso, ahora que más o menos nos va bien, la primera persona en la que pienso es en ella. Podría haber estado en una mejor situación económica y social que en muchas de las etapas que ha pasado conmigo, pero nunca le ha importado.

La sonrisa por bandera, el alimentarnos de amor y sobrevivir a base de cariño. Ese ha sido su sino.

He sido afortunado.

De lo único que me arrepiento es de no haberle dicho que era la mujer de mi vida el primer día que la vi y haber podido disfrutar de ella once o doce años más.

Y paro aquí, que no quiero empapar estas páginas tan bonitas.
Julia, te quiero.

QUINTA PARTE

Tertulia

Son tantos los amigos, compañeros y familiares que aparecen en estas memorias que algunos, por lo que sea, se han dado por aludidos y han querido añadir algo más.
Aquí os los dejo.
No me hago responsable.

Ferran Requejo, su mentor político y vital

Siro y yo no conocimos porque vivíamos en el mismo barrio, La Verneda, un lugar muy popular y particular. Yo era algo mayor que él y estaba acabando mis estudios en la universidad. Él todavía no había empezado. En realidad, creo que le hacía un poco de hermano mayor, y le incitaba a que estudiara una carrera, leyera cosas distintas, viajara… En definitiva, que se abriera al mundo y a su propia mente.

Enseguida nos hicimos amigos. Quedábamos para comer patatas bravas por el barrio y jugar a las cartas, mientras comentábamos el fútbol y la actualidad de los periódicos.

Él estaba interesado en bastantes cosas, era muy esponja. Nunca le tuve de alumno, pero me parecía un tipo muy listo, con mucho interés, y absorbía las lecturas con facilidad. No leía novelas, sino ensayos sobre historia, política, ciencia… Se fue haciendo un bagaje intelectual. Nos reíamos mucho de nosotros, no era una relación tan seria como parece. Le introduje en algún círculo de compañeros de la universidad y se venía a jugar al tenis y al póquer.

Las condiciones sociales no eran muy buenas, era el principio de la Transición. Vitalmente, era un momento trascendental. Al fin y al cabo, yo también era un chaval, y ambos estábamos en un contexto de cambio. Siempre he sido de izquierdas, y en las elecciones de 1977 votamos al PSUC. Fueron muy importantes porque eran las primeras después de la Dictadura, y aún no existía la Constitución.

Siro no sabía qué iba a hacer con su vida. Se apuntó a Periodismo y me enseñaba los trabajos que hacía en la facultad, pero estaba muy abierto a todo. Él no me decía que se quería dedicar al periodismo deportivo, eso se fue dando después, porque el deporte siempre le había gustado. Recuerdo que a su boda fueron jugadores del Barça de básquet y el pastel era un inmenso campo de baloncesto.

Le he ido siguiendo estos años, sobre todo en su etapa de García, pues era uno de los chicos del Butanito. Cuando le veo con el pelo blanco en la tele, me entran ganas de llamarle. Pero no le perdono el tic de madriditis que ha cogido. Creo que no le favorece como persona

analítica. En Barcelona no era forofo de nada. Eso sí, lo que más he hecho con Siro ha sido reírme.

Javier Mendiburu, jugador de baloncesto y gran amigo

Siro es una persona muy familiar y muy de sus amigos, que es lo que más me gusta de él. Siempre me peleo cuando voy con mi cuadrilla de Bilbao o cuando estoy por Lekeitio, que es donde Siro lleva unos años veraneando, pues me lo tachan de «facha», «merengón» y otros insultos que no tienen lugar aquí y ahora.

—Lo tenéis que conocer. El día que lo conozcáis, no dejaréis de hablar bien de él —les he dicho toda la vida.

Efectivamente. Siempre que Siro ha salido conmigo y con mi cuadrilla ha terminado por hacerse con todo el mundo. Él es como es, un auténtico personaje: cariñoso, humilde, nunca tiene un no para nadie, con unos valores muy fuertes, una persona que se hace querer. Creo que es uno de mis mejores amigos por su gran corazón y su enorme generosidad.

Estoy seguro de que si hubiera sido representante de jugadores en lugar de periodista se habría hecho millonario, porque siempre estaba ayudando a colocar a cualquiera en los equipos, siempre mediaba para que ficharan por uno u otro club.

Pero ojo, que también tengo cosas en contra de él, ¿eh?

Despistado es un rato. En ocasiones hay que recordarle las cosas veinte veces. Y con lo que no puedo es con la antológica impuntualidad de Siro. Para mí existen tres horarios: el peninsular, el de Canarias y el de Siro López, que no sabemos por qué meridiano se rige, es muy aleatorio. Y hasta te puede llegar a resultar violento, ya que cuando voy a Madrid, que me quedo en su casa, de vuelta al aeropuerto siempre me lleva con la lengua fuera, arrastrando la maleta, llegando *in extremis* al control de seguridad porque se lo toma con mucha calma.

Siempre le digo que él no sabe que una de las causas más comunes de muerte es el infarto de miocardio; aunque eso es algo que él nunca tendrá, lo tengo clarísimo.

Por otro lado, me gustaría destacar cómo ha sabido adaptarse a las

nuevas tecnologías y a las nuevas maneras de comunicarse. A sus sesenta y no sé cuántos años, se ha ido metiendo en el tema de Twitter, Twitch, el streaming y en todo lo que haga falta, lo que denota esa enorme facilidad que tiene para comunicar y hacerse querer. Ves que es un tío que ha sido muy grande en el mundo del periodismo, que ha estado en varias cadenas y ha dirigido programas importantes, y se presenta con una humildad tremenda. En directo, es capaz de retransmitir cómo abre la caja de un ordenador, aunque no sabe, o se pone a hablar en inglés sin tener ni remota idea. Y le puedes vacilar, puedes intentar cortarle, pero Siro sigue ahí sin ningún tipo de divismo y por eso creo que se ha ganado a la gente joven.

Tiene muchísimo mérito. Muchísimo.

Es un tío que, después de haber sido lo que ha sido y pasar por el programa por el que pasó, *El chiringuito* —o no sé cómo coño le llaman ahora—, y veíamos que, joder, nuestro amigo se había convertido en un periodista de «deporte rosa», por llamarlo de alguna manera, le decíamos: «Joder, Siro, sal de ahí, por favor». Y cuando por fin tomó la decisión de apartarse de todo aquello vimos que no pudo volver a hacer periodismo serio. Supimos que lo pasaba mal, fatal. Pero el tío no se rindió, se reinventó y volvió a estar en el candelero.

Esto me alegra, me alegra muchísimo. Nos hace muy felices, y lo hago extensible a Perico Ansa, Manolo Flores, Nacho Solozábal…, con los que me he reunido hace poco, y con orgullo y felicidad hablábamos de lo que nos reconforta ver a Siro en esta nueva etapa.

Juanito «Lagarto» de la Cruz, jugador del Barça y, a pesar de todo, amigo

Nuestra relación con Siro, y hablo por toda la plantilla del Barça de mi época, es especial, va mucho más allá de la típica entre un periodista y un equipo profesional.

Estuvo muy ligado a nosotros en los setenta, ochenta y noventa, y podemos afirmar que aprendió baloncesto con nosotros. Eso lo sabe y no lo puede negar. Los periodistas de antes eran de otra onda; los de ahora son pura mierda en el sentido de que no te puedes fiar de ellos, porque van a aprovechar cualquier momento para dar un salto o una exclusiva.

Siro nos ganó a todos porque le contábamos cosas, pero él solo las publicaba si lo autorizábamos. Si no, no. Entonces se unió mucho a nosotros y tuvimos una relación no ya de amigos, sino de algo superior a la amistad. Éramos como una hermandad.

Con Nacho Solozábal, Javier Mendiburu, Perico Ansa, Manolo Flores y todos esos de los que seguro que habéis leído mucho en el libro Siro, tiene una relación muy muy cercana de cenas, de salidas, de vacaciones… de lo que sea.

Y me viene una anécdota con él que creo que os va a gustar.

Estábamos en el Europeo de Alemania, donde ganamos a Rusia, y Siro quedó conmigo, con Fernando Martín y con algún otro jugador para hacer una entrevista para José María García, que para nosotros era un hueso.

Otro exentrenador que trabajaba para otro periodista que no voy a mencionar nos habló de una pizzería italiana que estaba muy bien. Había reservado mesa para ir todo el equipo.

Cuando llegamos al restaurante, nos encontramos un set de la radio montado para tener en exclusiva a los jugadores.

Siro se volvió loco. Fue al lugar donde habíamos quedado con él, nos buscó por todos lados y no sabía dónde estábamos hasta que al cabo de un rato, después de investigar, dio con nosotros en la pizzería de la que os hablo.

—Señor De la Cruz, están preguntando por usted ahí fuera —me dijo un camarero.

Era Siro.

—Joder, Lagarto, estaba desesperado. No os encontraba. Ahora he quedado con García para la entrevista y tenéis la radio aquí montada. Se me va a caer el pelo porque le he dicho que la exclusiva la íbamos a tener nosotros.

—Tranquilo, Siro. Tú quédate aquí.

Fui de nuevo con el equipo.

—Fernando, ven —le dije a Fernando Martín, y le conté lo que había pasado con Siro.

—¿Qué dices? —dijo Fernando—. Venga, vamos para dentro.

Y Fernando, que era el líder, empezó a decir: «Venga, tú, tú, tú y tú, nos vamos», que éramos casi todos o todos. Cenamos cuatro cosas rápido y nos fuimos porque no queríamos hablar allí.

Siro tenía un coche de la radio esperando fuera y nos montamos como pudimos: uno arriba del capó, otro atrás con el maletero abierto… En fin, una locura. Menos mal que no nos vio la policía porque, si no, nos llevan presos a todos.

Y llegamos al hotel donde íbamos a hacer la entrevista con él.

No os lo podéis imaginar. Siro lloraba de la emoción. Evidentemente, se apuntó un buen tanto con José María García, que era como era, pues pudo tener a casi toda la selección en directo. Siro creció ese día, ¡media dos veinte aquella noche!

Siempre se sintió muy agradecido con nosotros por todo aquello y por eso tenemos esa fidelidad mutua. Él ganó credibilidad en su trabajo y nosotros hicimos lo que teníamos que hacer.

Podría llenar páginas contando cosas sobre Siro, pero me quedo con esto, que marca un poco esa relación que tuvimos con él, tanto nosotros como los del Madrid, no cabe duda. En esa época, su amor estaba más cercano a nosotros que al Real Madrid, eso era evidente y no pasa nada por decirlo. Viajaba con nuestro equipo y su corazón estaba con nosotros. No diría que fuera un fanático del Barça, pero éramos sus amigos. ¿Que él en el fondo siempre fue del Madrid? Innegable. Pero en ese momento mataba por nosotros.

Y nosotros por él.

Christian García, compañero de Antena 3

Para mí, Siro López ha sido mi padre profesional o una especie de hermano mayor. Probablemente, en mi época con él en Antena 3, fue quien más confió en mí. Confió más en mí que yo. Yo no era, ni mucho menos, un superdotado para hablar por la radio, no tenía ni voz y, de hecho, sigo considerando que no la tengo. Y él, sin embargo, siempre me dio su confianza, porque creía que yo tenía algo desde el punto de vista periodístico que podía aportar a la redacción y a la profesión.

Era sorprendente la manera en la que Siro siempre me incluía en sus proyectos. Al principio me metió en un programa que tenía de balonmano los fines de semana. De los nervios, yo no era capaz ni de dar los resultados del fin de semana. Lo pasaba muy mal y él tuvo una paciencia tremenda conmigo. Y siempre, siempre, confió en mí.

Después, cuando comenzó con el baloncesto y yo ya había cogido un poco de soltura, me convertí en el inalámbrico a pie de pista en todos aquellos partidos míticos que todo el mundo recuerda. Aprendí muchísimo con él. Siro tiene una capacidad tremenda para narrar lo que quiera. Creo que tiene un talento innato para cualquier tipo de narración. Se le ha marcado en el mundo del baloncesto, pero yo creo que él lo narraba todo bien y podría seguir haciéndolo. El fútbol, en aquella época, lo narraba como nadie, lo que pasa es que aquel protagonismo estaba copado por Gaspar Rosety y Javier Ares. Pero Siro tenía algo especial, algo que siempre me sorprendió: una gramática muy rica, un vocabulario excepcional, ritmo, tono… Creo que Siro debe incluso cantar bien, porque, cuando narraba, me daba la sensación de que cantaba. Recuerdo aquellas famosas canastas «súper cinco estrellas» patrocinadas por Mahou, o aquellas jugadas que llamábamos las «jugadas Marlboro», que él las hacía como nadie, nos ponía la piel de gallina. Y con Andrés Montes formaron una pareja fantástica.

Lo que hacía Siro creo que solo es comparable con Javier Ares, que para mí es el gran referente de aquella época en cuanto a narración.

Siro conocía todos los deportes, desde el rugby al hockey, pasando por el atletismo o la natación. Tenía algo de lo que hoy carecen muchos periodistas: conocimiento del deporte y bagaje, mucha historia detrás y mucha lectura. A Siro siempre le ha encantado leer, y eso creo que le daba mucho vocabulario y conocimiento, marcaba la diferencia.

En fin, fue un hermano mayor. Creo que jamás podré devolverle todo lo que hizo por mí. Y esa confianza que me dio se tradujo después en una trayectoria profesional que me ha dado muchísimo: Antena 3, Catalunya Ràdio, TV3 y un largo etcétera que ha llegado hasta hace unos meses, cuando he tenido que dejar de trabajar por una discapacidad visual permanente, una enfermedad degenerativa e irreversible que me ha obligado a dejar de trabajar. Pero ese es otro tema.

José María García, maestro entre los maestros

La verdad es que no recuerdo cómo llegué a Siro, ni cómo llegó él a mí, pero sabía que era un tipo al que le encantaba el baloncesto y me dijeron que era un buen narrador. La primera impresión que tuve es que narraba muy muy bien. Me pareció un tío peculiar, muy sincero, y se integró en el equipo.

Siempre fue muy desordenado, no sé ahora en la vejez… Pero era algo así como un desorden ordenado. Igual que su vida personal, lo fue la profesional. Me llegó varias veces tarde a una retransmisión, se inventaba historias que no colaban, pero la verdad es que eran muy divertidas. Al final ya me acababa diciendo la verdad y me preguntaba:

—Jefe, ¿qué quieres que haga?

—Pues coño, lo que hacen todos, ¡llegar a tiempo!

Me saltaba con que hacía cosas que no hacía nadie, y tenía razón. Si había que mandarle a algo que no fuera deportivo o de baloncesto, siempre estaba el primero. Nunca quise echarlo, aunque me quemó la sangre muchas veces. Trabajábamos a un ritmo tremendo, y estaba ganando un dinero que no lo conseguían los periodistas normales.

Tenía a Siro narrando el baloncesto y a Andrés Montes comentando. Andrés también quería narrar, así que un día me dijo:

—Jefe, he pensado que yo podría narrar los partidos de baloncesto.

—Para pensar estoy yo. Siro es irremplazable —le respondí enseguida.

Es un buen tipo, y creo que por eso mucha gente se ha aprovechado de él, porque una primera característica que le define es la sinceridad; la segunda, la ingenuidad, que tiene que ver con su bondad.

Me han pasado muchas cosas con Siro, pero lo único que no me ha gustado, aunque es verdad que hay que comer, es que en la época de *Punto pelota* cayese en manos de un depredador y censor de periodistas. No me gustó nada. Eso era (y es) un circo vergonzante. Ahí no se hace periodismo, trabajan solo con el rumor. Por su categoría, Siro estaba muy por encima de aquel penoso, lamentable y

horripilante programa.

Como periodista, Siro siempre ha sido muy independiente, hasta que llegó esa época mala o errónea. Con personalidad y, por encima de todo, amigo de sus amigos. Tenía un cariño especial con todo el equipo. Cuando me marché de Antena 3, le llamé porque era muy buen profesional y quería llevármelo.

Ahora no hay periodismo. Ahora hay ultras que ejercen de periodistas. Escuchas un partido en Real Madrid Televisión y ese no es Siro, es un seguidor del Madrid con mucho conocimiento, pero al servicio de unos colores. Me da mucha pena, porque hemos perdido a un grandísimo comunicador. Ahora puede refutar, pero tendría que dejar lo otro, y no creo que lo haga.

¿Que si Siro sabía de fútbol? No le gustaba y, además, se le notaba mucho. Ni le interesaba ni sabía. Pero tiene una connotación muy especial y es que es perezosillo, tirando a vaguete, pero lo tapaba muy bien porque, cuando había que estar, siempre estaba.

Entiendo las decisiones que ha ido tomando Siro. La única que no me gustó fue la de *El chiringuito*, es decir, la sucursal del Real Madrid. Ya es mayorcito como para decirle nada, pero en una ocasión fui crítico con él y se enfadó conmigo; lógico, pero lo hice para ver si recobraba la razón. Dije que aquel no era mi Siro, el que había contratado y el que había visto luchar. Pasó el tiempo y me llamó para una entrevista en su canal de Twitch. Estuvimos charlando una hora y Florentino Pérez dejó de hablarle por ello.

Lo que está haciendo Siro ahora ha sido una muy buena idea. Nuestra generación no es la de los influencers y youtubers, pero ha abierto una vía con absoluta independencia y honestidad. Está preparado para todo, ese es el Siro con cara que yo quiero, no un portavoz. El periodismo es pluralidad, independencia y libertad.

Si yo ahora dirigiera una redacción, ficharía a Javier Ares, a Rosety (que ya no está entre nosotros)… en mi equipo tendría a mis números uno, como Siro. Le escucho y está en plena forma. Eso sí, en baloncesto no puedo oírle porque parece el entrenador del Real Madrid.

A todos esos chavales que siguen a Siro les recomendaría que lo

utilizaran para saber lo que es ser un genio en el baloncesto y, cuando eso pasa, solo te queda atarlo en corto para que defienda a muerte los colores de la emisora. Cuando estaba conmigo, solo tenía los colores de Antena 3.

Creo que le está funcionando su nueva faceta porque ven a un tío con experiencia, sabiduría y personalidad, aun equivocándose.

Siro siempre fue fiel al medio, a mí y a él mismo.

Javier Ares, inseparable compañero

Siro y yo nos conocimos en Antena 3, muy poquito después de comenzar la aventura, allá por 1982, después del Mundial de España que yo había hecho con la SER. Enseguida formamos ese equipo mítico que, con algunas incorporaciones, trabajó diez años al lado de José María García.

Desde el principio congeniamos y coincidimos en muchos eventos, ya que yo iba a menudo para Barcelona o él, en ocasiones, venía para Madrid. Pero lo que nos unió fue el baloncesto, que lo hacíamos antes de que explotara la figura de Andrés Montes.

En fin, evento tras evento y acontecimiento tras acontecimiento, fuimos estrechando nuestra relación, que llegó a su clímax en los Juegos Olímpicos de Seúl 1988, donde fuimos de la manita las dos semanas de competición y alguna más.

Trabajamos juntos durante mucho tiempo y nos separamos cuando llegó el momento. Nunca perdimos la relación, y seguimos muy unidos, como cuando yo era narrador de los partidos del Dépor para la SER y él era el jefe de prensa del club. Luego continuamos la relación cuando fue jefe de deportes en TeleMadrid, y ahora, sin ir más lejos, donde compartimos plataforma y programas en Twitch, como *boomers* que nos resistimos a jubilarnos de la comunicación.

Siro es un tipo muy divertido, muy abierto y extrovertido. Era casi imposible que te pasara inadvertido y que te cayera mal. Siempre se ha hecho querer. Quizá por esa manera de vivir y de trabajar en la que parece que se lo toma todo un poco a chirigota. Sé que por dentro iba la procesión, pero su forma de ser era quitar trascendencia a las cosas. A algo que aparentemente los demás nos tomábamos en serio, él decidía ponerle ese punto díscolo, de diversión e incluso de pasotismo. Pasotismo que no era cierto, solo era su carácter tranquilo. Le gustaba mantener ese equilibrio entre la tensión del trabajo y el cachondeo con el que lo podía adornar todo.

Como profesional le he visto siempre con una enorme devoción por el baloncesto: siempre fue del Barça de baloncesto y del Madrid de

fútbol.

Y lo mejor es que ha sabido reinventarse, lo que tiene muchísimo mérito. La mayoría de los que estábamos en el equipo de García supimos hacernos un hueco en el mundo del periodismo, pero no todos con el mismo éxito, y algunos lo tuvieron un poco más complicado. Siro venía de ser especialista en baloncesto y supo encajar en su tierra a través de Onda Cero, lo que le llevó a ser jefe de comunicación de un equipo que terminó ganando la Liga, y luego vino a hacerse cargo de los deportes de toda una cadena autonómica como TeleMadrid, un cargo con unas responsabilidades a las que no estaba acostumbrado. Todo ello tiene muchísimo mérito, porque esa apariencia de poca seriedad que mostraba al exterior quedó patente que solo era una cáscara, un disfraz, ya que sacó adelante ambos cometidos con sobresaliente solvencia.

Y qué decir de todo lo que ha construido ahora mismo, de que a sus sesenta y siete años haya conseguido manejarse en la tribu de los streamers y los youtubers, siendo capaz de conectar con la juventud. ¿Es una lucha por la supervivencia? Sin duda, pero también denota una facultad camaleónica de reinventarse en cualquier escenario y ante la necesidad de seguir comiendo y, como sigue diciendo, de pagar a Hacienda. Aunque creo que puede más ese espíritu periodístico que no perdemos nunca y que le lleva a multiplicarse por necesidad y por obligación, pero también por gusto.

En definitiva, le tengo muchísimo cariño.

Muchísimo aprecio.

Se lo está currando mucho. No sé si antes se lo había currado tanto como ahora.

Y tiene el éxito que se merece.

Augusto César Lendoiro, mítico presidente del Dépor

Conocí a Siro cuando vino a Onda Cero A Coruña. Tuvimos muy buena relación a través de un compañero de la Junta con el que habíamos creado una agencia de publicidad, Javier Chaver, y poco a poco fuimos construyendo una amistad.

Más adelante, le ofrecimos la posibilidad de ser nuestro jefe de prensa. Nos parecía muy buen periodista y justo en ese momento, además, el Dépor dio un salto de calidad y crecimos como club. Y no teníamos jefe de prensa. Siro fue el primero de mi época.

Cuando estaba en Onda Cero y colaboraba con *As* me hizo una entrevista.

—¿La gente de la FIFA son unos mafiosos? —me preguntó así, sin anestesia.

Me escapé bien. No le contesté a la pregunta. En el artículo del *As*, aunque en la letra pequeña no aparece nada, en el fondo recoge mis palabras. Pero en otro ponía que había dicho que eran unos mafiosos. La Federación Española, que no estaba para tirar cohetes, quería cogerme en un renuncio, se lo pasó a la FIFA y me sancionaron con dieciocho meses de inhabilitación.

En fin, le contraté porque era un buen periodista. Tenía méritos suficientes, no fue por una cuestión política. Tenía un pedigrí profesional merecedor de cualquier puesto. ¡Aunque empezó liándomela pero bien con la FIFA!

Tenía mucha relación con el cuerpo técnico y con los jugadores, con los que estaba muy en contacto en el día a día. Siempre he tratado de ser discreto con el tema fichajes, hablaba con él cuando la cosa estaba ya hecha porque sabía que cualquier cosa que saliese, podía interferir.

Ahora le sigo poco, pero sé que le va muy bien. No soy nada de las nuevas tecnologías. Cuando se abrió eso del canal de Twitch, fui de los primeros a los que entrevistó. Ha tenido muchos altibajos pero ha demostrado ser un superperiodista que ha sabido actualizarse.

Siempre se adaptó a todas las circunstancias.

Antoni Daimiel, diosito

Siro López me sonó durante años a una cadencia radial deportiva que tañía melodías vocales modernas a principios de los años ochenta, que vocalizaba y profería emociones bien argumentadas, armónicas y palpitantes. Me sonaba a hijo de bodeguero, no sé por qué. Me evocaba un bigote y un flequillo vivaracho, un líder estudiantil que llegaba a las manifestaciones cuando estaban a punto de acabar, un progre urbano de Barcelona con amigos potentados y mucha labia, un canallita especialista medidor de minifaldas. Me sabía a Martini y a desafío a García, a bloqueo y continuación en sociedad con Andrés Montes. Fantaseo con que quizá el baloncesto los protegiera, con desconocimiento del jefe, para ser más anárquicos y farrucos de lo que permitiera el líder nocturno de las ondas.

Cuando conocí a Andrés, las cien primeras veces que le oí nombrar a Siro López fue al ponerlo como ejemplo de cómo podías perder hasta la casa de tus padres si la habías convertido en tu hogar conyugal y después te divorciabas. El destino tornaba esquivo nuestro encuentro porque Siro comenzó como jefe de prensa del Deportivo de La Coruña justo cuando dejé de viajar como reportero que cubría el fútbol español, así que nunca tuvo que gestionar mi acreditación para Riazor. Una gestión más, aplazada. Atando cabos posteriormente, llegué a descubrir que, coincidiendo con la llegada de Siro, el Deportivo perdió de un golpe imprevisto a Rivaldo y lo sustituyó por Djalminha, símbolo de una de las principales virtudes de este periodista gallego: ser capaz de convertir con naturalidad un trauma en una ensoñación barroca.

Su etapa más productiva en prestigio y rentabilidad es la que menos me interesa, como con cualquier otro personaje: su conquista de Madrid, su disfraz de jefe, su habilidad para desenvolverse en esos pantanos. En la caída posterior se demostró que este personaje de Mark Twain se sentía mucho más realizado en la brega y la búsqueda que en la torre de control. Cuando la vida trató de descabalgarlo, apareció el mejor Siro López, el rebelde, ese que mantiene los anillos

puestos sin brillo, pero no permite que se le caigan. El Siro más mayor ha sido el más joven, el más cansado ha sido el más proactivo, el más despegado acabó siendo el más comprometido. No es obligado quererlo, pero no te queda más remedio.

Sergio Gyalui, uno de sus mejores amigos

Es imposible presumir de imparcialidad a la hora de hablar de un amigo. Sin embargo considero objetivo afirmar que el adjetivo que mejor define a Siro es «auténtico»; con Siro, lo que ves es lo que hay. Esa autenticidad es su guía y lo rodea del amor de quienes tenemos la suerte de compartir su vida desde hace tiempo.

Esa autenticidad que le hace tan entrañable le ha dado lo mejor en la vida, pero también le lleva a darse golpes, a no claudicar, a luchar y levantarse, y seguir su camino siempre siendo el mismo. Creo que es esa profunda sinceridad la que hace que el público le escuche, le siga, le acompañe. Hay un solo Siro, es el mismo a solas que en familia, con amigos, en su círculo profesional, y todos sabemos, incluido su público, que tenemos en Siro un amigo con quien compartir, aprender, discutir, divertirse, jugar, porque al «abuelo» le gusta más jugar que a cualquier niño; para «desesperación» de Julia, nuestro Siro nunca perdió su alma de niño.

Nunca he visto a Siro trabajar, aunque desde fuera no pare de hacerlo ya que dedica interminables horas a ello. Lo que hace Siro no es trabajo, tiene la dicha de estar habitado por dos pasiones: el deporte y el prójimo, y dedica su vida a ambos al mismo tiempo. La mayoría de nosotros trabajamos para vivir, Siro no podría vivir sin su trabajo, no por lo que le da materialmente, sino porque lo que recibe en esa interacción con su público es el motor de su vida.

En resumidas cuentas: un niño que no para de jugar hasta altas horas de la madrugada, que no trabaja porque dedica su día a hablar ante un micrófono de sus pasiones, y que no cambia con los años porque se mantiene fiel a sí mismo, ¿sería el ejemplo a seguir? Que cada uno saque sus propias conclusiones, pero si fuese médico creo que recetaría esta fórmula a cualquiera en búsqueda de felicidad.

Creo hablar por muchos cuando digo: ¡Gracias, Siro, por tanto!

Alba Amorós, su discípula en TeleMadrid

Siro era uno de los mejores amigos de mi tío, así que estaba en la familia antes que yo. Mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años y nos hemos criado con todos. Pasaba la mitad del tiempo con mi padre y la mitad con mi madre y con Siro. Le considero mi padre y, además, ¡ya llevan veintisiete años juntos!

Siro es el yayo de mis hijos. Tiene un nieto, hijo de Álex, y dos míos. El mayor, Nil, es un niño especial, tiene muchas dificultades de comunicación, autismo… Y Siro es especialmente sensible con él.

Con Siro nos reímos mucho, no es complicado convivir con él. Recuerdo que hace muchos años, por su impuntualidad, perdimos el autobús que nos llevaba a Elia y a mí de La Coruña a Barcelona. Éramos pequeñas, y nos pegamos una buena llorera. Así que desde entonces le decimos que el avión sale una hora antes porque sabemos que él va a llegar tarde.

Es muy despistado, muy caótico, pero a generoso no le gana nadie. Cuando yo tenía dieciocho años, mi madre y él se empeñaron en que me fuera a estudiar a Madrid. Me negué, y luego me insistió en que fuese allí a trabajar. Es un buenazo, y siempre te echa un cable. Con mi novio nos acogió en casa un año y medio y le ayudó a buscar trabajo. Tenía un grave problema económico con lo de Hacienda, pero no nos dejaba pagar ni la cesta de la compra, y llegaba Navidad y le compraba un coche eléctrico. Mi hijo mayor se puso malito al nacer y me dijo que fuéramos a Madrid a vivir, que me buscaba a los mejores médicos. Siempre tiene la casa llena de gente.

Cuando él estaba de director en TeleMadrid, durante una época trabajé como redactora en el programa *En acción*. Todos sabían que era su hija. En realidad yo tenía dos jefes y, cuando me tenía que quejar, lo hacía en la comida familiar de los domingos. No era un jefe muy intrusivo, te daba su opinión, pero le tenía que pedir que me corrigiera. Joaquín, su mano derecha, estaba más pendiente. Todos me siguen mandando abrazos para él cuando me cruzo con productores o redactores de la época. Todo el mundo le tiene mucho cariño.

Cuando me contó el motivo de este libro, no me sorprendió, porque es verdad que se ha reinventado toda su vida y muchas veces. Lo pasamos fatal cuando lo de *El chiringuito*, pues no sabíamos lo que iba a pasar después. Estaba convencido de que no quería hacerlo más, toda la familia le apoyamos, y él tiene convicciones muy fuertes. Sé que en algunos momentos ha estado jodido, pero, al menos con nosotros, nunca ha dado la sensación de estarlo.

Elia López, el alma libre

Cuando mis padres se separaron, me quedé viviendo con mi madre, pero con catorce años me fui con mi hermano Siro a Madrid y estuvimos un año entero viviendo con mi padre. Fue una etapa muy dura porque me tuve que mudar y separarme de mis amigos, pero a la vez fue muy especial porque fue el único año que recuerdo vivir con mi padre. El resto son imágenes que he visto en vídeos, porque, cuando se separaron, yo apenas tenía cinco años. Ese tiempo en Madrid fue caótico y muy bonito a la vez, porque fue compartir el día a día con mi padre y estar en el nacimiento de Xavi, con todo lo que supone la llegada de un bebé a la familia. Era el juguete de todos, se nos caía la baba con él.

Empecé muy pequeña a practicar ballet e hice las pruebas en el conservatorio. Mi padre ya iba viendo que me quería dedicar a ello. Al principio me aconsejaba estudiar una carrera paralela. Sin embargo, era más bien una preocupación para que tuviera un plan B. No le hice caso. Hay algo precioso en todo esto, porque mi padre siempre nos ha permitido, y hablo por todos, ser quien queríamos. Jamás nos ha impuesto nada ni nos ha frenado. Siempre nos ha apoyado.

Me tuve que volver con mi hermano Siro a Barcelona, pues en el conservatorio de Madrid no había la carrera de danza contemporánea. No quería dedicarme a la clásica. Cuando nació Xavi, las primeras semanas mi padre nos tenía que cocinar. Nunca he comido más tortilla de patata precocinada en mi vida. Era un negado. Por eso, cuando ahora le veo cocinando en el Twitch, me troncho. Me hace ilusión, y es que gracias a eso se anima a entrar en la cocina. Cuando hizo la paella y lo retransmitió, yo estaba en su casa y se sentía muy orgulloso, creía que era la mejor paella del mundo.

Comparto con él la pasión por viajar, he heredado su curiosidad. Cuando decidí, con veinticinco años, irme a recorrer sola la India durante tres meses, nunca me dijo que no lo hiciera; al contrario, me animó. Es un padre que nos ha dado espacio para descubrirnos y averiguar qué queremos ser o hacer, sin ponernos límites.

Cuando he tenido alguna lesión, siempre me ha llevado a los mejores médicos, tiene amigos por todos lados. Si estoy lesionada, se le activan todas las alarmas de padre protector.

Si tengo que destacar algo de mi padre es lo buena persona que es. De lo bueno que es, a veces parece tonto. Aunque no me guste el fútbol, admiro la pasión que tiene. A pesar de que lleva toda la vida dedicándose al periodismo deportivo, ahora se conecta en el Twitch y veo que se lo pasa bien. Gracias a esa pasión ha sabido reinventarse muchas veces. Y con esa pasión por su trabajo no le ha hecho falta ser más cabrón. Por eso la profesión y la gente le tienen tanto cariño. Mi padre me ha enseñado que en esta vida hay espacio para todos y que no hay que pisar a nadie para que te vaya bien.

Y a él no le ha ido nada mal.

Álex Amorós: «Siro también es mi padre»

No recuerdo cuándo conocí a Siro, porque era amigo de la familia. Empezó su relación con mi madre y al principio fue raro, pero entre nosotros no ha habido problemas ni reproches. Con diecisiete años me fui a vivir con Siro y mi madre a Madrid, y tanto a mi hermana Alba como a mí siempre nos ha tratado como si fuéramos hijos de sangre. Nunca ha hecho distinción.

Es un tipo muy cariñoso, y aunque tiene mucho pronto, tarda en sacarlo y es un trocico de pan. Que saque la mala baba es muy difícil. La única vez que le he visto enfadado de verdad fue con Pedrerol. Ahí nos dimos cuenta de que era algo serio.

Trabajé de cámara en *Punto pelota* cuando Siro era colaborador. Apenas estuve seis meses, porque no era agradable trabajar con Pedrerol. Se han visto vídeos de cómo ha tratado a algunos compañeros, y diría que en realidad es diez veces peor. No seguía un guion, se saltaba la escaleta y era imposible seguirle. Recuerdo un día que a un realizador que era un máquina en lo suyo y tenía mucha experiencia, como no le puso rápido un vídeo que no estaba previsto, le dijo que era un becario de forma muy despectiva, le menospreció en directo. Vi a varios realizadores salirse del control central y decir que ya no podían más.

Siro hacía su papel y punto, hasta que explotó.

El de ahora es un rol que no nos esperábamos. Mi hermano Xavi le metió en ese mundillo. Quería hablar de cosas sin seguir un patrón, y pensó: «Quien quiera, me seguirá». Es adaptarse o morir. Le funciona porque tiene mucha labia. En casa es más calladete, pero tiene la cabeza muy abierta, es una persona muy sincera y tiene un corazón muy grande. Empatiza mucho con la gente, no mide nada de lo que te dice, es así, y eso conecta más rápido con la gente. Cuando empezaba en lo de Twitch, no tenía ni idea y se mostraba natural, por eso caía tan bien. Veían a una persona mayor que despertaba a mi hermano Xavi a las dos de la madrugada para que le arreglara algo porque él no sabía.

He tenido altibajos y, cuando le he necesitado, siempre ha estado ahí.

Aunque no sea biológico, siempre le consideraré mi padre.

Siro López, el primer niño de sus ojos

Mi padre siempre me dijo que se me daría bien el periodismo deportivo, así que en su día hice un posgrado de radio y televisión, pero no lo acabé. He sido mal estudiante, y sé que a mi padre le he frustrado mucho. Dice que yo sabía más de fútbol que él, y me encantaba la radio. Desde pequeño me escondía en la cama y me dormía escuchándole en *Punto pelota*. Le echaba mucho de menos, y aquello me hacía sentirme más cerca de él. Es verdad que mis padres se separaron cuando yo apenas tenía un año, pero ha sido muy duro para mí estar lejos de él. He llevado muy mal la distancia con mi padre. Siempre hemos tenido una unión muy fuerte: nos llamamos tres veces al día, le cuento todo y le perdono todo. Lo mismo que él a mí.

Viví en Madrid cuando tenía diez años, pero, por cuestiones familiares, aquel periodo no se pudo alargar. Siro es mi padre y mi mejor amigo. Siempre me ha encantado lo curioso que es, le encanta leer de todo, estar informado, aprender…

Yo soy aficionado del Dépor a muerte y sigo siendo socio. De pequeñito, cuando él curraba allí, el Deportivo y el estar con mi padre era la felicidad completa. Me llevaba a las pretemporadas con el equipo, cuando ganamos la Liga… Eso me generó un arraigo a La Coruña y al Dépor para siempre. Era un sueño, nunca he sido tan feliz como en aquella época.

Ha sido el único que, cuando ha habido algo malo, me ha dado toda la tranquilidad. Es un tío muy positivo y siempre sabe decirte «estate tranquilo» en el momento justo. Y cuando me dice eso, sé que tiene solución. No se regodea en el problema. Por ejemplo, cuando le pasó lo de Hacienda, fui de los pocos que estaba al tanto. No me contaba mucho, pero yo sabía que había un problema gordo, se lo notaba, porque somos como dos gotas de agua y se lo veía en la cara.

Es de las pocas personas con las que puedo hablar de todo. Hace un tiempo tuve un problema con el juego y se lo expliqué. Algo se imaginaba, porque me había pillado en PokerStars y a él no le hacía gracia el tema de las casas de apuestas ni esas historias. Jamás

reaccionó con una mala palabra, sino que me hacía ver lo malo que era eso. No había reprimenda, intentaba ayudarme desde la enseñanza y mostrarme que aquello no me iba a llevar a nada bueno. Me tocaba la fibra para que reaccionara. Nunca se cabreó, lo hablábamos con serenidad. Lo arrastré hasta hace tres años. Creo que me afectó vivir lejos de él y eso me llevó a conductas que te perjudican. Le echaba mucho de menos. Cuando llegaba el día que tenía que irse, era durísimo para mí.

Me enorgullece mucho verle en su nueva faceta. El tío tiene sesenta y pico años y mira qué manera de reinventarse y buscarse nuevas salidas. Eso lo valoro mucho. Durante un tiempo mi padre no lo pasó bien, y yo sufrí mucho. Profesionalmente siempre le he admirado. Ahora está en su mejor momento porque está disfrutando, se lo está pasando muy bien. Hacía tiempo que no le veía así.

Xavi López, el desempate

Durante la pandemia mi padre estuvo haciendo los directos en *Colgados del aro* y vi que tenían mucha audiencia. Le llamaban MVP —Most Valuable Player— porque era el mejor. En casa estábamos superaburridos y empecé a darle la tabarra con el tema. Al fin y al cabo, mi padre es trasnochador, no se duerme antes de las tres de la madrugada, así que le quedaban muchas horas libres. Ahí empecé con los vídeos de TikTok, porque yo también me aburría, y a la gente le hizo gracia.

Me decía que no quería abrirse un canal porque le daba vergüenza. Lo veía una tontería, incluso no lo entendía.

—Yo no sé jugar a nada y no me va a ver nadie, déjate de chorradas —me repetía.

—No hace falta, papá, puedes jugar o hablar. Seguro que te sigue mucha gente. Pruébalo, que no pierdes nada.

Yo ya sabía que había mucha gente que le quería, pero creo que él tenía la imagen de Ibai, que solo jugaba y hacía el tonto. Le insistí en que podía ser como un blog personal, que no iba a dejar de ser un periodista serio, aunque tampoco tenía esa imagen.

En *Colgados* hacía de todo, pasaban mucho tiempo de risas. Sería hacer lo mismo, pero en su espacio. Él seguía pensando que iba a ser una pérdida de tiempo. En su primer directo calculó que le iban a ver veinte personas y fueron más de quinientas. Estuvo meses sin hacer otro porque no le convencía y no era consciente de que tenía que ser constante con ello, no dejar que pasaran meses entre un directo y otro. No se apañaba nada con las tecnologías, se lo hacía todo yo.

—Papá, tú siéntate ahí y lo demás lo controlo yo.

Y me obedecía.

Empezó a llevarse bien con Ibai e hizo un segundo directo. Fue de puta madre y ya se interesó más.

—¿Por cuánto crees que te cotiza hacerlo? ¿Cuándo te empezaría a compensar este tiempo? Mira que con quinientos suscriptores ya podrías estar ganando unos mil euros —le planteé, para que viera que

podía sacarle rentabilidad y quitarse de la cabeza que era una pérdida de tiempo.

—Joder, con eso me sobra —me contestó, y nos pusimos a ello.

Enseguida le cogió cariño a la gente, se sabía los nombres de todos. Cuando iba a cerrar la conexión y le decían: «Nos vas a dejar tirados para irte a ver la tele», no cortaba nunca porque le sabía mal. Se acuerda de Alfredo, Julio, Palermo, Fran, Rotochop… No se olvida de todos aquellos seguidores que le ayudaron mucho, sobre todo los primeros meses. Ibai quiso asentarle en la plataforma. Luego varios streamers le ayudaron, como Elxokas, Cristinini… Un día Ibai nos mandó treinta mil espectadores y mi padre se emocionó. A veces a la una de la mañana estaba ahí con doscientas personas. Ibai veía que estaba en directo y se metía con él. La gente se enteraba y se conectaban miles de personas.

Sabía que le iba a ir bien por la personalidad que tiene, creo que gusta que no sea tan políticamente correcto. Siempre dice lo que piensa y le da igual. En estas plataformas la gente quiere a personas que no tengan caretas. Y saben que no es un aprovechado; si un día tiene que meterse con Ibai, lo hará. No tiene grises, mi padre es blanco o negro.

Todavía hoy se sigue divirtiendo, si no, no lo haría. Hay días que no le apetece entrar, porque está cansado o viene de currar, pero lo hace porque tiene que hacerlo. Si pierde el Madrid, quieren verle cabreado o lloriqueando, y le obligo a que dé la cara. A él le gusta entrar cuando gana el Madrid.

Creo que tiene un largo recorrido, no sé si en Twitch, pero donde sea. Por eso estamos también en YouTube. Creo que la gente se va a mover hacia allí. Twitch es un *boom*, pero YouTube es el padre de todas estas plataformas.

Hace informativos, viajes, juegos… Aunque no se le da muy bien streamear juegos. Le digo que es un coñazo, salvo en Fórmula 1. La gracia es verle jugar por primera vez, luego se concentra tanto que ni habla, y la gente se aburre. Encima es que es muy malo, es bastante inútil.

Recuerdo cuando se tiñó el pelo de morado. Jamás hubiera pensado

que mi padre hiciera algo así. Veía a mi madre tiñéndole en directo… Encima se fue a la ducha y se le quitó, y tuvimos que volver a hacérselo.

Una de las gordas que ha liado fue en los karts con Ibai. Él conducía, y de repente vemos que un tío se había estrellado. Se reventó contra un neumático y luego se chocó con otro coche. Parecía Mario Kart, pero era mi padre.

Alucino porque, si bien a mi padre podían reconocerlo por su trabajo como periodista deportivo, esto ya es una locura. Un día estaba en un directo de viajes, que es lo que más le gusta, y se había comprado una mochila LIVE U para hacer las conexiones. Iba dando un paseo y un grupo de treinta chavales empezó a rodearle y a pedirle fotos. Sé que le hizo mucha ilusión.

Mis colegas ya le conocían, pero el otro día hablábamos de que ha pasado de ser un poquito famoso en *El chiringuito* a que, en apenas dos años, haya cuadruplicado su popularidad, lo hemos notado mucho. Le paran muy a menudo por la calle. Cuando entré en la universidad, me di cuenta de que le conocía toda mi clase. Es que me conocen hasta a mí. Y a mi madre la paran comprando en el supermercado o cuando va a la peluquería. Ahora se cree una diva, se le ha subido la fama a la cabeza, es la nueva princesa del pueblo. Mi padre siempre dice: «La estamos perdiendo».

Cuando se metían con él en la época en que narraba baloncesto en Telecinco, me dolía. Le dieron palos por todos lados y lo pasó mal. En los últimos tiempos ya le da igual. En Twitch hay un tonto de cada diez mil, además podemos echarles. En Twitter la gente es más tóxica. Cuando alguien le insulta o se mete con él, le dice: «¿A tu edad no te da vergüenza hacer esto?», y salen treinta a defenderle.

Ahora es más abierto de mente. Hasta tenemos tres perros, que él no quería ni en broma. Le ha convencido más el chat de Twitch que yo. Se cerraba en banda. «Esto no es una perrera», me decía. Camila, la labradora, se aburría en casa y lo rompía todo, pensamos que ese problema se arreglaría con otro perro y hemos acabado adoptando a su hermano. Desde entonces se porta mucho mejor y está más tranquila. Antes de Twitch, hubiera sido imposible.

Es el tipo con más amigos del mundo, está todo el día hablando con alguien por teléfono, y de todos los palos. Lo mismo está de charla con Rufián que con Florentino, futbolistas, Íñigo Errejón… Se lleva bien con toda clase de gente. Ahora se ha hecho amigo hasta de Kiko Rivera.

Yo con esto gano en nivel de vida. Le recuerdo que empezó por una idea conjunta y, no me puede dejar de lado, es como si Steve Jobs dejara de lado al otro tío de Apple. Y ese tío soy yo, que se encarga de la parte técnica, busca un editor, se tira horas revisando los directos… En el fondo sabe que tengo razón, así que acordamos una cantidad mensual que solo cumplió dos meses. Aunque vivo en su casa, y a pesar de no tener un sueldo como tal, antes no teníamos un simulador de Fórmula 1, el pedazo ordenador de ahora, la Play 5, el móvil que quiero me lo compra… Es rata, pero al final me lo da. Antes no lo hubiese hecho.

Gano con su generosidad. Sus patrocinios me han venido muy bien porque, por ejemplo, desde que le entró la colaboración con UBER, salgo gratis de fiesta con UBER. Y cerveza Estrella Galicia a tope. Invitaciones para festivales… Además, ahora es menos tacaño. Siempre le digo que va a ser el más rico del cementerio. Antes me hubiera mandado a la mierda, y ahora me da alguna opción.

A mí me ha ido de puta madre todo esto.

Luis, el padre de la criatura

De pequeño Siro era muy guapo y muy bueno. No se me olvida que, cuando vivíamos en Asturias y yo trabajaba en la mina, debajo de casa había una señora con su nieta. Siro bajaba todos los días a verlas, y también llamaba «abuelita» a la señora. Un día, cuando él apenas tenía cuatro años, se puso enferma y Siro estaba muy preocupado.

—Abuelita, ¿qué le pasa? ¿Está malita? ¿Quiere que le diga a mi madre que le haga algo de comer para que se mejore? —le preguntó Siro.

Fijaos si era ya cariñoso e inteligente.

No era un niño travieso, pero sí vago. Siempre fue buen estudiante, pero no le gustaba estudiar. Los profesores me decían que si Siro hubiera prestado algo de atención, sería un fuera de serie. Él prefería estar más pendiente de los chistes de los compañeros, y un día se le escapó que le valía con escuchar las explicaciones de los profesores. En realidad, tampoco lo hacía.

A Siro le encantaba leer. Le cogía el periódico al vecino y se lo ventilaba. Tenía locura por las revistas. Así que no me sorprendió cuando decidió ser periodista, porque lo de él siempre fueron las letras. Ya de más grandecito, un año sacó malas notas y le eché la gran bronca. Le amenacé con que, si no quería estudiar, al día siguiente se venía a la fábrica a trabajar conmigo. Me pidió una oportunidad más, y yo, que estaba deseando dársela, se la di.

Jamás me opuse a su decisión de ser periodista, porque creo que tenía que estudiar algo que le agradase. Su madre y yo seguimos siempre su carrera, teníamos locura por él. Cuando estaba en Antena 3 Radio, a las seis de la mañana ya nos poníamos a escucharle, nos hacía mucha ilusión. Ahora también le sigo, pero tenía un móvil moderno y se me estropeó y he cogido uno solo para recibir llamadas. Sé que ha tenido mucho calado entre la gente joven. Mis amigos y compañeros me dicen que ahora hace algo fabuloso. No sé ni cómo se llama el programa.

Siro siempre ha salido para adelante.

Estoy muy orgulloso de él, no sé si él lo estará de mí.
¡Ah! ¡No tarden en sacar el libro, que tengo ya noventa años!

Julita, la mujer de su vida

¡Hombre, que si me acuerdo de la primera vez que le vi, como para olvidarme! Fue antológico. Mis padres iban los fines de semana a la casa de la Costa Brava, y como yo ya tenía quince años, empezaron a dejarme sola en casa con mi hermano Juan, íntimo amigo de Siro. Una noche yo estaba durmiendo en la cama grande y, al ir a mi habitación por la mañana, me encontré con un tío en mi cama, ¡y yo sin enterarme! Era Siro, que había salido de juerga esa noche con mi hermano. Al verme se puso rojo como un tomate. Era muy tímido, no hacía más que taparse la cabeza con la sábana.

A partir de entonces empecé a encontrármelo en los partidos que él retransmitía, porque me encantaba el baloncesto. Ojo, que él no me gustaba nada, ¿eh? Pero nada. No entraba en mis cánones. A mí me gustaban los jugadores que entrenaba mi hermano y yo era la hermanísima de todos. De hecho, había un personaje de tebeo que me recordaba a él y así le llamaba: el Tribulete, «que en todas partes se mete». Iba con gafitas, así muy simpático, y a veces cogía mi Seiscientos y no me importaba.

Nos íbamos viendo, y la verdad es que me reía mucho con él, pero era lo único. Coincidimos en el colegio Alpe y nos encontrábamos en la biblioteca, pero nada. Para mí era el Tribulete y el que nos conseguía entradas para los partidos.

Me casé muy jovencita, con veintidós años, y fui mamá a los veintitrés. No podía vivir en pecado, así que me tuve que casar e irme a vivir a Puigcerdà.

Un día me llamó mi hermano:

—Siro está atrapado en la frontera de La Junquera. Por favor, ve a buscarlo. No le dejan entrar porque es *persona non grata*.

Yo aluciné. Bajé con el cochecito de bebé de mi hijo y le pasé a Francia. A partir de ahí empezamos a vernos más, porque él veraneaba con su mujer en Cala Canyelles, donde íbamos cada verano con mis padres, mi hermano Juan, *etc.* Era todo muy familiar, jugábamos a las cartas, los críos con la hija de Siro… Yo conocía a su exmujer y

teníamos todos un trato muy cordial. Entre él y yo nunca hubo absolutamente nada, ni un tonteo. Pero un verano, justo cuando acababa de poner el fijo en la casa de allí, sonó el teléfono:

—Julia, soy Siro, que estoy en un torneo en Zagreb. ¿Quieres que te lleve unas zapatillas? ¿Qué número de pie usas?

Acepté sin más, solo pensé: «Mira qué majo, cómo se preocupa».

—Fíjate, qué mono que es Siro —le dije a mi marido.

Lo vi con normalidad, porque pensé que llamaba a todo el mundo ofreciendo zapatillas. Me las compró y me las trajo. Aún pasaron muchos años así. Salía más de juerga con mi entonces marido que conmigo. Siro dice que yo le había gustado toda la vida. No sé… Él tenía muchos problemas en su matrimonio, y aunque jamás hablaré mal de su ex, era muy complicada. Siro empezó a pasarlo muy mal, me llamaba para desahogarse, me contaba cada dos por tres que se había ido a casa de un amigo a dormir porque habían discutido. Yo también empecé a estar regular con mi marido, me había casado muy joven. Así que, durante un tiempo, Siro y yo nos contábamos los problemas. Así comenzamos: compartiendo penas. Confieso que ahí ya empezó a hacerme gracia. Pasó de ser el Tribulete a ser Siro. Tenía unos detalles maravillosos. Me llamaba y me decía: «Pon Radio 80». Y justo salía la canción *Yolanda* de Pablo Milanés, y me la dedicaba… Era un profesional.

Yo me separé primero y Siro me apoyó mucho, pero no me separé por él, que quede claro. Mi marido me estaba amargando la existencia, y Siro era una persona muy alegre. Pero no daba el paso. Tenía un niño muy pequeño y no se atrevía. Al final en el grupo hubo mal rollo porque mi ex le echó la culpa de nuestra ruptura a Siro, por más que le jurase que no tenía nada que ver. En cambio, la mujer de Siro sabía que yo no era la causa, porque ya de antes él se había ido un millón de veces de casa. Al final Siro tomó la decisión. Tal vez vio que yo era valiente y capaz de separarme, y él un cobarde que llevaba años poniendo parches.

Entonces hicimos oficial lo nuestro. Yo tendría unos treinta y un años. El primer beso fue en Zaragoza, adonde fui con mi hermano a un partido de la Copa del Rey de baloncesto. Me quedaba en un hotel,

salimos de juerga y Siro insistió en que me quería acompañar. Y así fue… Subió a la habitación y de repente me plantó un beso. Fue muy bonito, pero no era el momento y le eché. Ahí ya estaba enamorada de él, pero mantenía una lucha conmigo misma. Siro tenía fama de picaflor. «¿Dónde voy yo con este? Menudo personaje», me decía. Las mujeres tenemos dos dedos de frente. Pero luego sucedieron las cosas rapidísimo. Mi ex me hizo muchas putadas cuando me separé y Siro me ayudó. Enseguida empezamos a convivir. Pero cuando lo dije en casa…

—¿Pero tú te lo has pensado bien? Es un mujeriego. Le quiero mucho, pero no es de fiar —me dijo mi hermano.

—Bueno, tampoco me voy a casar con él —le respondí.

De hecho, tardamos quince años en casarnos.

Eso sí, mis padres nos apoyaron desde el primer momento. Le conocían de toda la vida y mi madre tenía adoración por él. Fue una época difícil porque tuvimos muchos problemas con nuestros respectivos ex, y Siro sufrió muchos chantajes con los niños. Al fin y al cabo, yo tampoco tenía por qué aguantar a esa señora… Pero siempre nos decíamos: «Si resistimos a esto, ya resistiremos todo».

Siempre he tenido mucha paciencia para aguantarlo, porque Siro es muy suyo, y me ha dejado tirada en mil sitios, porque no se acuerda ni de que queda contigo ni de la hora.

Nos compenetramos mucho, somos muy de «vive y deja vivir». De repente nos encontrábamos en paz, sabiendo que tenemos espacio, sin ser celosos. Nunca hemos sido absorbentes. Yo era el centro de la vida de mi ex, y me controlaba mucho. Siro tenía mucha vida fuera de casa y a mí me gustaba porque también necesitaba estar sola. Y él lo mismo.

Nunca desconfié de él, siempre he pensado que el que no quiera estar conmigo, que no esté. Pero recuerdo un día en el pabellón Sant Jordi. Semanas antes él había tenido partido en Granada, todavía éramos novios primerizos y todo era muy bonito… Una noche me llamó desde allí y me soltó, en plan enamorado:

—Estoy en el hotel, te echo mucho de menos.

—Pero ¿qué dices? ¿No sales? —le respondí.

Al colgar pensé: «No te lo crees ni tú», y ahí quedó. Dos meses después, en el Sant Jordi, en un torneo con dieciséis mil personas, cuando caminábamos hacia la salida, vi que tres chicas se acercaban a Siro y le llamaron, pero él se hizo el loco.

—Cariño, que te están llamando. ¿No las oyes?

Eran las tres chicas con las que había salido la noche aquella de Granada. Le conozco y sabía que no había pasado nada. Seguro que les dijo: «¡Veniros a Barcelona!», y que les iba a hacer de cicerone. Luego se las endosó a dos compañeros de la radio. Le pierde la boca, pero me entero de todo.

Lo conozco muchísimo, porque primero fuimos amigos, vi cómo reaccionaba con su primera mujer, con novietas, *etc.* No pongo la mano en el fuego ni por mi padre, quizá me la ha pegado, pero con algo serio se lo hubiese pillado.

Lo que mejor transmite Siro es tranquilidad, tiene muy buen carácter. Le cuesta mucho enfadarse, mantiene el sentido de la amistad muy en alza y es muy amigo de sus amigos. Un poco rencoroso sí que es, pero es muy buena gente. Es muy impuntual y no lo soporto. Creo que tiene que ver con la tranquilidad que maneja, pero se pasa. Le digo que es cosa de educación y egoísmo, o por haber sido un hijo único consentido. Pero me aporta sosiego y risa, me río mucho con él.

Lo de la impuntualidad lo he dado por perdido, y eso que le ha causado problemas con gente. Es muy mentiroso por ese motivo, se inventa cualquier excusa para justificarse. Le dice a la persona con la que haya quedado: «Tranquilo, estoy llegando», y está en casa viendo la Fórmula 1.

—¿Para qué mientes, si se van a enterar? —le pregunto siempre.

Pero no hay manera, chico.

Es muy desordenado y tiene pocas manías. Según él, lo encuentra todo, pero nunca encuentra nada. Pierde hasta la cabeza; no sé cuántos pares de gafas se ha tenido que comprar…

En realidad, mi nombre es Paciencia. Siro es buen niño, pero en casa es como un mueble. Mi madre le llamaba «El zascandil de Toledo»: entristece la casa y alegra al pueblo. Fuera es todo jijí jajá y

en casa no habla para no gastar. Está en su mundo.

Luego es muy espléndido y generoso, la verdad. Le gusta ayudar, no soporta que sus amigos lo pasen mal. Eso y sentirse traicionado, porque Siro es de confiar mucho en el otro.

Es muy orgulloso. Si piensa que tiene razón, no se baja del burro. Y le cuesta pedir perdón porque sigue pensando que tiene razón. Yo ya paso. En el fondo no sabe ser frío, es muy sensible, y no tan en el fondo, porque es un llorón y se emociona con todo. Cuando cumplí cincuenta me organizó una fiesta sorpresa en Cala Canyelles, y cuando llegamos y vimos a todo el mundo allí, el que más lloraba era él. Me acuerdo de verle pegarse unas lloreras viendo el programa de *Quién sabe dónde* o con *Sorpresa, sorpresa*. Por más que yo le dijera: «Siro, si lleva veinte años sin ver a su prima de Albacete es porque no ha querido», él lo pasaba fatal.

Un día, durante la pandemia, vi el vídeo que Xavi le había grabado con lo del gorila Makumba. Me hacía mucha gracia. «Mira mi niño qué bien lo ha hecho», pensaba yo, inocente de mí. Pero es que el pobre estaba al borde del suicidio por no poder salir a ver a su novia, y al menos, riéndose de su padre, se entretenía. Siro no quería que le grabara:

—Tú eres tonto. Me considero un periodista serio y soy muy mayor para estas gilipolleces —le decía a Xavi.

Cuando surgió lo de Twitch, Siro se negaba, pero por la testarudez de Xavi y para que se callara, accedió.

Creó un monstruo…

En realidad, se trataba de otro modo de comunicar y quería probarlo, no perdía nada. Y encima nadie le iba a mandar, por eso le gusta tanto. Empezó a pasar horas ahí, aunque nunca pensé que fuese a rentabilizarlo, sino que era un lugar donde podía pasárselo bien, nada más. De hecho, lo sigo pensando: él está jugando, y quiero que siga siendo así. No tiene la presión económica, porque ya tiene demasiados trabajos, así que esto es bienvenido. Hemos puesto placas solares gracias a todo esto, eso sí.

Creo que Siro busca en la gente comprensión, porque a veces me da la sensación de que se siente un incomprendido. De la vida espera

poco, él es un disfrutón siempre. Cada día que pasa, dice «un día más», y no «un día menos». Mientras tenga su cerveza, el pádel, vea el fútbol los domingos y pueda viajar, que es lo que más le apasiona… Nuestro sueño es que cuando Xavi esté ya colocado, jubilarnos e irnos los dos a recorrer el mundo en una autocaravana, ¡haciendo *reels*! El año que viene nos lo vamos a plantear en serio para ir dejando cosas ya a un lado…

Supongo que el éxito le ha llegado porque tenía la suerte de que la gente le conocía, sobre todo de su época en *El chiringuito*. Al final hay que darle las gracias a eso… Llegó en el momento oportuno, y creo que el que sea mayor hace gracia.

Siro no es un bienqueda, pero para dejar bien a sus amigos se moja, porque para él la amistad está por encima de todo, pero creo que también debería criticarlos, aunque no lo va a hacer. Sin embargo, cuando hay una polémica con Florentino Pérez, Tebas, etc., la gente va al canal de Siro porque sabe que él no se va a callar.

Desde el otro lado le ven tal cual, porque se desnuda bastante. Se muestra tal y como es. Cuando está cabreado se lo notan en el directo, o cuando está de bajón y le mandan a dormir. Siro es completamente transparente.

Algo de vicio también debe haber ahí, y Siro es un poco adictivo. Como le dé por un juego… Aunque cada día lo es menos, eso también es verdad. Jamás le diría que lo dejase, yo mientras tanto estoy tan a gusto con mis libros y mis cosas. Y los fines de semana casi nunca he contado con él, por lo que ya estoy acostumbrada.

A estas alturas de la vida ya nos preocupan pocas cosas, solo que les vaya bien a los nuestros. Antes, lo que dijeran de él le importaba; ahora, tres pepinos. A veces me fastidia más a mí. Se aflige, pero con otras cosas, porque Siro es hipocondriaco. Le duele la cabeza y ya se cree que tiene un tumor cerebral. Lo que piensen sus amigos le afecta si no lo valoran. Antes se preocupaba más por todo eso, se lo notaba en conversaciones telefónicas. Le vi pasarlo muy mal cuando dejó Antena 3, se deprimió mucho. Estuvo unos meses sin trabajar en los que apenas se levantaba del sofá.

Cuando lo pasa mal se calla, se mete para dentro. Con los problemas

de Hacienda no me quiso decir nada y, cuando me enteré, la que se enfadó fui yo. El gestor que tenía era un inútil, y la Ley Montoro era retroactiva, así que lo que estaba permitido dejó de estarlo. Eso le provocó muchos quebraderos de cabeza, pero ojalá todo se pudiese arreglar con dinero. Sufrió más con lo de Antena 3, porque llegó a creer que no volvería a ser periodista, y cayó en un pozo. En La Coruña revivió, como el ave Fénix.

No creo que siga mucho tiempo más con todo esto. Con el ritmo que lleva, no sé si aguantará. A la larga, lo que quiere es un Twitch de viajes y no estar tantas horas ahí encerrado. Ahora está en plena euforia. Pero es constante, no se aburre de las cosas. Tal vez esté pasando un bache o se note un poco cansado.

—¿Ahora de qué coño hablo? —me pregunta a veces.

Y luego le escucho horas y horas dale que te pego.

Epílogo

Conocí a Siro en una final de la Copa del Rey en Zaragoza, que ganó el CAI. Él era el inalámbrico de Antena 3 y era mi primera transmisión con la SER. Le conocí al final del partido, en el parquet, mientras los dos estábamos intentando entrevistar a los que habían ganado, y acabamos encarándonos, empujándonos, y casi nos pegamos. Al final nos disculpamos y ese día nació nuestra amistad.

A partir de ahí creamos un bloque formado por Andrés Montes, que era como mi hermano, y Siro, de Antena 3, junto a Xuáncar y yo, de la SER. Mientras que García y De la Morena se odiaban, mantenían una guerra tremenda, nosotros éramos como uña y carne. Hicimos un pacto de amistad. Por ejemplo, si yo esa noche tenía a Antonio Díaz Miguel, ellos no lo metían, y viceversa. No jugábamos a clavárnosla. Comíamos y cenábamos siempre juntos, jugábamos a las cartas, e instauramos que en los viajes nos quedábamos los cuatro en una habitación hasta las seis de la mañana charlando de la vida, del baloncesto, de mujeres, nos contábamos chistes… Íbamos juntos a todos lados.

En un partido de la Copa de Europa de baloncesto en Moscú entre el CSKA y el Barcelona (todavía era la Unión Soviética, y moverse por allí era jodidísimo, con nieve hasta las trancas), fui con mucho tiempo al pabellón y le advertí: «Niño, ten cuidado, que llegarás tarde». Siro siempre ha sido tardón, va a todos los sitios con la hora pegada al culo. Una vez en el estadio, me puse a probar con la línea de la SER, y a mi lado estaba la de Antena 3. Siro no llegaba… y por su línea iba escuchando: «Hola, hola, Siro, ¿estás ahí?». Andrés Montes me dijo: «Como no llegue, García le echa». Se había ido a comprar matrioskas y gorros rusos, y luego no encontraba taxi. Así que me puse los dos micro-cascos, y mientras narraba para la SER, el Negro Andrés me iba oyendo por el de Antena 3 y repetía lo que yo decía… Vamos, que si se me escapa alguna burrada, la hubiese repetido como un papagayo. Cada dos minutos me decía que García le iba a echar. De lo que no me voy a olvidar nunca es de la cara que traía Siro mientras subía por las

gradas del pabellón. Venía todo colorado, con la lengua en el suelo, atorado. García era de mucho ruido y pocas nueces, y no le echó.

Siro es muy buen tío, un trozo de pan, y nunca olvida quién le ayudó. Para mí tiene un defecto y es que tampoco olvida quién le puteó, y yo siempre le digo que eso lo tiene que olvidar. Creo que esas cosas hay que dejarlas a un lado. Ha tenido virtudes acojonantes, aunque es de los tíos más raros que he conocido. Del Madrid en el fútbol y del Barça en el baloncesto. ¿Cómo coño se puede llevar eso? Aunque lo cierto es que siempre celebra algo. Un día me sacó del Palau porque me querían matar los Boixos en un Madrid-Barça. Tenía muchos amigos en el Barcelona de baloncesto, y con la selección los periodistas de aquella época éramos muy plurales, no de bufanda, como ahora. Teníamos buen rollo con todos.

Admiro mucho a Siro porque tiene sesenta y siete años y siempre se reinventa. Se fue a la puta calle y se buscó la vida en el Dépor, luego en TeleMadrid, luego de colaborador, ahora con esto del Twitch. No solo se ha adaptado a las nuevas tecnologías, sino que ha cambiado su lenguaje para ponerse a la altura de los chavales, y eso tiene un mérito de la hostia. Ha cambiado hasta su forma de vestir, y menos mal, porque es el tío más hortera que conozco. Habla tan claro que en ocasiones le ha traído muchos problemas, pero siempre ha sido muy sincero delante de un micro. A veces se ha equivocado, pero siempre va con su verdad por delante. Eso ha marcado su personalidad.

Siro siempre en mi equipo. Para mí, lo más importante es que sea buen periodista y buena persona, y lo es. Es de los que hacen grupo, aunque nunca ha estado en mi redacción. Cuando yo era currito de TeleMadrid y me ofrecieron ser jefe de deportes, les dije que ese debía ser Siro.

Le admiro, y me parece increíble que tenga la vitalidad necesaria para pasar tantas horas stremeando, o como se diga. Conectar con los chavales, entrar en ese mundo de los menores de treinta años. No tenía ni puta idea de tecnología, creo que era tan torpe como yo. Y no solo ha sido capaz de hacerlo, sino de ser aceptado por esa comunidad, que nos ve como caspa, antiguos, como prensa tradicionalista, y nos apartan. Pero él es el padre o el abuelo de ellos.

Le han dicho que se cambie las camisetas, que se peine de otra manera… Siro no conoce el ridículo. En *Gol* le dije que se disfrazara de lagarterana si perdía una apuesta, y lo cumplió. O cuando se tiñó el pelo de morado.

Es un viejo como yo que habla como los jóvenes. Es un poco como El Pirata de Rock FM, que con setenta y dos años engancha porque tiene un lenguaje de la calle. En *Tiempo de juego* pasa lo mismo. Usamos un lenguaje de bar, de tertulia, de colegas que están en un bar y dicen barbaridades. Eso lo ha conseguido Siro en Twitch.

Tiene un don, y es que sabe acercarse a la gente. El protagonista, no sé por qué, tiene *feeling* con él. El artista confía en Siro. Ha tenido buenas relaciones que ha sabido cultivar, y eso solo lo saben hacer los buenos periodistas. Es ácido cuando quiere, pero es un tío dulce, simpático, gracioso… Luego tiene mala leche y colmillo cuando hay que sacarlo. Si discutimos en antena, la gente piensa que nos odiamos porque parecemos dos hienas tirándonos al cuello, pero mientras tanto nos estamos mandando mensajes descojonándonos. Cuando yo defendía a Ramos, él lo criticaba. Cuando yo me metía con Florentino, él lo defendía. Podemos tener una discusión encarnizada y decirnos barbaridades en antena, pero luego nos llevamos de la hostia. Le he visto cabreado varias veces, porque cuando defiende una idea es a muerte, y cree que tiene razón y que esa es la verdad. Es muy cabezón, pero lo bueno es que respeta la verdad del otro, y eso es muy difícil.

Es un gallego muy catalán, nacionalizado madridista y con alma española.

Un fenómeno.

MANOLO LAMA

Agradecimientos

Qué difícil y a la vez qué fácil parece abrir esta página de agradecimientos. Difícil porque será complicado no olvidarse de alguien y fácil porque aquí tendríais que estar todos y cada uno de los y las que en un momento u otro de estos ya sesenta y siete años habéis hecho el camino de este tipo con suerte más agradable y, sin duda, mucho más liviano.

Si estoy escribiendo estas líneas y habéis llegado hasta aquí es por culpa de David Trías y de Virginia Fernández de Penguin Random House, que un día, imagino que tras sufrir un desequilibrio mental transitorio, pensaron que mi vida podía tener algún tipo de interés para vosotros.

Metidos ya en faena, este libro no hubiera pasado de ser un breve panfleto de no mediar la ayuda de mis «negr@s» Lorena González y Miguel Sánchez, el otro yo de Pablo Lolaso, que me han ayudado a poner en negro sobre blanco mis recuerdos y mis vivencias de todos estos años.

Ahora viene lo más difícil. No dejar en el olvido a tanta gente que ha ayudado a que mi vida sea tan maravillosa como creo que ha sido, tanto en el aspecto profesional como en el personal.

La lista la tienen que empezar Luis y Trini, mis padres, que siempre lucharon por darme lo que a ellos les faltó, renunciando, en muchas ocasiones, a pequeños lujos que hubieran merecido disfrutar por todo lo que se sacrificaron por su Sirito del alma.

Sé que al que solo me conoce en mi faceta profesional le va a sorprender que diga que siempre me ha costado expresar de forma oral lo que pienso y lo que siento de las personas que he tenido más cerca. Me ha pasado con mis padres, me ha pasado con Julita —y por eso le he escrito una pequeña carta de amor en este libro— y me ha pasado también con mis hijos, los biológicos y los que no lo son. Así que ahora aprovecho, aunque suene a muy bizcochón, para decirles que los quiero y que estoy muy orgulloso de todos ellos. Sé que para Elia y Siro no fue fácil cuando me separé de su madre. Eran muy

pequeños, y seguramente no entendían por qué solo podían ver a su papá cada quince días y a veces, por temas que ahora ya no vienen al caso, ni eso. Lo supieron asumir y por eso les quiero agradecer su comprensión y el cariño y el amor que siempre me han hecho llegar cuando lo he necesitado. Casi las mismas palabras podría utilizar para Alba y Álex porque, aunque no son mis hijos biológicos, los he sentido como si lo fueran. A sus hijos, mi Nilete del alma, Pol y Lucas, los adoro como nietos que son, y sus chic@s, Uri y Gloria, son mis yern@s igual que Hervé y Alexandra. De Xavi qué voy a decir. Es el mimado que, como decía mi madre, «falta no hacía», pero que llegó para crear un nexo de unión y ser el protegido de sus cuatro hermanos. De cada uno de ellos tiene algo, y he de reconocer que es el culpable de que su padre esté escribiendo un libro porque un día le convenció para que se metiera en un mundo, para él, desconocido. Te quiero, Xavitano.

A lo largo de estas páginas ya os he hablado de lo que han significado en mi vida mis abuelos, mis tíos y alguno de mis primos. No he citado a mi prima Mari Carmen, que para mí ha sido y es algo más que eso. Vivió una larga temporada con mis padres y conmigo, y para mí es como la hermana que nunca tuve. Gracias, Carmen, gracias, Lola, y gracias a toda mi familia de Farban por lo mucho que cuidasteis de mí en mis veranos en Sarria.

De los componentes de mi otra familia, la que tengo por parte de Julia, os he hablado de casi todos. Julia, la madre de Julita, fue para mí como una segunda madre, y sé que ella me quería no sé si como a un hijo, pero sí de una forma especial. Gracias, Julia. Espero que me hayas perdonado el que te ganara de vez cuando al dominó, y que allí donde estés con mi Trini disfrutéis juntas con la lectura de este libro. Juan, Mariajo, Mari, Luis, José, Delfina, cuñad@s, gracias por estar ahí cuando os hemos necesitado.

No quiero olvidarme, aunque ya he hablado de él, de mi primer maestro: José Varela Peteiro. Imagino que ya no estará entre nosotros, pero quería darle las gracias por tener tanta confianza en aquel niño de tan solo seis años. Espero no haberle fallado.

Gracias a la familia de La Fonda Niza en Lugo por hacerle la vida mucho más fácil a aquel niño que tenía a sus padres a dos mil

kilómetros de distancia.

Gracias a todos mis compañeros de instituto —Corominas, Galeote, Céspedes, etc.—, que me acogieron recién llegado de Galicia y me integraron en los partidos de fútbol que jugábamos en el descampado que había delante del Juan de Austria.

Gracias a mis coetáneos de Can Culapi. De casi todos os he hablado en alguna parte del libro.

Gracias a Toni García Pimienta por iniciar juntos la aventura de la adolescencia. Toni habría sido el amigo de siempre de no haberse interpuesto en su camino, cuando solo tenía veintiséis años, el puto cáncer.

Gracias a todos mis colegas del colegio Alpe por hacerme pasar parte de los mejores años de mi vida.

Gracias, Fina, mi primera novia, por descubrirme el, a veces complicado, camino del amor.

Gracias a Xavi Arqués, José María Ciervo y Perico Ansa por aquellos domingos de jijí jajá en las fiestas de Químicas, Medicina y Económicas.

Gracias a mis maestros del *Dicen* y, en especial, a Manuel Moreno. Con ellos empecé a aprender el oficio.

Gracias a ese dúo, desde que se conocieron inseparables, que forman Emilio López y Joso. Puede que las mayores carcajadas de mis veinte años las diera con ellos. Nuestras comidas en el Sheriff de la Barceloneta son inolvidables.

Gracias a mi familia de Antena 3 Radio. Lo que vivimos en esa emisora de Paseo de Gracia número 96 es sencillamente irrepetible.

Gracias, Sara, Paloma, Cristina, Susana, por compartir momentos, para mí, todos buenos e inolvidables.

Gracias, Lluís Canut, por tu amistad y tantas y tantas vivencias juntos. Tú y nuestro inolvidable Fernando Borderías sois de lo mejor que he conocido en estos cuarenta y cuatro años de profesión.

Gracias, Nacho Solozábal, porque nunca ha faltado tu llamada sobre todo en los momentos difíciles.

Gracias, Chechu Biriukov, por hacerme partícipe de tu vida y darme la oportunidad de conocer a tu madre Clara. Una heroína que

desprendía positividad y alegría por todos sus poros.

Gracias, Toni García Bernardo, por acompañarme en tantos viajes y darme consejos bancarios que después nunca seguía.

Gracias a Marcos Alonso por ser mi amigo y estar siempre dispuesto a ayudarme cuando te he necesitado.

Gracias a José Manuel Muñoz, Pepe Gutiérrez, Enrique García Corredera, Cristian García, Rafa Vilasanjuan por aguantar mis defectos y destacar siempre las pocas virtudes que tengo.

Gracias, Neus Bueno, por los momentos tan divertidos que vivimos juntos. Algunas de las notas que me escribiste, en papel de liar, todavía las guardo.

Gracias a Lluís Mascaró y Javi Callejo, al uno por volver a darme la oportunidad de trabajar en el *Sport* y al otro por abrirme nuevamente las puertas de TeleMadrid.

Gracias a Valero Ribera por tu amistad y por dedicarme el primer triunfo europeo del Barcelona de balonmano.

Gracias a María Teresa y Rogelio Rengel por enviarme un salvavidas en forma de trabajo en *Don Balón*.

Gracias a Fabián, Estrella, David, Nuria y toda su familia, Muiños, Cortacans y Fernández por vuestra amistad de tantos años.

Gracias a Lis de Soto, aunque ya no estés aquí con nosotros, y Javier Chaver, por animar a los dueños de Onda Cero A Coruña para que me ficharan y pudiera volver a la radio.

Gracias a José Gerardo porque, aunque tuvimos nuestros más y nuestros menos cuando estuve en La Coruña, no olvido que te acordaste de mí para colaborar en Radio Voz.

Gracias a Pepe del Taboo, Crispi y Luisa, Miguelito, mi compadre Martel y todos los que de una forma u otra nos hicisteis más fácil la adaptación en La Coruña a Julita y a mí.

Gracias a José Luis Núñez por ser mi complemento ideal en aquella Onda Cero A Coruña.

Gracias a los colegas, Andrés Ríos, Luis de la Cruz, Germán Dobarro, Sergio Barriocanal… y a todos los que supisteis entender lo complicado que era para mí navegar entre dos aguas cuando fui jefe de prensa del Deportivo.

Gracias al presi Lendoiro por pensar en mí cuando quedó vacante el puesto de jefe de prensa.

Gracias a Ignacio Rivera, presidente ejecutivo de Estrella Galicia, por estar siempre que le he pedido ayuda para algún proyecto que seguramente era muy interesante para mí y quizá no tanto para él y la empresa que lidera.

Gracias a Jose Estrada, Pepe Cabanas y toda su gente de Estrella por apostar por mí cuando ninguno sabíamos cómo iba a salir esto.

Gracias a Manolo Lama por todo lo que hemos vivido juntos y por aconsejarle a Ángeles Yagüe que me fichase para ocupar el cargo de jefe de deportes de TeleMadrid.

Gracias a Joaquín Martín, a Julio Sanz, a José María del Toro y a mi, desde hace tiempo, inseparable Antonio Mérida y a todos los que formasteis parte de la redacción de deportes de TeleMadrid.

Gracias a Ángeles Yagüe por darme la oportunidad de gestionar un equipo y sobre todo de coincidir y aprender de ella, de Elena Sánchez, Matilde Fernández, Fernando Jerez, Teresa Ordás y de tanta gente brillante que pasó por la televisión autonómica madrileña.

Gracias a Xuáncar, Paco, Manolo, Juanma, y a todos los que forman parte de la familia de deportes de la cadena Cope. Con vosotros he vuelto a disfrutar de la radio como no lo hacía desde la época de Antena 3.

Gracias a J. J. Santos, Manu Carreño y José Antonio Luque por darme la oportunidad de volver a disfrutar del baloncesto.

Gracias a Alberto Fernández, a todos los trabajadores de Endesa que hacen posible *Colgados del aro* y a todo el equipo que puso en marcha ese programa y que lo sigue manteniendo en antena.

Gracias a Ibai, TheGrefg, Rubius, Pol, Ampeter, Gerard, Ruben, Valentí y a todos los que me habéis ayudado y abierto los brazos en esta aventura que es para mí Twitch. Habéis sido muy generosos con el Abu.

No me olvido de vosotros, los del grupo de pádel de los viernes. Gracias por aguantar mis exhibiciones, y en algún caso humillaciones, que me han obligado a ausentarme para no hundir a alguno en la miseria.

Echaréis en falta algunos nombres. Algunos porque a ciertas edades, como dice mi amigo Sergio, los jugadores se te descolocan y otros porque, como es el caso de Sergio Gyalui, Jabo, Eladio, Lucho…, he ido hablando de ellos en diversos capítulos del libro.

Gracias a Alberto Chao y a Jaime Barreiro, de Voice&Views, por vuestra ayuda. Sin vosotros mi aventura en Twitch no funcionaría igual.

Qué puedo decir de los que han tenido el detalle de perder una parte de su tiempo para hablar de mí y encima bien. Gracias a todos (Mendi, José María, Antoni, Ferran, Christian, Sergio, Jabo, Lagarto, Presi y Javier) por ser mis amigos y dedicarme palabras que os aseguro que no merezco.

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

Así empezó todo. Hace mucho tiempo, muchísimo, fui un niño. Aquí me podéis ver con mis padres, mis abuelos y demás familia el día de mi primera comunión. Y haciendo el bobo con un globo, en mi primera visita a Madrid con ocho años en la Casa de Campo.

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

En la primera imagen estoy con Julita y los niños, excepto Xavi que no había nacido aún, cuando vivíamos en Premià de Mar. En la de en medio, con los «ximenitos» en el Restaurante Salamanca en Barcelona (toda la familia de Julita celebrando las Navidades anteriores a la pandemia). Y en la siguiente estoy con mis padres en nuestra casa de Sarria.

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

Con Julita y todos mis hijos, en una de las pocas fotos que tenemos juntos.

Imagen cedida por el autor

Con mi nieto Nil, hijo de Alba, al que pongo en representación de los otros dos nietos pequeños que tengo y de los que seguro que llegarán más adelante.

Imagen cedida por el autor

Y aquí con los hijos mayores, sus parejas y los nietos. Faltan Xavi, Siro y Alexa

Imagen cedida por el autor

Con el equipo de balonmano del colegio Alpe. De pie, el primero por la derecha. Tenía quince años.

Imagen cedida por el autor

Con los amigos con los que hice el famoso viaje en el que me gané el mote de «Camellois». Manuel Roldán es el de barba, que fue el que me lio para el viaje, y de los otros dos no logro acordarme de sus nombres. Es lo que tiene la edad.

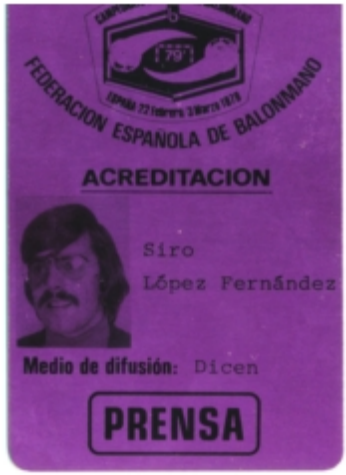

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

En el periódico *Dicen* me inicié como periodista. Las de arriba son mis primeras acreditaciones oficiales, que sigo coleccionando con cariño. En la foto central, podéis verme en mi primera entrevista, a Zoran Slavnić. Y en la imagen inferior me encuentro vestido como un ultra del Barça para un reportaje para el que me desplacé hasta Beveren en autobús con la afición culé.

Imagen cedida por el autor

Con un montón de compañeros de la prensa. De izquierda a derecha: Manolo Lama, José Manuel Muñoz, Miguel Ángel Fornies, Jorge Román, Xavi Martínez Olivar, Jordi Basté, Carlos González, Miguel Panadés, Nino Buscató, Xavi Andreu, Jacint Felip y José María Farrás.

Imagen cedida por el autor

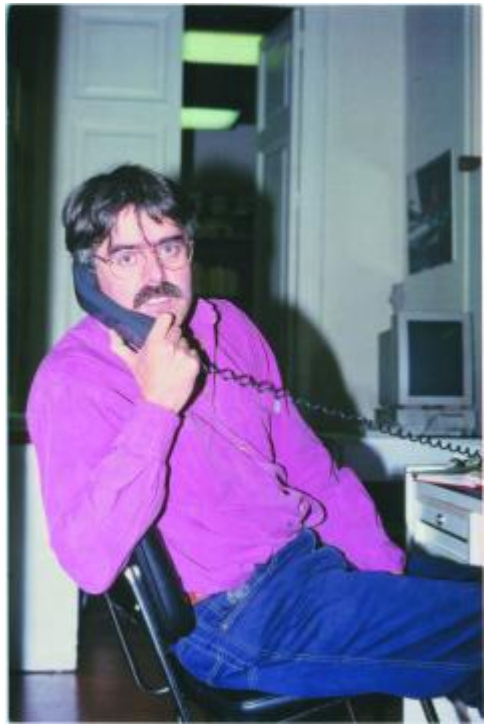

Imagen cedida por el autor

Encestando en la redacción de Antena 3 Radio y, como siempre, con el teléfono en la oreja.

Imagen cedida por el autor

En la cena de despedida de Nacho Solozábal, a la que vino incluso Joan Manuel Serrat. De arriba abajo: Chicho Sibilio, Andrés Jiménez, Audie Norris, Zoran Savić, Perico Ansa, José Luis Galilea, Roger Esteller, Paco Zapata, Juan de la Cruz, Lluís Canut, Nacho Solozábal, Miguel López Abril, Manolo Flores, Joan Manuel Serrat y Epi.

Imagen cedida por el autor

Con Juanito Corbalán, Wayne Robinson, Brian Jackson y Miguel

Imagen cedida por el autor

Maradona estuvo con nosotros en la redacción de Antena 3 varias veces. Nos hicimos una foto todos los compañeros con él, pero no he sido capaz de encontrarla. Os dejo esta con José María García, cuando el futbolista se estaba recuperando de la lesión de tobillo tras una salvaje entrada de Andoni Goikoetxea.

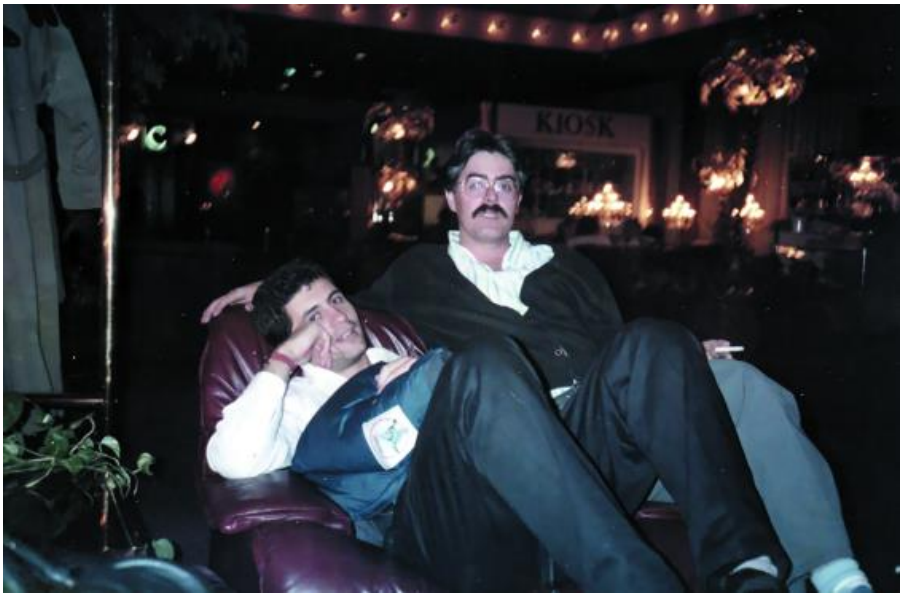

Imagen cedida por el autor

Con Manolo Lama en Tuzla, meses antes de que estallara la guerra de los Balcanes. Cubrimos un España-Yugoslavia, el último que se jugó antes de ese triste conflicto.

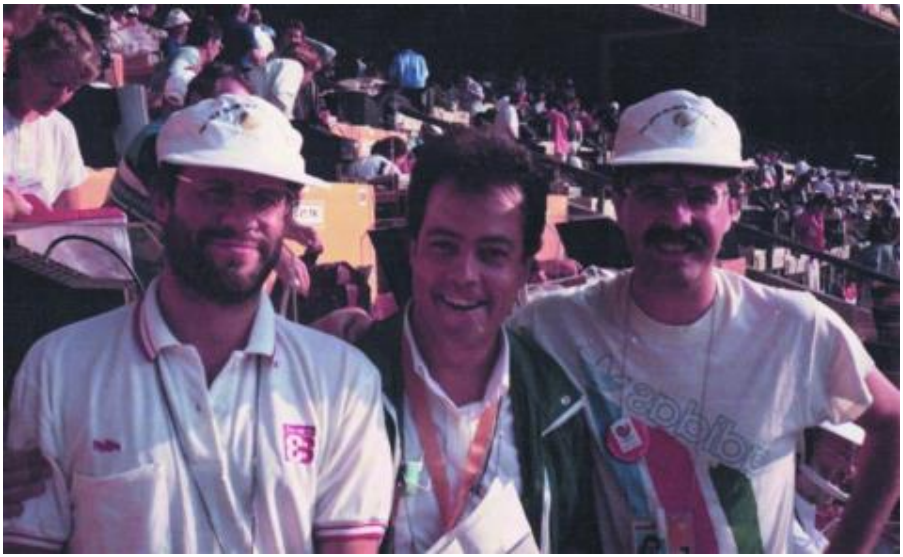

Imagen cedida por Javier Ares

Imagen cedida por el autor

La década que estuve en Antena 3 Radio estuvo repleta de vivencias y de mucha gente a la que quise, quiero y querré, como Andrés Montes, Javier Ares o Lucho González Aller.

Imagen cedida por Javier Ares

Con Andrés Montes, Javier Ares, Bernat Bafaluy, Enrique García Corredera, Pepe Gutiérrez y Christian García.

©EFE/Manuel P. Barriopedro

En algún lugar de esta ceremonia estaba Christian García infiltrado, lo que casi le cuesta su continuidad en los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992.

Imagen cedida por el autor

Con Luis Aragonés en una rueda de prensa cuando yo era jefe de prensa del Dépor.

Imagen cedida por el autor

Mis hijos, Siro y Xavi, horas antes del famoso «centenariazo» en el que el Dépor le ganó la Copa al Madrid. Estuvimos en el Bernabéu, unos celebrando y otros con el corazón dividido.

Imagen cedida por Jabo Jabo Irureta

Con Jabo Irureta y Antonio «El Gitano», uno de los fisios del Dépor de aquella época.

Imagen cedida por Jabo Jabo Irureta

Jabo Irureta cumplió su promesa de hacer el Camino de Santiago después de ganar la Liga.

Imagen cedida por Lorena González

En el plató de *Estudio estadio* con Fernando Ramos, Lorena González (que me ayudó a poner en marcha este libro), Carlos Carpio, Juan Gato, Orfeo Suárez y el entonces director y presentador Juan Carlos Rivero.

Imagen cedida por el autor

Con Joe Arlauckas, «Lagarto» de la Cruz, Javier Mendiburu, Chechu Biriukov y Julita.

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

Dos fotos de mi etapa en TeleMadrid, donde tuvimos el honor de contar con los derechos de retransmisión de la Champions League.

Imagen cedida por el autor

Con Julita en el Golden Gate.

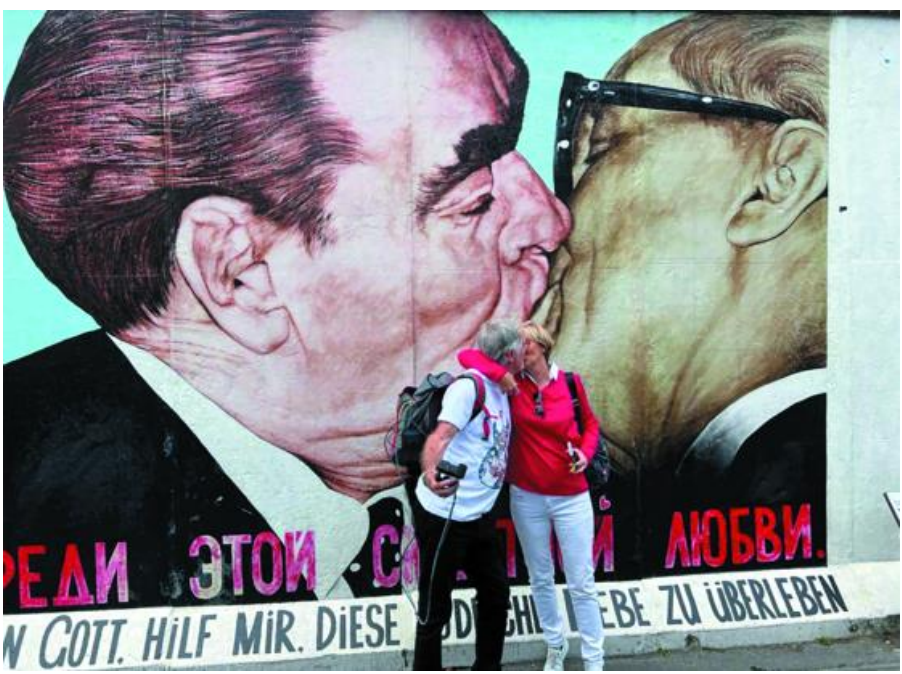

Imagen cedida por el autor

En Berlín, ante el famoso mural del beso donde todo el mundo se hace una foto,

justo enfrente del pabellón en el que España se proclamó campeona de Europa en 2022.

Imagen cedida por el autor

En los últimos años he cubierto diferentes eventos de baloncesto. Esta foto corresponde al Eurobasket 2015, en Lille (Francia).

Imagen cedida por el autor

Con Xuáncar González en la Gran Muralla, durante el Mundial de China de 2019.

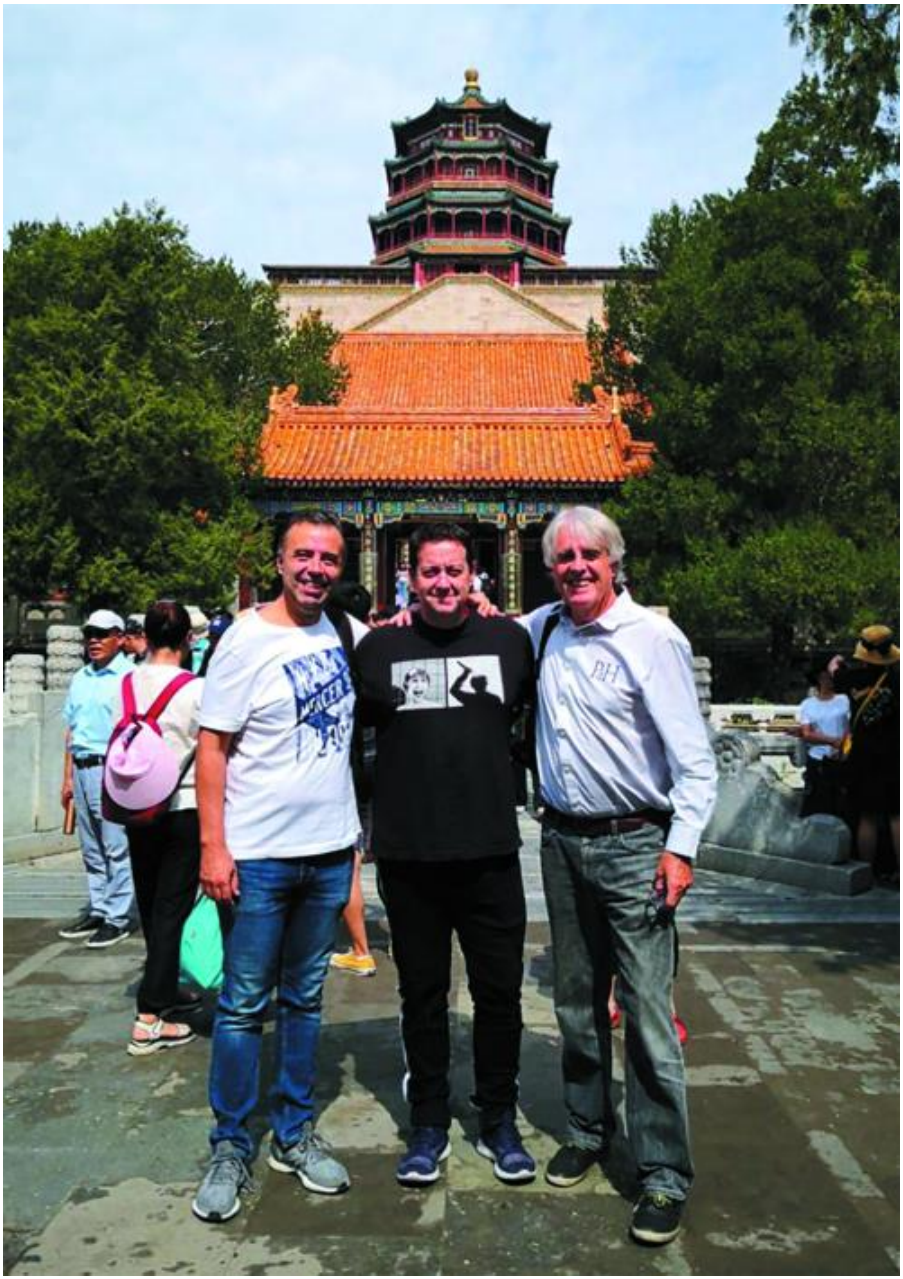

Imagen cedida por el autor

Con José Antonio Luque y Antoni Daimiel también en China.

Imagen cedida por el autor

Con Türkoğlu y Dirk Nowitzki en el Eurobasket de 2011 en Lituania.

Imagen cedida por el autor

Con Alberto Díaz y Jaime Fernández en el Europeo de 2022 que ganó España en Berlín, durante la celebración con toda la plantilla.

Imagen cedida por el autor

Con Rudy Fernández y mis compañeros de Real Madrid TV (Vicente Paniagua y Lorenzo Sanz), donde narro los partidos del equipo de baloncesto desde 2016.

Imagen cedida por el autor

Narrando la Adidas Next Generation (Euroliga Junior) en Estambul.

Imagen cedida por el autor

Con mis amigos Manolo Verdasco y Wayne rabender en Las Rozas.

Imagen cedida por el autor

Con «Lagarto» de la Cruz y Epi en una cena en la que también estuvo Manolo Flores.

Imagen cedida por el autor

Imagen cedida por el autor

Con todos mis compañeros de *Colgados del aro*; los que estuvieron y los que están: Toñín Llorente, Juanma López Iturriaga, Antoni Daimiel y Pablo Lolaso, uno de los artífices de que este libro sea una realidad.

Imagen cedida por el autor

Con El Rubius y Rubén Martín en la presentación del documental del primero de ellos.

Imagen cedida por el autor

Con Rotren, Ander y TheGrefg en la final en Valencia del campeonato del mundo de Fórmula 1 organizado por Ampeter.

Imagen cedida por el autor

Con Antoni Daimiel e Ibai Llanos en un torneo 3x3 de baloncesto en el que participé en 2022.

Imagen cedida por el autor

Con Jordi Wild en la Gala de los Premios Esland 2022, en la que entregué uno de los galardones.

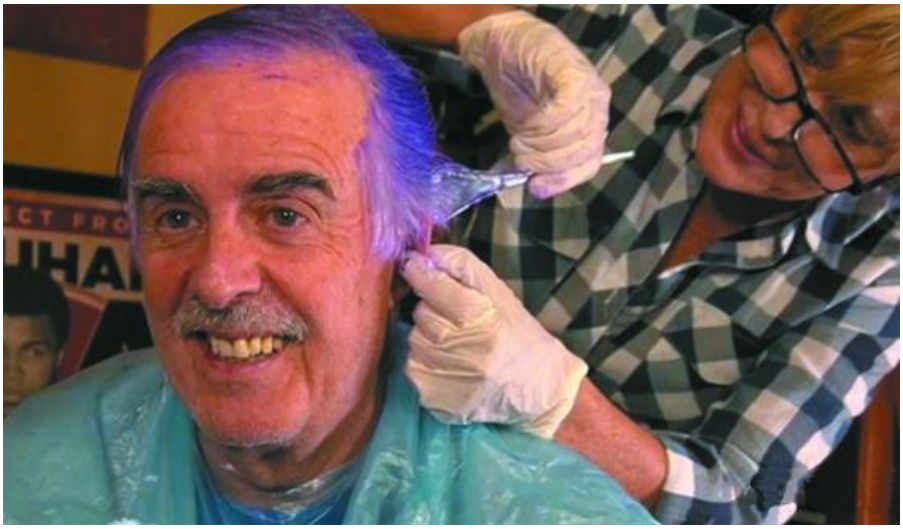

Imagen cedida por el autor

Cuando Julita me tuvo que teñir el pelo de morado por una apuesta que hice con mis suscriptores de Twitch.

Imagen cedida por el autor

En mi set, desde el que tantas horas he transmitido mis vivencias.

Siro López es historia del periodismo deportivo de este país. A medio camino entre un Peter Pan que se resiste a crecer y un Rolling Stone que sigue en plena forma a los sesenta y seis años, ha conquistado el corazón de cuatro generaciones de españoles: las que van desde José María García hasta Ibai Llanos.

Un tipo con suerte son unas memorias divertidas y deslenguadas que dibujan un retrato del país desde los años sesenta hasta nuestros días. Un libro repleto de anécdotas que resumen más de cuarenta años de profesión en los que ha compartido estudios de radio y televisión con José María García o Pepe Domingo Castaño, ha salido de fiesta con Maradona o la selección española de baloncesto, ha dirigido la comunicación del Súper Dépor y se ha convertido por aclamación popular en el «abuelito de Twitch». Todo ello, sin perder jamás la sonrisa ni el buen humor. Ni su genuina forma de ser periodista.

Reseñas:

«Lo que más he hecho con Siro ha sido reírme».
Ferran Requejo

«Para mí existen tres horarios: el peninsular, el de Canarias y el de Siro López, que no sabemos por qué meridiano se rige, es muy aleatorio».

Javier Mendiburu

«Viajaba con nuestro equipo y su corazón estaba con nosotros. No diría que fuera un fanático del Barça, pero éramos sus amigos. ¿Que él en el fondo siempre fue del Madrid? Innegable. Pero en ese momento mataba por nosotros. Y nosotros por él».

Juanito «Lagarto» de la Cruz

«Siro conocía todos los deportes, desde el rugby al hockey, pasando por el atletismo o la natación. Tenía algo de lo que hoy carecen muchos periodistas: conocimiento del deporte y bagaje, mucha historia detrás y mucha lectura».

Christian García

«Siro es un tipo muy divertido, muy abierto y extrovertido. Era casi imposible que te pasara inadvertido y que te cayera mal. Siempre se ha hecho querer. Quizá por esa manera de vivir y de trabajar en la que parece que se lo toma todo un poco a chirigota», **Javier Ares**

«Le contraté porque era un buen periodista. Tenía méritos suficientes, no fue por una cuestión política. Tenía un pedigrí profesional merecedor de cualquier puesto».

Augusto César Lendoiro

«Cuando la vida trató de descabalgarlo, apareció el mejor Siro López, el rebelde, ese que mantiene los anillos puestos sin brillo, pero no permite que se le caigan. El Siro más mayor ha sido el más joven, el más cansado ha sido el más proactivo, el más despegado acabó siendo el más comprometido».

Antoni Daimiel

Siro López Fernández (Sarria, Lugo, 1956) es un periodista deportivo, narrador, streamer y youtuber. Es colaborador habitual de la Cadena COPE, del programa de baloncesto Colgados del aro y GolTV, así como narrador en Real Madrid TV y tertuliano en el mítico *Estudio Estadio*. Desde el año 2020 hace emisiones casi a diario desde su canal de Twitch y cuelga contenido en YouTube.

Formó parte del antológico equipo de deportes de Antena3 Radio que capitaneaba José María García, pasando posteriormente a ser el jefe de prensa del Deportivo de La Coruña, en la época en la que consiguieron alzarse como campeones de Liga. Dejó este puesto para dirigir los deportes en la cadena autonómica TeleMadrid, cargo que compaginó como miembro habitual del elenco de *Punto pelota* desde sus inicios.

Ha cubierto, entre otros grandes eventos, tres Juegos Olímpicos, once campeonatos de Europa de baloncesto y seis del Mundo.

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Siro López Fernández
Con la colaboración de Lorena González y Pablo Lolaso © 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Laura Jubert
Fotografía de portada: © Luis Gaspar
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03022-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un tipo con suerte

Prólogo, por Ibai Llanos

Primera parte. Infancia

- Cuando mis padres me trajeron al mundo
- Cuando, aunque no lo creáis, era niño
- Cuando perdí la virginidad a los cinco años
- Cuando empecé a ir a la escuela
- Cuando en catequesis un niño me abrió la cabeza con una tabla
- Cuando empecé a vivir el fútbol con pasión
- Cuando llegué a Barcelona

Segunda parte. Juventud

- Cuando fui alumno de los escolapios
- Cuando cumplí el sueño de estudiar Periodismo
- Cuando hice mi primer viaje al extranjero y acabé detenido en Francia
- Cuando trabajé en el periódico Dicen cubriendo la información de balonmano
- Cuando me fui de fiesta con Pajares y Esteso
- Cuando entré en el mundo del baloncesto con una noticia falsa
- Cuando hice mis primeros viajes como periodista
- Cuando fui un ultra del Barça
- Cuando la Guardia Civil me encerró en un calabozo del Vicente Calderón

Cuando hice la mili

Tercera parte. Madurez

Cuando García me dijo: «Llámame en septiembre»

Cuando secuestraron a Quini

Cuando Maradona tuvo una hepatitis que nunca tuvo

Cuando compartí «novia» con Julio Iglesias

Cuando celebré la primera liga ACB del Barça como uno más

Cuando García me mandó a mi primer EuroBasket sin tener ni idea de narrar

Cuando me fui a Limoges a narrar el Europeo de Baloncesto de 1983

Cuando crucé ilegalmente la frontera de Francia para ir a narrar el Europeo

Cuando narré mi primer partido y todo fueron problemas

Cuando tuve un lapsus brutal en pleno Mundial y García casi me mata

Cuando en el Preolímpico de París me enteré el primero de que Fernando Martín iba a ser padre

Cuando conocí a Andrés Montes

Cuando casi cambio el periodismo por ser director deportivo de un club

Cuando estuve en los Juegos Olímpicos de Seúl 1988

Cuando tuve un montón de vivencias con Andrés Montes

Cuando Antena 3 se convirtió en una cantera brutal de periodistas

Cuando me conoció Christian García y lo primero que hizo fue sacarme del calabozo

Cuando hice una crónica en directo mientras jugaba al Tetris

Cuando vivía la vida de periodista con absoluta tranquilidad

Cuando fui al Muro de las Lamentaciones

Cuando retransmití la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992

Cuando le dijimos a García que no nos íbamos con él

Cuando nos hicimos cargo de Antena 3 sin José María García

Cuando me convertí en el jefe de prensa del Dépor

Cuando defendí a Jabo Irureta con uñas y dientes

Cuando tuve una estrecha relación con los jugadores del Dépor

Cuando ganamos la Liga con el Dépor

Cuando fiché por TeleMadrid

Cuando llegué a TeleMadrid sin tener ni idea de televisión

Cuando unas chicas de Cuenca me costaron medio millón de euros

Cuando Luis Mariñas me convenció para ponerme delante de las cámaras

Cuando Manolo Lama se fue de TeleMadrid para presentar Los Manolos

Cuando conseguimos la Champions para TeleMadrid

Cuando puse de moda el concepto «mear colonia»

Cuando no me llevé un puñetazo de Fernando Burgos

Cuando me vi envuelto en una polémica sobre el cáncer de Éric Abidal

Cuando no podía ni ver al Lobo Carrasco

Cuando me fui del plató de Punto pelota

Cuando hice el Camino de Santiago con José María García
Cuando conocí a José Mourinho y Jorge Mendes
Cuando Iñaki Cano y yo presentamos un programa en Intereconomía
Cuando me fui de El chiringuito: el origen
Cuando me fui de El chiringuito: el contexto
Cuando me fui de El chiringuito: el desenlace
Cuando estuve en Tikitaka y presenté La goleada
Cuarta parte. Prórroga
Cuando Hacienda me pegó un palo tremendo
Cuando Florentino Pérez me dejó de hablar
Cuando limpié mi imagen gracias a Colgados del aro
Cuando me metí en el mundo de Twitch
Cuando conocí a Julita
Quinta parte. Tertulia
Ferran Requejo, su mentor político y vital
Javier Mendiburu, jugador de baloncesto y gran amigo
Juanito «Lagarto» de la Cruz, jugador del Barça y, a pesar de todo, amigo
Christian García, compañero de Antena 3
José María García, maestro entre los maestros
Javier Ares, inseparable compañero
Augusto César Lendoiro, mítico presidente del Dépor
Antoni Daimiel, diosito
Sergio Gyalui, uno de sus mejores amigos
Alba Amorós, su discípula en TeleMadrid

Elia López, el alma libre

Álex Amorós: «Siro también es mi padre»

Siro López, el primer niño de sus ojos

Xavi López, el desempate

Luis, el padre de la criatura

Julita, la mujer de su vida

Epílogo, por Manolo Lama

Agradecimientos

Imágenes

Sobre este libro

Sobre Siro López

Créditos